

BIBLIOTECA ORO

090

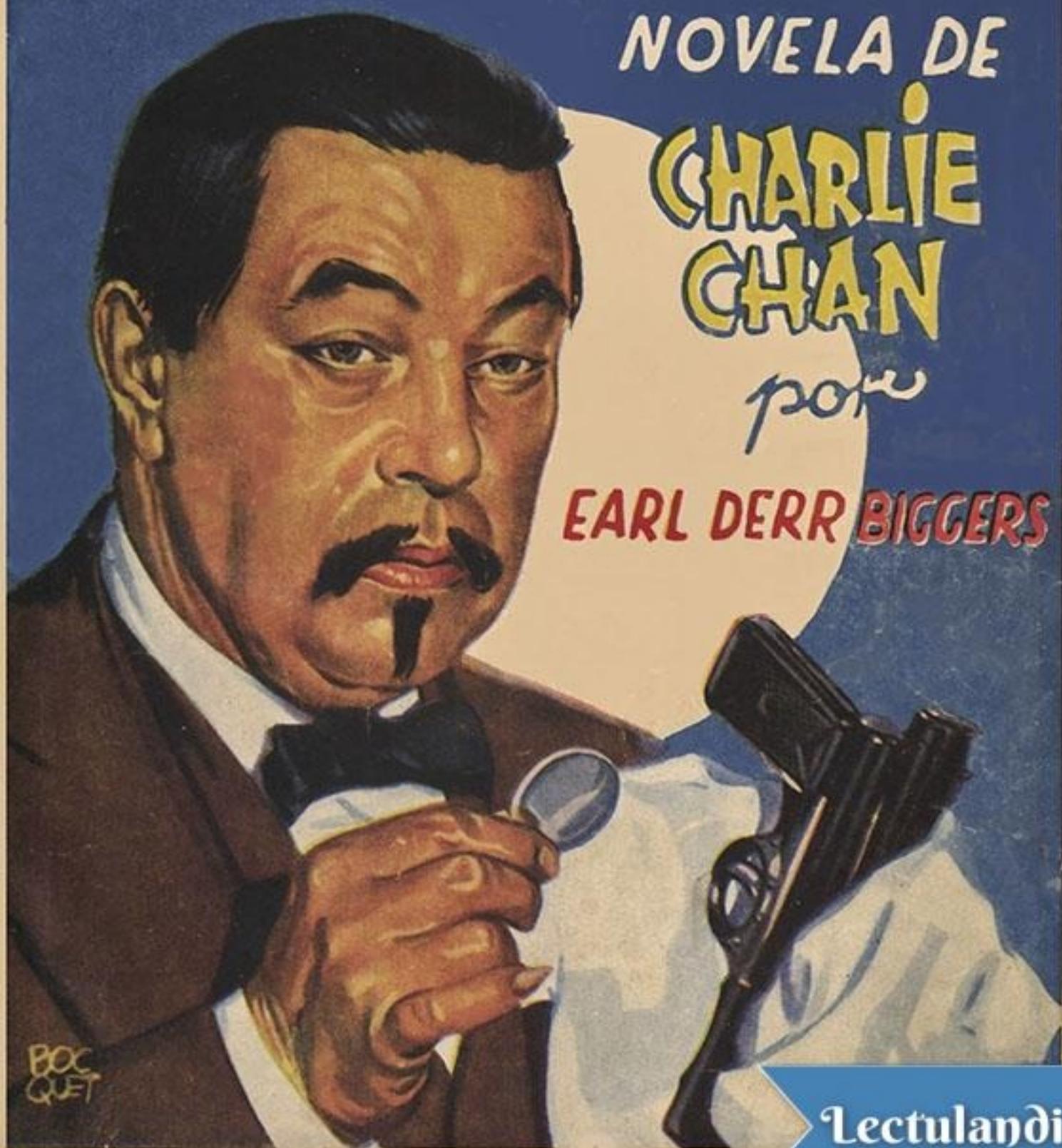
ERAN TRECE

NOVELA DE

**CHARLIE
CHAN**

por

EARL DERR BIGGERS



BOC
QUET

Lectulandia

«Eran trece» comienza en Londres en 1930. Un norteamericano, que forma parte de un grupo que viaja alrededor del mundo, aparece asesinado en un famoso hotel. El Inspector Duff emprende la búsqueda de su asesino. En Honolulu, Chan le ayudará en la investigación.

Lectulandia

Earl Derr Biggers

Eran trece

Charlie Chan - 05

ePub r1.0

Titivillus 14.12.16

Título original: *Charlie Chan Carries On*
Earl Derr Biggers, 1930
Traducción: José Mallorquí
Ilustraciones: Bocquet
Diseño de cubierta: Bocquet

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



CAPITULO PRIMERO

Piccadilly bajo la lluvia.

Duff, Inspector Jefe de Scotland Yard, bajaba por Piccadilly bajo la lluvia. Al pasar por St. James Park habían llegado a él, debilitadas por la distancia, las diez campanadas que daba la Big Ben en el Parlamento. Era la noche del 6 de febrero de 1930. No es preciso que los lectores recuerden esta fecha y hora puesto que ni una ni otra figuraran nunca como pruebas ante un Tribunal.

A pesar de su carácter tranquilo, el inspector estaba un poco nervioso. Aquella mañana había terminado, por fin, un asunto largo y aburrido, habiendo visto él sentado ante el Tribunal, cómo el juez, con su siniestro birrete negro, condenaba a muerte a un hombrecillo de aspecto sombrío e insignificante. Se trataba de un cobarde asesino sin consciencia ni sentido de humanidad. Su captura había sido una

de las más difíciles que se recordaba en Scotland Yard, pero la perseverancia y también la maravillosa suerte de Duff, habían triunfado al fin. El inspector encontró una carta que el asesino había escrito a una mujer de Batterse Road Park, y descubrió en seguida el doble significado de una frase, al parecer, sin importancia. A partir de entonces fue desenredando el ovillo hasta que tuvo la madeja completa. Ahora, solucionado aquel caso, no tenía nada que hacer. ¿Cuál sería el próximo trabajo?

Duff iba envuelto en su amplio abrigo y el agua chorreaba por las alas de su viejo sombrero de fieltro. Durante las tres últimas horas había permanecido sentado en una butaca del Marble Arch Pavillion procurando distraerse con las películas que proyectaban. Una de ellas había sido filmada en los mares del Sur; playas bordeadas de palmeras, cielos brillantes, sol eterno... Mientras la contemplaba, Duff recordó a un detective amigo a quien, varios años antes, había conocido en San Francisco. Era un personaje muy modesto que ejercía la profesión de cazador de hombres en aquellos maravillosos escenarios donde los vientos alisios susurran al pasar por entre los árboles floridos y la primavera es eterna. Aquel recuerdo hizo sonreír al inspector Duff. Como no tenía que ir a ningún sitio determinado, al salir se dirigió por Park Lane hacia Piccadilly. Aquellos lugares le evocaban infinidad de recuerdos. Hasta poco antes había ocupado el cargo de inspector en la comisaría de Vino Street. El West End fue, durante algún tiempo, su campo de acción. Borroso a través de la lluvia, veíase el elegante Club en donde, con pocas palabras, detuvo a un banquero fugitivo. El sombrío escaparate de una tienda de modas le hizo recordar la madrugada en que se inclinó sobre una francesa asesinada entre los elegantes trajes llegados de París. La blanca fachada del Berkeley revivió en su memoria la detención de un despiadado chantajista reducido a la impotencia en el momento de salir del baño. A la entrada de Half Moon Street, antes de llegar a la estación del metro, Duff, otra vez, dijo una sola palabra al oído de un hombre de tez morena a quien vio volverse blanco como la nieve. Un elegante asesino a quien la Policía de Nueva York buscaba en vano, estaba comiendo en sus lujosas habitaciones del Albany cuando Duff le puso la mano en el hombro. En el restaurante Prince, al otro lado de la calle, el inspector había cenado durante quince noches seguidas sin apartar la vista de un hombre que estaba convencido de que el elegante traje de etiqueta que vestía era suficiente para ocultar el terrible secreto que llevaba en el corazón. Y en Piccadilly Circus, a donde acababa de llegar, había sostenido en una memorable noche un duelo a muerte con los ladrones de diamantes de Hatton Garden.

La lluvia iba en aumento. Duff entró en un portal y contempló la escena que se ofrecía a sus ojos. Las amarillentas luces de las señales del tráfico centelleaban confusas a través de la sábana de agua; grandes charcos brillaban en el arroyo.

Deseando hablar con alguien, Duff atravesó la plaza y se metió en una oscura calle. A unos doscientos metros se detuvo ante un lúgubre edificio cuyas ventanas aparecían protegidas por fuertes barrotes de hierro. Sobre la puerta, un farol proyectaba una mortecina luz. Pocos segundos después el inspector subía la, para él,

familiar escalera de la comisaría de Vine Street.

El inspector Hayley, sucesor de Duff en aquel importante cargo, estaba solo en su despacho. Era un hombre enjuto, de aspecto cansado. Al ver a su viejo amigo se le iluminó el rostro.

—Adelante, Duff, muchacho. Precisamente estaba deseando hablar con alguien.

—Me alegro de saberlo —replicó Duff mientras se quitaba el chorreante sombrero y el empapado abrigo. Luego se sentó. Por la abierta puerta vio a unos agentes que estaban en la habitación contigua leyendo la Prensa nocturna—. Una noche tranquila, ¿no? —añadió.

—Sí, gracias a Dios. Más tarde haremos una visita a un *cabaret*. Ya sabes que, por ahora, esa es nuestra principal diversión. A propósito, ya he visto que las felicitaciones están otra vez a la orden del día.

—¿Felicitaciones? —Duff arqueó las cejas.

—Sí, me refiero al asunto Borough. El juez felicita al inspector Duff... por su trabajo maravilloso... y sus deducciones inteligentísimas... etcétera, etcétera.

Duff se encogió de hombros.

—Muchas gracias —sacó la pipa y se puso a cargarla—, pero eso ya es cosa pasada, de la que mañana ya nadie se acordará. —Calló unos instantes y luego dijo —: Es un trabajo bien extraño el nuestro, ¿verdad?

Hayley le lanzó una mirada escrutadora.

—Ya veo que sufres el efecto de la reacción; a mí también me ha sucedido siempre después de un caso un poco difícil. Lo que necesitas ahora es trabajar; otro nuevo rompecabezas. Que no haya un período de reflexión entre uno y otro asunto. Si ocupases este puesto...

—Lo he ocupado ya —le recordó Duff.

—Sí, es verdad. Bueno, antes de que me olvide, permíteme que añada a las otras mi humilde felicitación. Tu trabajo en este asunto podría servir de ejemplo...

Duff le interrumpió.

—He estado de suerte, no lo olvides. Como decía nuestro jefe, *sir* Frederic Bruce: «De los tres factores, trabajo intenso, inteligencia y suerte, el más importante es, sin duda alguna, el tercero, o sea la suerte».

—¡Pobre *sir* Frederic! —murmuró Hayley.

—Esta noche he pensado en él —siguió Duff—. En él y en el detective chino que descubrió a su asesino.

Hayley movió la cabeza.

—¿El de Hawai? Creo que fue el sargento Chan ¿verdad?

—Sí, Charlie Chan. Ahora es inspector en Honolulu.

—¿Sigues carteándote con él?

—Con largos intervalos —Duff encendió la pipa—. A pesar de mis muchas ocupaciones he procurado mantener correspondencia con él. Charlie no se ha apartado de mi recuerdo. Hace dos meses le escribí pidiéndole noticias suyas.

—¿Y ha contestado?

—Sí, precisamente esta mañana he recibido carta suya —Duff sacó un sobre del bolsillo—. No cuenta nada nuevo —añadió sonriendo.

Hayley se recostó en su sillón.

—De todas maneras, oigamos lo que dice —murmuró.

Duff sacó del sobre dos hojas de papel y las extendió. Durante unos instantes contempló aquellas líneas escritas en otro puesto de Policía, allá en el extremo opuesto del mundo. Luego, con una ligera sonrisa en los labios, empezó a leer con voz extrañamente bien timbrada para ser la de un inspector de Scotland Yard:

«Venerado y excelentísimo amigo: Su amable epístola ha terminado su largo viaje en el tiempo debido trayéndome a la memoria los felices recuerdos de un pasado que permanecerá siempre en esta mi despreciable mente. ¿Que cómo van mis asuntos? Le aseguro que me siento el hombre más rico del mundo cuando me doy cuenta de que usted todavía tiene en su ocupado cerebro un espacio para dedicárselo a Charlie Chan, el más indigno de los hombres.

»Por mi parte, nunca podré olvidarle. ¡Nunca! Perdone que le diga que tal ocurrencia por parte de usted es completamente absurda. Las frases de alabanza que me prodigó usted no se apartan de mi memoria y son causa de un despreciable orgullo.

»Yendo ahora a la demanda transmitida en su carta, referente a las noticias mías que pueda darle, tengo el profundo sentimiento de contestar que no hay nada nuevo: “El agua de las gárgolas cae siempre en los mismos agujeros. — Esta es la descripción más acertada de mi vida aquí. Los homicidios no abundan en Honolulu—. Hombre tranquilo es hombre feliz”, por eso yo no me quejo. El oriental sabe que “Hay una hora para pescar y otra para secar las redes”.

»A veces quizá me impacienta un poco porque las redes están demasiado secas. ¿Qué será eso? ¿Acaso se debilita en mí el carácter oriental debido al largo trato que he tenido con los inquietos norteamericanos? Pero no importa; procuro dominar estos sentimientos bajo un rostro inexpresivo. Sin embargo, algunas noches me siento en la galería de mi casa y contemplo la ciudad dormida mientras me asaltan profundos deseos de oír sonar el timbre del teléfono y recibir un mensaje importante.

»Mis hijos aprenden el bello idioma inglés tal como lo enseñan en las escuelas locales.

»Me alegro de que los dioses sean más benévolos con usted. A menudo pienso en usted y en la gran ciudad en que trabaja. Su maravilloso talento no debe imitar al agua estancada. El teléfono sonará muchas veces y usted saldrá a hacer sus pesquisas. Mi corazón sabe que el éxito va sonriendo siempre a su

lado. Tuve ocasión de darme cuenta de ello cuando disfruté del privilegio de su compañía. Los chinos, como ya sabe, somos un pueblo de extraordinarias condiciones psíquicas.

»¡Cuán amable es usted agobiando su privilegiado cerebro al interesarse por mis hijos! Por ahora suman once, lo que me hace recordar a un sabio que dijo: “Gobernar un imperio es fácil, gobernar una familia, difícil”. De todas maneras, me esfuerzo en conseguirlo. Mi hija mayor, Rosa, estudia en una universidad del continente. Cuando por primera vez me di cuenta de lo que costaba la educación en Norteamérica, decidí poner punto final a mi descendencia y hacer ya para siempre la suma total.

»Una vez más le doy gracias por su amable carta. Tal vez algún día volvamos a encontrarnos, aunque las innumerables millas de agua y tierra que se extienden entre nosotros hacen que tal idea parezca irrealizable. Acepte mis más calurosos saludos y quieran los dioses que camine usted siempre sano y salvo a través de los senderos a los cuales le llevará su deber. Estos son los deseos de su más humilde y respetuoso amigo,
Charlie Chan».

Después de leerla, Duff dobló, lentamente la carta. Al levantar la vista vio que Hayley le miraba con incredulidad.

—Es encantador, pero un poco inocente. ¡No querrás creer que el hombre que ha escrito esa carta es el mismo que descubrió al asesino de *sir* Frederic Bruce!

—No te dejes engañar por la sintaxis de Charlie —dijo riendo Duff—. Es más profundo de lo que parece. Paciencia, inteligencia, trabajo intenso... Scotland Yard no tiene el monopolio de esas virtudes. El inspector Chan es de lo mejorcito de nuestra profesión, Hayley. Es una verdadera lástima que se haya enterrado en un lugar como Honolulu —las playas rodeadas de palmeras que había visto en el cine desfilaron de nuevo ante sus ojos—. Aunque quizá tenga razón el chino y sea verdad eso de que el hombre tranquilo es el hombre feliz.

—Es posible, pero ni tú ni yo tendremos nunca ocasión de comprobar la certeza de ese refrán. ¿Te vas ya? —preguntó al ver que Duff se levantaba.

—Sí, ahora ya me encuentro mejor que cuando he venido.

—No te has casado aún, ¿verdad?

—No, no tengo tiempo para nada. Bastante casado estoy con Scotland Yard.

Hayley movió la cabeza. Luego, mientras ayudaba a Duff a ponerse el abrigo, dijo:

—Deseo que no tarde mucho en presentársete un nuevo asunto; no te conviene permanecer inactivo. Cuando el teléfono suene para notificarte algún mensaje importante, como dice Chan, entonces, muchacho, te encontrarás bien otra vez.

—«El agua de las gárgolas cae siempre en los mismos agujeros» —y Duff se encogió de hombros.

—Pero a ti te gusta oírla caer, ya lo sabes.

—Sí —asintió el inspector—, tienes razón. En realidad, sólo soy feliz cuando cae. Adiós y buena suerte en el *cabaret*.

Al otro día, a las ocho de la mañana, Duff entraba alegremente en su oficina de Scotland Yard.

Era el hombre optimista de siempre. Sus mejillas estaban encendidas, recuerdo de aquella granja de Yorkshire que había dejado para entrar en la Policía de Londres. Descorrió la tapa de su buró y abrió unas cuantas cartas llegadas aquella mañana; luego cogió el *Telegraf* y, encendiendo un buen cigarro, se abismó en la lectura de las noticias.

A las ocho y cuarto el teléfono sonó con insistencia, Duff dejó de leer y lo miró. El timbre sonó de nuevo; parecía una llamada de socorro. El inspector dejó el diario y descolgó el aparato.

—Buenos días, muchacho —era la voz de Hayley—. Mi sargento acaba de darme la noticia. Anoche han asesinado a un hombre en el Hotel Broome.



—¿En el Broome? —repitió Duff.

—¿En el Broome? —repitió Duff—. No querrás decir en el Broome, ¿verdad?

—Parece el lugar menos apropiado para cometer un asesinato, ya lo sabemos —replicó Hayley—, pero a pesar de todo así ha sido. Le asesinaron mientras dormía. Se trata de un turista norteamericano, de Detroit o de algún sitio por el estilo. Desde luego, después de nuestra conversación de ayer noche, he pensado en seguida en ti.

Además, ésta es tu antigua división. Estoy seguro que debes conocer perfectamente el Broome. Toma un coche con tus ayudantes y reúnete conmigo lo antes posible.

Hayley colgó el aparato. En el mismo momento el jefe de Duff entró corriendo en el despacho...

—Han asesinado a un americano en Half Moon Street. Creo que en el hotel Broome. Hayley ha pedido ayuda, indicando que podría ir usted. Es una buena idea. Vaya en seguida, Duff...

Este estaba ya en la puerta con el abrigo y el sombrero.

—Ya estoy a punto —dijo, y empezó a bajar la escalera.

—Bien —oyó que le contestaba el superintendente.

Momentos más tarde subía a un cochecillo verde. Salidos de no se sabe dónde, aparecieron un perito en huellas dactilares y un fotógrafo. El coche se deslizó por Derby Street y, torciendo a la derecha, entró en Whitehall.

La lluvia de la noche anterior había cesado, pero la mañana era de espesa niebla. El automóvil corría a través de un mundo impreciso en el que sólo se oía el constante runruno del motor y las agudas notas de las bocinas. A derecha e izquierda veíanse los focos del alumbrado público que, a través de la grisácea niebla, eran como pálidos e ineficaces globos amarillentos. Tras de aquella espesa cortina, Londres, como de costumbre, trabajaba.

La escena contrastaba grandemente con los panoramas que el inspector había visto la noche anterior en el cine. Allí no había sol brillante, ni rompientes blancas, ni cimbreadas palmeras. Pero Duff no pensaba en los mares del Sur. Todo aquello habíase alejado ya de su mente. Sentado en el auto, trataba en vano de orientarse a través de la niebla que llenaba la calle. Lo había olvidado todo, incluso a su viejo amigo Charlie Chan.

En aquellos momentos, Charlie Chan tampoco pensaba en Duff. En el otro lado del mundo aquel día de febrero no había nacido aún; para los moradores de aquellos lugares era aún la noche del día anterior. El rollizo inspector de la Policía de Honolulu estaba tranquilamente sentado en la galería de su casa. Desde aquel mirador en lo alto de Punchbowl Hill contemplaba por encima de las titilantes luces de la ciudad, la playa de Waikiki, que aparecía enteramente blanca bajo la luz de la luna tropical. El inspector Chan era un hombre apacible y aquel momento, uno de los más tranquilos de su vida.

No había oído el timbre del teléfono del inspector Duff allá en Scotland Yard. Ni ninguna rápida visión del pequeño auto verde pasó ante sus ojos. Ni vio tampoco, como en sueños, cierta habitación de alto techo en el famoso hotel Broome de Londres, sobre cuya cama estaba la para siempre inmóvil figura de un anciano, al parecer estrangulado con una correa de maleta que permanecía estrechamente anudada a su garganta.

Quizá, a pesar de todo, los chinos no sean psíquicamente tan sensitivos como dicen.

CAPITULO II

En el Hotel Broome.

Mezclar el hotel Broome con la palabra asesinato es casi un sacrilegio, pero, por desgracia, hay que hacerlo. Esta antigua y curiosa hostería se halla, desde hace más de cien años, en Half Moon Street. Su fama es ya tradicional. Se dice que Samuel Broome empezó con una simple casa de vecindad. A medida que la empresa fue prosperando, se le añadieron otros edificios del mismo tipo y, hoy día, doce de estos edificios han sido convertidos en uno y el hotel Broome no sólo tiene una amplia fachada en Half Moon Street, sino que por la parte posterior da a Clarges Street, donde hay otra entrada.

Los doce edificios han sido reunidos un poco al azar. Por eso, el huésped que cruza por los pasillos de los pisos superiores, tiene la sensación de hallarse en un misterioso laberinto. Aquí tiene que subir tres escalones, allá ha de bajar dos, luego le salen al paso los ángulos más extravagantes, y arcos y puertas aparecen ante él donde menos se lo espera. Para los criados es un trabajo pesadísimo el tener que subir carbón para las chimeneas, y agua caliente en vasijas de aspecto antiquísimo, para los clientes que no han podido conseguir alguno de los cuartos de baño instalados tras larga reflexión.

No se crea por eso que lograr una habitación en el hotel Broome sea empresa fácil. Ser admitido en ese hotel es como una especie de espaldarazo de distinción y, durante la temporada londinense, resulta algo imposible para un extranjero. En esa época lo ocupan antiguas familias provincianas, célebres hombres de estado, escritores y algunos aristócratas. Una vez hasta albergó a un rey destronado. En los últimos años y fuera de la temporada, el hotel Broome había bajado un poco sus humos. Hasta se llegaba a admitir a norteamericanos. Y en aquella nebulosa mañana de febrero, uno de éstos acababa de aparecer asesinado en una de las habitaciones superiores.

Duff entró por la puerta de Half Moon Street. El vestíbulo era oscuro y tranquilo. El inspector tuvo la sensación de hallarse en una catedral. Se quitó el sombrero y se detuvo como si esperase escuchar las notas de un órgano. Sin embargo, los criados de librea roja que se movían silenciosamente destruyeron en seguida aquella impresión. Nadie los hubiera podido tomar por monaguillos. Todos, sin excepción, parecían haber entrado a servir en el establecimiento en los días en que Daniel Broome no

tenía más que una sola casa a su nombre. Aquellos hombres habían envejecido en el hotel; unos eran viejos delgados y, otros, viejos gordos. La mayoría de ellos usaba lentes. Tales servidores tenían la aureola de todo un pasado.

Un criado, con aspecto de Presidente del Consejo de Ministros, levantóse de la silla que había detrás de la garita del conserje y se dirigió pausadamente hacia el inspector.

—Buenos días, Peter —dijo Duff—. ¿Qué es lo que pasa?

Peter movió triste la cabeza.

—Un accidente muy desagradable. Un caballero norteamericano que ocupaba la habitación número 28 en la parte de atrás del tercer piso, ha muerto, según me han dicho —elevó un poco su temblorosa voz—. Estas cosas ocurren por permitir la entrada a esos extranjeros —añadió.

—Sin duda —y Duff sonrió—. Créeme que lo siento, Peter.

—Todos lo sentimos. ¡Enrique! —Llamó a un jovencuelo de unos ochenta años que se hallaba postrado sobre uno de los bancos cercanos—. Enrique le acompañará donde usted quiera, inspector. Le aseguro que, para nosotros, es muy tranquilizador saber que la inevitable investigación está en unas manos como las suyas.

—Gracias. ¿Ha llegado el inspector Hayley?

—Está arriba, en la habitación del crimen.

Duff se volvió a Enrique.

—Haga el favor de acompañar a estos señores a la habitación número 28 —dijo indicando al fotógrafo y al perito en huellas dactilares que habían entrado con él—. Yo quiero hablar con el señor Kent, antes de subir. No te molestes, Peter, supongo que estará en su despacho, ¿no?

—Creo que sí. Ya conoce usted el camino.

Kent, el gerente del hotel Broome, estaba elegantísimo con su traje gris y su corbata del mismo color. Una pequeña rosa le adornaba la solapa izquierda. Sin embargo, su aspecto no era el de un hombre feliz.

Ante la mesa escritorio se hallaba sentado, en silencio, un hombre con aspecto de catedrático. Enmarcaba su rostro una hermosa barba.

—Pase usted, señor Duff, pase usted —invitó el gerente levantándose en seguida—. Tengo verdadera alegría al verle. La primera de esta mañana. No sabe cuánto me tranquiliza el que le hayan encargado a usted de este asunto... Es más de lo que esperaba. Ha sucedido algo terrible, inspector, terrible. Si pudiese usted hacer que no trascendiese al público, le quedaría eternamente...

—Sí, ya lo sé —le interrumpió Duff—. Pero, por desgracia, el crimen y la publicidad van cogidos de la mano. Quisiera saber quién es el asesinado, cuándo llegó aquí, quién le acompaña, y todo lo que pueda usted decirme.

—Ese señor se llamaba Hugo Morris Drake —contestó Kent—. Era de Detroit, que, según creo, es una ciudad de los Estados Unidos. Llegó el lunes día tres. Había desembarcado en Southampton y venía de Nueva York. Le acompañaba su hija, la

señora Potter, también de Detroit, y su nieta que se llama... no sé, no recuerdo bien —volvióse hacia el hombre de la barba—: ¿Cómo se llama la joven, doctor? —preguntó Lofton.

—Pamela —contestó éste con voz dura y fría.

—¡Ah, sí! Pamela Potter. ¡Oh! A propósito, doctor, permítame que le presente al señor Duff, El doctor le contará mucho más acerca del muerto de lo que pudiera yo decirle. Mejor dicho, acerca de todo el grupo. Él es el guía, ¿sabe?

—¿El guía? —preguntó extrañado Duff.

—Sí, el que dirige el viaje —añadió Kent.

—¿Qué viaje? ¿Qué viaje? ¿Quiere decir acaso que el señor que han asesinado viajaba en un grupo guiado por un cicerone? —y Duff miró al doctor.

—Aunque en parte sí soy un cicerone, no es precisamente ese nombre el más apropiado a mis actividades. Sin duda habrá usted oído hablar de los «Viajes Lofton alrededor del Mundo» que dirijo yo, desde hace quince años, en combinación con la «Compañía de Viajes Nomad».

—No la conocía hasta ahora —contestó con sequedad Duff, y siguió—: De manera que el señor Hugo Morris Drake se embarcó para dar la vuelta al mundo bajo la dirección de usted...

—Un momento —le interrumpió Lofton—. No se trata precisamente de dar la vuelta al mundo. Este término sólo se emplea cuando se trata de un grupo muy numeroso que hace todo el viaje en el mismo barco. Mi sistema es distinto; muchos trenes, vapores siempre distintos y, en comparación, un grupo de turistas muy reducido.

—¿A qué llama usted un grupo reducido? —inquirió Duff.

—Este año, sólo me acompañan diecisiete personas. Mejor dicho, eran diecisiete ayer noche. Hoy, desde luego, no son más que dieciséis.

Duff movió la cabeza.

—Bien —murmuró—. Ahora, doctor Lofton, una pregunta. ¿Es usted, por casualidad, doctor en medicina?

—No señor, en filosofía.

—¡Ah! Y, dígame: ¿durante el viaje ha ocurrido algo antes de anoche? Me refiero a algún incidente que pudiera indicar que entre los viajeros existía algún motivo de enemistad...

—¡Eso es absurdo! —dijo Lofton. Se levantó y empezó a pasear por la habitación—. No ha ocurrido nada, nada. Tuvimos una travesía muy movida, desde Nueva York, y la mayor parte de ellos se vieron muy poco durante el viaje. Se puede decir que, cuando el pasado lunes llegaron a este hotel, no se conocían. Desde entonces hemos hecho algunas excursiones, pero aún... ¡Oiga usted, señor inspector! —La calma había desaparecido y, a pesar de la barba, se le vio enrojecer—. Esta situación es muy desagradable para mí. Quince años de esfuerzos, mi reputación, todo parece a punto de quedar destruido por causa de este accidente. ¡Por el amor de Dios! No

supondrá usted que ha sido uno de los turistas quien ha asesinado a Hugo Drake. ¡Es imposible! Ha debido de ser algún ladrón... algún criado del hotel...

—¡Un momento! —exclamó el gerente—. Mis criados están aquí desde hace muchísimos años. Todos ellos son de absoluta moralidad. Se lo aseguro.

—Entonces, alguien de fuera —siguió Lofton. Su voz se hizo suplicante—. Le aseguro que no ha podido ser nadie de mi grupo. Mis precios son elevados... siempre llevo gente de posición —apoyó la mano en el brazo de Duff—. Perdone si me excito, señor inspector. Ya sé que usted será justo. Pero comprenda que esta es una situación muy seria para mí.

—Sí, ya me hago cargo —asintió Duff—. Haré por usted cuanto pueda. Ahora quisiera interrogar a los viajeros que componen el grupo. ¿Cree usted que será posible reunirlos a todos en uno de los salones del hotel?

—Lo procuraré —contestó Lofton—. Ahora deben de estar fuera algunos, pero a las diez, ya estarán todos aquí. A las once, ¿sabe usted? tenemos que coger el tren que sale de la Estación Victoria para alcanzar el vapor de Dover a Calais.

—Tenían que coger el tren de las once —corrigió Duff.

—Sí, claro, teníamos que salir a esa hora, debí decirlo así. Pero ¿ahora qué hacemos, señor inspector?

—Es un poco difícil contestar a esa pregunta. Ya veremos. Con su permiso, señor Kent, voy a subir a la habitación.

Y, sin esperar contestación, salió rápidamente del despacho. El encargado del ascensor, que, sin duda, podría enorgullecerse de lo crecidos que estaban sus nietos, le acompañó hasta el tercer piso. En la puerta de la habitación número 28 encontró a Hayley.

—Hola, Duff —dijo—. Entra.



Durante unos momentos, el inspector quedóse pensativo ante aquel nuevo problema.

Duff entró en un amplio dormitorio, en el que se notaba fuerte olor a magnesio. La habitación estaba amueblada en tal forma que, de haber entrado en ella la reina Victoria, se hubiera quitado la cofia y habríase dirigido al sillón más próximo, pues, sin duda, le hubiese parecido estar en su casa. La cama quedaba dentro de una alcoba, en el extremo opuesto de la habitación, y bastante apartada de las ventanas. Sobre ella se veía el cuerpo inerte de un hombre que había dejado atrás, hacía bastante tiempo, los sesenta años. Duff no tuvo necesidad de ver la correa todavía anudada al cuello del muerto para comprender que aquel hombre había sido estrangulado. Además, los agudos ojos del detective descubrieron también que el cuerpo presentaba señales evidentes de una desesperada e ineficaz lucha. Durante unos momentos, el inspector quedóse pensativo ante aquel nuevo problema. Fuera, la niebla se iba disipando. Desde la calle subían las notas de «*Silver Threads Among the Gold*», interpretada por una de las orquestas callejeras que suelen frecuentar aquella parte de Londres.

—¿Ha venido el forense? —inquirió Duff.

—Sí, ha hecho su informe y se ha marchado —replicó Hayley—. Según parece, el viejo murió hace unas cuatro horas.

Duff se inclinó y, con la ayuda de un pañuelo, retiró la correa y se la tendió al del servicio antropométrico. Luego se puso a examinar con todo cuidado el cadáver de Hugo Morris Drake, de Detroit. Levantó el brazo izquierdo del muerto y abrió la crispada mano. Cuando se disponía a hacer lo mismo con la derecha, lanzó una exclamación. Entre los enjutos y agarrotados dedos brillaba un trocito de cadena de platino. Duff abrió la mano y el objeto cayó sobre la cama. Eran tres eslabones de una finísima cadena de reloj y una llavecita.

Hayley se acercó y los dos hombres contemplaron el hallazgo, que ahora estaba sobre el pañuelo de Duff. En uno de los lados de la llave veíase el número «3260» y, en el otro, las palabras «Compañía Constructora de Cajas de Caudales y Cerraduras de Seguridad Dietrich - Canton - Ohio». Duff dirigió una mirada al pálido rostro que descansaba sobre la almohada.

—¡Fue valiente el viejo! —murmuró—. Ha hecho lo posible por ayudarnos. Arrancó un trozo de la cadena del reloj de su asesino y la ha guardado para nosotros.

—¡Ya es algo! —exclamó Hayley.

Duff asintió.

—Quizá. Pero, para mi gusto, la cosa empieza a ponerse cinematográfica. Yo soy un policía londinense y no norteamericano.

Luego, se arrodilló junto a la cama para examinar con más atención el suelo. Alguien entró en la habitación, pero Duff estaba demasiado ocupado para entretenerse en levantar la vista. Cuando, por fin, lo hizo, lo que vio obligóle a ponerse en pie de un salto y a limpiarse el polvo de los pantalones. Frente a él, mirándole fijamente, estaba una esbelta y atractiva muchacha norteamericana.



Frente a él, mirándole fijamente, estaba una esbelta y atractiva muchacha.

—¡Ah...! Buenos días —dijo el detective.

—Buenos días —contestó, con gravedad, la joven.

—Soy Pamela Potter. El señor Drake era mi abuelo. Supongo que usted será de Scotland Yard, ¿no? Seguramente deseará hablar con alguien de la familia.

—Sí, claro —asintió Duff.

La muchacha parecía muy tranquila y dueña de sí, pero en sus ojos color violeta veíanse huellas de lágrimas.

—Tengo entendido que su madre también forma parte de la expedición.

—Mamá está muy abatida. Después, más tarde, vendrá. De momento yo soy la única que está un poco serena. ¿Qué es lo que puedo decirle?

—¿Sabe usted si existe algo que haya podido motivar este asesinato?

La muchacha negó con la cabeza.

—No. Es inexplicable. Mi abuelo era el hombre más bueno del mundo; no tenía ningún enemigo. Es absurdo pensar que alguien podía odiarle a muerte.

De Clarges Street subieron las fuertes notas de «

There's a Long, Long Trail A-Winding». Duff se volvió hacia uno de los agentes.

—Cierre esa ventana —ordenó.

Luego, dirigiéndose a la joven, continuó:

—¿Ocupaba su abuelo un lugar preeminente en Detroit?

—¡Oh, sí! Durante mucho tiempo fue uno de los primeros que se lanzaron al negocio automovilístico. Hace cinco años se retiró de la presidencia de su Compañía, pero conservó su puesto en el consejo de administración. Últimamente se había entregado de lleno a las obras de caridad. En ellas gastó muchos miles de dólares. Todo el mundo le respetaba. Los que le trataban no podían menos de quererle.

—Según creo, era un hombre muy rico, ¿verdad?

—Sí.

—Y... —Duff se detuvo un momento—. Perdóneme, pero es una pregunta imprescindible. ¿Quién heredará su fortuna?

La muchacha miró a Duff.

—Pues... no he pensado en ello. Supongo que lo que no haya dejado para obras benéficas, lo heredará mamá.

—Y luego, más tarde, usted, ¿no?

—Y mi hermano, supongo.

—Dígame, ¿cuándo vio usted por última vez a su abuelo? Vivo quiero decir.

—Ayer noche, después de la cena. Mamá y yo fuimos al teatro, pero él no vino. Estaba cansado, y, como además, el pobre no podía disfrutar mucho de las funciones...

Duff asintió.

—Comprendo. Su abuelo era sordo.

La joven se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabe usted? ¡Oh!

Su mirada, siguiendo a la del inspector, fue a posarse sobre una mesa en la que se veía una trompetilla. De pronto, la muchacha prorrumpió en sollozos pero, en seguida, logró dominarse.

—Sí —añadió—, era su...

Y extendió la mano.

—Por favor, no la toque —dijo, rápidamente, Duff.

—¡Ah!, comprendo. Mi pobre abuelo la llevaba constantemente, pero no le servía para gran cosa. Ayer noche nos dijo que nos fuésemos solas, ya que él pensaba acostarse temprano, pues suponía que el día de hoy iba a ser de mucho ajetreo; teníamos que salir para París, ¿sabe? Le encargamos que no se durmiese por la mañana. Nosotras tenemos las habitaciones en el piso de abajo. Mi abuelo nos contestó que se había puesto de acuerdo con un camarero para que cada día le despertase un poco antes de las ocho. Estábamos abajo, en el vestíbulo, esperándole para almorzar, cuando el gerente nos vino a dar la noticia.

—Su madre debió de conmoverse mucho.

—¡Cómo no, con una noticia tan terrible! Se desmayó y tuvimos que llevarla a su habitación.

—¿Y usted no se desmayó?

La joven miró a Duff con cierto desprecio.

—Las personas de mi generación no se desmayan. Desde luego, me conmoví mucho.

—Bien. Permítame ofrecerle mi más sentido pésame.

—Gracias. ¿Puedo decirle algo más?

—Por ahora, no. Lo que sí le agradecería es que hiciese lo posible para que yo viera a su madre cuanto antes. Es necesario, ¿comprende? De todas maneras, la dejaremos que descansa una hora, o más. Entretanto, en una de las salas de abajo, veré a los demás miembros de la excursión. No quiero pedirle a usted que esté presente...

—¡Eso es una tontería! —exclamó la joven—. Claro que bajaré, no faltaba más. No soy débil y, además, estoy deseando conocer a mis compañeros. Como el viaje por mar fue muy movido no tuvimos ocasión de vernos. Quiero estar presente. Se trata de algo demasiado importante, y no descansaré hasta que logre descubrir lo que se oculta detrás de todo esto. Cualquiera cosa que pueda yo hacer, señor...

—Inspector Duff —contestó—. Me alegro de que piense usted así. Juntos, señorita Potter, procuraremos descubrir al asesino.

—Y lo conseguiremos —añadió la muchacha—. Hemos de descubrirlo.

Por primera vez miró a la cama.

—¡Era tan bueno conmigo! —murmuró, con voz quebrada, y, rápidamente, salió de la habitación.

Duff se quedó mirándola.

—De pura sangre, ¿no? —dijo, dirigiéndose a Hayley—. Es asombrosa, como la mayoría de las norteamericanas. Bueno, veamos lo que tenemos. Un trocito de cadena y una llave. De momento, eso es todo.

Hayley parecía molesto, embarazado.

—Duff, he sido un tonto —dijo—. Había algo más. El forense lo encontró sobre la cama. Estaba junto al cuerpo. Sin duda, cayó allí por casualidad.

—¿El qué?

—Esto.

Y Hayley le tendió una pequeña bolsa de piel lavable, muy usada, cerrada por un cordoncito. Su misterioso contenido la hacía bastante pesada. Duff se acercó a una mesa y desatando el cordón, vació la bolsita. Durante unos segundos permaneció inmóvil, mientras en su rostro se pintaba un profundo asombro.

—¿Qué te parece esto, Hayley?

—Guijarros —contestó éste—. Piedrecitas de diversos tamaños y formas. Algunas de ellas, por lo pulidas que están, indican que las han recogido en una playa.

Aplanó con la mano el montoncito y terminó:

—Guijarros sin valor y nada más.

—¡Pero eso no tiene sentido! ¿No te parece? —murmuró Duff.

Luego, volviéndose hacia uno de los agentes, añadió:

—Cuenta esas piedras y vuelve a colocarlas en la bolsa.

Mientras el policía se entregaba a aquel trabajo, Duff se sentó en un viejo sillón y paseó una lenta mirada a su alrededor.

—¡Extraño asunto! Un viejo indefenso que estaba haciendo un viaje alrededor del mundo con su hija y su nieta, es estrangulado en un hotel de Londres. Se trata de un anciano muy sordo. A media noche se despierta, lucha y logra arrancar un trozo de la cadena del reloj de su asesino.

Pero le fallan las fuerzas, el nudo se aprieta más a su garganta y, el asesino, con un último gesto, echa sobre la cama una bolsa de guijarros. ¿Qué te parece todo esto, Hayley?

—Pues que me desconcierta bastante, lo reconozco.

—Igual me pasa a mí; pero me he fijado en dos o tres cosas. Supongo que tú también las habrás notado.

—Ya sabes que no soy de tu clase, Duff.

—Vamos, no seas modesto, muchacho. Lo que pasa es que no te has fijado bien, eso es todo. Si un hombre lucha a muerte con otro, junto a una cama, sus pies tienen por fuerza que desarreglar la alfombra; sobre todo si se trata de una tan vieja como esta. Sin embargo, en el cuarto no se advierte la menor señal de lucha.

—Es verdad.

—Pues, ahora, fíjate en la cama.

Los ojos del comisario de Vine Street se abrieron desmesuradamente.

—¡Es verdad! Ya veo a qué te refieres. Se ha dormido en ella, pero...

—Sí, las sábanas están todavía remetidas bajo los colchones. La impresión es de orden. ¿Parece que en esta cama se haya estrangulado a un hombre, Hayley?

—A mí me parece que no.

—Yo estoy convencido de que no.

Y Duff miró, pensativo, ante él.

—Esta era la habitación de Drake, todo lo que hay aquí es de su propiedad; su trompetilla está sobre la mesa, sus ropas en esta silla, pero algo me dice que Hugo Morris Drake fue asesinado en otra parte.

CAPITULO III

El hombre que padecía del corazón.

Tras estas sorprendentes palabras, Duff calló durante unos instantes, con la vista perdida en el techo. Kent, el gerente del hotel, entró en la habitación. Su redondo rostro mostraba con toda claridad la inquietud que le dominaba.

—He creído que, tal vez, podría serles útil —dijo.

—Muchas gracias —contestó Duff—. Quisiera interrogar a la persona que descubrió el crimen.

—Ya me lo figuraba. Lo descubrió Martin, uno de los camareros. Le he hecho venir conmigo.

Se acercó a la puerta e hizo una señal a alguien que estaba en el corredor.

Un criado de rostro muy pálido, mucho más joven que la mayoría de sus compañeros, entró en la habitación. Se veía claramente que estaba nervioso.

—Buenos días —saludó Duff, sacando su cuaderno de notas—. Soy inspector de Scotland Yard.

El nerviosismo del joven fue en aumento.

—Quisiera que me contase usted lo que ha pasado aquí esta mañana.

—Pues... el señor Drake, ¿sabe usted? —empezó Martin—, me había encargado que cada mañana le despertase, pues en las habitaciones no hay teléfono. Al señor le gustaba almorzar abajo, pero siempre tenía miedo de dormirse. Costaba mucho despertarle, ¡el pobre era tan sordo! En dos ocasiones tuve que ir a buscar la llave del encargado del piso y entrar en la habitación.

»Esta mañana, a las ocho menos cuarto, llamé a la puerta. Insistí varias veces y, en vista de que no me contestaba, fui a buscar la llave del encargado, pero éste me dijo que le había desaparecido ayer».

—¿Que la llave había desaparecido?

—Sí, señor. Pero como abajo hay otra llave maestra, bajé a buscarla. No pensé que pudiera haberle pasado nada malo al señor Drake, pues otras mañanas también me había costado bastante hacerme oír. Cuando tuve la llave, abrí la puerta y entré. Una de las ventanas estaba cerrada y tenía echada la cortina. Por la otra, que estaba abierta y con la cortina descorrida, entraba la luz. Todo parecía en orden. Sobre la mesa vi la trompetilla y sobre una de las sillas las ropas del señor Drake. Luego me acerqué a la cama, y, al ver lo que había ocurrido, corrí a avisar al señor gerente. Eso

es todo lo que puedo decirle, señor inspector.

Duff volvióse a Kent.

—¿Qué ha sucedido con la llave del encargado?

—Algo muy extraño —contestó el gerente—. Como usted ya sabe, esta es una casa a la antigua, por eso nuestras criadas no tienen llaves de las habitaciones. Si al marcharse un cliente cierra la puerta, las encargadas de la limpieza no pueden entrar en la habitación hasta que les dé la llave maestra el encargado. Ayer, la señora Irene Spicer, que ocupa la habitación contigua a ésta, o sea la número 27, y que forma parte también del grupo del doctor Lofton, salió, llevándose la llave, a pesar de que se le había advertido que no lo hiciese.

»La mujer de la limpieza tuvo que ir a buscar la llave maestra para poder entrar. La dejó puesta en la cerradura y se dedicó a su trabajo. Luego, cuando fue a buscarla, vio que había desaparecido. Aún no se ha encontrado».

Duff sonrió.

—Naturalmente, esta mañana, a las cuatro, se sirvieron de ella.

Después, dirigiéndose a Hayley, añadió:

—Se ve que ha sido una cosa premeditada.

Hayley convino en ello.

—¿No ha pasado nada más en el hotel? —siguió Duff, dirigiéndose a Kent—. ¿Algo que sea digno de saberse?

Kent reflexionó.

—Sí —dijo, al fin—. Nuestro vigilante nocturno ha anotado en su informe dos sucesos extraños que han ocurrido esta noche. Como no es ningún muchacho, le he dicho que se acostase en una habitación libre y que descansara un rato. Hace un momento le he mandado llamar; en seguida vendrá. Prefiero que él mismo le cuente lo ocurrido...

En aquel instante entró Lofton.

—¡Ah, señor inspector! —exclamó—. Algunos viajeros están todavía fuera; a los que estaban en el hotel los he reunido en una de las salas de abajo. A las diez, como ya le he dicho, estarán todos aquí y...

—Un momento —le interrumpió Duff—. Los que más me interesan son los huéspedes de las habitaciones contiguas a ésta. El señor Kent me ha dicho que en la número 27 hay una tal señora Spicer. ¿Querría usted tener la amabilidad de ir a ver si está en el hotel? Si la encuentra, haga el favor de decirle que venga.

Lofton salió y Duff, acercándose a la cama, cubrió el cadáver con una sábana. Poco después, Lofton volvió, acompañado de una mujer de unos treinta años, elegantemente vestida. Debía de haber sido muy hermosa, pero sus fatigados ojos y la dureza de su boca, indicaban un pasado turbulento.

—La señora Spicer —anunció Lofton—. El señor Duff, inspector de Scotland Yard.

La mujer miró con interés a Duff.

—¿Por qué desea usted hablar conmigo? —preguntó.

—Supongo que estará usted enterada de lo que ha ocurrido aquí esta mañana.

—No, señor, no sé nada. He almorzado en mi habitación y hasta este momento no había salido de ella. Desde luego, he oído mucho jaleo aquí...

—El caballero que ocupaba esta habitación fue asesinado la noche pasada —dijo Duff, sin apartar la vista de la mujer, que palideció intensamente.

—¿Asesinado? —exclamó.

Pareció a punto de desmayarse. Hayley se apresuró a ofrecerle una silla.

—Gracias —murmuró, mecánicamente.

—¿Se refieren ustedes al pobre señor Drake?

¡Un hombre tan simpático! ¡Pero esto es terrible!

—Desde luego —convino Duff—. La habitación de usted y ésta se comunican por una puerta. Supongo que esta puerta estaría siempre cerrada, ¿verdad?

—Claro.

—¿Por los dos lados?

La mujer abrió, con asombro, los ojos.

—De este lado, no lo sé, pero del mío, sí lo estaba.

La estratagema de Duff había fracasado.

—¿Oyó usted algún ruido durante la noche? ¿Algún grito, alguna señal de lucha?

—No oí nada.

—Es extraño.

—¿Por qué? Tengo el sueño muy fuerte.

—¿Estaba usted durmiendo cuando se cometió el crimen?

La señora Spicer dudó un momento.

—Es usted muy astuto, señor inspector, pero le aseguro que no tengo la menor idea de la hora en que se cometió el crimen.

—No, claro que no. ¿Cómo iba usted a saberlo? Según parece, ocurrió a las cuatro de la mañana. Ahora, dígame, ¿no ha oído hablar a nadie en este cuarto en el transcurso de las últimas veinticuatro horas?

—A ver... Déjeme pensar un momento. Ayer noche fui al teatro...

—¿Sola?

—No, con el señor Stuart Vivian, que también forma parte de nuestro grupo... Cuando volví, a las doce, no se oía ningún ruido. Pero, calle... Ahora recuerdo que cuando me estaba vistiendo para la cena, oí hablar en voz muy alta en esta habitación.

—¿Sí?

—Parecían enfadados.

—¿Cuántos eran los que discutían?

—Dos, el señor Drake y... —se detuvo.

—¿Reconoció usted la otra voz?

—Sí. Era muy fácil reconocerla, porque se trataba del doctor Lofton.

Duff se volvió, rápido, al guía de la excursión.

—¿Mantuvo usted una discusión con el señor Drake, ayer, antes de la cena? —preguntó, severamente.

En el rostro del doctor se pintó una viva inquietud.

—No fue precisamente una discusión —protestó—. Entré para ponerle al corriente del programa de hoy, y él empezó a criticar a los demás turistas del grupo. Dijo que algunos de ellos no eran de la clase que él suponía.

—No me extraña que dijese eso —intervino la señora Spicer.

—Yo estoy celoso de mi fama. Nadie me había dirigido jamás críticas semejantes. Es cierto que, este año, debido a la crisis que están atravesando los negocios en los Estados Unidos, me he visto obligado a aceptar a dos o tres personas que, en otras ocasiones, no hubieran sido admitidas por mí. Pero le aseguro que son personas decentes. Las observaciones del señor Drake me ofendieron y, sin duda, nos acaloramos un poco. De todas maneras, no fue una discusión de las que llevan a extremos así.

E hizo un ademán, señalando la cama.

—¿No oyó usted nada de la conversación?

—No pude comprender lo que decían. Además, tampoco lo intenté. De lo único que me di cuenta es de que parecían muy excitados.

—¿De dónde es usted, señora Spicer? —inquirió Duff.

—De San Francisco. Mi marido es agente de Bolsa. Sus ocupaciones no le han permitido acompañarme en este viaje.

—¿Es el primero que hace usted?

—¡Oh, no! He hecho muchos. He dado dos veces la vuelta al mundo.

—¿De veras? Ustedes, los norteamericanos, son grandes viajeros. He solicitado que los miembros de la excursión se reúnan en una de las salas de abajo. ¿Podría asistir usted a esa reunión?

—Claro que sí. Ahora mismo bajo.

Y salió del aposento.

El del Servicio antropométrico se acercó a Duff y le tendió la correa.

—No hay la menor huella, señor Duff —dijo—. Se ve que la limpiaron antes de usarla y que, además, el asesino debía llevar guantes.

Duff cogió la correa.

—Doctor Lofton —preguntó—. ¿Ha visto usted esta correa en el equipaje de alguno de sus... invitados? Parece...

Se detuvo, sorprendido, al ver la expresión que apareció en el rostro del cicerone.

—¡Qué cosa más extraña! —exclamó Lofton—. En una de mis viejas maletas tengo una correa igual a ésta, que la compré poco antes de salir de Nueva York.

—¿Podría usted traerla? —dijo el inspector.

—Con mucho gusto —asintió el doctor.

Y salió.

—Yo voy a ver si el vigilante está listo —dijo el gerente.

Cuando éste dejó la habitación, Duff miró a Hayley.

—Parece que nuestro cicerone se está enredando mucho —murmuró.

—Sí, pero lleva reloj de pulsera —observó Hayley.

—Ya lo he notado. Ahora falta saber si lo ha llevado siempre o si antes lo llevaba sujeto a una cadena de platino. Pero es una tontería. Ese hombre no saldría ganando nada con el crimen. Al contrario, puede que le haga perder a su clientela. Con sólo que alegue eso tiene ya una buena coartada.

—A menos que se proponga cambiar de negocio —sugirió Hayley.

—Pero, entonces, ¿a qué decirnos lo de su correa...?

En aquel momento entró Lofton. Parecía muy emocionado.

—Lo siento, señor inspector, pero mi correa ha desaparecido.

—¿De veras? Entonces quizá sea ésta.

Y el detective se la tendió.

El doctor la examinó detenidamente.

—Me parece que, en efecto, es la mía.

—¿Cuándo la vio usted por última vez?

—El lunes por la noche, al deshacer mi equipaje. Luego coloque la maleta dentro de un armario y, desde entonces, no la he vuelto a tocar.

Miró, implorante, a Duff, y continuó:

—Alguien está tratando de hacer recaer las sospechas sobre mí.

—No cabe la menor duda. ¿Quién ha entrado en su habitación?

—Todos los compañeros. Unos y otros vienen a hacerme preguntas acerca del viaje. Esto no quiere decir que yo crea que alguno de ellos está complicado en el crimen. Todo Londres ha podido entrar en mi habitación durante los cinco últimos días. Como ya debe saber usted, nos advirtieron que, al salir, no cerrásemos nuestras habitaciones.

Duff asintió.

—No se preocupe, doctor Lofton. No creo que sea usted tan loco que estrangule a un hombre con una correa tan fácil de identificar. No hablemos más de ello. Ahora, dígame, ¿sabe quién ocupa la habitación número 29?

—El señor Walter Honnywood, un millonario neoyorquino muy distinguido. Es cliente mío.

—Si está en el hotel, ¿quiere hacer el favor de decirle que venga? Luego puede continuar reuniendo a los viajeros en la habitación de abajo.

Cuando el doctor hubo salido, Duff se levantó y trató de abrir la puerta que comunicaba la habitación de Drake con la número 29. Estaba cerrada.

—¡Es una lástima eso de la correa! —murmuró Hayley—. Aleja de Lofton toda sospecha, ¿no te parece?

—Sí, claro —asintió Duff—. A menos que ese hombre sea fantásticamente listo. «Es mi correa... naturalmente, nunca la hubiese empleado para cometer un crimen... La han robado de mi armario». No, los hombres no son tan listos.

Un hombre alto y distinguido, que frisaba en la cuarentena, apareció en la puerta.

—Soy Walter Honnywood, de Nueva York —dijo—. Este crimen me ha afectado mucho. Como saben, ocupo la habitación número 29.

—Pase usted, señor Honnywood. Veo que está usted enterado de lo ocurrido.

—Sí, me lo han contado durante el almuerzo.

—Tenga la bondad de sentarse.

El neoyorquino obedeció. Era un hombre de cabellos grisáceos. Producía la sensación de haber llevado una vida muy agitada. De pronto, Duff recordó a la señora Spicer, la dura línea de su boca y la expresión de cansancio de sus ojos.

—¿Antes de almorzar, no sabía usted nada de lo ocurrido? —inquirió el detective.

—En absoluto.

—Es extraño, ¿no?

—¿Qué quiere usted decir?

En el rostro de Honnywood se reflejó una profunda alarma.

—Quiero decir que es extraño que estando en la habitación contigua no oyera usted ningún ruido, ningún grito...

—No tiene nada de extraño, porque tengo el sueño muy fuerte.

—¿Estaba usted durmiendo cuando ocurrió el crimen?

—Sí.

—Entonces, ¿sabe usted cuándo ocurrió?

—No... eso no. Supongo que estaría durmiendo, pues, de lo contrario, hubiera oído...

Duff sonrió.

—Comprendo. Y, dígame, la puerta que comunica su habitación con ésta, ¿estaba siempre cerrada?

—Sí.

—¿Por los dos lados?

—Claro.

Duff arqueó las cejas.

—¿Cómo sabe usted que estaba cerrada por éste?

—Verá... La otra mañana oí que el camarero trataba, inútilmente, de despertar al señor Drake. Yo quise ayudarle, abriendo la puerta por mi cuarto, pero fue inútil, porque él la tenía cerrada por dentro.

Honnywood había perdido la serenidad. Estaba pálido y gruesas gotas de sudor surcaban su frente. Duff le miraba con interés.

—Me parece haber oído su nombre en algún sitio.

—Es posible, soy empresario de teatros en Nueva York, y también he tenido negocios similares en Londres. Seguramente habrá usted oído nombrar a mi mujer, Sybil Conway, la actriz. Ha trabajado bastante en Inglaterra.

—¡Ah, sí! ¿Le acompaña?

—No. Hace dos meses tuvimos un disgusto y ella se marchó a San Remo, en la

Riviera Italiana. Todavía está allí. Como en el curso del viaje hemos de pasar por esa población, espero verla para poner fin a nuestra desavenencia. Espero convencerla para que terminemos juntos la vuelta al mundo.

—Muy bien —dijo Duff.

El norteamericano había sacado un cigarrillo y trataba de encenderlo. Su mano temblaba violentamente. Al levantar la vista, vio que el detective le estaba mirando.

—Este asesinato me ha conmovido mucho —explicó—. Conocí al señor Drake en el barco e intimé con él. Además, mi salud deja bastante que desear. Esa fue la causa que me decidió a emprender este viaje. Cuando mi mujer se fue, sufrí una crisis nerviosa y mi médico me aconsejó que cambiase de ambiente.

—Perdone —dijo Duff—, pero es muy extraño que si está enfermo de los nervios tenga el sueño tan fuerte, ¿no le parece, señor Honnywood?

El norteamericano quedóse azorado.

—Nunca... me ha atacado al sueño —tartamudeó.

—Tiene usted suerte —dijo Duff—. Luego veré abajo a todos sus compañeros de viaje —explicó de nuevo.

Y rogó al neoyorquino que se reuniese con ellos. Cuando se hubo alejado, Duff se volvió a Hayley y le preguntó:

—¿Qué te parece esto?

—Ese parecía muy inquieto, ¿no?

—No creo haber visto jamás a un hombre en peor estado. Sabe mucho más de lo que ha dicho, y eso que es muy charlatán. Pero no nos precipitemos, no existe todavía ninguna prueba. Despacio, muchacho, hemos de ir despacio, pero sin olvidarnos del señor Honnywood. Conoce la hora en que se cometió el crimen y sabía que la puerta estaba cerrada por los dos lados.

—Además, a pesar de sufrir de los nervios, cosa que su aspecto indica, asegura que duerme como un chiquillo. Sí, tenemos que fijarnos en el señor Honnywood.

Kent volvió a entrar, esta vez acompañado de un viejo sirviente que parecía un retrato de *mister Pickwick*.

—Este es Eben, nuestro vigilante nocturno —explicó el gerente—. ¿Desea usted escuchar su relato, señor inspector?

—En seguida. ¿Qué tiene usted que decir, Eben?

—Pues verá usted, señor —empezó el viejo—, durante la noche, doy, cada hora, una vuelta por la casa. Cuando ayer, en la ronda de las dos, llegué a este piso, vi a un caballero que estaba delante de una de las puertas.

—¿De qué puerta?

—No estoy muy seguro, pero me parece que era la número 27.

—La veintisiete es la habitación de la señora Spicer. Siga.

—Bien, señor. Cuando aquel hombre me oyó, volvióse rápidamente y vino hacia mí. «Buenas noches» —dijo—. «Me parece que me he equivocado de piso. Mi habitación está abajo». Yo no le dije nada. Parecía un caballero. Quizá hubiera debido

interrogarle, pero como en el Broome nunca había ocurrido nada, no pensé en ello.

—¿Le vio la cara?

—Perfectamente. La luz del corredor estaba encendida, y, si le volviera a ver, no tendría ninguna dificultad en reconocerle.

Duff se levantó.

—Bien, venga a ver a los turistas del doctor Lofton.

—Un momento, señor, todavía tengo que decirle algo más.

—¿Más? ¿De qué se trata?

—Cuando, en la visita de las cuatro, llegué a este piso, la luz estaba apagada y reinaba una profunda oscuridad. «Se habrá fundido», pensé, y me dispuse a sacar la linterna eléctrica. De pronto, cuando iba a llevar la mano al bolsillo, noté que alguien estaba junto a mí. En el silencio de la noche le oí respirar. Saqué la linterna y la encendí. Sólo pude ver que aquella persona llevaba un traje gris, pues en seguida me arrancaron la linterna de las manos. Estábamos junto a la escalera. Le cogí por el bolsillo derecho de su americana y traté de detenerlo. Él se defendió para escapar. Noté que la ropa se rasgaba. En aquel momento me golpeó y caí. Perdí el sentido por unos instantes, y, cuando volví en mí, había desaparecido.

—Pero ¿está usted seguro de que llevaba un traje gris y de que le rasgó el bolsillo derecho?

—Eso se lo puedo jurar, señor.

—¿Cree usted que era el mismo hombre que encontró antes?

—Eso no puedo asegurarlo. El segundo me pareció más fornido, pero pudo ser imaginación mía.

—¿Qué hizo usted después?

—Bajé y expliqué lo ocurrido al portero de noche. Juntos, sin despertar a ninguno de los clientes, registramos la casa lo mejor que pudimos. No encontramos a nadie. Estuvimos a punto de llamar a la policía, pero como este es un hotel muy respetable y famoso, nos pareció mejor...

—Hizo usted bien —intervino el gerente.

—Creímos preferible evitar que la Prensa se ocupase del incidente. Por lo tanto, no hicimos nada más; claro que, esta mañana, en cuanto llegó el señor Kent, le informé de los dos incidentes.

—¿Hace mucho que está usted en el Broome, Eben? —inquirió Duff.

—Cuarenta y ocho años, señor. Cuando entré en la casa era un muchacho de catorce años.

—Es un buen record —dijo el inspector—. Ahora hágame el favor de ir al despacho del señor Kent y esperar allí hasta que le llame.

—Con mucho gusto —asintió el vigilante.

Y salió de la habitación. Duff se volvió a Hayley.

—Me voy abajo a ver a esa pandilla que da la vuelta al mundo. Si no te molesta, te daré un consejo, muchacho. Haz venir a algunos de tus hombres, y, mientras yo

entretengo a los viajeros, puedes echar un vistazo a sus habitaciones. Supongo que el señor Kent tendrá la bondad de acompañarte.

—Preferiría no hacerlo —murmuró el gerente—. Pero, en fin, si es necesario...

—Sí, lo es. Podrían ustedes encontrar un trozo de cadena de reloj o una americana con el bolsillo roto. Pero no nos hagamos demasiadas ilusiones.

Luego, volviéndose al perito en huellas dactilares y al fotógrafo, que todavía estaban en el cuarto, les dijo:

—¿Han terminado ya?

—En seguida acabamos —contestó el del servicio antropométrico.

—Cuando estén listos, espérenme aquí.

Después, seguido de Hayley y Kent, salió al pasillo. Una vez en él, se detuvo, y, mirando a su alrededor, dijo:

—Aquí hay cuatro habitaciones. Las número 27, 28 y 29 están ocupadas por la señora Spicer, el pobre Drake y Honnywood. ¿Podría decirme quién habita la número 30? La que está junto a la de Honnywood.

—La ocupa el señor Patrick Tait —contestó Kent—, otro de los que acompañan al doctor Lofton. Es un caballero de unos sesenta años, que, para ser norteamericano, tiene un aspecto muy distinguido. Creo que es un célebre abogado criminalista. Como padece del corazón, le acompaña una especie de secretario, un joven de unos veinte años. Pero abajo verá usted al señor Tait y a su acompañante.

Cuando Duff bajó, el doctor Lofton se paseaba ansiosamente frente a una puerta, al otro lado de la cual podía verse a un grupo de personas esperando.

—¡Ah, señor inspector! —saludó el doctor—. Todavía no he podido reunir a todos mis clientes. Faltan cinco o seis, pero, como son cerca de las diez, supongo que no tardarán. Mire, aquí viene uno.

Un caballero de porte distinguido se acercaba por el corredor que conducía a la entrada de Clarges Street. Sus espesos y blancos cabellos contribuían a darle un aspecto de gran distinción.

—Señor Tait —dijo Lofton—, aquí le presento al señor Duff, inspector de Scotland Yard.

El viejo tendió la mano.

—¿Cómo está usted? —su voz era grave—. ¿Es cierto lo que me han dicho de un asesinato? ¡Parece increíble, increíble! Y... ¿podría saber quién es el muerto?

—Tenga la bondad de entrar en el salón, señor Tait —replicó Duff—. Dentro de un momento conocerá usted todos los detalles. Se trata de un suceso muy deplorable...

Tait se volvió y, con paso firme, cruzó el umbral de la puerta. Durante un momento miró a los que se hallaban en la habitación. De pronto, lanzando un grito ahogado, cayó de bruces al suelo.

Duff fue el primero que acudió en su ayuda. Le hizo dar media vuelta. El rostro del anciano estaba tan pálido como el del muerto de la habitación 28.

CAPITULO IV

Duff pasa por alto una pista.

Casi inmediatamente, un joven de simpático aspecto corrió al lado de Duff. Sacó una botellita, empapó un pañuelo con su contenido y luego lo aplicó a la nariz del señor Patrick Tait.

—Nitrato de amilo —explicó, mirando al inspector—. Supongo que se reanimará en seguida. Él me dijo que le diese esto si le daba algún ataque.

—Usted es el acompañante del señor Tait, ¿no?

—Sí, señor. Me llamo Mark Kennaway. El señor Tait es propenso a estos ataques y por eso me tomó para que viajase con él.

En aquel instante el anciano se estremeció y abrió los ojos. Respiraba con dificultad. Su rostro era más blanco que sus niveos cabellos.

Duff se había fijado ya en una puerta del extremo opuesto de la habitación y, dirigiéndose a ella, vio que daba a un cuartito con una comfortable cama.

—Será mejor que le traslademos aquí, señor Kennaway. Está todavía demasiado agitado el enfermo para subirle arriba.

Y, sin decir nada más, cogió al anciano en brazos y le llevó hasta el lecho.

—Quédese con él —indicó Duff—. Más tarde hablaré con ustedes.

Y salió, cerrando la puerta.

Durante unos instantes contempló el salón del hotel Broome. El mobiliario, de nogal y terciopelo rojo, era el mismo que compró el primer propietario del hotel y así había seguido durante años y años. A un lado se veía una biblioteca con algunos volúmenes; sobre una mesa había un montón de periódicos de provincias. De las paredes pendían algunos cuadros con escenas de caza, y los caballos, que en un tiempo fueron blancos, ahora, con el transcurso de los años, resultaban amarillos.

El grupo de modernos turistas, que estaban sentados en aquel salón tan antiguo, miraban al inspector seria y ansiosamente. Fuera, el sol había conseguido, por fin, atravesar la espesa niebla, y una luz viva entraba por las ventanas iluminando aquellos rostros que durante mucho tiempo habrían de ocupar la mente del detective.

—Falta alguno, ¿verdad? —preguntó Duff, volviéndose a Lofton.

—Sí, cinco. Eso sin contar a los que están en la otra habitación y a la señora Potter.

—No importa —dijo Duff, encogiéndose de hombros—. Podemos empezar ya.

Arrastró una mesita hasta el centro de la habitación y, sentándose ante ella, sacó su cuaderno de notas.

—Supongo —empezó— que todos ustedes saben lo que ha ocurrido. Me refiero al asesinato del señor Drake, la noche pasada.

Nadie dijo nada, y Duff continuó:

—Permitan ustedes que me presente yo mismo. Me llamo Duff y soy inspector de Scotland Yard. Ante todo, debo decirles que todos ustedes deberán permanecer en el hotel Broome hasta que las autoridades les permitan marchar.

Un hombrecillo que llevaba unos lentes con montura de oro, se levantó.

—Un momento, señor inspector —gritó, con voz chillona—. Estoy dispuesto a abandonar inmediatamente este viaje. No estoy acostumbrado a ver mi nombre mezclado en asesinatos. En Pittsfield, Massachusetts, de donde vengo...

—¡Ah! ¿Sí? —dijo, fríamente, Duff—. Muchas gracias. No sabía por dónde empezar, de manera que me viene usted bien.

Sacó su estilográfica.

—¿Me hace el favor de su nombre?

—Me llamo Norman Fenwick —pronunció Fenwick.

—¿Tiene la bondad de deletrear su apellido?

—F-e-n-w-i-c-k. Es un apellido inglés, ¿sabe usted?

—¿Es usted inglés?

—Mis antepasados lo eran; llegaron a Massachusetts en el año 1650. Durante la revolución, permanecieron leales a la madre patria.

—Eso —sonrió Duff— es algo muy antiguo. No creo que tenga nada que ver con el asunto que interesa.

Y miró, con disgusto, a aquel hombrecillo que tanto interés tenía en ponerse a bien con los ingleses.

—¿Viaja usted solo?

—No, me acompaña mi hermana Laura.

E indicó una mujer pálida, de grises cabellos.

Duff anotó el nombre.

—Bien, ahora dígame si alguno de ustedes dos sabe algo acerca de lo ocurrido esta noche.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó, irritado, el señor Fenwick.

—No perdamos tiempo —protestó el inspector—. Tengo mucho que hacer. ¿Vio u oyó usted algo que pudiera dar alguna luz a este misterio?

—Nada, señor, y puedo responder por mi hermana.

—¿Ha salido usted del hotel esta mañana? ¿Sí? ¿Dónde ha ido?

—Estuvimos paseando por el West. Fuimos a echar un último vistazo a Londres. A los dos nos encanta la ciudad. Es lógico, siendo como somos de origen inglés...

—Sí, sí. Perdóneme, pero debemos continuar...

—Un momento, señor inspector. Deseamos dejar inmediatamente este grupo.

¡Inmediatamente! No quiero mezclarme...

—Ya le he dicho lo que debe usted hacer.

—Muy bien. Pues iré a ver a nuestro embajador, que es un viejo amigo de mi tío...

—Véale usted —gritó Duff—. ¿Quién es el siguiente? Señorita Pamela, con usted ya he hablado, y a usted también la he visto, señora Spicer. Ese caballero que está junto a usted...

El hombre se presentó a sí mismo.

—Soy Stuart Vivian, de Del Monte, California.

Era un hombre de tez bronceada y hubiera sido guapo a no desfigurarle una profunda cicatriz que tenía a la derecha de la frente.

—Debo decirle que estoy de acuerdo con el señor Fenwick. ¿Qué tenemos que ver nosotros con este suceso? Por mi parte, ni conocía al muerto, como tampoco conozco a esos otros señores.

—Salvo una excepción —le recordó Duff.

—Ah... sí... claro, hay una excepción.

—Ayer noche, ¿fue al teatro con la señora Spicer?

—Sí. La conocía antes de emprender este viaje.

—¿Se pusieron los dos de acuerdo para realizarlo?

—Esa pregunta es una tontería —dijo, con disgusto, la mujer.

—Fue una simple coincidencia —exclamó Vivian—. No había visto a la señora Spicer desde hacía un año e imagine usted mi sorpresa al llegar a Nueva York y ver que formaba parte de la misma expedición que yo. Naturalmente, no había razón para que no realizara el viaje.

—Es verdad —contestó Duff, con amabilidad—. ¿No sabe usted nada acerca del asesinato del señor Drake?

—¿Cómo iba a saberlo?

—¿Ha salido del hotel esta mañana?

—Sí. He dado un paseo, pensaba comprar unas camisas en Burlington Arcade.

—¿No ha hecho nada más?

—No.

—¿En qué se ocupa usted, señor Vivian?

—En nada. De cuando en cuando juego un poco al polo.

—Esa cicatriz se la hicieron jugando al polo, ¿no?

—Sí, hace algunos años. Una mala caída de caballo.

Duff miró a su alrededor.

—Señor Honnywood, debo hacerle una pregunta más.

La mano de Honnywood temblaba al quitarse de la boca el cigarrillo.

—Usted dirá, señor inspector.

—¿Ha salido del hotel esta mañana?

—No. Después del almuerzo he venido a esta habitación y he hojeado algunos

ejemplares atrasados del *New York Tribune*.

—Gracias. ¿El caballero que está junto a usted? —La mirada de Duff se había posado en un hombre de mediana edad, nariz aguileña y ojos pequeños. A pesar de su elegante traje y de la naturalidad con que lo llevaba, había en él algo raro.

—Capitán Ronald Keane —se presentó.

—¿Es usted militar? —inquirió Duff.

—Pues... sí...

—Ya lo creo que lo es —intervino Pamela Potter—. El capitán Keane me dijo que había servido en el ejército inglés en la India y en el África del Sur.

Duff se volvió hacia el capitán.

—¿Es verdad eso?

—Pues... —Keane dudaba—. No del todo. He estado fantaseando un poco. Comprende usted... a bordo de un buque... una muchacha hermosa...

—Lo comprendo. En un caso así uno trata de impresionar agradablemente, aunque sea a costa de la verdad. Es una cosa que se hace muy a menudo. ¿Ha servido usted en algún ejército, capitán Keane?

Keane vaciló de nuevo, pero comprendió que el inspector de Scotland Yard tenía medio de informarse.

—Perdone, pero mi título es... honorario.

—¿En qué se ocupa?

—De momento, en nada. He sido ingeniero.

—¿Y cómo se le ocurrió emprender este viaje?

—Pues, para divertirme.

—Espero que no habrá sufrido ninguna decepción. ¿Qué sabe usted acerca del suceso de esta noche?

—Nada en absoluto.

—Supongo que también habrá salido esta mañana.

—Sí, he ido a cobrar un cheque en el American Express Office.

—Creí que no llevaba más que cheques Nomad —intervino el doctor Lofton dominado por su sentido de negociante^[1].

—Tenía algunos de la otra compañía —replicó Keane—. ¿Hay algún convenio que me lo impida?

—En nuestro contrato se convino... —empezó Lofton.

Pero Duff le interrumpió.

—Ahora sólo queda el caballero de aquel rincón —dijo indicando a un hombre alto, vestido con un traje de *tweed*. En la mano llevaba un fuerte bastón y una de sus piernas estaba rígida—. ¿Cómo se llama usted? —añadió Duff.

—John Ross —replicó el otro—. Soy comerciante en madera, en Tacoma, Washington. Hacía años que soñaba con realizar este viaje, pero nunca creí que empezase así. Mi vida es un libro abierto, señor inspector. Pida lo que quiera y le leeré en voz alta cualquier página que usted escoja.

—Es usted de origen escocés, ¿verdad?

—Sí. Hace unos meses fui lo suficiente estúpido para dejar que un árbol me cayese encima del pie, rompiéndome un sin fin de huesos que no fueron bien curados y, aquí me tiene usted, cojeando.

—Lo siento. ¿No sabe nada acerca de este crimen?

—Ni una palabra, señor inspector. Siento no poder ayudarle. Era una bellísima persona ese Drake. En el buque trabé conocimiento con él; los dos teníamos unos estómagos excelentes. Créame que le apreciaba.

—Supongo que usted también...

Ross asintió.

—Sí, he salido a dar una vuelta esta mañana. ¡Lástima de la niebla! Tienen ustedes un pueblecito muy interesante, señor inspector. Debería estar en la costa del Pacífico.

—¡Ojalá pudiéramos trasladar la costa aquí! —replicó Duff—. Particularmente el clima.

Ross le miró con interés.

—¿Ha estado usted allí?

—Sí, hace algunos años hice una breve visita.

—¿Qué le parecimos?

Duff se echó a reír y, moviendo la cabeza, dijo:

—Pregúntemelo en otro momento, ahora tengo otras cosas más importantes en qué ocuparme. —Se levantó—. Tengan la bondad de esperarse un poco —añadió y salió de la habitación.

Fenwick fue hacia el doctor Lofton.

—Óigame. Nos va usted a devolver en seguida el dinero del viaje.

—¿Por qué? —preguntó suave Lofton.

—¿Cree acaso que vamos a continuar el viaje después de esto?

—El crucero continuará. Si quiere ir o no, eso es cosa suya. Hace muchos años que hago esta travesía. El que haya ocurrido un crimen no altera para nada mis planes. Nos retrasaremos algún tiempo en Londres, pero eso es un accidente imprevisto. Lea usted su contrato, señor Fenwick. «No respondo de accidentes». Yo les guiaré a todos ustedes alrededor del mundo en la debida forma y, si usted prefiere retirarse, no seré yo quien le haga desistir.

—Eso es un insulto —gritó Fenwick. Se volvió hacia los demás—. Debemos ir todos a hablar con el cónsul.

Pero nadie parecía dispuesto a hacerle caso.

En aquel momento entró Duff, acompañado de Eben, el vigilante nocturno.

—Señora y caballeros —empezó el inspector—. Le he pedido a este hombre que les mire y vea si puede identificar a cierta persona que a las dos de la mañana no podía encontrar su cuarto y andaba rondando por casualidad por el piso en que se cometió el crimen.

Se volvió hacia Eben, que estaba contemplando los rostros de los reunidos allí. Primero miró a Lofton, luego, a Honnywood, a Ross, a Vivian. En Fenwick apenas si se fijó.

—¡Ése es! —dijo al fin, señalando al capitán Ronald Keane. Éste se levantó.

—¿Qué quiere usted decir?

—Digo que es usted el hombre que encontré en mi inspección de las dos de la mañana. Me dijo que había confundido aquel piso con el suyo.

—¿Es verdad eso? —preguntó Duff.

—Pues... —Keane miró con ansiedad a su alrededor—. Pues... sí. No podía dormir, ¿sabe? y fui a buscar un libro para leer.

—Es muy viejo eso de ir a buscar un libro como soporífero.

—Es verdad —dijo Keane, sonriendo—; pero a veces sirve, sobre todo a los que tienen gustos literarios. Sabía que Tait tiene algunos libros —ese joven—, señaló a su acompañante —le lee hasta tarde durante la noche. Sabía también que estaba en el tercer piso, aunque no estaba seguro de cuál era su habitación. Pensé que lo mejor era subir y escuchar ante las puertas hasta descubrir en cuál de ellas se leía en voz alta. No oí nada, era ya demasiado tarde. Cuando encontré a ese vigilante me iba ya hacia abajo.

—Entonces, ¿por qué dijo que se había equivocado de piso?

—No era cosa de explicar a un criado mis aficiones literarias, además, no me hubiera comprendido. Por eso le dije lo primero que se me ocurrió.

—Se ve que eso es costumbre en usted.

Durante unos momentos, Duff miró fijamente a Keane. Aquel hombre no le gustaba, aunque, a pesar de todo, su explicación era bastante plausible. De todas maneras, decidió no perderle de vista.

—Muy bien —dijo el detective—. Muchas gracias, Eben. Ya puede retirarse. —Luego, acordándose de Hayley, siguió, dirigiéndose a los demás.

—Tengan la bondad de permanecer todos aquí —y, sin hacer caso de las protestas que se elevaron, fue rápidamente a la otra habitación.

Al cerrar la puerta vio que Patrick Tait estaba sentado en la cama con un vaso de coñac en la mano. Kennaway se inclinaba solícito sobre él.

—¡Oh, señor Tait! Me alegro de que se encuentre usted mejor.

El viejo movió la cabeza. Su voz era un murmullo.

—No es nada. Soy propenso a estos ataques. Por esta razón llevo conmigo a ese muchacho... Creo que me cuidará bien. Quizá ha sido a causa de la emoción. No me esperaba ese asesinato, ¿comprende?

—No, claro —asintió el inspector al mismo tiempo que se sentaba—. Bueno, ahora si se encuentra bastante bien para...

—Un momento —le interrumpió Tait, levantando la mano—. Perdone la curiosidad, pero todavía no sé quién es el asesinado, señor Duff.

El detective le dirigió una escrutadora mirada y preguntó:

—¿Está usted seguro de que se encuentra lo bastante fuerte para...?

—Lo que me ha ocurrido no tiene ninguna importancia —contestó Tait—. ¿Quién ha sido la víctima de este desgraciado suceso?

—El muerto es el señor Hugo Morris Drake, de Detroit —contestó Duff.

Tait inclinó la cabeza y quedóse callado unos instantes.

—Le conocía algo —dijo al fin—. Un hombre cuyo pasado no tenía la menor tacha, señor inspector; además era un filántropo. ¿Cómo podía nadie desear su muerte? Se encuentra usted ante un problema muy interesante.

—Y difícil —añadió Duff—. Me gustaría hablar de él con usted. Según tengo entendido, usted ocupa la habitación número 30, que está próxima al lugar donde ocurrió este desgraciado suceso. ¿A qué hora se acostó ayer noche?

Tait miró al joven.

—Allá a las doce, ¿verdad, Mark?

Kennaway asintió.

—O quizá unos minutos más tarde. Cada noche, señor inspector, voy a la habitación del señor Tait y le leo en voz alta hasta que se duerme. Ayer noche empecé a leer a las diez y, poco después de las doce, se quedó dormido. Entonces salí y bajé a mi habitación, que está en el segundo piso.

—¿Qué acostumbra usted a leer? —preguntó interesado Duff.

—Novelas de misterio —contestó sonriendo Kennaway.

—¿Para un hombre que padece del corazón? Yo creía que las emociones...

—¡Bah! —exclamó Tait—. En esas obras no hay ninguna emoción. He sido durante muchos años abogado criminalista en mi patria, y en todo cuanto se refiere a la palabra asesinato... —De pronto se detuvo.

—Iba usted a decir —continuó Duff amablemente, siguiendo el pensamiento del otro—, que el asesinato no es para usted un suceso emocionante.

—¿Y qué? —preguntó Tait.

—Que me extraña —siguió Duff— que siendo así, este crimen le haya conmovido tanto.

—Encontrarse ante un crimen real es muy distinto a leerlo en los libros, o a hablar de él ante un tribunal.

—Claro, claro —asintió Duff. Durante unos instantes guardó silencio, tamborileando con los dedos en el brazo del sillón. De pronto, con la rapidez de una ametralladora, empezó a disparar preguntas a su interlocutor.

—¿No oyó usted nada en el tercer piso ayer noche?

—Nada.

—¿Ningún grito? ¿Ninguna llamada de socorro?

—Nada, se lo aseguro.

—Ninguna exclamación de un hombre atacado brutalmente.

—Ya le he dicho a usted...

—Le estoy interrogando, señor Tait. Cuando le he encontrado en el vestíbulo

parecía estar fuerte y sano. Había oído hablar de un asesinato, pero no sabía a quién habían asesinado. Con paso firme se dirigió a la puerta de la habitación, echaba una mirada a los que están en ella y, acto seguido, se desploma usted como herido de muerte...

—Me pasa bastante a menudo...

—¿De veras? ¿O acaso vio usted a alguien en la habitación...?

—¡No! ¡No!

—Algún rostro, quizá...

—¡Le digo que no!

Los ojos del viejo centelleaban y la mano que sostenía el vaso temblaba. Kennaway se adelantó.

—Por favor, señor inspector —dijo, suavemente—. Va usted demasiado lejos. Este hombre está enfermo...

—Ya lo sé. Lo siento, perdóneme. Tengo que hacer un trabajo y, a veces, me extralimito —se levantó—. De todas maneras, señor Tait —añadió—, estoy convencido de que vio algo extraño esta mañana al entrar en la habitación. Y estoy decidido a descubrir de qué se trataba.

—Tiene usted derecho a creer lo que quiera —replicó el viejo mientras Duff salía del cuarto.

Hayley aguardaba en el vestíbulo.

—He registrado las habitaciones de todos los turistas Lofton —explicó—. No he encontrado el menor rastro de ninguna cadena de reloj, ni ningún traje gris con un bolsillo roto. ¡Nada!

—Claro que no —replicó Duff. Todos han salido del hotel esta mañana y esas pruebas han desaparecido con ellos.

—Tengo que volver a mis obligaciones de Vine Street —dijo Hayley—. Ya te dejarás caer por allí cuando hayas terminado. ¿Eh muchacho?

Duff asintió. Al volverse, desapareció de su rostro toda señal de preocupación. Pamela Potter le llamaba desde la puerta del salón. El inspector se dirigió rápidamente hacia ella...

—Le estaba esperando, señor inspector. Si quiere ver a mi madre creo que ahora podrá hablar con ella.

—Bien. La acompañaré dentro de un momento.

Luego entró en el salón y, después de advertir que no podían salir del hotel, despidió a los que estaban reunidos allí.

—Desea ver a los cinco miembros de su expedición que todavía no han llegado —dijo a Lofton.

—Desde luego. Tan pronto lleguen le avisaré. —Asintió y se marchó a lo largo del vestíbulo, seguido de Fenwick, que continuaba discutiendo.

Duff se quedó en la puerta del departamento ocupado por Pamela Potter y su madre, mientras la muchacha entraba en él. Al cabo de unos instantes, durante los

cuales escuchó a través de la puerta el murmullo de una discusión, la joven le hizo entrar.

Las cortinas estaban echadas. Poco a poco, los ojos del inspector se fueron acostumbrando a la penumbra y al fin vio, extendida sobre una *chaise longue*, en el ángulo más oscuro, la figura de una mujer.

—El señor es el inspector Duff, mamá —dijo Pamela Potter.

—Oh, sí —contestó débilmente la mujer.

—Señora Potter —empezó el detective, que se encontraba bastante a disgusto—. Siento tenerla que molestar. Pero es absolutamente necesario.

—Lo comprendo —replicó la mujer—. Siéntese, haga el favor. Supongo que no le importará que las cortinas estén echadas. Después de esta terrible conmoción no me encuentro muy bien.

—Ya he hablado con la señorita Potter —siguió Duff acercando lo más posible su silla—, de modo que no estaré aquí más que un momento. Si puede usted decirme algo acerca de este suceso, le aseguro que es muy importante que lo haga. Usted debe de saber mucho más del pasado de su padre que la señorita Pamela. ¿Tenía su padre algún enemigo?

—¡Pobre papá! —murmuró la mujer—. Pamela, las sales —la muchacha sacó una botellita verde—. ¡Era un santo! Señor... ¿Cómo has dicho que se llamaba, nena?

—Duff, mamá.

—Mi padre era un verdadero santo en la tierra, si es que hay alguno. No tenía ningún enemigo. Nunca he oído cosa más desatinada que la que usted me ha preguntado.

—Sin embargo, debe de haber algo en el pasado de su padre, señora Potter. Eso es algo que debemos descubrir... —Duff se detuvo y sacó del bolsillo una bolsa de piel—. ¿Podría recorrer un poco esa cortina? —dijo, dirigiéndose a la muchacha.

—Ya lo creo —contestó.

Duff le tendió la bolsa.

—Mire usted, señora, esto lo encontramos sobre la cama, al lado del cuerpo de su padre.

—¿Y qué es eso?

—Una simple bolsita de gamuza. —Sacó parte del contenido y lo colocó sobre la palma de su mano—. Estaba lleno de guijarros, cien o acaso más. ¿No le dice esto nada?

—A mí no, ¿y a usted?

—Por desgracia, nada tampoco. Pero, por favor, trate de recordar si su padre intervino alguna vez en negocios de minas.

—Si lo hizo nunca se lo oí decir.

—¿No podrían estas piedras estar ligadas a algún asunto de automóviles?

—¿Cómo iban a estarlo? Pamela, esta almohada...

—Ahora te la arreglo, mamá.

Duff lanzó un suspiro y volvióse a guardar la bolsa.

—En el barco, ¿no trató usted a los demás compañeros de excursión?

—No salí de mi camarote —contestó la mujer—. Pamela sí que estuvo rondando por todas partes, hablando con todo el mundo en lugar de estar conmigo.

El detective sacó el fragmento de cadena con la llave y se lo tendió a la muchacha.

—Supongo que no habrá visto esta cadena en ninguno de sus compañeros de viaje, ¿verdad?

La joven la examinó con tención.

—No. ¿Quién se fija en una cadena de reloj?

—¿Y la llave no le dice nada?

—Nada, lo siento.

—Tenga la bondad de enseñársela a su madre. ¿Había visto alguna vez, señora, esta llave, o esta cadena?

La señora Potter se encogió de hombros.

—No, nunca la he visto hasta ahora. El mundo está lleno de llaves. No creo que consiga nada por este lado.

Duff se guardó la llave y se levantó.

—Bueno, he terminado.

—Este es un asunto disparatado —dijo con voz quejumbrosa la mujer—. No tiene sentido. Deseo que logre descubrir el misterio, aunque no creo que lo consiga.

—Haré todo lo posible por conseguirlo —le aseguró Duff. Y salió convencido de haber encontrado a una mujer superficial y vana. La muchacha le siguió.

—Pensé que sería mejor que viese usted a mamá —dijo—. Así ha podido usted darse cuenta de que soy yo quien tiene que hacerlo todo. La pobre mamá no ha sido nunca muy fuerte.

—Lo comprendo —contestó Duff—. Haré lo posible por no molestarla otra vez. Usted y yo debemos procurar ir de acuerdo.

—Para vengar a mi abuelo —asintió gravemente la muchacha.

Duff volvió a la habitación 28. Sus dos compañeros le aguardaban.

—Ya estamos listos —dijo el perito en huellas dactilares—. Hemos descubierto bien poca cosa. Esto es muy extraño —y le tendió al inspector la trompetilla del muerto.

—¿Qué pasa? —preguntó Duff, cogiéndola.

—No hay ni una sola huella, Ni las del muerto. Ha sido limpiada con todo cuidado.

Duff contempló aquel objeto.

—Conque limpiada con todo cuidado, ¿eh? Y si el viejo hubiera estado en otro lado del hotel, si hubiera sido asesinado allí y luego traído aquí junto con la trompetilla...

—No le entiendo, señor inspector —dijo el ayudante.

Duff sonrió.

—Estaba pensando en voz alta. Vamos muchachos, tenemos que hacer aún mucho trabajo —y dejó otra vez la trompetilla sobre la mesa.

Aunque de momento no lo sospechó, acababa de tener en sus manos la clave de aquel misterio. La sordera de Hugo Morris Drake fue la que motivó su asesinato.

CAPITULO V

Una comida en el Mónico.

Cuando llegaron a la planta baja, Duff ordenó a sus dos auxiliares que volvieran a Scotland Yard con sus hallazgos y que luego le enviaran el chofer con el coche verde para volver él. Se puso a pasear por los corredores hasta que tropezó con el doctor Lofton, quién le anunció.

—Los otros cinco turistas están ya aquí. Les he hecho esperar en la misma sala. Le ruego que los vea en seguida, pues están impacientes.

—En seguida —contestó amablemente Duff y, seguido de Lofton, entró en el salón.

—Ustedes ya saben lo que ha ocurrido —dijo el guía—. El señor es el inspector Duff, de Scotland Yard, y desea hablar con ustedes. Señor inspector, le presento el señor Elmer Benbow y su esposa, el señor Minchin y señora, y a la señora Latimer Luce.

El policía contempló aquel extraño grupo.

«¡Ya es una reunión bien extraña la de estos americanos que van a dar la vuelta al mundo! —pensó—. Se mezclan toda clase de tipos, de razas, de clases sociales, para viajar juntos, al parecer, en perfecta paz y cordialidad. Aquello era como un crisol».

Estaba buscando su cuaderno de notas, cuando el llamado Elmer Benbow, se precipitó sobre él y le estrechó entusiasmado la mano.

—¡Encantado de conocerle, señor inspector! —exclamó—. Ya tenemos algo que contar cuando volvamos a Akron. ¡Vernos mezclados en un crimen, Scotland Yard y todo! ¡Exactamente igual que lo he leído en las novelas de misterio! Las he leído a montones. Mi mujer dice que no me benefician nada, pero cuando cada noche vuelvo a casa desde la fábrica, estoy demasiado rendido para hincharme de literatura...



Lleva siempre consigo una cámara cinematográfica.

—¿De veras? —le interrumpió Duff—. Un momento, señor Benbow. —Éste calló. Era un hombre rollizo, de aspecto ingenuo. Era el norteamericano típico, tal como se lo imaginan los ingleses. En la mano llevaba una cámara cinematográfica, portátil—. ¿Cómo se llama el lugar ese al que usted piensa volver algún día? —preguntó Duff.

—Akron. ¿No ha oído usted hablar de Akron, en Ohio?

—Esta es la primera vez —sonrió Duff—. Supongo que éste será para ustedes un viaje de placer, ¿verdad?

—Claro. Estaba pensando en él desde hacía la mar de años. Los negocios no han ido muy bien durante el invierno pasado y mi socio dijo: «Elmer, ¿por qué no metes mano en tus ahorros y te vas a hacer ese viaje alrededor del mundo del que tanto vienes hablando hace cinco años? Eso si te queda todavía algo después de la bancarrota de Wall Street». Como yo no soy especulador, mis ahorros estaban

intactos. Mi norma es inversiones seguras. No me asustó gastar dinero, porque sé que los negocios tienen una base segura y se salvarán a tiempo. Estoy seguro que todo volverá a la normalidad antes de que volvamos a Akron. El presidente Harding nació también en Ohio...

Duff echó una mirada a su reloj.

—Quisiera preguntarle, señor Benbow, si podría usted echar alguna luz sobre el desgraciado suceso de la habitación 28.

—Desgraciado, ¡esa es la palabra exacta! Era el hombre más bueno que ha existido. Uno de los más importantes personajes de la comarca. Era riquísimo. Le aseguro que es una pérdida terrible para las instituciones benéficas norteamericanas.

—¿No sabe usted nada del crimen?

—Yo no lo he cometido, si es a eso a lo que se refiere. Fabricamos demasiados neumáticos en Akron para matar a nuestros mejores clientes, los fabricantes de automóviles. No, señor, esto es un misterio enorme para Nettie y para mí. ¿Conoce a mi mujer?

El detective se inclinó ante la señora Benbow, mujer hermosa y elegante que, al no hacer falta en la fábrica había tenido, sin duda, mucho más tiempo para los refinamientos de la vida que su marido.

—Es un placer para mi conocerla —dijo el inspector—. Supongo que habrán empleado la mañana en visitar Londres, ¿no?

El señor Benbow levantó la cámara.

—Quería gastar la película que me quedaba. Pero la niebla es terrible. No sé que tal saldrán las fotografías. Impresionar películas es mi debilidad. Cuando vuelva de este viaje espero tener películas suficientes para dar infinidad de fiestas durante todo el invierno.

—¿De manera, que pasó la mañana impresionando películas?

—Claro que sí. Por fin salió el sol y entonces sí que me desquité. Nettie no paraba de decirme: «Elmer, que perderemos el tren». Al fin, le hice caso. Además, ya había terminado la película.

Duff estudió con atención sus notas.

—Akron está cerca de una ciudad llamada Canton, ¿verdad? —preguntó al fin.

—A cuatro pasos como si dijéramos —contestó Benbow—. MacKinley nació en Canton, ¿sabe? Los norteamericanos llamamos a Ohio la tierra de los presidentes.

—¡Ah! ¿sí? —murmuró el inspector. Se volvió hacia la señora Latimer Luce, señora ya entrada en años, pero de edad indefinible y aspecto distinguido—. Señora Luce. ¿Tiene usted algo que decirme acerca de este crimen?

—Lo siento, señor inspector, pero no puedo decirle nada —su voz era dulce y agradable—. He pasado la mayor parte de mi vida viajando, pero ésta es una experiencia nueva para mí.

—¿Dónde vive usted?

—Pues... en Pasadena, California. Compré una casa allí, pero casi nunca la

habito. A mí me gusta ver caras nuevas, viajar. Estoy asombrada por este asesinato. ¡Un hombre tan simpático!

—Usted ha salido del hotel esta mañana.

—Sí, he almorzado con una vieja amiga en Curzon Street. Una inglesa a quien conocí cuando vivía en Shanghai, hace unos veinte años.

La mirada de Duff se había posado con interés en Max Minchin.

El señor Minchin era un hombre moreno, regordete, con los cabellos muy largos y el labio inferior saliente. No había demostrado el entusiasmo que el señor Benbow, al encontrarse frente a un agente de Scotland Yard. Al contrario, su expresión era más bien hostil.

—¿Dónde vive usted, señor Minchin? —inquirió Duff.

—¿Qué tiene que ver esto con el asunto? —preguntó Minchin, mientras con una de sus velludas manos jugueteaba con el grueso brillante que adornaba su corbata.

—Contesta, Maxy —dijo su mujer, que arrancaba la pelusa del terciopelo de su sillón—. Eso no es nada malo. —Después, mirando a Duff, siguió—: Somos de Chicago.

—Eso es, de Chicago —dijo su marido—. ¿Hay algo malo en ello?

—¿No saben ustedes nada de este crimen?

—Yo no tengo nada que decir. Mis negocios... bueno, ahora no están aquí, pero yo no diré ni una palabra. ¿Entiende lo que digo?

Duff miró al doctor Lofton. Personas bastante extrañas habíanse mezclado en aquella excursión alrededor del mundo de aquel año. El doctor miró embarazado al detective.

La señora Minchin también parecía confusa.

—¡Vamos Maxy —protestó—, no seas chiquillo, nadie te acusa!

—Cuídate de tus asuntos, yo me encargo de esto.

—¿Qué ha estado usted haciendo esta mañana? —preguntó Duff.

—He ido de compras.

—Mire que brillante —y Sadie levantó una mano gordezuela—. Lo descubrí en un escaparate y le dije a Maxy: «Si quieres que me acuerde de Londres, esto es lo más indicado para recordármelo». Él lo comprendió en seguida y entró a comprármelo. Es un hombre que sabe gastar; sino pregúnteselo a los muchachos de Chicago...

Duff lanzó un suspiro y se levantó.

—No les entretengo más —dijo, dirigiéndose a sus interlocutores.

Advirtió de nuevo que nadie debía salir del hotel y, cuando todos hubieron salido de la habitación, el doctor Lofton se volvió hacia el detective.

—¿Cómo va a terminar todo esto, señor Duff? —preguntó—. Mi itinerario está fijado por anticipado y un retraso sería un trastorno terrible, por los barcos ¿comprende? Pues salen a fecha fija de Nápoles, Port Said, Calcuta, Singapur. ¿Tiene usted alguna prueba que le permita detener a alguno de mis clientes? Si la tiene

hágalo, y déjenos marchar al resto.

En el habitualmente sereno rostro de Duff, se reflejó una profunda preocupación.

—Le voy a ser franco —dijo—. Nunca me he encontrado en una situación semejante a ésta. No sé todavía qué haré. Tengo que consultar a mis superiores. Mañana declararán ante el Juzgado y, seguramente, la vista se retrasará hasta dentro de algunas semanas.

—¿Algunas semanas? —exclamó Lofton con voz desmayada.

—Lo siento. Iré lo más de prisa que pueda, pero debo decirle, que hasta que no haya resuelto este asunto me veré obligado a detenerles aquí.

Lofton se encogió de hombros.

—¡Eso ya lo veremos!

—Qué duda cabe —contestó el policía; y ambos se separaron.

Mark Kennaway aguardaba en el corredor que conducía al vestíbulo.

—¿Puedo hablar con usted un momento, señor inspector? —dijo.

Los dos hombres se sentaron en un banco próximo.

—¿Me tiene usted que decir algo? —preguntó el detective.

—Sí. Tal vez no tenga ninguna importancia, pero, cuando ayer noche dejé al señor Tait y bajé al segundo piso, vi a un hombre que estaba rondando en la sombra, al otro lado del ascensor.

—¿Y quién era?

—¡Oh! No espere ninguna sorpresa, señor inspector. Era nuestro viejo amigo el capitán Keane.

—¡Ah, sí! Sin duda iba a pedir prestado un libro.

—Es posible. El encargado del ascensor es un lector empedernido. Pero su biblioteca no es muy extensa.

Duff contempló el rostro del joven. Kennaway le era simpático.

—Dígame, ¿cuánto tiempo hace que conoce al señor Tait?

—Sólo desde que empezó este viaje. En junio pasado salí de la Harvard Law School y no parecía que la gente se disputase mis servicios. Un amigo me habló de este empleo. Yo deseaba viajar y me pareció una gran suerte recibir consejos sobre las leyes de un hombre como el señor Tait.

—¿Y le ha dado muchos?

—No, no habla mucho. Su estado exige mucha atención y si continúa con ataques como el de esta mañana voy a desear no haber salido de Boston.

—¿Ha sido la de hoy su primera experiencia de los ataques del señor Tait?

—Sí, hasta hoy parecía gozar de perfecta salud.

Duff se recostó en el duro banco y se puso a cargar su pipa.

—¿Y si me contase usted sus impresiones respecto a sus compañeros de viaje? —sugirió.

—No estoy muy seguro de ser un hombre sagaz —contestó sonriendo Kennaway—, sin embargo, en el barco tuve ocasión de descubrir algo acerca de ellos. La

variedad parece ser lo más notable de la expedición.

—A ver, hábleme de Keane, por ejemplo.

—Es un hombre muy extraño. No comprendo de donde habrá sacado el dinero para éste viaje. Es una excursión muy cara, ¿sabe?

—¿Drake, alternaba mucho en el barco?

—Sí. Era un hombre muy simpático, pero como era muy sordo, la conversación con él resultaba pesadísima.

—Y de Lofton, ¿qué piensa?

—Es un hombre interesante, muy instruido... conoce como nadie su negocio. Debiera haber oído usted sus explicaciones el día que visitamos la Torre de Londres. La mayor parte del tiempo está ocupado y distraído. No es extraño, con toda esta gente entre las manos.

—¿Y Honnywood? —Duff encendió la pipa.

—No le vi nunca en el vapor hasta la última mañana. No creo que saliese ni una sola vez de su camarote.

—Me ha dicho que intimó mucho con el señor Drake durante la travesía.

—Pues le ha engañado. Cuando llegamos a Southampton les presenté yo mismo. Estoy seguro que hasta entonces no se habían cruzado la palabra.

—Esto es interesante —dijo pensativo Duff—. ¿Se ha fijado en Honnywood esta mañana?

—Sí —asintió Kennaway—. Fue como si hubiera visto un fantasma, ¿verdad? A mí me extrañó, pero pensé que estaría enfermo.

—La señorita Potter es una muchacha muy simpática —dijo Duff.

—Sí lo es, y ahora se va a marchar. ¡Sólo me faltaba eso! Es la famosa suerte de los Kennaway.

—Y de Minchin, ¿qué?

El rostro del joven se iluminó.

—Este es el tipo que rebosa más vida de todos los que hacemos el viaje. Suda dinero por cada poro. Durante la travesía dio tres cenas con champán. A la primera solo asistimos los Benbow, Keane, yo y la señora Luce. Ella nunca se deja perder nada, me dijo. A las otras dos solo fueron Keane y algunos terribles pasajeros que Maxy encontró en el salón de fumar.

—Era una reunión demasiado alegre, ¿no?

—Nada de eso. Pero después de sufrir la compañía de Maxy, ni el champán es suficiente recompensa para algunos.

Duff se echó a reír.

—Gracias por lo que me ha dicho acerca de Keane —dijo levantándose.

—Puede que no sea nada. A mí no me gusta ir con cuentos ¡pero el pobre señor Drake era tan bueno! Bien... supongo que le veré más tarde.

Después de algunas palabras con el gerente del hotel, el detective salió a la calle. El cochecito verde le estaba esperando. Cuando se disponía a subir, una alegre voz

sonó a su espalda.

—Señor inspector, ¿hace el favor de volverse? —Duff obedeció. El señor Elmer Benbow estaba en la acera enfocándole con su cámara cinematográfica.

—Muchas gracias —gritó—. Si quiere ahora hacer el favor de quitarse el sombrero... la luz no es muy buena...

Aunque echando pestes, Duff obedeció; Benbow hizo funcionar el mecanismo.

—¿Hace el favor de sonreír, es para los amigos de Akron, comprende? Ahora muévase un poco, ponga una mano en la portezuela del coche. Ya estoy viendo el título. «El célebre inspector de Scotland Yard saliendo del hotel Broome de Londres, Inglaterra, después de investigar sobre un misterioso asesinato». Ahora suba al auto; ¡eso es! Arranque... Gracias.

—¡Qué idiota! —dijo Duff al chofer—. Lléveme a Vine Street, haga el favor.

Pocos momentos después se detuvieron ante la comisaría de policía que está escondida en el corazón del West End, en una calle tan corta y sin importancia, que la mayoría de los londinenses ni siquiera la conocen. Duff despidió al coche y entró en la comisaría. Hayley estaba en su despacho.

—¿Terminaste ya? —preguntó.

Duff le miró irritado.

—Nunca terminaré con este asunto —contestó. Luego, mirando su reloj, siguió—: Van a dar las doce, ¿quieres venir a comer conmigo?

Hayley aceptó y poco después estaban sentados a una mesa del Monico Grill. Después de encargarse de la comida, Duff quedóse durante unos instantes mirando al techo.

—¡Vamos, hombre! —dijo al fin su amigo.

—Pero ¿es que has visto tú algún caso como éste?

—¿Qué pasa?, es un simple asesinato.

—El asesinato en sí es sencillo —asintió Duff— y, en circunstancias normales, estoy seguro de que se solucionaría rápidamente. Pero fíjate en esto —sacó su libreta de notas—. Tengo aquí los nombres de quince personas o más. Entre ellos está, sin duda, el del asesino. Pero esta gente son turistas que están viajando. ¿Dónde van? A dar la vuelta al mundo y, a menos que ocurra algo en seguida, todos se marcharán. París, Nápoles, Port Said, Calcuta, Singapur, según me ha dicho Lofton. Por lo tanto, cada vez se irán alejando más del escenario del crimen.

—Tú puedes hacerles quedar.

—¿De veras? Me gusta oírte decir eso. No puedo. Podría detener al asesino en cuanto tenga las suficientes pruebas de su culpabilidad. Pero tengo que hacerlo inmediatamente, o bien habrá complicaciones internacionales. Acaso intervenga el consulado norteamericano, quizá hasta el mismo embajador, y vendría una repulsa para mí desde el Ministerio de la Gobernación. «¿Por qué detiene usted a esos señores? ¿Qué pruebas tiene de que uno de ellos cometió el crimen?». Te aseguro, Hayley, que esta situación no tiene precedente. Una cosa así es la primera vez que

ocurre... y una vez que se decide a ocurrir, soy yo el feliz mortal a quien le va a parar esa bicoca. Antes de que se me olvide, debo darte las gracias por ello.

Hayley se echó a reír.

—Ayer noche deseabas otro rompecabezas.

Duff movió la cabeza.

—«Hombre tranquilo es hombre feliz» —murmuró al mismo tiempo que el camarero colocaba ante él un pedazo de *roast-beef* y una botella de cerveza fuerte.

—¿No has sacado nada de la interrogación de los turistas?

—Nada, en definitiva. Nada que asocie a ninguno de ellos, ni remotamente, con el crimen. Algunas sospechas, desde luego, a consecuencia de ciertos incidentes bastante extraños. Pero nada que me permita detener a nadie... nada que logre convencer a la embajada norteamericana, ni siquiera a mi propio jefe.

—Ese cuaderno tuyo está lleno de cosas. ¿Por qué no echas un vistazo a la lista? Quizá en un momento de inspiración descubras al culpable... ¡quién sabe!

Duff cogió el cuadernito.

—Tú estabas delante cuando interrogué a los primeros. La señorita Pamela Potter, una simpática norteamericana decidida a encontrar al que asesinó a su abuelo. Nuestro amigo el doctor Lofton, que ayer por la tarde tuvo una discusión con el señor Drake y que resulta ser el propietario de la correa con que fue cometido el crimen. La señora Spicer, mujer inteligente y perspicaz que no se deja coger con preguntas inesperadas. El señor Honnywood...

—¡Ah, sí, Honnywood! Desde que le vi la cara tuve la sensación de que era él el asesino.

—Buena prueba para un jurado —replicó Duff con sarcasmo—. Su aspecto es de culpable. A mí también me lo parece, pero ¿es alguna prueba seria? ¿Nos lleva eso a algún sitio?

—¿Hablaste con los demás?

—Sí. Encontré al huésped de la habitación número 30, un tal Patrick Tait. —Y explicó a su compañero lo del ataque al entrar en el salón. Hayley se puso serio.

—¿Qué te parece a ti eso?

—Yo supongo que aquella impresión se la produjo algo o alguien que había allí. Pero, por otra parte, es un célebre abogado que no se deja sorprender. Además, puede que realmente no tenga nada que decir. Los ataques al corazón, según me ha asegurado, le sobrevienen casi siempre así.

—De todas maneras, lo mismo que a Honnywood, no hay que perderle de vista.

—Desde luego. Pero aún hay otro sospechoso astuto —y le contó lo del capitán Keane—. Ayer andaba buscando algo, sabe Dios qué. Es un zorro con pantalones y un empedernido embustero; eso él mismo lo ha reconocido.

—¿Y los otros?

Duff movió la cabeza.

—Por ese lado no hay nada. Un muchacho la mar de simpático, que es el

acompañante de Tait. Un jugador de polo con una cicatriz en la frente, llamado Vivian. Parece que tiene algo que ver con la señora Irene Spicer. Un cojo llamado Ross, traficante en maderas en la costa del Pacífico. Un tal Fenwick y su hermana; el hombre parece tonto y ha recibido un susto de muerte, por lo que parece dispuesto a dejar a sus compañeros.

—¡Ah! ¿De manera que piensa abandonar a sus compañeros?

—Sí, pero no te preocupes. Es un tipo insignificante. No tiene valor ni para matar a un conejo. Y hay cuatro sólo a los cuales se debe vigilar. Honnywood, Lofton, Tait y Keane.

—¿Entonces no has visto a los demás que faltan?

—Sí. Pero esos no cuentan. El señor Benbow y su mujer de una población llamada Akron; él tiene una fábrica y un terrible vicio, el de llevar siempre consigo una cámara cinematográfica. Solo piensa en impresionar películas para deslumbrar a sus conocidos cuando vuelva a su pueblo. Pero, aguarda un momento, me dijo que Akron está cerca de Canton, Ohio.

—¡Ah sí! ¿dónde fabricaron la llave? ¿No ves eso?

—Eso es. Pero no tiene nada que ver con el crimen. No tiene el menor aspecto criminal. Después sigue una señora Luce que, según parece, ha recorrido todo el mundo. Luego viene una pareja terrible, el señor Max Minchin y su mujer...

Hayley dejó caer el tenedor.

—¿Minchin? —repitió.

—Sí, ese es su nombre. ¿Qué pasa?

—Nada, chico, es que, seguramente, hace algunos días habrás leído un informe que envió Yard. Ese Minchin, según parece, es uno de los principales gangsters de Chicago, al que últimamente se ha logrado persuadir que interrumpa, quizá de momento nada más, una encantadora carrera de crímenes y otros delitos.

—¡Es interesante! —asintió Duff.

—Sí, ¿verdad? En el curso de sus actividades se ha visto obligado a alejar de este mundo, ya personalmente, ya valiéndose de sus lugartenientes, un número algo importante de comerciantes rivales, «para enseñarles a vivir», creo que es la frase. Hace poco, por alguna razón desconocida, tuvo que abdicar de su trono y marcharse. La policía de Nueva York nos indicó que no le perdiésemos de vista cuando pasase por aquí. Hay en Inglaterra algunos amigos suyos que tal vez intenten saldar ciertas cuentas antiguas. Maxy Minchin es uno de los ciudadanos más importantes de Chicago.

Duff quedó pensativo y, al cabo de unos instantes, dijo:

—Después de comer le diré a ese tipo unas cuantas cositas más. El cuerpo del pobre Drake no estaba acribillado a balazos de ametralladora; pero tal vez el ambiente anticuado del Broome hizo su efecto hasta en Maxy Minchin. Sí, será mejor que hable otra vez con él.

CAPITULO VI

A las once en la Estación Victoria

Cuando terminaron de comer, Duff volvió con Hayley a la comisaría de Vine Street. Juntos desenterraron un viejo y polvoriento atlas mundial y Duff buscó en seguida el mapa de los Estados Unidos.

—¡Dios mío, qué país! —exclamó—. Demasiado grande para ser cómodo. ¡Ah! ... ya he encontrado Chicago, la ciudad de Max Minchin. Ahora, ¿dónde diablos estará Detroit?

Hayley se inclinó sobre el mapa y poco después uno de sus dedos se posaba sobre la ciudad del Michigan.

—Aquí está, a dos pasos de Chicago.

Duff se recostó en su sillón.

—Las dos ciudades están casi juntas. Eso ya es significativo. ¿Había algo entre el *gangster* de... de Chicago y el millonario de Detroit? Drake era un hombre eminente y respetable, pero nunca se puede responder por completo de una persona.

Existe el alcohol, Hayley; el alcohol entra de contrabando por Detroit. De esto me enteré cuando estuve en los Estados Unidos. El contrabando ha sido una de las principales actividades del señor Minchin.

»¿Había alguna deuda pendiente? ¿Qué papel jugarían en este asunto los guijarros? Tal vez fueron recogidos a la orilla de un lago. Ya sé que parece algo fantástico, pero en América es posible».

Duff salió de la comisaría y se dirigió al hotel Broome. El señor Max Minchin contestó que recibiría al inspector en su habitación. Duff encontró al célebre *racketeer* en mangas de camisa y en zapatillas. Sus cabellos estaban en desorden, pues acababa de levantarse de la cama después de echar la siesta.

—Me refresca las ideas, ¿sabe? —dijo. Sus modales eran mucho más amables que por la mañana.

—Siento molestarle —dijo el detective—, pero hay dos o tres cosas...

—Ya le entiendo. El tercer grado^[2] para Maxy, ¿no?

—Eso no se practica aquí —le contestó Duff.

—¿No? Bueno, esa es otra ventaja que tienen sobre nosotros. En nuestro país creemos que somos los primeros en todo, pero me parece que todavía tenemos algo que aprender. Bien, ahora, señor inspector, suelte lo que tenga que decir.

—Ayer noche se cometió aquí un crimen —empezó el inspector.

Maxy sonrió.

—¿Por quién me toma usted? ¿Cree que acabo de llegar de Cicero^[3]? Ya sé que se ha cometido un asesinato.

—Según informes que he recibido, el asesinato es una de sus aficiones, ¿no es verdad, señor Minchin?

—¿Cómo dice?

—Sí, lo que podría llamarse un pasatiempo.

—Ya le entiendo. Es verdad, puede que haya tenido que borrar del mapa a algunos prójimos, de cuando en cuando. Pero, créame; se lo merecían. Además, esos hechos no le interesan a usted, porque todos ocurrieron en la hermosa Norteamérica.

—Lo sé, pero como se ha cometido un crimen tan cerca de usted, me veo obligado...

—A interrogarme, ¿no? Pues, vamos, empiece. Aunque gastará saliva en balde.

—¿Había visto alguna vez al señor Drake, antes de emprender este viaje?

—No. En Detroit, a donde yo iba algunas veces, oí hablar bastante de él, pero nunca tuve el placer de conocerle personalmente. En el barco hablé con él. Era un viejo muy simpático. Si cree que he sido quien le puso aquella corbata en el cuello, se equivoca.

—Maxy es el hombre mejor del mundo —intervino su mujer, que estaba vaciando una maleta—. Puede que, en su tiempo, diera orden de liquidar a algunos indecentes soplones, pero no merecían vivir. Ahora ya está fuera de los negocios, ¿no, Maxy?

—Sí, me he retirado —asintió su marido—. ¿Qué le parece a usted, señor inspector? Me he separado de los negocios y estoy tratando de olvidarlo. Para conseguirlo, emprendo un viaje de placer como cualquier otro caballero, y, para fastidiarme, un pájaro se deja asesinar casi junto a mí.

Lanzó un profundo suspiro.

—Realmente, parece que uno no pueda estar tranquilo, vaya donde vaya.

—¿A qué hora se acostaron ayer noche? —inquirió Duff.

—¿Que cuándo nos metimos en la cama? Pues... fuimos al teatro a ver actores de verdad, pero fue muy aburrido. No logré estar despierto. Cuando me decido a ir al teatro deseo ver algo movido. Ya me pareció a mí que aquello era una cosa muerta, pero ¡como no teníamos dónde ir! Llegamos aquí a las once y media, y, a las doce, nos acostamos. Luego, ya no sé lo que ocurrió en este hotel.

—Se ha retirado del contrabando —intervino la señora de Minchin—. Lo ha hecho por nuestro pequeño Maxy, nuestro hijo, ¿sabe usted? Está en una academia militar y progresa de veras. Es curioso que se sienta tan atraído por las armas.

A pesar de lo serio del asunto que le había llevado allí, Duff no pudo contener la risa.

—Siento haberles molestado —dijo, levantándose—, pero es mi deber explorar todas las pistas que descubro.

—Claro —asintió con afabilidad Maxy, poniéndose también en pie—. Usted va a su negocio lo mismo que yo voy al mío. Y, oiga... Si le puedo ayudar en algo, no tiene más que pedirlo. Lo mismo puedo ir a favor de la poli que en contra. Por esta vez iré a favor. Este asesinato no es lógico, por lo tanto —palmeó la espalda de Duff—, si desea que le dé una mano en este asunto, no tiene más que llamar a Maxy Minchin.

Duff despidióse y salió al pasillo. La oferta del señor Minchin no le llenaba de entusiasmo, pero, sin embargo, reflexionó que necesitaba ayuda.

En la planta baja encontró al doctor Lofton acompañado de un elegante joven que lucía en la solapa una hermosa gardenia y se apoyaba negligentemente en un bastón.

—¡Oh, señor Duff! —le saludó Lofton—. Es usted el hombre a quien buscábamos. Le presento al señor Gillow, uno de los subsecretarios de la embajada norteamericana. Viene por lo de ayer noche. Señor Gillow, el señor Duff, inspector de Scotland Yard.

El señor Gillow era uno de esos exquisitos jóvenes, orgullo de las embajadas. Corrientemente, duermen todo el día, luego cambian el pijama por el traje de etiqueta y bailan toda la noche por su país. Dirigió a Duff una altiva mirada.

—¿Cuándo es el interrogatorio judicial, señor inspector? —preguntó.

—Creo que mañana, a las diez.

—¡Ah! ¿Sí? Si hasta entonces no se ha descubierto nada nuevo, supongo que el doctor podrá continuar su viaje tal como lo ha planeado, ¿verdad?

—No sé —murmuró el detective.

—Entonces, ¿tiene alguna prueba que le permita detener al doctor?

—No es eso, precisamente.

—Detendrá a algunos de sus clientes, ¿no?

—Los detendré a todos.

Gillow arqueó las cejas.

—¿Con qué pruebas?

—Pues... yo... yo...

Por esta vez el inteligente inspector no supo qué decir.

El señor Gillow le miró, sonriendo.

—Realmente es absurdo lo que usted dice. Sabe muy bien que en Inglaterra no puede hacer lo que dice. A menos que luego tenga pruebas que le faltan ahora, le consta que no puede hacer absolutamente nada. El doctor Lofton y yo hemos estudiado el asunto.

—Alguno de los turistas mató a Hugo Drake —repitió, obstinadamente, Duff.

—¿Sí? ¿Y dónde están las pruebas? Puede que tenga usted razón o puede que esté diciendo una tontería. Quizá algún rata de hotel...

—Con una cadena de reloj de platino —dijo Duff, con sorna.

—Lo más probable es que fuera alguien que no tiene nada que ver con esos turistas. Mejor dicho, es seguro. Lo que debe usted tener son pruebas, ya lo sabe; de

lo contrario, el doctor Lofton y sus clientes continuarán su viaje.

—Eso ya lo veremos —contestó, ceñudo, Duff.

Se separó del señor Gillow con disgusto. No le gustaban los jovencitos elegantes, y aquel menos, porque comprendía que, a menos de ocurrir un milagro, sus predicciones se realizarían.

A la mañana siguiente, el interrogatorio judicial no reveló nada nuevo. Los criados del hotel y los turistas repitieron lo que ya se sabe. La bolsita de guijarros despertó bastante interés, pero, como no tenía ninguna explicación, el interés desapareció en seguida. No había prueba ninguna para detener a nadie y, por lo tanto, la encuesta fue aplazada para tres semanas más tarde. Duff vio al señor Gillow, que le sonreía desde el otro lado de la sala.

En los días que siguieron, Duff trabajó como un desesperado. ¿Había comprado alguno de los viajeros una cadena de platino para reemplazar la rota durante la lucha en la habitación del Broome? Visitó todas las joyerías del West End y algunas de la City. ¿Habíanse deshecho del traje gris con un bolsillo roto por medio de alguna casa de préstamos o algún comercio en ropa usada? Todas las tiendas de esta clase fueron visitadas. ¿O, acaso, se hizo un paquete con el traje y luego se dejó en cualquier sitio? Y todos los paquetes que se encontraron en la ciudad fueron examinados cuidadosamente por Duff. Sin embargo, sus esfuerzos no tuvieron ningún resultado práctico.

La señora Potter y su hija pensaban salir para su país el viernes, o sea a la semana justa de aquella mañana en que fue descubierto el cadáver de Drake en la habitación del Broome. El jueves, por la tarde, Duff tuvo una última conversación con las dos mujeres. La madre parecía más abrumada que nunca; la muchacha estaba silenciosa y pensativa. El inspector se despidió de ellas con una penosa sensación que no había experimentado hasta entonces.

Cuando después de un día perdido en investigaciones, sin ningún resultado, volvió a su oficina del Yard, el viernes por la tarde, se quedó profundamente asombrado al encontrar, esperándole, a Pamela Potter. Con ella estaba la señora Latimer Luce.

—¿Usted aquí? —preguntó Duff—. La creía rumbo a los Estados Unidos.

La joven movió la cabeza.

—Me fue imposible, estando todo esto pendiente. No, tomé una enfermera para mamá y la envié a casa sin mí. Yo sigo el viaje.

El detective había oído decir que las jóvenes norteamericanas hacen lo que quieren, pero, a pesar de todo, no dejó de sorprenderse.

—¿Y qué ha dicho su madre? —preguntó.

—¡Oh! Estaba horrorizada, desde luego. Pero, aunque esté mal decirlo, la he horrorizado tantas veces, que ya se ha acostumbrado. La señora Luce ha aceptado hacer de dueña mía. ¿Se ha fijado usted en la señora Luce?

—Desde luego. Perdone, señora, que no la haya saludado, pero he quedado tan

sorprendido viendo a la señorita Pamela...

—Lo comprendo —dijo, sonriendo, la señora Luce—. Es una muchacha valiente. A mí siempre me han gustado las muchachas valientes. Su madre y yo descubrimos que teníamos amigos comunes y, al fin, la convencí de que podía confiarme la muchacha. Pamela es curiosa. Yo también lo soy. Daría cinco mil dólares por saber quién asesinó al señor Drake y por qué.

—Esas dos preguntas no serán fáciles de contestar.

—Ya veo que no. Lo siento por usted. Un asunto difícil. No sé si está usted enterado, pero salimos de Londres el lunes por la mañana.

A Duff le dio un salto el corazón.

—Me lo esperaba —dijo—. Le aseguro que para mí es una mala noticia.

—No se desanime —contestó la señora Luce.

—Nada es tan malo como parece a primera vista. Esto he tenido ocasión de comprobarlo en los últimos setenta y dos años. Pamela y yo iremos con los oídos y los ojos bien abiertos, ¿no es verdad?

La muchacha asintió.

—Descubriremos este misterio, cueste lo que cueste, se lo aseguro.

—¡Bravo! —exclamó Duff—. Supongo que todos seguirán el viaje, ¿no?

—Todos —contestó la señora Luce—. Esta mañana hemos tenido una reunión en el hotel. Ese trasto de Fenwick quiso provocar una sublevación, pero no lo consiguió. Por mi parte, yo seguiré, aunque hubieran sido asesinados todos menos yo.

—¿De manera que Fenwick no quería seguir? —murmuró, pensativo, Duff—. Debieron invitarme a esa reunión.

—Lofton no siente ninguna simpatía por usted. Es un hombre extraño ese Lofton. No le entiendo. Y a mí no me gustan los hombres a quienes no entiendo. Bien, de todas maneras, Fenwick trató de que se terminara el viaje, pero al ver que no lo conseguía, se dejó convencer y continúa con nosotros. De modo que todos seguimos como una gran familia con un asesino en ella, a menos que me equivoque.

Duff sonrió.

—No acostumbra usted a equivocarse, ¿verdad? —dijo.

—Corrientemente, no. ¿Me equivoco esta vez?

—A mí me parece que no.

La anciana se levantó.

—Bien, he pasado casi toda la vida viajando. Para mí es como un sedante. Espero divertirme lo más posible, en este viaje, con el doctor Lofton... ¡Oh! Perdóneme, señorita.

—No se preocupe —contestó, sonriendo, Pamela Potter—. No voy a hacer de aguafiestas. Si continuó el viaje es para tratar de dilucidar un misterio y pienso estar alegre a pesar de la naturaleza de ese misterio.

Duff la miró con aprobación.

—Es usted una muchacha deportiva, señorita Potter. El saber que continúa con

sus compañeros, me hace cobrar ánimos. Las veré el lunes, antes de que se marchen, y procuraré estar en contacto con ustedes.

Cuando las dos mujeres se retiraron, Duff recibió un aviso de su jefe para que fuese a verle en seguida. Entró en el despacho de su superior conociendo ya, por anticipado, el motivo de la llamada.

—Ya no puede demorarse más este asunto, señor Duff —dijo el superintendente—. El embajador norteamericano en persona ha tomado cartas en él y nos hemos visto obligados a autorizar a esos señores que sigan el viaje. No ponga esa cara, muchacho. Ya sabe usted que existen las órdenes de extradición.

Duff movió dubitativamente la cabeza.

—El asunto que no se soluciona pronto, lo más probable es que no se solucione nunca.

—Sin embargo, piense en los meses que se han llevado algunos casos célebres. Por ejemplo, el de Crippen.

—Lo que yo digo es que resulta un poco difícil quedarse aquí y vigilar a la vez a esos viajeros que van sabe Dios dónde.

—Comprendo su posición. ¿Quiere usted que detengamos a ese Keane? Podríamos arreglárnoslas para obtener una orden de prisión.

—No creo que sea él el culpable. Más bien creo que sea Honnywood o Tait, aunque, en realidad, no tengo de qué acusarles.

—¿Y el señor Max Minchin?

—¡Pobre hombre! Está tratando de olvidar su pasado.

El superintendente se encogió de hombros.

—¡Pues ya lo ve! En fin, puede pedir al director que le dé un itinerario completo del viaje con la condición de que cualquier modificación que haya en él le será notificada en seguida, como asimismo la desaparición de cualquiera de los turistas, caso de ocurrir.

—Bien, señor.

—De momento, lo mejor es que continúe sus pesquisas en Londres. Si no aclaran nada, enviaremos a un agente para que no pierda de vista a nuestros viajeros, alguien a quien no conozcan. Esto le excluirá a usted, señor Duff.

—Ya lo sé —replicó el inspector.

Duff volvió a la oficina presa de una gran desesperación. Pero no permitió que aquel estado de ánimo se mezclase con sus deberes, que eran muchos y varios. Durante el sábado y domingo, a pesar de estar cerradas las tiendas, llevó a cabo todas las pesquisas posibles, aunque inútilmente. El crimen del hotel Broome estaba tan lejos de una solución como en la brumosa mañana en que el cochecito verde se detuvo por primera vez ante la respetable puerta del edificio.

El lunes, por la mañana, Duff se dirigió a la Estación Victoria con la misión más extraña que jamás fuera encargada a un detective de Scotland Yard. Acudía allí a despedir a unos viajeros que se iban a dar la vuelta al mundo, a estrecharles las manos

y a desearles un feliz viaje. Y entre las manos que iba a estrechar, estaba seguro de que se hallaba una de las dos que estrangularon a Hugo Morris Drake, en el hotel Broome, a primeras horas de la mañana del siete de febrero.

Cuando llegó al andén en que estaba el tren de las once, para Dover, el doctor Lofton le saludó cordialmente. En el rostro del director del viaje advertíase una gran alegría, como la del escolar que sale para unas largas vacaciones. Estrechó la mano del detective, y dijo:

—Siento que tengamos que separarnos, pero un viaje es un viaje. Tiene usted ya nuestro itinerario y, en cualquier momento que quiera reunirse con nosotros, será bienvenido, ¿verdad, señor Benbow?

Duff había oído un ruido extraño a su espalda y, al volverse, se encontró ante Benbow y su inseparable cámara. El ciudadano de Akron trasladó la máquina a la mano izquierda y tendió la derecha a Duff.

—Siento que haya fracasado usted —dijo, con una amable falta de tacto—. Nunca vi que a un policía de Scotland Yard le sucediese una cosa así, en los libros, claro está. Pero ahora no se trata de una novela, y estoy viendo que las cosas, en la realidad, son distintas.

Duff sacó la llave y el trozo de cadena que guardaba en el bolsillo.

—Es aún pronto para desesperarse. A propósito, señor Benbow. ¿Ha visto esto alguna vez?

—Durante el interrogatorio, pero a distancia —contestó Benbow.

Cogió la llave y la examinó con atención.

—¿Sabe lo que me parece que es, señor inspector?

—Me gustaría saberlo.

—Pues, la llave de una caja de seguridad de algún Banco de los Estados Unidos. Es la única llave, además de las del equipaje, que un hombre llevaría en una excursión tan larga como esta. Los Bancos acostumbran entregar dos llaves a cada depositario, de manera que, por algún sitio, debe estar el duplicado.

Duff cogió la llave y la miró con interés.

—Y este nombre, «Compañía Constructora de Cajas de Caudales y Cerraduras de Seguridad Dietrich, Canton, Ohio», ¿indica que ese Banco está cerca de Akron?

—De ningún modo. Es una compañía importantísima. Fabrican cajas de seguridad para todos los puntos de los Estados Unidos. Ese Banco puede estar en San Francisco, en Boston, en Nueva York o en cualquier sitio. Yo, en su lugar, investigaría la procedencia de la llave.

—Lo haré. Claro que puede haber sido colocada en la mano del muerto para despistar.

Benbow, que estaba ocupado con su cámara, levantó la vista rápidamente.

—No se me había ocurrido esto —dijo.

En aquel momento llegó su mujer.

—Por favor, Elmer, quítame de delante esa máquina. Me ataca los nervios.

—¿Por qué? —se quejó él—. No voy a retratar nada. Estamos en una estación de ferrocarril. ¿O es que se trata, acaso, de un castillo en ruinas o de un museo y no me había dado cuenta?

Patrick Tait y su joven acompañante se acercaron. El anciano parecía gozar de perfecta salud. Su paso era firme y sus mejillas sonrosadas. Parte de la alegría de Lofton se reflejaba en su rostro.

—Bien, señor inspector —empezó—: supongo que aquí nos despedimos. Siento que no haya tenido más suerte, aunque supongo que no se desanima usted por eso, ¿verdad?

—Desde luego —replicó Duff, sin apartar la vista de él—. No es costumbre de Scotland Yard.

Tait sostuvo durante unos instantes la mirada del inspector, luego volvió la vista hacia el andén.

—¡Ah, sí! —murmuró—. Eso es lo que tenía entendido.

El detective siguió, dirigiéndose a Kennaway:

—Por fin, la señorita Potter se va con ustedes.

Kennaway se echó a reír.

—Eso me han dicho. Un poco más de la famosa suerte de los Kennaway. La tenemos tanto mala como buena.

El detective cruzó el andén para dirigirse a donde estaban la señora Spicer y Stuart Vivian. La despedida de Vivian fue fría y la de la mujer no fue tampoco muy amable. La falta de cordialidad no se notó, en cambio, en el adiós del capitán Ronald Keane, que estaba allí cerca, ni en el de Ross, el cojo.

—A ver si viene algún día por la costa del Pacífico —dijo Ross.

—¡Quién sabe! —asintió el inspector.

—Vaya por allí —siguió, sonriendo, el otro—. Le enseñaré nuestros bosques vírgenes, los árboles más hermosos del mundo.

Honnywood apareció en el andén.

—No todo el mundo es despedido en la estación por un inspector de Scotland Yard —dijo.

Aunque su tono era ligero, en sus ojos había una expresión extraña y su mano estaba húmeda.

El detective cambió unas últimas palabras con la señora Luce y Pamela Potter y, luego, con los Minchin. Miró su reloj y dirigióse a Lofton.

—Faltan tres minutos, ¿dónde están los Fenwick?

El doctor miró con inquietud a lo largo del andén.

—No sé. Quedaron en venir.

Pasó un minuto. Todos, excepto Lofton, estaban ya en el tren. De pronto, a lo lejos, aparecieron, corriendo, los Fenwick. Llegaron casi sin aliento.

—¿Qué tal? —dijo Duff—. Creí que ya no venían.

—¡Oh, no! Seguimos el viaje, pero si ocurre otra cosa desagradable, nos

marcharemos.

—No ocurrirán más cosas desagradables —le aseguró Lofton.

—Me alegro de que venga usted con nosotros —dijo Fenwick, dirigiéndose a Duff.

—Yo no voy con ustedes —contestó, sonriendo, el detective.

El hombrecillo miró, con la boca abierta, a Duff.

—¿Que no viene? ¿Quiere usted decir que abandona las pesquisas?

Las portezuelas de los coches se iban cerrando.

—Suba, señor Fenwick —gritó Lofton, cogiéndole por el brazo—. ¡Adiós, señor inspector!

El tren se puso en marcha. El detective no se movió del andén hasta que el último coche se perdió en la lejanía. Alguno de aquellos turistas que marchaban hacia París, Italia, Egipto, la India, al fin del mundo...

El inspector se volvió, lanzando un suspiro. Por un momento deseó hallarse en el expreso, de un modo invisible, para estudiar las expresiones de aquellos rostros que tanto le interesaban.

De haber estado allí, hubiera visto a Walter Honeywood, quien, solo en su departamento, apoyado el rostro sobre los cristales de la ventanilla, con la boca entreabierta y la frente bañada en sudor, contemplaba los suburbios de Londres.

La puerta del departamento se abrió apenas sin ruido, pero Honeywood se volvió rápidamente y en su rostro se reflejó una extraña expresión de terror.

—¡Oh! ¿Qué tal?

—¡Hola! —contestó Fenwick.

Y entró en el departamento, seguido de su pálida y silenciosa hermana.

—¿Podemos sentarnos aquí? Hemos llegado tarde y todos los asientos estaban ocupados ya.

Honeywood se humedeció los labios con la lengua.

—No faltaba más, siéntense —contestó.

Los Fenwick se sentaron. La parte desagradable de la gran ciudad siguió desfilando ante las ventanillas.

—Bueno —dijo, al fin, Fenwick—. ¡Gracias a Dios que salimos de Londres!

—Sí, salimos de Londres —repitió Honeywood.

Sacó un pañuelo y se enjugó la frente. La expresión de terror iba desapareciendo, poco a poco, de su rostro.

CAPITULO VII

Un admirador de Scotland Yard.

El jueves siguiente, por la noche, el inspector Duff entró otra vez en el despacho de Hayley, en la comisaría de Vine Street. El comisario miró a su amigo y le sonrió con simpatía.

—Me parece que no es necesario que pregunte —dijo.

Duff se quitó el abrigo y el sombrero, dejándolo, sobre un sillón. Luego se sentó en otro, junto a la mesa de Hayley.

—¿Tan claramente demuestro lo que me pasa? Bien, es verdad, muchacho. No he descubierto nada ¡Absolutamente nada! He pasado tanto tiempo en el hotel Broome, que hasta creo que tengo cien años. He recorrido todas las tiendas de Londres. Tengo los pies que ya no me parecen míos... El que mató a Hugo Morris Drake es, sin duda, muy inteligente, pues no ha dejado la menor pista.

—Estás agotado —dijo Hayley—. Descansa un poco y, luego, emplea un método distinto.

—Ya he pensado hacerlo. Me intriga esa llave que encontramos en la mano del muerto.

Y repitió a su amigo lo que Benbow le había contado acerca del caso.

—Es muy probable que el asesino tenga un duplicado de ella. Claro que yo podría seguir a los viajeros y registrar los equipajes; pero, como saben quién soy, las dificultades serían enormes. Si enviásemos a alguien desconocido, las dificultades seguirían siendo infinitas. También podría ir a los Estados Unidos para visitar las poblaciones en que viven los miembros de la excursión y ver si alguno de ellos tiene una caja de seguridad con el número 3260. Esta tarde he hablado de ello con el jefe y no le parece mal la idea.

—Entonces saldrás pronto para Norteamérica, ¿no?

—Es posible. Mañana lo decidiremos. Pero te aseguro que es un asunto difícil.

—A pesar de todo, si el asesino tenía una llave duplicada, hará tiempo que se habrá desprendido de ella, ¿no te parece?

Duff movió dubitativamente la cabeza.

—No lo creo. Si lo hubiera hecho, al volver a su Banco tendría que decir que había perdido las dos llaves. Eso significaría atraer la atención sobre un asunto que a él le conviene guardar secreto. No, estoy seguro de que si es la clase de hombre que

parece, habrá conservado la llave. Pero la tendrá escondida, Hayley. Es un objeto muy pequeño y puede ocultarse con gran facilidad; por eso resultaría infructuosa su busca. El jefe tiene razón. Aunque no me satisfaga mucho, el viaje a América es lo más indicado. Como aquí he llegado ya al final de la pista, será necesario continuar en otra parte.

—No te desanimes, hombre. ¿Por qué preocuparte tanto, si estás seguro de que, al fin, te aguarda el éxito? ¿Qué dijo el inspector Chan? Que el éxito va siempre sonriendo a tu lado. Él lo presentía y, como dice muy bien, el chino es un pueblo de extraordinarias condiciones psíquicas.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Duff.

—¡El bueno de Charlie! ¡Cómo me gustaría tenerle a mi lado en este asunto!

Se detuvo.

—Creo que Honolulu entra en el itinerario del viaje —añadió, pensativo—, pero, hasta entonces, pasará mucho tiempo y, entretanto, pueden suceder muchas cosas.

—¿Te vas? —preguntó Hayley, al ver que su amigo se levantaba.

—Sí. Por mucho que me guste tu compañía, muchacho, tengo la sensación de que, aquí sentado, no llegaré a ningún sitio. Perseverancia, ese es el método de Chan. Paciencia, trabajo intenso y perseverancia. Voy a echar otro vistazo al hotel Broome. Puede que haya algo que no haya descubierto, pero te aseguro que, o daré con ello o moriré en la empresa.

—Hablas como un héroe. Adiós y buena suerte.

Y, una vez más, Duff bajó por Piccadilly. La fría llovizna de la tarde se había convertido en aguanieve. Al salir a la calle, el inspector se levantó el cuello del abrigo, maldiciendo interiormente, de todo corazón, el clima inglés.

El portero nocturno del hotel estaba en su garita de la puerta que daba a Half Moon Street. Dejó a un lado el diario de la noche, que estaba leyendo, y miró con benevolencia al inspector, por encima de los lentes.

—Buenas noches —dijo—. ¿Está nevando?

—Lo está intentando —contestó Duff—. Usted y yo no nos hemos visto mucho. ¿Se acuerda de la noche en que mataron al norteamericano de la habitación 28?

—No es fácil que lo olvide. ¡Un suceso muy lamentable! En todos los años que llevo en el Broome...

—Sí, sí, claro. ¿Ha pensado detenidamente en lo que ocurrió aquella noche? ¿No recuerda ningún incidente que se hubiera olvidado explicarme?

—Sí, hay algo que se lo habría dicho a usted si le hubiese visto antes. Me parece que nadie ha hecho mención al cablegrama.

—¿Qué cablegrama?

—El que llegó por allá a las diez, dirigido al señor Hugo Morris Drake.

—¿Que llegó un cablegrama dirigido al señor Drake? ¿Quién lo recibió?

—Yo mismo.

—¿Y quién lo subió a la habitación?

—Martín, el criado encargado del tercer piso. Iba a salir, y como no había ningún botones, le pedí que subiera él mismo si quería.

—¿Dónde está ahora Martin?

—No sé. Quizá está cenando en el comedor de la servidumbre. Si lo desea usted, puedo enviarle recado para que venga.

Pero Duff había llamado ya a un venerable botones que se hallaba cómodamente sentado en un banco.

—¡De prisa! —gritó, a la vez que tendía un chelín al anciano—. Vaya a buscar a Martin antes de que se marche. Mire si está en el comedor de la servidumbre.

El viejo desapareció con una velocidad sorprendente y Duff se dirigió de nuevo al portero nocturno.

—Debieran haberme contado esto antes —dijo, con severidad.

—¿Cree usted que es verdaderamente importante?

—Todo es importante en un asunto como el que nos ocupa.

—Usted tiene mucha más experiencia en estos asuntos que nosotros.

En aquel momento llegó Martin. Venía masticando.

—¿Me llamaba...? —tragó la comida—. ¿Me llamaba usted, señor?

—Sí. Allá a las diez de la noche en que el señor Hugo Morris Drake fue asesinado en la habitación número 28, usted le subió un cablegrama, ¿no es verdad?

Se detuvo, sorprendido. El sonrosado Martin se había quedado tan blanco, que parecía iba a darle un colapso.

—Sí, señor —logró decir, al fin.

—Supongo que subiría usted y llamaría a la puerta de la habitación del señor Drake. Luego, ¿qué pasó?

—Pues... pues, abrió la puerta y cogió el sobre. Me dio las gracias y una generosa propina. Después me marché.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor.

Duff cogió brutalmente por el brazo al hombre.

—Venga conmigo —dijo.

Y le arrastró hasta el despacho del gerente, desierto en aquellos momentos y sumido en una semioscuridad. Después de empujar a Martín hacia un sillón encendió la lámpara de encima de la mesa, colocándola de manera que la luz diese de lleno sobre el criado, cerró la puerta de un golpe y se sentó en otro sillón, frente al joven.

—Está usted mintiendo, Martin —empezó—, y le juro que no estoy dispuesto a tolerarlo. He perdido ya demasiado tiempo en este asunto. Miente de un modo que hasta un ciego se daría cuenta de ello. Pero ya hemos terminado. O me dice la verdad, o le juro que...

—Sí, señor —murmuró el criado, casi sollozando—. Lo siento, señor. Mi mujer me decía que debía contarle a usted todo lo ocurrido, pero yo no sabía qué hacer, porque había aceptado las cien libras.

—¿Qué cien libras?

—Las cien libras que me dio el señor Honnywood.

—¿Honnywood le dio a usted dinero? ¿Para qué?

—¿No me hará usted detener, señor inspector?

—Le meteré en la cárcel en seguida si no habla pronto.

—Ya sé que no he obrado bien, señor, pero cien libras es una cantidad enorme de dinero. Además, cuando las acepté, no sabía nada del crimen.

—¿Por qué le dio Honnywood las cien libras? Empiece por el principio y dígame la verdad, o le hago detener en seguida. Usted subió con el cablegrama para el señor Drake, llamó a la puerta de la habitación 28, y luego, ¿qué ocurrió?

—Se abrió la puerta, señor.

—Sí, claro. Pero ¿quién la abrió? ¿Drake?

—No, señor.

—¡Qué! ¿Quién la abrió, entonces?

—La abrió el señor Honnywood. El caballero que ocupaba la habitación número 29.

—¿De manera que Honnywood abrió la puerta de la habitación del señor Drake? ¿Y qué dijo?

—Le entregué el sobre y le dije: «Es para el señor Drake. —Lo miró y dijo—: Ah, sí, —y me lo devolvió otra vez, diciéndome—: Encontrará al señor Drake en el número 29, Martin. Hemos cambiado de habitación por esta noche».

Duff notó que el corazón le latía violentamente al oír aquellas palabras.

—Y luego, ¿qué? —preguntó.

—Llamé a la puerta de la habitación 29, la del señor Honnywood, y, al cabo de un rato, el señor Drake abrió. Llevaba su pijama. Cogió el cable y me dio las gracias y una propina. Después me fui abajo.

—¿Y las cien libras?

—A las siete de la mañana, cuando ocupé mi puesto, el señor Honnywood me llamó. Estaba otra vez en su habitación, la 29. Me pidió que no dijera nada acerca del cambio de habitaciones de la noche anterior y me tendió dos billetes de cincuenta libras. Estuve a punto de desmayarme de la emoción. Le prometí callar. A las ocho menos cuarto encontré al señor Drake asesinado en su habitación. Yo estaba aterrorizado, no supe qué pensar. En el vestíbulo encontré al señor Honnywood. «Tengo su palabra» —me recordó—. «Le juro que no tengo nada que ver con el asesinato. Cumpla su promesa, Martin, y no se arrepentirá de ello».

—Y la ha cumplido, ¿eh? —dijo, duramente, Duff.

—Lo siento mucho, señor. Nadie me preguntó nada acerca del cable. De haberlo hecho, todo hubiera ido de otra manera. Estaba muerto de miedo y creí que lo mejor era callar. Cuando llegué a casa, mi mujer me dijo que había cometido un error. Luego me lo ha vuelto a repetir muchas veces.

—En adelante, siga sus consejos. Ha deshonrado usted el hotel Broome.

Martin palideció más todavía.

—No diga usted eso, señor. ¿Qué va a hacer conmigo?

Duff se levantó. A pesar de la pérdida de tiempo que aquel débil joven le había ocasionado, se sentía alegre y feliz.

—No tengo tiempo de preocuparme de usted —dijo—. No repita a nadie nada de lo que me ha contado, a menos que se lo pida yo. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

—No abandone su empleo ni su domicilio actual, sin avisarme. Con estas restricciones puede seguir como hasta ahora. Dígale a su mujer que tenía razón, y felicítela, de paso.

Dejó al criado sudando en el despacho del gerente y salió a la calle con paso alegre. Resultaba agradable un poco de nieve después de tanta lluvia. Era lo que Londres necesitaba. Sí, era realmente agradable el clima inglés. Lo mejor para mantener a un hombre lleno de energía.

Como se ve, el relato de Martin había alterado por completo la manera de ver la vida del inspector Duff.

Siguió calle adelante reflexionando en lo que le había dicho el camarero. «El señor Drake está en el número 29, Martin. Por esta noche hemos cambiado de habitación». Entonces Drake fue asesinado en la habitación 29. Sin embargo, por la mañana, estaba en su propia cama de la habitación 28. Bueno, todo aquello estaba de acuerdo con lo que Duff pensó en un principio. «Algo me dice que Hugo Morris Drake ha sido asesinado en otro sitio», dijo él. Por lo tanto, había tenido razón. El inspector sintióse orgulloso de sí mismo.

A la mañana siguiente, Drake estaba otra vez en su propio lecho. ¿Quién le había llevado allí? Honnywood, desde luego. ¿Quién le había asesinado? No podía ser otro que Honnywood.

Pero, un momento. Si Honnywood trataba de asesinarle, ¿por qué aquel cambio de habitaciones? ¿Fue, quizá, un ardid para abrir la puerta de comunicación entre las dos habitaciones y poder llegar, sin obstáculos, hasta Hugo Morris Drake? Sin embargo, antes había robado la llave maestra. Por lo tanto, aquel ardid no era ya necesario. Además, si hubiera tenido intención de asesinarle no se habría comprometido diciendo a Martín lo del cambio de habitaciones.

¡No, claro que no! Los castillos que Duff había construido en el aire empezaron a desmoronarse. El asunto no era tan transparente como había supuesto en un principio. De nuevo surgía el rompecabezas. Pero, por lo menos, una cosa era cierta, y es que Honnywood estaba mezclado en el suceso. El relato de Martin permitiría hacer regresar en seguida a Inglaterra al millonario norteamericano. Y, una vez en Scotland Yard, la madeja volvería a desenredarse.

Duff volvió a reflexionar. No era probable que Honnywood quisiera asesinar a Hugo Morris Drake cuando cambiaron de habitación. No, tal resolución pudo venir más tarde. Quizá aquel cablegrama...

Dirigióse a la oficina de cablegramas. Después de demostrar su identidad, se hizo enseñar una copia del mensaje que Drake recibió la noche del seis de febrero. Era simplemente un mensaje de negocios: «Directores han decidido aumentos de precios en primero julio. Esperamos su aprobación». Aquello no aclaraba sus dudas, pero, a pesar de todo, Duff bendijo aquel cablegrama.

En un taxi se dirigió a Scotland Yard y, desde allí telefoneó a casa de su jefe. El caballero, arrancado, de pronto, de las delicias de una partida de *bridge*, tenía intención de abreviar lo más posible la conferencia, pero, en cuanto Duff empezó a contarle lo ocurrido, le dominó el mismo interés que a su subordinado.

—¿Dónde están ahora los turistas? —preguntó.

—De acuerdo con el itinerario, salen esta noche de París en dirección a Niza. Permanecerán allí tres días.

—Bien. Puede usted coger el expreso de la Riviera, que sale de la estación Victoria mañana por la mañana. No se ganaría nada saliendo antes. Llegará a Niza el sábado, a primera hora. Mañana le veré antes de que se marche. Le felicito, muchacho. Parece que, al fin, vamos descubriendo algo.

Después de una larga conversación por teléfono con Hayley, Duff se dirigió a su casa y arregló su maleta. A las ocho de la mañana estaba en la oficina del superintendente. Su jefe sacó un fajo de billetes de Banco de la caja de caudales donde se guardaba el dinero para tales ocasiones, y se lo tendió.

—Supongo que ya tendrá reservado su billete.

—Sí, señor.

—Pues que la policía francesa detenga a Honnywood en Niza hasta que consiga los documentos necesarios para su extradición. En seguida me pondré en contacto con el Ministerio de la Gobernación. Adiós, Duff, y mucha suerte.

Acción era lo que deseaba Duff y su estado de ánimo era excelente mientras el tren le conducía a Dover. La travesía del canal fue muy movida, pero aquello no significaba nada para él. A primeras horas de la tarde, el tren llegó a los arrabales de París y empezó a aminorar la marcha. Tras un sin fin de interminables paradas, el tren, con gran satisfacción de Duff, que veía abrirse, al fin, recta ante él, la ruta de la Riviera, llegó a la Gare de Lyon.

Mientras saboreaba una excelente cena, viendo desaparecer las últimas casas de París, los pensamientos del inspector fueron hacia Walter Honnywood. No era extraño que el hombre estuviese en aquel estado de nervios la mañana del asesinato. Si Duff hubiera reflexionado habríale detenido entonces, y así se hubiese ahorrado aquel largo viaje. Pero, al fin, las cosas se presentaban bien. Pronto regresaría de aquel viaje, acompañado esta vez por Honnywood. Quizá llevara entonces ya en su bolsillo su confesión. Honnywood no era ningún carácter.

A la mañana siguiente, poco antes de las diez, un taxi dejaba a Duff ante la puerta del Hotel Excelsior, de Niza, el hotel que aparecía en el detallado itinerario que le dejó Lofton. El Excelsior era un enorme edificio construido en lo alto de una colina,

desde donde se divisaba toda la ciudad y el azul Mediterráneo. Aquí y allá crecían naranjos, olivos y algunos cipreses, que hasta bajo el alegre sol de la Riviera conservaban su sombrío aspecto.

El chofer tocó repetidas veces el asmático claxon, hasta que, por fin, acudió un botones, que se hizo cargo de la maleta del detective.

Duff siguió al botones a lo largo del jardín que conducía hasta el hotel. Gigantescas palmeras embellecían el lugar y, a ambos lados del camino, veíanse extensos lechos de violetas de Parma.

La primera persona a quien vio el inspector al entrar en el vestíbulo del hotel, fue al barbudo doctor Lofton, al que acompañaba un francés. Éste lucía también una hermosa barba y resplandecía dentro de un uniforme cubierto de entorchados como el de un conserje del Ritz. Los dos hombres sostenían una animada conversación, mientras sus barbas casi se tocaban. Lofton parecía muy preocupado. Al levantar la vista, vio a Duff.

—¡Ah, señor inspector! —exclamó, al mismo tiempo que se ensombrecía su rostro—. Ha venido usted muy de prisa. No le esperaba tan pronto.

—¿Que me esperaba usted a mí? —replicó Duff, desconcertado.

—Naturalmente. ¿Me permite, *monsieur le commissaire*? Le presento al señor Duff, inspector de Scotland Yard. El señor Henrique.

Luego, dirigiéndose a Duff:

—El señor, como ya habrá advertido usted por su uniforme, es comisario de Policía.

El francés se precipitó sobre Duff y le estrechó la mano.

—¡No sabe usted lo feliz que me hace este encuentro! Soy un gran admirador de Scotland Yard. Le ruego que no nos juzgue demasiado severamente en este caso, señor Duff. Hágase cargo de la idiotez de la gente. ¿Dejaron el cuerpo tal como había caído? ¿No? ¿Dejaron que la pistola permaneciese donde estaba? No. Todos la tocaron. El conserje, dos botones, un empleado de la oficina y cinco o seis personas más. ¿Cuál ha sido el resultado? Pues que no hemos podido sacar nada en limpio de las huellas dactilares. ¿Se imagina usted estupidez mayor?

—Un momento, por favor —interrumpió Duff—. ¿Un cuerpo? ¿Una pistola?

Se volvió hacia Lofton.

—Dígame de una vez qué es lo que ha pasado.

—¿No lo sabe?

—¡Claro que no lo sé!

—Pero si yo creí... aunque, naturalmente, era demasiado pronto. Ahora lo comprendo. Usted ya estaba en camino. Bien, señor inspector, llega usted muy oportunamente. El pobre Walter Honnywood se suicidó ayer noche, a la puerta de este hotel.

Por un momento, Duff no dijo nada. ¡Walter Honnywood se había suicidado, mientras Scotland Yard ordenaba su captura! Una conciencia culpable, sin duda.

Primero mató a Drake y luego se mató él. El caso era claro, pero Duff no sintió ningún alivio, al contrario, aquello era demasiado sencillo.

—¿Pero se suicidó en realidad el señor Honnywood? —iba diciendo el comisario—. Por desgracia, señor Duff, no podemos estar seguros de ello; como ya le he dicho, las huellas dactilares de la pistola fueron destruidas por la estupidez de los empleados del hotel. Es cierto que estaba junto al cadáver como si se hubiese caído de la mano del suicida. Además, no se vio a nadie por los alrededores. Pero, a pesar de ello, agradecería infinito la opinión de un agente de Scotland Yard.

—¿No encontraron ninguna carta de despedida o algo así?

—No. Ayer noche registramos su cuarto y hoy he venido a repetir la investigación. Le quedaría muy agradecido si tuviera usted la bondad de acompañarme.

—Estaré con usted dentro de un momento —dijo Duff en tono de despedida.

El comisario se inclinó y retiróse.

Duff se dirigió en seguida al doctor Lofton.

—Haga el favor de contarme todo lo que sepa acerca de lo ocurrido —y ambos hombres se sentaron en un sofá.

—Sólo estuvimos en París tres días —empezó Lofton—. Había que recuperar el tiempo perdido en Londres, ¿comprende? Llegamos aquí ayer por la mañana. Por la tarde, Honnywood quiso ir hasta Monte Carlo e invitó a la señorita Pamela Potter y a la señora Luce a que le acompañasen. A las seis, estaba yo aquí discutiendo con Fenwick, que, entre nosotros, es una verdadera plaga, cuando vi a la señora Luce y a la joven entrar por la puerta. Les pregunté qué tal había ido la excursión y si se habían divertido. Me dijeron que Honnywood se había quedado atrás pagando al chofer y que llegaría dentro de un momento. Luego, subieron a sus habitaciones. Fenwick siguió dándome la lata. De pronto, se oyó un estampido fuera, en el jardín, pero no presté ninguna atención. Pensé que sería el escape de un automóvil o, quizá, el reventón de un neumático. Ya sabe usted cómo conducen por aquí. Pocos momentos después, la señora Luce salió corriendo del ascensor. Ordinariamente es una mujer muy tranquila y me quedé asombrado al verla en aquel estado de excitación...

—Un momento —le interrumpió Duff—. ¿Ha contado todo esto al comisario de policía? —No, creí que era mejor guardarlo para usted.

—Bien, siga. Dice usted que la señora estaba muy excitada...

—De una manera extraordinaria. Vino recta hacia mí y me dijo: «¿Ha entrado ya el señor Honnywood?». «¿Qué es lo que ha ocurrido, señora Luce?» —grité—. «Algo muy importante. Tengo que ver en seguida al señor Honnywood. ¿Cómo no está aquí todavía?». En aquel momento recordé el estampido semejante a un disparo oído poco antes. Salí seguido de la señora Luce. El jardín estaba hundido en tinieblas. Era ya de noche y esos franceses, por economía, no habían encendido todavía las luces. A mitad del camino encontramos a Walter Honnywood, tendido en tierra. El cuerpo yacía

sobre la avenida y los macizos de violetas. Tenía el corazón atravesado de un balazo y la pistola estaba junto a él, cerca de su mano derecha.



El cuerpo yacía sobre la avenida.

—¿Suicidio? —preguntó Duff clavando su aguda mirada en la del doctor.

—Así lo creo.

—Mejor dicho, desea usted creerlo.

—Naturalmente. Sería mejor... —Lofton se detuvo.

La señora Luce estaba de pie detrás del sofá.

—No diga usted tonterías —dijo vivamente—. Buenos días, señor inspector. Hace usted falta aquí. Otro nuevo asesinato.

—¿Asesinato? —repitió Duff.

—Sí, señor —replicó la anciana—. Dentro de un momento le diré por qué creo esto. No me mire de esa manera, doctor Lofton. Otro miembro del grupo organizado por usted ha sido asesinado y lo que me preocupa es si seremos bastantes para atender a la demanda, pues la vuelta al mundo apenas si ha empezado.

CAPITULO VIII

Niebla en la Riviera.

Lofton se puso a pasear nerviosamente sobre una mancha de sol que caía sobre la alfombra de Persia. Mientras se paseaba mordíase nerviosamente las puntas de su bigote, señal en él de estar muy excitado.

—¡No puedo creerlo! —exclamó el guía—. ¡Es algo inaudito! Un asesinato, pase, pero dos, no. ¡Esto es que alguien quiere arruinar mi negocio! Alguien que me odia no sé por qué.

—Me parece que lo más probable es que se trata de alguien que odia a los que le acompañamos —dijo la señora Luce—. Y, para convencerle de que se trata de asesinato, escuche lo que voy a decir y luego dígame qué le parece. —Se sentó en el sofá—. Vamos, coja esa silla y deje usted de dar zancadas. Me recuerda un león del jardín zoológico de Hamburgo. Señor inspector, haga el favor de sentarse a mi lado. Creo que mi relato le parecerá interesantísimo.

Duff obedeció sumiso, lo mismo que Lofton. Era aquella una de esas mujeres que no necesitan hablar dos veces para hacerse obedecer.

—El señor Honnywood, la señorita Pamela y yo, fuimos ayer tarde a Monte Carlo. —Empezó la señora Luce—. Puede que sepa usted esto ya, señor inspector. Desde que salimos de Inglaterra, el señor Honnywood estuvo muy inquieto. Pero, durante nuestra excursión a Mónaco, se desprendió de la inquietud y estuvo encantador, vamos, más natural. Desde luego, no pensaba para nada en suicidarse. De eso estoy segura. Una vez en la estación de Darjeeling, en la India, vino un hombre que... luego resultó que yo fui la última persona que le vio vivo... pero no es necesario que cuente ese suceso. El señor Honnywood estaba casi alegre. Cuando regresamos aquí seguía en el mismo estado de ánimo. Le dejamos fuera pagando al chofer y subimos a nuestras habitaciones.

—Yo las vi a ustedes —le recordó el doctor Lofton.

—Sí, ya lo sé. Bueno, pues, mientras abría la puerta, tuve la sensación de que habían estado hurgando en la cerradura. Una vez en Melbourne, Australia, entraron en mi habitación del hotel...

Ya tengo cierta experiencia... Entré y encendí la luz. E inmediatamente mi impresión se confirmó. La habitación estaba en pleno desorden. La habían registrado de arriba abajo. Mi baúl apareció descerrajado y, en seguida, vi que lo que me temía

había ocurrido, o sea, la desaparición de un documento que me había sido confiado.

—¿Qué clase de documento? —preguntó con interés Duff.

—Debemos volver a Londres, por los días que siguieron al asesinato de Hugo Drake. El sábado por la tarde, dos días antes de que saliésemos de su ciudad, señor Duff, recibí un recado del señor Walter Honnywood pidiéndome una entrevista inmediata, en el salón del hotel Broome. Me sorprendió mucho, pero, de todas maneras, hice lo que me pedía. El señor Honnywood entró en el salón en un estado de ánimo deplorable. «Señora Luce, —me dijo sin ningún preámbulo—, sé que es usted una mujer muy discreta. Aunque no tenga ningún derecho a hacerlo, voy a pedirle un favor. —Entonces sacó un largo sobre blanco de su bolsillo—. Quisiera pedirle que se hiciese cargo de este sobre. Guárdelo bien y si algo me ocurriese en este viaje, haga el favor de abrirlo y leer en seguida el contenido».

—¿Y ese es el documento que le han robado? —preguntó Duff.

—Déjeme seguir mi relato —replicó la anciana—. Naturalmente, aquello me sorprendió bastante. No habíamos cruzado entre nosotros ni dos palabras durante todo el viaje. «Señor Honnywood, —le dije—, ¿qué es lo que contiene ese sobre?». «Nada, únicamente algunas instrucciones para el caso que me ocurriera algo» —me contestó—. «Yo creo que el doctor Lofton es la persona más indicada para eso» —le dije—. «No» —contestó—, «el doctor Lofton es la persona menos indicada para guardar este sobre».

»Yo estaba asombrada. Le pregunté qué era lo que temía que ocurriese. Me contestó algo así como que podía estar enfermo, en fin, cosas imprevistas que uno nunca puede pensar. Parecía tan inquieto, que tuve piedad de él. Sabía que el señor Honnywood sufría de los nervios y supuse que aquello no era más que el caso de un cerebro enfermo. Era cosa tan sin importancia lo que me pedía, que cogí el sobre. En su rostro se pintó un profundo alivio. “Es usted muy buena” —me dijo—. “Lo mejor sería que lo guardase bajo llave. No salgamos de aquí juntos. Esperaré hasta que usted haya salido y, si no le importa, será conveniente que permanezcamos alejados uno de otro cuando estemos con los demás turistas de la excursión”.

»Todo esto era muy extraño, pero como aquella noche estaba citada con algunos amigos en el Belgravia y ya era algo tarde, aseguré al pobre hombre que no se preocupase y salí de la sala. Cuando llegué a mi habitación miré el sobre. Llevaba esta inscripción: “Ábrase en el caso de que muera, Walter Honnywood”. Me apresuré a meterlo dentro de mi baúl y me marché».

—Debiera habérmelo comunicado en seguida —le reprochó Duff.

—Quizá. Pero no me decidí. Como le he dicho, atribuí aquella extraña demanda a un cerebro enfermo y no lo consideré de ninguna importancia... Además, aquellos días estuve muy ocupada. Únicamente cuando me hallé en el tren de Dover, el lunes por la mañana, fue cuando empecé a pensar en el señor Honnywood y en el documento que me había confiado. Por primera vez se me ocurrió pensar si tendría algo que ver con el asesinato de Hugo Morris Drake. Cuando subí al barco que hace

la travesía del canal, decidí aclararlo.

»Vi al señor Honnywood apoyado en la barandilla y me acerqué a él. Pareció muy inquieto al verme hacer aquello. Mientras estuvimos hablando no dejó de mirar a un lado y a otro con ojos aterrorizados. “Señor Honnywood” —le dije—, “he estado pensando en el sobre que me confió y creo que ha llegado ya el momento de una explicación sincera entre nosotros. Dígame, ¿tiene usted alguna razón para creer que su vida corre peligro?”.

»Me miró escrutadoramente y, al fin, dijo: “No, no; en absoluto. No creo que corra más peligro que cualquier otro habitante de este incierto mundo”. Su contestación no me satisfizo. Entonces decidí exponer un pensamiento que me había asaltado en el tren. “Si le ocurriese lo mismo que a Hugo Morris Drake, —le dije—, ¿encontraría el nombre de su asesino dentro de ese sobre?”.

»Por un momento creí que no iba a contestarme. Luego me miró, y sus ojos eran tan tristes, que de nuevo tuve piedad de él. “Señora, —dijo al fin—, ¿por qué supone que iba yo a cargarla con una cosa así? Ese sobre, como ya le dije, sólo contiene algunas instrucciones para el caso de que yo muriese”. “Si eso es verdad, ¿por qué no se lo confía al doctor Lofton? ¿Por qué tengo que guardarlo con tanto cuidado? ¿Por qué teme que nos vean juntos?”. —Honnywood movió la cabeza—. “Estas preguntas son muy lógicas” —dijo—, “y, créame, que siento infinito no poder contestar a ellas. Pero le doy mi palabra, señora Luce, que no tiene usted que temer. Por favor, conserve ese sobre un poco más y no diga nada a nadie. Pronto se aclarará todo el asunto. Y ahora, si me lo permite, quisiera retirarme a descansar, porque no me encuentro muy bien”.

»Bueno, llegué a París muy preocupada. Siento decir que no creía una palabra de lo que el pobre hombre me dijo. Estaba segura de que Walter Honnywood esperaba ser asesinado lo mismo que Hugo Morris Drake, y por la misma persona. Y estaba segura también de que había escrito el nombre de esa persona en el papel que me confió. Eso haría de mí una especie de cómplice en el asesinato de Drake o algo por el estilo. No es que tuviese ningún miedo por esa parte. Una vez en el Japón, donde viví durante tres años, protegí... Bueno, pero en este caso no se trataba de proteger a nadie. Al contrario, deseaba que se descubriese y castigase al hombre que asesinó a Drake. Estaba trastornada, aunque yo no me trastorno fácilmente. No sabía qué hacer».

—No debía hacer más que una cosa —hizo notar Duff—, y me decepciona que la hiciese. Tenía mi dirección...

—Sí, ya lo sé. Pero no tengo costumbre de llamar a los hombres para que resuelvan mis dificultades. Se podía hacer otra cosa, y me extraña que no haya pensado usted en ella. ¿Ha oído hablar alguna vez del viejo sistema de abrir cartas por medio del vapor?

—¿Abrió la carta? —exclamó Duff.

—Lo hice y no me avergüenzo de ello. En los crímenes y en el amor está

permitido todo. Aquella noche, en París, desengomé el sobre y saqué la carta.

—¿Y qué decía? —preguntó ávidamente Duff.

—Lo que el pobre Honnywood me había dicho. Era una breve nota que venía a decir algo así:

«Señora Luce: Siento mucho haberla molestado. ¿Sería usted tan amable que quisiera decirle al doctor Lofton que se ponga inmediatamente en contacto con mi mujer, la señorita Sybil Conway? Está en el Palace Hotel, San Remo, Italia».

—Lo cual no significa nada —suspiró Duff.

—En absoluto —asintió la señora Luce—. Cuando terminé de leer me quedé como el que ve visiones. En mis setenta y dos años de vida nada me había asombrado tanto como aquella nota. ¿Por qué no podía dejarla en manos del doctor Lofton? Aparte de que no tenía ninguna necesidad de escribir aquello. El doctor Lofton conocía el nombre y la dirección de la esposa de Honnywood, lo mismo que muchos de nosotros... La había nombrado varias veces diciendo que estaba en San Remo. Y, sin embargo, escribió aquello en una hoja de papel y me lo había dado a guardar pidiéndome que lo defendiese con mi vida.

Duff miró pensativamente al techo.

—No lo comprendo —admitió.

—Ni yo —dijo la señora Luce—. Pero no dudará que el señor Honnywood fue asesinado, ¿verdad? Estoy segura que él lo presintió... la expresión de sus ojos lo demostraba. Sin duda, el asesino creyó necesario apoderarse de la carta que yo guardaba en mi baúl antes de cometer el delito, ¿por qué? Sólo Dios lo sabe. ¿Quién le dijo que estaba allí aquel papel? ¿Walter Honnywood? Todo eso es demasiado oscuro para mí. Tiene usted que desenredarlo, señor Duff. Pongo en sus manos toda la madeja.

—Muchas gracias —replicó Duff. Luego, volviéndose al doctor Lofton le preguntó—: ¿Es verdad que usted sabía que la mujer de Honnywood estaba en San Remo?

—Desde luego. Él mismo me lo dijo. Me pidió que me detuviese un día en el Palace Hotel, con la esperanza de convencerla para que se uniese a nosotros.

Duff frunció el entrecejo.

—La niebla es espesa —lanzó un suspiro—. Supongo que habrá dado la noticia a la señora, ¿no?

—Sí, la llamé ayer por teléfono y cuando oyó la noticia, creo que se desmayó. Por lo menos, oí el ruido de una caída y se cortó la comunicación. Esta mañana su doncella me telefoneó diciéndome que su señora no podía venir a Niza y que me rogaba hiciera trasladar el cadáver de su marido a San Remo.

—Es necesario que hable con esa señora lo antes posible —dijo Duff—. Ahora,

doctor, después de oír la explicación de la señora Luce, ¿qué me dice de la muerte de Honnywood?

—¿Qué quiere que le diga? Debo admitir que eso ya no parece un simple suicidio. También debo confesarle que mi propia habitación fue registrada varias veces mientras estábamos en París. Sí, lo más probable es que se trate de un asesinato, señor inspector, pero ¿no habría manera de que fuera de nosotros tres nadie más lo sospechase? Si la Policía francesa se entera, ya sabe usted lo que pasará...

—Tiene usted razón, doctor Lofton. Reconozco que me sabría mal que la *Sûreté* de París interviniese en este asunto, a pesar de que respeto profundamente su capacidad y su método. No, éste es un asunto mío y quiero llevarlo yo hasta el final.

—Muy bien —suspiró Lofton con alivio—. Ahora, otra cosa; ¿cree usted que debemos explicar a los demás viajeros nuestras sospechas? Por más que me parece que ya se imaginan algo. Fenwick ha tratado una vez de sublevarlos y seguramente ahora volvería a intentarlo. Suponga que el viaje se deshiciese y que los turistas se desparramasen por los cuatro puntos cardinales. ¿Le beneficiaría esto a su investigación? ¿O prefiere que sigamos juntos hasta que se resuelva el asunto?

Duff sonrió.

—Habla usted de una manera muy lógica y conveniente, doctor. Si hace el favor de reunir a los viajeros, tendré otra conversación con ellos y luego veré qué le digo a ese comisario de Policía. No creo que ponga la menor dificultad.

Lofton salió y Duff le miró sonriendo hasta que desapareció. Después se volvió a la señora Luce.

—Honnywood creía que Lofton no era la persona más indicada para guardar el sobre —murmuró.

La anciana movió afirmativamente la cabeza.

—Sobre este punto parecía muy convencido.

Pamela Potter y Mark Kennaway entraron en el hotel. Duff les saludó y ambos jóvenes se acercaron.

—¡Pero si es el inspector Duff! —exclamó la joven con evidente alegría— ¡No sabe usted lo que me alegro de volverle a ver!

—¿Qué tal, señorita Pamela, y usted, señor Kennaway? ¿Han salido a dar una vuelta?

—Sí —contestó la muchacha—. Nos hemos arreglado para escapar de la dueña y dar un paseo a lo largo de la playa. Ha sido delicioso, por lo menos para mí. Me ha parecido que el aire es tan fortificante como en la North Shore, en Massachusetts.

—Me parece que estoy en desgracia —dijo Kennaway—. Me he aventurado a alabar a mi país natal y me ha contestado que en Detroit ni siquiera lo consideran como un buen mercado de automóviles. ¿Podemos descender más después de eso? Sin embargo, me gusta Niza.

—Bien, hombre —dijo riendo la joven—, pero... ¿qué le pasa al señor Tait?

El famoso abogado se acercaba rápidamente con el rostro como la púrpura, cosa

terrible para un hombre que tenía un corazón como el suyo.

—¿Dónde diablos...? ¡Hola! ¿Qué tal, señor Duff? —dijo al fijarse en el inspector, luego siguió—: ¿Dónde diablos estaba usted, Kennaway?

El joven enrojeció al oír estas palabras.

—He estado paseando con la señorita Pamela —dijo en voz baja.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y ha dejado que yo me las compusiese solo? ¿Ha pensado que tenía que anudarme la corbata? ¡Fíjese qué birria de nudo! No he conseguido hacerlo como es debido.

—¡No sabía —contestó Kennaway en voz más alta—, que me había tomado como ayuda de cámara!

—Ya sabe usted bien que le contraté para que me acompañase. Si la señorita Potter necesita un compañero, deje que se lo busque ella misma.

—Un momento —intervino Pamela Potter, con sonrisa conciliadora—. Deje que le anude esa corbata, señor Tait. Así está mejor. Vaya al espejo y mírese.

Tait se suavizó un poco. Luego se dispuso a marcharse.

—Un momento, señor Tait —dijo Duff—. Los viajeros que acompañan al doctor Lofton han recibido aviso de que se reuniesen en uno de los salones del hotel...

—¿Para qué? —gritó furioso Tait—. Más investigaciones idiotas. Usted podrá hacer perder el tiempo a los demás, pero a mí, no, ¿me entiende? ¡A mí, no! Además, es usted una calamidad, señor inspector. Ya lo noté en Londres. ¿A dónde conducirá su reunión? A ningún sitio. Al diablo con ella, pues. —Dio unos pasos y, luego retrocedió. En su rostro se reflejaba una profunda contrición—. Perdóneme, señor inspector. Tengo los nervios deshechos. Le aseguro que no pienso nada de lo que he dicho.

—Muy bien —murmuró suavemente Duff—, lo comprendo. Entremos en esa habitación.

—Allí le esperaré —replicó Tait con humildad—. ¿Viene, Mark?

El joven dudó un momento y, al fin, le siguió. La señora Luce y la muchacha le acompañaron. Duff fue hasta el despacho del hotel a inscribirse y ordenó a un botones que le subiese la maleta a su habitación. Al volverse se halló frente al señor Elmer Benbow y señora.

—Le esperábamos por aquí —dijo Benbow tras un amable saludo—. Pero ha venido más pronto de lo que suponíamos. ¡Es terrible lo de Honnywood! ¿No le parece?

—Sí, es una verdadera pena. ¿Qué le parece lo ocurrido?

—No sé qué pensar —contestó Benbow. Luego, tras una corta vacilación, siguió—: Bueno... creo que es mejor que se lo diga, Nettie.

—Claro que se lo debes decir —convino la señora Benbow.

—No sé si tendrá que ver algo con lo ocurrido o no —siguió Benbow—, pero una noche fuimos a uno de esos brillantes espectáculos de París...; camarada, casi necesité los lentes para el sol... Bueno, cuando volvimos al hotel nos encontramos la

habitación revuelta de arriba abajo. Todo lo habían registrado, pero, aunque parezca extraño, no se habían llevado nada. No supe qué pensar de ello. ¿No sería acaso Scotland Yard?

Duff sonrió.

—Scotland Yard no es tan torpe, señor Benbow. ¿De manera que les registraron la habitación? Y dígame, ¿vieron mucho al señor Honnywood desde que salieron de Londres?

—Sí. En París su habitación estaba junto a la nuestra. Recorrí la ciudad con él. La conocía lo mismo que yo conozco Akron. ¿Cree usted que se suicidó?

—Eso parece. ¿Quieren hacer el favor de esperarme allí?

—Desde luego —contestó Duff.

Y él y su mujer fueron hacia el salón que Duff había indicado.

El detective les siguió. Al cruzar el umbral aparecieron los Minchin. Maxy le dedicó un amistoso saludo.

—Bueno, otro pájaro al otro mundo —dijo el *gangster*—. Me parece que aquí hay gato encerrado. ¿A usted qué le parece, señor inspector?

—¿Y a usted? —preguntó Duff.

—Se trata de algo demasiado complicado —le aseguró Maxy—. Pero ese pájaro de Honnywood no se liquidó él mismo. De eso puede estar seguro. Le estuve observando durante el viaje. He visto a otros después de recibir el aviso de que los iban a freír y, créame, él tenía el mismo aspecto. Parecía estar continuamente rogando al cielo para que le dijera de qué parte le vendría el disparo.

—Señor Minchin —dijo Duff—, le voy a pedir un favor. Cuando luego discutamos lo ocurrido, le agradeceré infinito que guarde para usted esa opinión.

—Desde luego —replicó Minchin—. Esta vez estaré al lado de la poli. Mis labios permanecerán sellados como una tumba, ¿no se dice así?

En aquel momento llegó Lofton con la señora Spicer y Stuart Vivian. Mientras se sentaban, llegó cojeando Ross. Le seguía Keane, que antes de tomar asiento echó una rápida mirada a su alrededor.

—Todos están aquí menos los Fenwick —le hizo notar Lofton a Duff—. Parece que están fuera y no he hecho demasiados esfuerzos por encontrarlos. Si podemos arreglarlo todo antes de que ese imbécil aparezca, creo que será mejor.

Duff asintió y encontróse con el grupo.

—Vuelvo a estar aquí —empezó—. Deseo decirles algunas palabras acerca de sus planes futuros en vista del desgraciado accidente de ayer noche. Me refiero al suicidio del señor Walter Honnywood.

—¿Suicidio? —preguntó lánguidamente la señora Spicer.

Iba elegantemente vestida con un traje blanco y cubría su cabeza un sombrero inclinado sobre sus brillantes ojos.

—He dicho suicidio —siguió Duff—. ¿Tiene alguno de ustedes algo que decirme acerca de lo ocurrido?

Nadie habló.

—Muy bien —continuó Duff—, en ese caso...

—Un momento —le interrumpió Vivian. La cicatriz de su frente parecía más blanca en aquella iluminada habitación—. Deseo explicarle un simple incidente que tal vez no tenga ninguna importancia, pero el señor Honnywood y yo vinimos hasta aquí en el mismo departamento, y en París intimamos, por lo cual fuimos a comer juntos al coche restaurante. Cuando volvimos a nuestro departamento, mis dos maletas habían sido violentadas y registradas. En cambio, el equipaje de Honnywood no lo tocaron. Eso me pareció un poco extraño, más aún cuando, al mirarle, le vi pálido y tembloroso. Le pregunté qué le pasaba, pero eludió mis preguntas. Sin embargo, se veía claramente que estaba alarmado.

—Muchas gracias —dijo Duff—. Es interesante, pero no deshace la teoría del suicidio.

—Entonces, ¿usted cree que se suicidó? —preguntó Vivian en tono incrédulo.

—Es lo que cree la policía francesa y yo estoy de acuerdo con ella. El señor Honnywood padecía de los nervios. Su mujer, de la que parecía muy enamorado, se había distanciado de él. Todo parecía dispuesto para una tragedia de esta clase.

—Quizá sea así.

—Hasta ahora, el viaje de ustedes ha sido bastante desagradable, aunque me parece que esos tristes sucesos han terminado ya. Es muy posible que el secreto del asesinato del señor Drake haya muerto con Honnywood. Mis pesquisas en Londres parecen indicar que ha sido así. Por lo menos, es mejor hacer ver que ha sido así, eso hará que el criminal se confíe. Me gustaría que tan pronto como la Policía termine su investigación reanudasen ustedes su viaje. Que supongo no volverá a ser interrumpido por accidentes desagradables. ¿Tienen algún inconveniente en continuar el viaje?

—Yo ninguno —dijo rápidamente la señora Luce—. Iré tan lejos como pueda.

—Nosotros también, señora —añadió Maxy Minchin.

—Yo no veo por qué no íbamos a seguir —exclamó el capitán Keane.

—Yo no puedo volver a Akron sin las películas que les prometí —dijo, a su vez, Benbow—. Sería el hazmerreír de la ciudad. Yo pedí dar la vuelta al mundo, y cuando hago un pedido, me gusta que me lo sirvan.

—¿Y usted, señor Ross? —preguntó Duff.

El cojo sonrió.

—Sigamos, pues, adelante. Me ha costado mucho decidirme a emprenderlo y me sabría mal no realizarlo.

—¿Y usted, señora Spicer?

La señora sacó una larga boquilla y metió en ella un cigarrillo.

—No pienso interrumpir el viaje —murmuró—. ¿Quién tiene una cerilla?

Vivian se apresuró a ofrecerle una, encendida. Era evidente que él iría donde fuera ella.

—¿Quién ha hablado de interrumpir el viaje? —dijo Tait—. El único ha sido ese idiota de Fenwick. Perdónenme... pero no está aquí, ¿verdad?

—Entonces —dijo el doctor Lofton—, saldremos de aquí en cuanto el comisario de Policía nos lo permita. Nuestra próxima parada será en San Remo, junto a la frontera, en Italia.

Entre el susurro de los comentarios, la reunión se deshizo. Duff siguió a la señora Luce. Al llegar junto al sofá en el que habían hablado antes, la detuvo.

—Cuando usted entró ayer noche en el hotel con la señorita Pamela, Lofton estaba aquí hablando con el señor Fenwick, ¿verdad?

—Sí.

—Cuando bajó después de descubrir el robo del sobre, ¿estaba todavía Fenwick con el doctor?

—No, el doctor Lofton estaba solo.

—¿Le preguntó Lofton por Honnywood cuando usted entró?

—Sí; me preguntó por él con bastante ansiedad.

—Vaya con cuidado, señora Luce; lo que yo quiero son hechos reales. El doctor Lofton y Fenwick pudieron separarse en el momento en que usted entró en el ascensor, ¿no?

—Sí. Y el doctor Lofton pudo salir afuera y tirar...

—No se precipite.

—Pero ese hombre no le es simpático, ¿verdad? —protestó la anciana.

—¿Qué quiere decir con eso? Yo no tengo simpatías ni antipatías. En mi deber no cuentan esas palabras.

—Ya sé que usted es tan humano como los demás, aunque pretenda lo contrario —dijo la señora Luce, al mismo tiempo que se alejaba.

Lofton se acercó.

—Muchas gracias, señor inspector. Lo ha arreglado todo muy bien. Si tiene el mismo éxito con el comisario de Policía todo irá admirablemente.

—Espero que saldrá bien. A propósito, doctor Lofton... cuando anoche oyó el tiro, ¿estaba usted hablando con Fenwick?

—Sí. No podía sacármelo de encima.

—¿Cree usted que él también lo oyó?

—Supongo que sí, pues se estremeció un poco.

—Entonces, los dos tienen una buena coartada.

Lofton sonrió de una manera extraña.

—Supongo que sí, pero, por desgracia, el señor Fenwick no está aquí para corroborar lo que digo.

—¿Qué quiere decir con eso de que no está aquí? —exclamó Duff.

—No se lo he dicho antes en el salón, pero se ha encontrado esta carta clavada con una aguja en la almohada de la habitación de Fenwick. Como verá, está dirigida a mí.

Le tendió la carta a Duff, quien leyó:

«Doctor Lofton. Ya le advertí que si volvía a ocurrir otro suceso desagradable, nos separaríamos. Pues bien, el suceso ha ocurrido y, por lo tanto, nos vamos. Me he arreglado con el conserje y salimos en auto a medianoche. Ya sabe que no puede detenernos. Tiene mi dirección de Pittsfield y espero que cuando llegue encontraré allí una carta de usted concediéndonos un descuento de la cantidad que abonamos por el viaje. Creo que es lo mejor que puede usted hacer.

Norman Fenwick».

—Salieron a medianoche —murmuró Duff—. Me gustaría saber qué camino siguieron.

—Los empleados del hotel me han dicho que Fenwick preguntó por los barcos de Génova a Nueva York.

—Génova, ¿eh? Entonces, ahora deben de estar al otro lado de la frontera. Lofton asintió.

—Sin duda. Al otro lado de la frontera, en Italia.

—Parece como si se alegrase usted, doctor Lofton —le hizo notar Duff.

—Estoy encantado. ¿Para qué ocultarlo? En los quince años que llevo viajando con turistas, nunca había encontrado un hombre tan latoso como ese Fenwick. Estoy muy contento de que se haya marchado.

—¿A pesar de que su coartada se haya marchado con él?

Lofton sonrió.

—¿Para qué necesito yo una coartada? —preguntó, suavemente.

CAPITULO IX

Tinieblas en San Remo.

Lofton se dirigió al despacho del hotel dejando al detective que reflexionase sobre aquella noticia. Dos de los sospechosos viajeros habíanse marchado. No se había descubierto nada que asociara a los Fenwick con el asesinato de Londres, ni siquiera con el de Honnywood. Sin embargo, Duff sospechaba de todos los turistas que acompañaban a Lofton y, mientras el problema no quedase resuelto, los Fenwick, naturalmente, compartían las sospechas. Aquel hombre no tenía aspecto de asesino, pero la experiencia le había demostrado al inspector que pocos asesinos lo tienen. La conducta del hombrecillo de Pittsfield le dejaba muy asombrado. Sin embargo, no podía hacer nada. Carecía de la autoridad suficiente para tomar ninguna decisión extrema contra los turistas de Lofton, a excepción de Honnywood... y Honnywood había muerto.

Un ruido que venía del ascensor atrajo la atención del inspector y, poco después, vio al flamante comisario que se dirigía a él.

—¡Ah, inspector! ¡No ha subido usted! —exclamó el comisario—. Le he estado esperando y usted no ha comparecido.

Duff movió la cabeza.

—No había necesidad, señor comisario. Conozco muy bien lo agudo de la vista de la policía francesa. Permítame que le felicite por lo estupendamente que ha llevado usted este asunto. He hecho algunas investigaciones y me asombra la inteligencia que ha demostrado usted.

—Es usted muy amable —dijo el comisario, que no cabía en sí de gozo—. Gran parte de lo que sé lo he aprendido de los métodos de Scotland Yard. Me he portado lo mejor que he sabido, pero las circunstancias no me han ayudado. La estupidez de los criados... lo borrarón todo; pisadas, huellas dactilares, en fin, ¡todo!

—Por fortuna, no hacían falta, señor comisario. Es un caso evidente de suicidio. Se lo aseguro.

El rostro del francés se iluminó de alegría.

—Me alegra mucho oírle decir eso. Seguramente anda de por medio alguna mujer, ¿verdad?

—Sí —contestó, sonriendo, Duff—, la esposa del muerto. Él la amaba con locura y ella se marchó. Con el corazón roto, el hombre trató de vivir sin ella, pero no pudo.

El comisario movió la cabeza.

—¡Ah, la mujer, la mujer! De cuántas cosas es responsable. ¿Y qué podemos hacer sin ella?

—Nada —asintió Duff.

—Es cierto. Bueno, ahora, volviendo al asunto.

El doctor Lofton me ha dicho que usted estaba aquí, inspector, y he venido a verle. Acepto su sugerencia de que se trata de un suicidio. ¿Quién lo sabrá mejor que usted? De modo que voy a hacer el informe y el asunto quedará terminado.

—Muy bien —asintió Duff—. Entonces, ¿los turistas pueden seguir su viaje?

El comisario vaciló.

—No tan de prisa, señor —dijo—. Ahora voy al despacho del juez de instrucción. Es a él a quien corresponde la decisión final. En seguida le telefonaré a usted con lo que haya. ¿Le gusta la proposición?

—¡Ya lo creo! —contestó Duff—. Y, una vez más, le felicito sinceramente.

—Es usted demasiado amable.

—De ningún modo. Es que he quedado profundamente impresionado.

—No sé cómo darle las gracias, cómo manifestarle el placer que me produce este encuentro.

—No se preocupe, soy yo quien ha de agradecerle sus muestras de simpatía.

—Entonces, *bonjour*, inspector.

—*Bonjour* —repitió Duff, con un acento marcadísimo de Yorkshire.

El brillante comisario se alejó.

Lofton se acercó rápidamente a Duff.

—¿Qué hay? —preguntó.

El detective se encogió de hombros.

—Supongo que todo irá bien. El comisario no pedía más que dejarse convencer. Pero tiene que presentar su informe al juez de instrucción antes de tomar una decisión final. Espero una llamada telefónica. Confío que será pronto, porque estoy deseando telefonar a San Remo en cuanto sepa cuáles serán nuestros planes.

—Estaré por el hotel —dijo Lofton—. Le agradecería me dijese lo antes posible cuál ha sido la contestación del comisario. A las cuatro y media hay un tren de lujo y me gustaría mucho que pudiésemos tomarlo.

Una hora pasó antes de que el comisario le comunicara que los turistas norteamericanos podían ir donde les diese la gana. Duff envió recado al doctor por medio de un botones y, en seguida, se dirigió a la oficina.

—Hagan el favor de ponerme en comunicación con el Hotel Palace de San Remo —dijo—. Deseo hablar con la señora de Walter Honnywood, o señorita Sybil Conway, como se hace llamar a veces.

Aquello, por lo visto, motivó el asombro de las telefonistas y una animada discusión empezó en la central. Duff se sentó en un sillón próximo y aguardó resignadamente. Al cabo de bastante rato, un botones llegó, sin aliento, hasta él, y le

dijo:

—La señora de San Remo está en el aparato.

El detective corrió hasta la cabina que le indicaban. Su desconfianza acerca del buen funcionamiento de los teléfonos continentales le hizo gritar a todo pulmón.

—¿Es la señorita Conway?

Una voz lejana y armoniosa contestó:

—¿Quién desea hablar con la señorita Conway?

—Yo, el inspector Duff, de Scotland Yard.

—No le oigo bien. ¿Inspector, qué?

—Duff. Duff.

—Tal vez grita demasiado. No le entiendo.

Duff sudaba de angustia. De pronto, se dio cuenta de que estaba vociferando de mala manera. Entonces habló en voz más baja y clara.

—Soy el inspector Duff, de Scotland Yard. Fui el encargado de las investigaciones del asesinato del señor Hugo Drake, ocurrido en Londres. Ahora estoy en Niza, donde me he enterado de la muerte de su esposo, el señor Walter Honeywood.

—Bien —la voz se hizo más débil.

—Señora, le doy mi más sentido pésame.

—Muchas gracias. ¿Qué era lo que quería decirme?

—Quisiera saber si sabe usted algo que pueda proyectar alguna luz sobre su muerte.

—El doctor Lofton me dijo que se trataba de un suicidio.

—No era ningún suicidio —la voz de Duff subió de tono—. ¡Su marido fue asesinado! ¿Está usted ahí?

—Sí —respondió, en un murmullo.

—Estoy seguro de que este asesinato está relacionado con el del señor Drake —siguió Duff.

Hubo una pausa y, al final de ella, la mujer dijo:

—Y es verdad.

—¿Cómo? —preguntó Duff.

—Digo que los dos asesinatos están ligados entre sí. Se podría decir que los dos constituyen el mismo crimen.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ya se lo explicaré en cuanto le vea. La historia es muy larga. ¿Vendrá usted a San Remo con los turistas del doctor Lofton?

—Desde luego. Salimos de aquí a las cuatro y media de la tarde y llegaremos a su hotel dos horas después.

—Entonces, la cosa puede esperar. Mi marido, por mí, deseaba que no se diese publicidad al asunto. Temía, sin duda, que ello pudiera perjudicar mi carrera teatral. Pero ahora estoy decidida, me cueste lo que me cueste, a que la Justicia triunfe. Yo sé

quién asesinó a mi marido.

Duff se quedó sin aliento.

—¿Que usted sabe quién...?

—Sí.

—Entonces, por favor, señora, no perdamos más tiempo. Dígame en seguida su nombre.

—No puedo decirle más que es un hombre que viaja con el grupo Lofton.

—¡Pero, su nombre, su nombre!

—No sé cómo se llama ahora. Hace muchos años, cuando le conocimos en un país lejano, su nombre era Jim Everhard. Ahora viaja bajo otro nombre.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Mi marido me lo escribió.

—¿Pero no le escribió el nombre?

—No.

—¿Mató ese hombre también a Hugo Morris Drake? —Duff contuvo el aliento. ¿Era al asesino de Drake a quien él debía encontrar?

—Sí.

—¿Le dijo también eso su marido?

—Sí, todo está en la carta que le entregaré esta noche.

—Pero ¿reconocerá usted a ese hombre que dice conoció hace muchos años?

—Le reconoceré inmediatamente.

Duff sacó el pañuelo y se enjugó la frente. Aquello era magnífico.

—Señora Honnywood, ¿está usted todavía al aparato?

—Sí, claro.

—Lo que usted me ha contado me satisface muchísimo. Yo llegaré a ese hotel a eso de las seis y media de la tarde. No sé la hora exacta. Me acompañarán todos los turistas.

Le asaltó el recuerdo de Fenwick, pero en seguida lo alejó.

—Le ruego que permanezca en sus habitaciones hasta que yo la avise. Me las compondré de manera que pueda usted ver a todos los viajeros, a ser posible, desde un punto que no les permita a ellos verla a usted. Una vez haya llevado a cabo esa identificación, lo demás es asunto mío. Procuraré que sufra usted las menores molestias posibles.

—Es usted muy amable. Quiero cumplir con mi deber. Estoy decidida, cueste lo que cueste, que no será mucho. Le ayudaré a entregar a la Justicia al asesino de Walter. Cuente conmigo.

—Confío en usted y le quedo eternamente agradecido. Hasta esta noche, pues, señora Honnywood.

—Hasta esta noche. Esperaré su aviso en mis habitaciones.

Al salir de la cabina telefónica, Duff se sobresaltó al ver junto a la puerta al doctor Lofton.

—Recibí su nota —dijo Lofton—. He tomado ya los billetes para el expreso de las cuatro y media. He hecho reservar uno para usted por si lo desea.

—Claro que sí. Luego se lo pagaré.

—No tengo prisa.

Lofton se retiraba ya cuando, de pronto, se detuvo y volvióse otra vez al inspector.

—¡Ah! ¿Ha hablado ya con la señora Honnywood?

—Acabo de terminar.

—¿Le ha dicho algo interesante?

—Nada.

—¡Qué lástima! —murmuró Lofton.

Y se fue hacia el ascensor.

Duff se dirigió, pensativo, a su habitación. Era un caso difícil aquel. Uno de los más difíciles que había conocido. Por fin, pasadas siete horas, quedaría resuelto. Cuando se sentó a comer empezó a hacer un estudio detallado de los hombres que componían el grupo del doctor Lofton. ¿Quién de ellos era el culpable? ¿Quién era el que podía sonreír a pesar de ser un asesino? ¿Lofton? Pero Lofton era el guía, y la mujer de Honnywood había dicho que el asesino viajaba con Lofton. ¿Tenía aquello algún significado? Era posible. ¿Sería, acaso, Tait, que sufrió aquel terrible ataque al corazón al entrar en la sala del hotel Broome? Un hombre puede tener el corazón débil y, sin embargo, poseer la fuerza suficiente para estrangular a otro de la avanzada edad de Drake. Además, Tait daba la sensación de haber estado en países muy lejanos. ¿Kennaway? Pero Kennaway no era más que un muchacho. ¿Benbow? Duff movió negativamente la cabeza. ¿Ross, Vivian o Keane? Los tres podían serlo. ¿Maxy Minchin? Creía que no, pero, para el *gangster*, matar a un hombre no era cosa del otro mundo. ¿Fenwick? El corazón del detective latió con violencia. Si fuese Fenwick él le seguiría hasta el fin del mundo; a Pittsfield, Massachusetts. Dondequiera que se escondiera le seguiría hasta detenerlo.

A las cuatro y media de la tarde, estaban todos en el expreso de lujo que salía para San Remo. Duff no se había confiado a nadie. Sólo él sabía lo que les esperaba al llegar. Fue de un departamento a otro para asegurarse de que no faltaba nadie.

Después de conversar con varios de los viajeros, entró en el departamento ocupado por Tait y Kennaway.

—¡Hola, señor Tait! —empezó, amablemente, sentándose junto al anciano—. Espero, en bien suyo, que las emociones se habrán terminado ya.

Tait le dirigió una mirada nada amistosa.

—No se preocupe de mí —murmuró.

—No puedo evitarlo —dijo, sonriendo, Duff.

Durante unos instantes guardó silencio, mientras contemplaba la hermosa campiña que se extendía hasta el azul mediterráneo.

—¡Hermoso país! ¿No?

—Parece cosa de cine —gruñó Tait, al mismo tiempo que cogía un número del *New York Herald*, edición de París.

Duff se volvió hacia el joven.

—¿Es su primer viaje al extranjero?

—No; cuando estaba en el colegio hice varios viajes durante las vacaciones. ¡Aquel sí que era un tiempo feliz! No tenía ninguna preocupación ni nada más en la cabeza que los cabellos.

Duff se volvió otra vez al anciano, y dijo:

—Como le decía, señor Tait, no puedo evitar el preocuparme por usted. He presenciado uno de sus ataques y le aseguro que le creí muerto.

—Pues no lo estaba —gruñó Tait—. Ya lo vio usted. Además, para eso es detective.

—Pero no soy de los buenos. Son tantas las cosas que he dejado sin resolver. Por ejemplo, todavía no sé lo que vio usted en el salón del hotel Broome, para que motivara aquel ataque.

—Ya le he dicho que no vi nada.

—Es verdad. Me había olvidado. ¿Le había preguntado ya antes si en la noche en que Hugo Morris Drake fue asesinado, oyó usted algún ruido o grito? En fin, ya sabe usted lo que quiero decir.

—¿Cómo iba a oírlo? La habitación de Honnywood estaba entre la mía y la de Drake.

—Sí, es verdad; pero ¿no sabe usted, señor Tait —la mirada del detective estaba clavada en el rostro del anciano—, que Drake fue asesinado en la habitación de Honnywood?

—¿Qué dice usted? —exclamó Kennaway.

Tait no dijo nada, pero al inspector le pareció que su rostro había palidecido un poco más.

—¿Entiende usted lo que digo, señor Tait?

Drake fue asesinado en la habitación de Honnywood.

El anciano dejó a un lado su periódico.

—Tal vez sea usted mejor detective de lo que yo creía —murmuró—. ¿Y lo ha descubierto usted mismo?

—Sí. En vista de lo cual, ¿no desea alterar un poco su declaración?

Tait asintió.

—Le voy a contar lo ocurrido. Es posible que no me crea, pero no me importa. A primeras horas de la mañana del siete de febrero, me despertó un ruido, como de lucha, que sonaba en la habitación de al lado. La lucha fue corta, y cuando estuve despierto, el ruido había cesado ya. Vacilé respecto a lo que debía hacer. Hacía tiempo que deseaba descansar y la idea de mezclarme en un asunto que no me concernía no me gustaba. Desde luego, no pensé, ni por un momento, que se tratase de un crimen. Lo más, alguna discusión un poco acalorada. Pero, como todo seguía

tranquilo, decidí dormirme otra vez y olvidarlo.

»Por la mañana me levanté temprano y salí a almorzar fuera. Luego me paseé por St. James Park. Cuando llegué al Broome encontré a un criado en la entrada de Clarges Street y me dijo que habían asesinado a un norteamericano en su habitación. No sabía su nombre, pero, de pronto, yo recordé aquella lucha de la madrugada. ¡Había oído asesinar al señor Honnywood sin hacer nada para ayudarlo, ni para detener a su agresor!

»Como ve, al encontrarle a usted había sufrido ya una fuerte conmoción. Crucé la puerta con la certeza de que Honnywood estaba muerto arriba. Fue la primera persona a quien vi. Esa conmoción, añadida a la primera, era ya demasiado, y el corazón me falló.

—Lo comprendo —asintió Duff—. Pero no me contó usted lo de la lucha en la habitación de Honnywood. No se portó bien conmigo.

—Es posible que no. Cuando volví a verle me sentía débil y enfermo. Mi única idea era apartarme lo más posible del asunto. Usted parecía lo bastante capaz, por sí solo, para solucionarlo. Yo deseaba tranquilidad. Esto es lo ocurrido; ahora usted puede creerlo o no, como guste.

Duff sonrió.

—Me siento inclinado a creerle, señor Tait. Depende, claro está, de lo que diga el futuro.

Tait pareció suavizarse.

—Es usted mejor detective de lo que yo creía.

—Muchas gracias —contestó Duff—. Creo que ya llegamos a San Remo.

Mientras el autobús del hotel cruzaba las calles de la población, hundida ya en las tinieblas, el doctor Lofton dirigió unas palabras a sus compañeros.

—Saldremos de aquí mañana al mediodía —anunció—. Que ninguno de ustedes saque de su equipaje más que lo absolutamente necesario. Tenemos que llegar a Génova lo antes posible.

Llegaron al Hotel Palace, donde Duff tomó una habitación en el primer piso, frente a la escalera que conducía al vestíbulo. Cerca de la puerta estaba el ascensor, tipo Continental. Aunque no era hombre que se emocionase fácilmente, el corazón le latía a un ritmo acelerado. El Palace era un hotel no muy grande, pero confortable. Faltaba media hora para la cena. En el vestíbulo y en los corredores se notaba la calma que caracteriza la hora en que los huéspedes se están vistiendo para sentarse a la mesa.

Duff había comprobado en la oficina de recepción que la señorita Sybil Conway —este era el nombre con que se había inscrito—, estaba en el cuarto piso. Su habitación tenía teléfono. Llamó a la habitación de la señorita Conway y, poco después, la voz musical que tan agradable debía ser en el teatro, le contestaba.

—Soy el inspector Duff, de Scotland Yard —murmuró él.

—No sabe lo que me alegro. La espera ha sido terrible. Estoy dispuesta ya.

—Bien. Es mejor que nos reunamos en seguida, los turistas están ahora en sus habitaciones, pero pronto bajarán a cenar. Mientras les esperamos hablaremos un rato.

—Le daré una carta que mi marido me escribió desde Londres. Le aclarará muchas cosas. Y luego...

—Luego, usted y yo vigilaremos mientras se dirigen a cenar. He descubierto un escondrijo detrás de unas macetas con palmeras. Para hablar podemos entrar en una pequeña sala que está junto a mi habitación, en el primer piso. ¿Entiende lo que quiero decir por primer piso? Es el que está encima del vestíbulo. Ustedes, en los Estados Unidos, le llaman el segundo. Esa salita puede cerrarse por dentro. Propongo que nos reunamos allí. ¿Está cerca del ascensor su habitación?

—A pocos pasos.

—¡Magnífico! Puede bajar en el ascensor. Un momento. Creo que es mejor que yo suba a buscarla. Su habitación es la número 40, ¿verdad?

—Sí, la número 40. Le espero.

Duff salió en seguida al corredor, comprobando, complacido, que estaba en una semioscuridad, iluminada sólo por la luz que ascendía del vestíbulo. Apretó el botón del ascensor. Las visitas hechas a algunos modestos hoteles de París le habían familiarizado con las genialidades del ascensor automático Continental. El ascensor subió lenta y majestuosamente. Por una vez, todo funcionaba bien. Entró en ella y apretó otro botón, ahora para el cuarto piso.

Llamó con los nudillos a la puerta del número 40 y fue abierta por una alta y graciosa figura. La luz, que brillaba detrás de ella, le dejaba el rostro en sombra, pero el detective comprobó en seguida que se trataba de una mujer hermosa. Sus cabellos eran dorados, lo mismo que el traje que vestía, y su voz conmovió al inspector.

—Señor Duff, ¡no sabe usted lo que me alegro! —se la veía emocionada—. Aquí está la carta de mi marido.

Duff la cogió y guardóla en el bolsillo.

—Muchas gracias —dijo—. ¿Quiere venir conmigo? El ascensor nos espera. Entraron en él y el inspector apretó el botón del primer piso. Lentamente, como vacilando, el ascensor empezó su descenso.

—He estado enferma —explicó Sybil Conway—. ¡Esto es terrible! Pero es necesario... es necesario...

—¡Ssst! —la amonestó el detective—. Ahora no diga nada.

En aquel momento pasaban por el tercer piso.

—Dentro de un momento me lo podrá explicar todo...

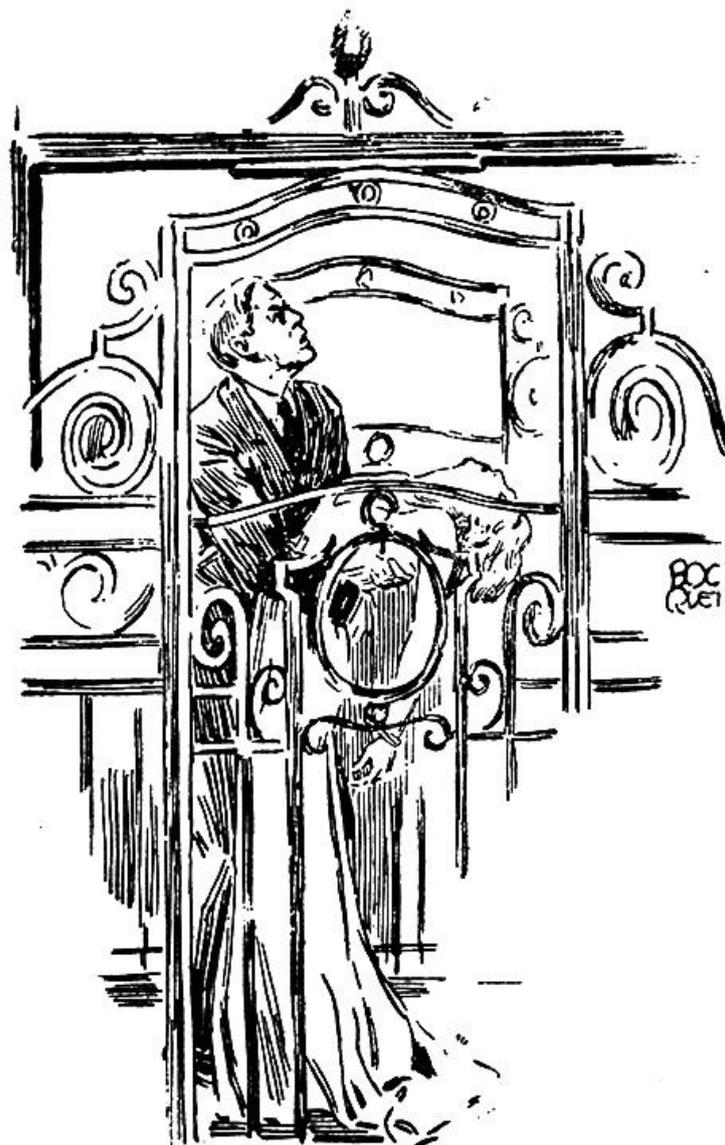
Horrorizado, se interrumpió. Sobre su cabeza acababa de sonar un disparo. Un pequeño objeto cayó a los pies del inspector. La mujer palideció. Duff la cogió en brazos, una mancha roja se agrandaba sobre el pecho.

—¡Todo ha terminado! —susurró Sybil Conway.

Duff no podía hablar. Con una mano trató de abrir la puerta del ascensor. El

invento francés respondió esta vez a los planos de su creador. El detective estaba desesperado.

Aquella situación la recordaría el inspector hasta el final de su carrera. Había visto asesinar a una mujer a su lado, la había sostenido en sus brazos mientras moría, encerrado en un ascensor cuya puerta no se abriría hasta llegar a su destino. Miró hacia arriba, pero no pudo ver nada. Cuando el ascensor se detuviese sería demasiado tarde.



... encerrado en un ascensor cuya puerta no se abriría hasta llegar a su destino.

Por fin, al llegar al primer piso, se paró. Las puertas de las habitaciones estaban casi todas abiertas; los huéspedes, a medio vestir, miraban hacia la escalera. Duff llevó a Sybil Conway hasta un sofá. Sabía que estaba muerta. Volviendo al ascensor, recogió el objeto que estaba en el suelo. Era una bolsita de gamuza; no tuvo necesidad de abrirla. Sabía lo que contenía. Guijarros recogidos en alguna playa, un centenar de piedrecitas insignificantes.

CAPITULO X

La sordera del señor Drake.

Al salir del ascensor, Duff cerró la puerta e inmediatamente sonó un timbre y el aparato empezó a subir. Durante un momento el detective contempló su lenta ascensión. Aquel era el único punto iluminado en medio de las profundas tinieblas. Demasiado tarde comprendió que cualquier persona que se hallase en el descubierto ascensor ofrecía un blanco magnífico. Como la mayor parte de los ascensores extranjeros, subía por el hueco de la escalera, protegido únicamente por una tela metálica de una altura no mayor que la corriente de una persona. La caja, más que caja era una especie de jaula o montacargas, rodeada de una reja que llegaba hasta el hombro de los que iban en su interior, y descubierta por arriba. El dorado traje de la pobre Sybil Conway debía destacarse notablemente en la oscuridad. ¡Cuán sencillo disparar a través del enrejado, desde lo alto! Ahora que había ocurrido parecía una cosa sencilla y, sin embargo, era algo que nadie podía prever. El inspector se alejó, lleno de ira, aunque no podía menos que sentir cierta admiración por su adversario.

El gerente del Palace subía, sin aliento, la escalera. Era un hombre de una obesidad fantástica. Innumerables metros de tela negra hecha traje le cubrían. Aquel hombre debía de haberse alimentado con montañas de *spaghetti*. Detrás de él subía su secretario, vestido también de negro, pero mucho más delgado. El pasillo estaba lleno de gente.

Rápidamente, el detective hizo pasar a los hombres a la salita y cerró la puerta. Ambos se quedaron mirando el sofá y su fúnebre ocupante. Con la mayor brevedad posible, Duff les expuso la situación.

—¿Asesinada en el ascensor? —preguntó el gerente— ¿Quién ha podido hacer tal cosa?

—Es lo que yo me pregunto. Cuando la asesinaron yo estaba junto a ella.

—¡Ah! ¿Estaba usted con ella? Entonces, se quedará aquí y hablará con la Policía cuando llegue.

—Claro que sí. Soy el inspector Duff, de Scotland Yard, y esa mujer era un importante testigo que iba a solucionar un crimen ocurrido en Londres.

—La cosa ya parece más clara —afirmó el voluminoso gerente—. ¡Pobre señora! Pero estos sucesos son terribles para un hotel. Uno de mis clientes es médico.

Se volvió hacia su secretario.

—Vito, ve a buscarle en seguida, aunque creo que será demasiado tarde.

Se dirigió a la puerta y la abrió, quedando frente a los huéspedes, que llenaban el comedor. Como barricada, no se podía pedir más.

—Ha sido un simple incidente. No se trata de nada importante. Les ruego que vuelvan a sus habitaciones.

Los huéspedes obedecieron de mala gana. En el momento en que Vito salía, el gerente le detuvo.

—Llama también a la Guardia Civil. No a los *Carabinieri*, ¿me entiendes?

Luego, mirando a Duff, exclamó:

—Esos harían intervenir hasta el mismo Duce. El secretario bajó, volando, la escalera. El inspector se dispuso a abandonar la habitación, pero el gerente se lo impidió.

—¿Dónde va usted, *signore*? —preguntó.

—Voy a hacer una investigación. Ya le he dicho que soy de Scotland Yard. ¿Cuántos huéspedes hay ahora en el hotel?

—Ayer noche durmieron aquí ciento veinte. La temporada está en su punto culminante.

—¡Ciento veinte! —repitió Duff—. ¡Menudo trabajo para los Guardias Civiles!

Y también para él, a pesar de que sabía que sólo entre los turistas del doctor Lofton estaba el culpable.

Al fin, con bastante dificultad, logró apartar al gerente y subió hasta el tercer piso. El pasillo estaba desierto y silencioso. El enrejado del ascensor no le ofreció la menor pista. Si alguna vez había habido un crimen sin ninguna huella, era aquel. Desanimado, subió hasta el otro piso y llamó a la puerta del número 40.

Una pálida criada abrió. Brevemente, el inspector explicó lo ocurrido. La mujer pareció a punto de desmayarse.

—¡La señora ya se lo temía! Toda la tarde la pasó muy preocupada. No hacía más que decirme: «Si me pasa algo, Tina...» y me dio instrucciones acerca de lo que debía hacer.

—¿Y qué es ello?

—Debo trasladar su cadáver a los Estados Unidos y también el del pobre señor Honnywood. Tengo, además, que enviar algunos cables a los amigos de Nueva York.

—Y parientes, quizá.

—Nunca les oí hablar de parientes. Parece que no tenían a nadie.

—¿Sí? Luego me dará una lista de las personas esas a las que ha de cablegrafiar. Ahora, lo mejor es que baje al primer piso. Dígale al gerente quién es usted. Luego, seguramente, subirán el cadáver de su señora aquí.

—¿Es usted Duff, el inspector?

—Sí, yo soy.

—Mi pobre señora habló mucho de usted durante las últimas horas.

La camarera desapareció y Duff entró en la habitación. La carta que Sybil

Conway le había entregado le quemaba el bolsillo pidiendo a gritos ser leída, pero, ante todo, quería registrar las habitaciones. Dentro de pocos momentos llegaría la Policía italiana y sería ya demasiado tarde. Se entregó al trabajo con su acostumbrada rapidez. Algunas cartas de los Estados Unidos que no decían nada interesante; cajón tras cajón, lo fue registrando todo. Al fin, cuando se inclinaba sobre una maleta, tuvo la sensación de que alguien le vigilaba desde la puerta. Se volvió. Un comandante de la Guardia Civil estaba allí y en su moreno rostro se reflejaba la sorpresa y el disgusto que le producía la presencia del detective.

—¿Registra usted la habitación, *signore*? —inquirió.

—Permita que me presente —se apresuró a decir Duff—. Soy el inspector Duff, de Scotland Yard. El cónsul de Inglaterra responderá por mí. El comandante pareció impresionado.

—¿De Scotland Yard? Comprendo. ¿Era usted el que acompañaba a la señora cuando fue asesinada?

—Sí —asintió, molesto, el inspector—. Me encontré en esa desagradable situación, Si quiere sentarse...

—Prefiero seguir en pie.

—Cosa natural con ese uniforme —pensó Duff—. Como usted guste —siguió—. Le explicaré lo que sé de este asunto.

Con la mayor brevedad posible, explicó todo lo ocurrido y el papel que Sybil Conway había desempeñado. Pero no queriendo explicar demasiadas cosas a la Policía italiana, calló lo de las sospechas que recaían sobre los turistas de Lofton.

El italiano escuchó tranquilamente. Cuando Duff hubo terminado, asintió con un movimiento de cabeza, y dijo:

—Espero que no saldrá usted de San Remo sin comunicármelo.

—Desde luego.

Duff sonrió, recordando las innumerables veces que había dirigido él aquella misma advertencia a otros hombres.

—¿Qué es lo que ha encontrado en el registro de esta habitación?

—Nada —se apresuró a decir el de Scotland Yard—. Nada en absoluto.

Su corazón latió con fuerza. ¡Si aquel hombre, molesto por su entrometimiento, diese orden de que le registrasen y encontraran la carta de Walter Honnywood...!

Por un momento, ambos hombres se miraron. Aquello parecía un conflicto internacional. Pero el honorable aspecto de Duff triunfó al fin.

—Más tarde tendré el honor de hablar con usted —dijo, inclinándose, el italiano.

Aquello era una despedida.

Con profundo alivio, Duff corrió a su habitación. Pensaba leer, sin pérdida de tiempo, la carta que le había entregado Sybil Conway momentos antes de su muerte. Cerró la puerta, acercó una silla a una lámpara de pie y sacó el sobre. En uno de los lados del mismo se veía el timbre del hotel Broome, de Londres, y el matasellos llevaba la fecha del 15 de febrero. Ocho días después del asesinato de Hugo Drake, y

pocos días antes de que salieran hacia el continente.

Sacó el contenido del sobre. La letra de Walter Honnywood era menuda, pero, aun así, la carta constaba de varias hojas. Duff empezó a leer:

«Queridísima Sybil: Ya habrás visto, por el encabezamiento de esta carta, que he llegado a Londres, de paso para el viaje alrededor del mundo que, como te escribí desde Nueva York, me han recomendado los médicos. Este viaje tenía que ser para mí un descanso, una distracción, y, en lugar de eso, se ha convertido en la más terrible pesadilla que darse pueda. Jim Everhard forma también parte de la expedición.

»Esto lo descubrí la mañana del siete de febrero, hace poco más de una semana. Y lo descubrí en circunstancias terribles. Ahora juzgarás por ti misma.

»Cuando subí al barco, en Nueva York, desconocía hasta los nombres de mis compañeros de viaje. Ni siquiera había visto al guía. Poco antes de partir nos reunimos todos en el puente y estreché la mano de cuantos iban a dar conmigo la vuelta al mundo. No reconocí a Jim Everhard. ¿Cómo iba a reconocerle? Ya sabes que sólo le vi una vez y la luz era muy débil, una simple lámpara de aceite, allá en aquella salita tuya. ¡Y de eso hace ya tantos años! Sí, les estreché la mano a todos, hasta a Jim Everhard, el hombre que juró matarme y matarte a ti misma. Nunca sospeché...

»Bien, zarpamos. La travesía fue terrible, y por cuyo motivo apenas salí de mi camarote. Sólo al anochecer iba a dar una vuelta por el puente. De día no vi el agua hasta la mañana que llegamos a Southampton. Una vez en Londres, los demás se dedicaron a ver la ciudad y sus alrededores, pero yo no les acompañé. No había venido yo a Europa para eso. Además, Londres no guarda ya ninguna sorpresa para mí.

»En la noche del seis de febrero, estaba sentado en el salón de lectura del Hotel Broome, cuando otro de los que forman parte de la excursión entró en él. Un anciano excelente, de Detroit, llamado Hugo Morris Drake; ¡el hombre más bueno del mundo, y, por desgracia, bastante sordo! Entablamos conversación y le conté lo de mi enfermedad, añadiendo que durante las últimas noches había dormido muy poco, pues en la habitación contigua a la mía alguien leía en voz alta hasta bastante tarde. Le dije que no sentía ningún deseo de subir a acostarme, porque sabía que no podría dormir.

»Al oír esto, el buen viejo tuvo una idea. Indicó que, debido a su sordera, lo que tanto me molestaba a mí, para él no significaba nada y me ofreció que, por aquella noche, cambiásemos de habitación. Como su cuarto estaba junto al mío, era muy fácil arreglarlo. Acepté, agradecido, el ofrecimiento del señor Drake. Subimos a nuestras habitaciones. Ya habíamos convenido dejar los equipajes y todo lo demás como estaba, cambiando únicamente la ropa de las

camas. Cerré la puerta de comunicación entre ambas habitaciones y me acosté en la cama de Drake.

»El médico me había dado un tubo de veronal para emplearlo como último recurso y, para asegurarme sueño, tomé una tableta. Entre el desacostumbrado silencio y la ayuda del somnífero dormí como hacía meses que no dormía. Me desperté a las seis y media y, como el señor Drake me había dicho que deseaba despertarse pronto, pues aquella mañana debíamos salir para París, entré en la otra habitación.

»Al entrar, miré a mi alrededor. La ropa del buen viejo estaba en una silla, su trompetilla, sobre la mesa; todas las puertas y ventanas cerradas. Me acerqué a la cama para despertarle. ¡Estaba muerto! ¡Le habían estrangulado con una correa!

»Al principio, no comprendí lo que había pasado; era la madrugada y estaba todavía medio dormido. Luego vi sobre la cama una bolsita de gamuza. ¿Te acuerdas? Era una de aquellas bolsas que entregaste a Jim Everhard. Eran dos, ¿verdad?, llenas de guijarros.

»Me senté a reflexionar. Sin embargo, era muy sencillo. Jim Everhard estaba en alguna parte del hotel Broome. Me había descubierto y, sin duda, decidió poner en práctica su amenaza. Durante la noche había entrado en mi habitación para estrangularme y devolverme la bolsa de guijarros ¡En mi habitación! Pero aquella noche no era mi habitación. Hugo Morris Drake estaba en mi cama, en aquel oscuro rincón donde la luz de la calle nunca llega. Y Hugo Morris Drake murió: murió a causa de su amabilidad para conmigo; murió por ser sordo.

»Era horrible, pero comprendí que era necesario que recobrase mi sangre fría. No podía hacer nada ya por el pobre Drake. Hubiera dado con gusto mi vida por evitar lo ocurrido, pero ya era demasiado tarde. Era necesario salir del atolladero de una manera u otra. Deseaba volverte a ver, oír tu voz. Ya sabes cómo te quiero. Te amé desde el momento que te vi. De no haberte amado tanto, nada de lo que ocurre hubiese ocurrido. Pero no; no me pesa, no me pesará nunca.

»Comprendí que no podía dejar al pobre Drake allí, en mi cama, en medio de mis cosas. ¿Cómo explicarlo? Por eso le llevé a su habitación y le coloqué en su propia cama. Quedaba la bolsita de guijarros. No quería verla. No sabía qué hacer con ella. Para nadie, excepto para Jim Everhard y nosotros, tenía ningún significado. La dejé, pues, sobre la cama, junto al cuerpo de Drake. Al hacerlo, casi sonreí, y sonreí al pensar en Everhard llevando sobre él durante todos estos años aquella bolsita para acabar dejándola en un lugar equivocado, inutilizando su venganza al equivocarse de hombre. Claro que todavía le queda la otra bolsa.

»Abrí la puerta del corredor, luego entré en la habitación de Drake y cerré

la puerta de comunicación entre nuestros cuartos. En aquel momento me fijé en la trompetilla; al trasladarla la había tocado con las manos. Para borrar las huellas de mis dedos la limpié con todo cuidado. Fue una suerte que se me ocurriese aquello. Luego salí de su habitación por la puerta del corredor y entré otra vez en la mía. Nadie me vio. Pero, en aquel momento, recordé al camarero que había subido la noche anterior el cable para Drake y que, por lo tanto, estaba enterado del cambio de habitaciones. Tan pronto como entró de servicio le llamé y logré sobornarle. Fue muy fácil. Luego bajé a desayunar y fue entonces cuando encontré a Jim Everhard.

»Esta vez, al verle, le reconocí. Los ojos son algo que en el hombre no cambian por años que pasen. Estaba yo sentado en una sala del hotel, esperando al inspector de Scotland Yard, cuando, de pronto, levanté la vista. A pocos pasos de mí estaba Jim Everhard, que formaba parte de la expedición bajo otro nombre.

»Mientras el agente de Scotland Yard interrogaba a los demás, me puse a pensar en lo que debía hacer. No podía abandonar a mis compañeros, pues me encontraba en una situación bastante mala. Debido a mis nervios, no había contestado muy bien al interrogatorio. Si huía, me detendrían en seguida. Entonces sería preciso explicar toda la historia. No, era necesario seguir conviviendo con el hombre que, sin duda, estaba más decidido que nunca a matarme, mejor dicho, que me había matado ya.

»Durante una semana dormí, o traté de dormir, todas las noches, con la puerta defendida por un buró. Poco a poco, fui trazándome un plan defensivo. Iría al encuentro de Everhard para decirle que en lugar seguro había depositado un sobre para que fuese abierto en caso de que me ocurriera algo. Dentro de dicho sobre le haría creer que estaba escrito su nombre, o sea el nombre de mi asesino, si es que llegaba a asesinarme. Supuse que así le haría estarse quieto por algún tiempo.

»Preparé el sobre, pero, en la breve nota que contiene, no escribí el nombre de Everhard. Si, al fin, me mata, no quiero que se sepa nada de lo que ocurrió hace años. Ese escándalo arruinaría tu carrera teatral. Y eso no quiero yo que ocurra. ¡Me siento tan orgulloso de ti!

»Esta tarde he entregado el sobre a uno de los compañeros de viaje, de quien estoy seguro que nunca sospechará. Poco después vi a Jim Everhard en el vestíbulo. Fui a sentarme junto a él y, de la manera más disimulada, como si estuviésemos hablando del tiempo, le eché en cara lo que había hecho. No dijo nada, sólo me miró. Le dije lo del sobre con su nombre dentro. Esto último, como arriba te digo, no es verdad, pero creo que para mis propósitos ya irá bien.

»Así, seguiré con los demás hasta Niza. Estoy seguro de que antes de llegar allí no hará nada. Parece que mis palabras le han impresionado

bastante. La noche de mi llegada a Niza me propongo ir en coche hasta San Remo a reunirme contigo. De momento, Scotland Yard parece haber renunciado a las pesquisas y dudo que puedan detenerme. Debemos ocultarnos hasta que el peligro haya pasado. Estoy seguro que ante esta inesperada amenaza, nuestras diferencias habrán terminado, por fin.

»No quiero decirte el nombre bajo el cual viaja Jim Everhard. Eres tan impulsiva, que temo que, de ocurrirme algo, no guardases silencio. Destrozarías tu magnífica carrera con un gesto grande y, luego, deplorarías toda la vida el haberlo hecho. Si llegara a ocurrirme algo, ¡por el amor de Dios! apártate del camino de la expedición de Lofton. Huye de San Remo. Tu único pensamiento debe ser tu propia seguridad. Ve en automóvil hasta Génova y coge el primer barco para Nueva York. No destroces los años que te restan de vida, sería inútil. Deja que el pasado se entierre a sí mismo.

»Pero ten la seguridad de que no me ocurrirá nada. Conserva la serenidad como hago yo. Mi mano está firme mientras escribo esto. Al final, todo se arreglará, estoy seguro. Te telegrafiaré la fecha de mi llegada; está dispuesta para entonces. Partiremos para una segunda luna de miel. Everhard y los sucesos ocurridos hace tantos años, volverán a las sombras, donde han permanecido durante tanto tiempo.

»Se despide de ti, con todo su amor, tu
Walter».

Gravemente, el inspector dobló la carta y la guardó otra vez dentro del sobre. En aquellos momentos sentíase impotente para luchar. De nuevo había estado cerca del deseado descubrimiento y, a última hora, lo había perdido todo. La noticia de que el asesinato de Hugo Morris Drake había sido una equivocación no le sorprendió mucho. Hacía tiempo que lo sospechaba. Pero equivocación o no, el criminal debía ser detenido y entregado a la Justicia. ¡Y pensar que mientras Walter Honnywood escribía aquella carta el nombre de su asesino no se apartaba de su mente! ¿Quién sería? ¿Tait, Kennaway, Vivian, Lofton o Ross? ¿Minchin, Benbow o Keane? Quizá Fenwick. Pero no, Fenwick ya no formaba parte de la expedición. Difícilmente podía tener nada que ver con el crimen de aquella noche.

—Bueno, algún día lo descubriré todo —pensó Duff—. De lo contrario, después de lo ocurrido en el ascensor, sentiríase deshonrado por el resto de su vida.

Y con esta determinación, guardó la carta bajo llave en su cartera de mano y bajó a la planta baja.

El doctor Lofton era la única persona que se hallaba en aquel momento en el vestíbulo. Al ver a Duff se dirigió a él. El inspector quedó asombrado de su aspecto. Su rostro, a pesar de la barba, estaba blanco como la nieve.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto? —preguntó el guía.

—La mujer de Honnywood —contestó, lentamente, Duff—, ha sido asesinada a

mi lado, dentro del ascensor. Precisamente cuando estaba a punto de señalarme el asesino de Drake y de Honnywood, que se encuentra entre sus clientes.

—Entre mis clientes —repitió Lofton—. ¡Ahora sí lo creo! Hasta este momento me había repetido a mí mismo que no podía ser verdad. Desanimado, se encogió de hombros.

—¿Para qué seguir? —añadió—. Esto ha terminado.

Duff le cogió del brazo y le llevó hasta un apartado rincón, pues los huéspedes empezaban a salir del comedor.

—Claro que seguirá —insistió—. Espero que no fallará usted ahora. Óigame; esta vez no ha sido asesinado un miembro de su grupo. No tiene necesidad de decir nada a los demás. Es posible que les interroguen, pero será por fórmula, como a los demás huéspedes del hotel. No es fácil que la Policía italiana descubra nada. Hombres más listos que ellos tampoco lo lograrían. Dentro de un par de días lo más, podrán seguir adelante como si nada hubiera ocurrido, ¿me entiende?

—Sí, le entiendo, ¡pero han pasado tantas cosas!

—Sólo algunos de nosotros sabemos lo mucho que ha pasado. Siga adelante y así el asesino empezará a sentirse seguro. Ahora ya ha terminado su trabajo. Usted reanude su viaje y deje lo demás a mi cargo y al de Scotland Yard. ¿Entendidos?

Lofton asintió.

—Lo comprendo. Seguiré el viaje, pero este último crimen me ha deshecho.

—Continúe su vuelta al mundo y no se preocupe —contestó Duff.

Y se despidió del doctor.

Mientras cenaba, el inspector reflexionó profundamente. Por primera vez, Lofton hablaba de terminar el viaje. Y era precisamente cuando el trabajo del asesino había terminado.

En el momento en que el inspector empezaba a saborear una excelente sopa, entró Pamela Potter en el comedor y se acercó a la mesa.

—Vengo a darle una noticia. En cuanto llegamos, el señor Kennaway y yo salimos a dar un paseo mientras el señor Tait descabezaba un sueñecito. Al salir del hotel vi que un coche se detenía ante la puerta y esperaba. Algo me dijo que me detuviera un momento para ver a quién esperaba el coche.

—¡Ah! —sonrió Duff—. ¿Y a quién esperaba?

—Se lo voy a decir, pues hay cosas en la vida que ni usted, a pesar de lo listo que es, lograría descubrir jamás. El coche esperaba a unos viejos amigos nuestros. A los Fenwick, que salieron, corriendo, del hotel con todo su equipaje.

Duff arqueó las cejas, asombrado.

—¿Los Fenwick?

—Los mismos. Parecieron sorprenderse al vernos al señor Kennaway y a mí. Dijeron que no nos esperaban hasta mañana. Les expliqué que el itinerario había sufrido uno de sus habituales cambios.

—¿Y a qué hora era eso? —inquirió el inspector.

—Minutos después de las siete. Lo recuerdo porque eran precisamente las siete cuando el señor Kennaway y yo nos reunimos en el vestíbulo.

—Minutos después de las siete —repitió pensativo Duff.

La joven se fue a reunir con la señora Luce, que se hallaba en una lejana mesa, y Duff dedicó otra vez su atención a la sopa. Eran las seis y cuarenta y cinco cuando la señora Honnywood fue asesinada en el ascensor.

CAPITULO XI

El expreso de Génova.

Duff se paseaba por la terraza preocupado con los Fenwick. Era una verdadera pena que su ocupado cerebro no pudiese prestar atención a la maravillosa noche. ¿Debía ir al encuentro del policía italiano a decirle que detuviese a los Fenwick y les hiciera volver a San Remo? La cosa no sería difícil pero ¿luego qué? No había la menor prueba contra Norman Fenwick. Atraer sobre él la atención de la Policía italiana sería atraerla, al mismo tiempo, sobre los turistas de Lofton, y eso Duff no lo deseaba en modo alguno. No, decidió que era preferible no llamar la atención de la Policía italiana sobre la precipitada marcha de los norteamericanos.

Cuando volvió a ver al comandante de la Guardia Civil, Duff se alegró de no haber complicado la existencia de aquel preocupado jefe con la historia de los Fenwick. Aunque el italiano había demostrado bastante serenidad durante la entrevista en la habitación de la señorita Conway, aquel estado de ánimo era evidente que no había durado mucho. Al avanzar en el asunto el pobre hombre empezó a darse cuenta de la verdadera naturaleza de la situación con la cual se enfrentaba. Además, como buen latino, era un temperamento muy nervioso. ¡Un asesinato sin ninguna pista, sin huellas digitales, sin arma que examinar, sin ningún testigo, a excepción de Duff, que era de Scotland Yard y, por lo tanto, fuera de toda sospecha, era motivo suficiente para sacar de sus casillas a cualquiera! Ciento veinte huéspedes y treinta y nueve criados se hallaban en el hotel en el momento de ocurrir el crimen. No era, pues, de extrañar que el desgraciado comandante estuviera rabiando y dirigiendo preguntas inútiles, cayendo gradualmente en un estado de excitación que le condujo a un largo y apasionado discurso sobre el caso, con un pequeño y emocionado botones que no sabía una palabra de lo ocurrido.

A las diez de aquella noche, Duff encontró a Pamela Potter y a Kennaway sentados en unos sillones de mimbre, en la terraza del hotel.

—Qué lugar más divino para una conversación, ¿verdad? —dijo el detective sentándose a su lado.

—Sí. Fíjese en la luna llena y en el aroma que despiden los naranjos en flor. Nos preguntábamos si esto estará incluido también en la cuenta o bien, si deberemos pagarlo aparte. El contrato de Lofton no responde de los gastos extraordinarios como

agua mineral, vinos y lavado de ropa. A lo mejor la luz de la luna y el aroma de los naranjos en flor, será considerado como gasto extraordinario.

—Siento interrumpir sus románticos cálculos —Duff sonrió—. La señorita Potter me ha dicho que salieron ustedes a dar una vuelta antes de cenar.

Kennaway asintió.

—Lo hicimos para despertar el apetito. Después de algún tiempo de viajar así se tiene la sensación de que la vida es solo una enorme mesa de hotel.

—¿Se opuso el señor Tait a que saliese cuando usted se lo dijo?

—No. Al contrario, aprobó la idea. Dijo que no pensaba cenar antes de las ocho y que como estaba cansado quería dormir un poco antes. Nuestras habitaciones son algo pequeñas y quizá pensó que le estorbaría si rondaba por allí.

—¿En qué piso están sus habitaciones?

—En el tercero.

—¿Están cerca del ascensor?

—Enfrente mismo.

—Supongo que a las seis cuarenta y cinco no habían salido del hotel. ¿Oyó a esa hora el ruido de un disparo?

—Sí.

—¿Dónde estaba en aquel momento?

—En el vestíbulo, esperando a la señorita Potter.

No debíamos reunirnos hasta las siete, pero el señor Tait me había echado casi a empujones.

—¿Quién más había en el vestíbulo? ¿Algún otro compañero de viaje?

—No. Solo yo y algunos criados. Oí el disparo, pero no me imaginé lo que había ocurrido. Además, habiendo sido en el ascensor, no me sorprendió. En cualquier momento esperaba verlo desaparecer entre una nube de humo rojo.

—Entonces, cuando sonó el disparo, el señor Tait estaba solo en su habitación, ¿no?

—Claro. Solo y, sin duda, profundamente dormido.

—Sí, es lo más probable.

En aquel momento apareció Tait en la terraza. Su figura se destacaba bañada por la luz de la luna. Duff siempre se lo había imaginado como un hombre viejo, pero entonces pensó que Tait no era tan viejo como parecía. En su rostro se veían las huellas de una profunda ansiedad, o de enfermedad, pero no de vejez.

—Pensé que le encontraría aquí —dijo el abogado dirigiéndose a Kennaway.

—Siéntese, señor Tait —le invitó Duff—. Estábamos admirando el panorama.

—Estoy ya harto de panoramas —gruñó Tait—. Tengo ya ganas de volver a Nueva York. Toda mi vida ha sido actividad y esta vagancia es un infierno.

«¿A ver si Tait también querrá marcharse?» —pensó Duff.

—Vámonos arriba, Mark —siguió el abogado—. Deseo acostarme. Hoy no tendrá que leer mucho.

—¿Todavía novelas de misterio? —inquirió el detective.

—Ahora no —contestó Tait—. Ya hay bastantes crímenes en la vida real sin leerlos en los libros. Ahora nos dedicamos, a los autores rusos. Fue idea de Mark. Él dice que son mejores, pero a mí me pasa que, o tengo que escuchar lo que lee, o dormirme y, claro, prefiero dormir. Eso le deja más tiempo para dedicarse a las señoras. —Se volvió y dirigióse hacia la puerta vidriera por la que había salido—. ¿Está listo ya, Mark? —preguntó, mirando hacia atrás.

Kennaway se levantó de mala gana.

—Cuando el deber llama hay que acudir —dijo—. Siento que Mark Kennaway la tenga que dejar sola, señorita Potter. Si el perfume de los naranjos en flor se paga aparte, ahora tendrá que cargar usted sola con todo el gasto.

—Es un muchacho simpático ¿no? —preguntó Duff cuando el joven hubo desaparecido.

—Muy simpático a veces —contestó la muchacha—. Y esta noche es una de esas veces.

—¿Qué quiere decir con eso de, a veces?

—¡Oh! Tiene momentos. Además, su familia es de Boston... Pero usted no debe comprender lo que quiero decir, ¿verdad?

—No —replicó Duff—. Ahora, dígame: ¿Cómo han tomado los compañeros el último crimen?

—Con bastante calma. Siempre he oído decir que uno se acostumbra a todo con el tiempo. Supongo que nos detendrán aquí durante algunos días.

—No puedo decírselo. En Italia la investigación de un asesinato es una cosa muy complicada. Hay tres clases de Policía. La Guardia Civil, los *Carabinieri* y la Guardia Municipal. Esta última sólo se ocupa de los delitos sin importancia, pero, a menudo, las otras dos son llamadas simultáneamente para investigar también y el resultado es una verdadera batalla. En este caso sólo ha intervenido la Guardia Civil y espero que los *Carabinieri* no se mezclen. Si lo hiciesen, entonces sí que les aseguraría dificultades. Espero lograr convencer a ese preocupado comandante de que todo esto es asunto mío y que no se preocupe más.

La muchacha se acercó más a Duff.

—¿Me querrá decir una cosa? ¿Es el mismo asesino? Mi abuelo, el señor Honnywood y, ahora, su mujer. ¿Han sido asesinados todos por el mismo hombre?

Duff asintió lentamente.

—Sí, señorita Pamela, ha sido el mismo hombre.

—¿Quién?

El detective sonrió.

—Cada cosa a su tiempo, como diría un viejo amigo mío. Un chino a quien me gustaría que fuera a visitar usted cuando llegue a Honolulu. De momento, nos encontramos ante un muro infranqueable y tenemos que rodearlo para buscar otro nuevo camino. Ya vuelvo a imitar a mi amigo. —La muchacha siguió callada.

Después de un breve silencio, Duff continuó—: La he querido ver esta noche, porque tengo algo que decirle, señorita Pamela. Por lo menos, parte de nuestro misterio está ya resuelto. Tengo en mi cartera una carta que explica por qué su abuelo vióse envuelto en este suceso.

La muchacha se levantó de un salto.

—¡Tengo que ver en seguida esa carta! —exclamó.

—Claro —Duff se levantó a su vez—. Si quiere venir conmigo se la daré. Llévesela a su habitación y léala. Le agradeceré que me la devuelva por la mañana.

Sin decir palabra, la muchacha le acompañó por el iluminado vestíbulo. Se dirigieron al ascensor. Duff miró el aparato con marcado disgusto.

—Mi habitación está en el primer piso —dijo.

—Entonces será mejor que no nos metamos en ese terrible cacharro. Subamos a pie.

La joven aguardó en la puerta mientras él buscaba la carta. El inspector buscaba en su mente palabras de condolencia, pero no recordó ninguna. Hablar no era su fuerte. Todo lo que pudo decir fue:

—¿A qué hora nos podemos encontrar mañana?

—A las ocho —contestó la muchacha—. En el vestíbulo.

Luego, cogiendo rápidamente la carta corrió a su habitación.

Duff bajó al vestíbulo donde tuvo otra conversación con el preocupado comandante de la Guardia Civil. Sutilmente trató de demostrar a aquel oficial la inutilidad de nuevas investigaciones. Aquel asesinato no parecía tener solución, pero, por fortuna, formaba parte de una serie y como el primero había tenido lugar en Inglaterra el asunto concernía a Scotland Yard, que se consideraría muy dichoso librando a la Policía italiana de un trabajo tan difícil y desagradable.

El comandante le dijo que la Policía italiana estaba dispuesta a que la librasen de semejante preocupación, y cuando se retiró, parecía mucho más contento que antes.

El día siguiente fue uno de los clásicos de la Riviera; cielo azul, mar brillante, y sol deslumbrador. Como habían convenido, a las ocho de la mañana se reunieron Duff y Pamela en el vestíbulo. La hermosa mañana no parecía ejercer ninguna influencia sobre la muchacha. Sus bellos ojos mostraban huellas evidentes de las lágrimas que había derramado. Al encontrarse, tendió la carta a Duff.

—Debí prepararla a usted —dijo él—, pero no supe cómo hacerlo. Créame que lo siento.

—No se preocupe —contestó ella en voz baja—. Lo hizo de la mejor manera. ¡Pobre abuelo, asesinado por nada! Muerto por hacer un favor a otro hombre.

—No se puede pedir mejor epitafio.

Pamela Potter le miró con ojos relampagueantes.

—¡Bueno, pero esto no se termina aquí! —exclamó—. Quiero descubrir al hombre que le mató. No descansaré hasta que le descubra.

—Ni yo. Quiero detener a Jim Everhard, aunque sea el último acto de mi vida.

¿Se le ocurre algo?

La joven negó con la cabeza.

—He permanecido despierta, pensando casi toda la noche. ¿Quién de los hombres que nos acompañan es el culpable? Todos parecen incapaces de una cosa semejante... hasta Maxy Minchin. ¿Quién será? El señor Vivian no parece interesarse más que por la señora Spicer. El capitán Keane, no me es simpático, pero no parece capaz tampoco de matar a nadie. El señor Tait, a veces es bastante desagradable, pero el pobre está enfermo. El señor Ross no parece tener que ver nada con todo esto... En cuanto al señor Benbow, estoy segura de que no hace nada que no sea fotografiar para enseñarlo luego a sus compañeros de Akron. Queda el doctor Lofton y ese loco de Fenwick. Pero sería absurdo pensar que él...

—No hay nada absurdo en este asunto —la interrumpió Duff—. Y, a propósito, ha olvidado a uno de los hombres del grupo.

—¿De veras? —Pareció sorprenderse—. ¿A quién?

—Me refiero a Mark Kennaway.

La muchacha sonrió.

—No sea usted ridículo.

—Yo nunca paso por alto a nadie. Y, desde el momento en que estoy a punto de tomarla como ayudante...

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir, que lo más probable es que me aleje de ustedes por algún tiempo. No espero más accidentes y, si les acompañase, podría hacer muy poca cosa. Como le dije ayer noche, me encuentro ante un muro muy alto y espeso y hay que dar la vuelta para ver de encontrar otro camino. Más pronto o más tarde me reuniré otra vez con ustedes. Entretanto, quisiera pedirle que actuase como representante mío. Haga el favor de hacer un estudio de los hombres del grupo y escríbame desde las distintas escalas que hagan. Dígame simplemente cómo van las cosas. Si descubre la más pequeña pista, cuéntemelo en seguida. Y, si ocurre algo importante, telegráfieme a Scotland Yard, en Londres. Ellos ya se encargarán de hacerlo llegar a mi poder. ¿Querrá hacerlo?

—Claro que sí —asintió la muchacha—. Ahora ya escribo a unos veinte muchachos. Uno más no importa.

—Me enorgullece verme incluido en una lista tan numerosa. Muchas gracias.

En aquel momento, llegó la señora Luce.

—¡Oh! Está aquí Pamela. Me alegra verte en una compañía tan segura. No me mire así, señor inspector. Ya sé que en los asuntos del corazón es usted tan peligroso como cualquier otro hombre.

Duff se echó a reír.

—Hermosa mañana, ¿no?

—¿De veras? —contestó la anciana—. Yo soy del Sur de California, por eso no me emocionan estos días.

—Supongo que habrá dormido bien, ¿verdad? —dijo la joven.

—Yo siempre duermo bien con tal de cambiar a menudo de cama. Ni un crimen me desvela. Recuerdo que una vez en Delhi... Claro que sólo se trataba de un chofer, me refiero a la víctima. Pero me parece que será mejor que me guarde estos recuerdos para mí. ¿Cómo va el asunto de ayer noche, señor inspector?

—Pues, no hay nada nuevo —replicó Duff.

—No me sorprende. Usted no es un superhombre, y el amigo ese, con las prisas que se da en asesinar, ya lo va pareciendo. Una cosa me tranquiliza, y es que parece que empieza ya a operar con otras personas que no son de nuestro grupo. ¿Y si fuésemos a almorzar, Pamela?

—Estoy muerta de hambre —dijo la muchacha.

Y siguió a la señora Luce al comedor.

Al mediodía se supo que las autoridades italianas no iban a detener a ninguno de los viajeros del hotel. El turismo es una de las industrias más florecientes en la Riviera di Ponente para que se malograra por una investigación policíaca. Lofton, que ya se había recobrado, notificó a sus clientes que aquella tarde, a las dos, cogerían el expreso de Génova.

En cuanto al comandante de la Guardia Civil, parecía ya mucho más dueño de sí. Después de hablar con sus subordinados y de telegrafiar a Roma, decidieron dejar el asunto en manos de Scotland Yard, lo que permitió al comandante no tener más trabajo que lucir su uniforme e impresionar a las señoras. En ambos trabajos era maestro consumado.

De nuevo, como en aquella otra mañana en Londres, el inspector Duff se halló en la extraña posición de despedir a un grupo de personas entre las cuales se encontraba, indudablemente, el hombre a quien tanto deseaba detener.

Estaban allí todos, en el andén, mientras esperaban la llegada del expreso. Benbow con su cámara; Sadie Minchin adornada con las recientes adquisiciones de joyería.

De pronto, la señora Spicer lanzó un grito.

—¡Dios mío, no me había dado cuenta antes! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó solícito el doctor Lofton.

—Que somos trece —contestó horrorizada.

Maxy Minchin le palmeó la espalda.

—Eso no tiene ninguna importancia —le aseguró.

El doctor Lofton sonrió.

—No son más que doce viajeros. Yo, en realidad, no cuento.

—Sí, sí que cuenta —insistió la mujer—. Y usted es el que hace trece.

—Eso es una tontería, Irene —intervino Stuart Vivian—. No serás supersticiosa, ¿verdad?

—¿Por qué no? Todo el mundo lo es.

—Sólo los ignorantes... ¡Oh, perdóname!

Se había arrepentido un poco demasiado tarde. La mujer le dirigió una mirada, que hasta aquellos a quienes, no iba dirigida, se estremecieron. En sus verdes ojos brilló un fuego peligroso.

—Yo también soy supersticiosa —dijo diplomáticamente la señora Luce—. No en el número trece, que para mí siempre ha sido de buena suerte, pero cuando veo un gato negro me estremezco. El número trece, señora Spicer... —Pero aquella señora habíase alejado ya altivamente.

Llegó el expreso, lleno, como de costumbre, e inmediatamente, empezó una afanosa busca de asientos en los departamentos de primera clase. Duff ayudó a la señora Luce y a Pamela a encontrar un sitio recomendando una vez más a la joven que le escribiese.

—No se preocupe. Con una estilográfica en la mano, soy la persona más locuaz del mundo.

El detective saltó al andén. Las portezuelas iban cerrándose. Uno tras otro, los turistas que acompañaban a Lofton fueron desapareciendo. Vio a Ross que, con la cámara colgada del hombro, subía al departamento desde el cual le llamaba su mujer; a Ross con su bastón de Malaca, y al sonriente capitán Keane. El último rostro que vio fue el de Patrick Tait, el hombre prematuramente envejecido.

—¡Bueno, ya hemos terminado! —murmuró Duff, encogiéndose de hombros. Y volvió al hotel para enterarse del tren que debía coger para ir a Londres.

Dos días más tarde se hallaba sentado en el despacho del superintendente, en Scotland Yard. Su rostro estaba rojo y sudaba copiosamente. Acababa de contar a su jefe la última parte de su historia, el terrible accidente del asesinato en el ascensor. Su superior le miró bondadosamente.

—No lo tome demasiado a pecho, amigo mío. Eso le hubiera podido pasar a cualquiera de nosotros.

—No puedo evitarlo —replicó Duff—. Perseguiré a Jim Everhard hasta que le encuentre. Puede que me lleve meses, pero, al fin, le detendré.

—Desde luego —asintió el superintendente—, Scotland Yard le dará todas las facilidades que pueda. Pero no olvide esto. Las pruebas del asesinato de Honnywood y de su mujer no tienen ningún valor para nosotros. Esos procesos no se seguirán en Londres. No; el único que nos interesa es el asesinato de Hugo Morris Drake. Tenemos que detener a Everhard y traerle aquí para que responda de él, y para eso, nuestras pruebas deben ser irrefutables.

—Lo comprendo. Esa ha sido mi norma de conducta en Niza y en San Remo.

—¿Tiene algún plan de acción para el futuro?

—No. Pensé que era mejor consultarle a usted.

—Hizo bien —y el superintendente demostró su aprobación—. Déjeme todas sus notas acerca del asunto. Las leeré durante el día. Venga a verme a las cinco y decidiremos lo que se ha de hacer. Y le repito que no se preocupe por el crimen del ascensor. Piense en él como en un incentivo más para detener a nuestro hombre.

—Muchas gracias.

Duff salió del despacho más tranquilo que cuando entró en él. Su jefe era una bella persona.

Comió con Hayley, que era todavía más bella persona que el superintendente. A las cinco de la tarde volvió a la oficina de su superior.

—¿Qué tal? —le saludó—. Siéntese, Duff, haga el favor. Ya he leído su informe. Es un verdadero rompecabezas. Pero lo que más me ha llamado la atención es una cosa con la cual supongo que a usted le habrá pasado lo mismo.

—¿Qué es?

—Ese señor Tait.

—¡Ah, sí!, Tait.

—Es muy extraño, mucho. Su relato podrá ser cierto, pero a medida que lo he ido leyendo me ha despertado muchas dudas. Creyó que Honnywood había sido asesinado y en el momento de entrar en la habitación de Honnywood, su impresión al verlo vivo casi acaba con él. ¿Por qué tenía que tomárselo tan a pecho? Honnywood y él, al parecer, apenas se conocían. ¿Por qué se emocionó tanto? A no ser... —el superintendente hizo una pausa.

—Ya le entiendo —dijo Duff—. A no ser que le creyese muerto porque él mismo le había estrangulado durante la noche. En otras palabras: a no ser que Tait sea Jim Everhard.

—Eso mismo —asintió el superintendente—. Es algo que se ha de tener muy en cuenta. Y ahora, preocupémonos del futuro. Respecto al grupo de turistas de Lofton, creo que usted ya no puede hacer nada allí, Duff —el inspector bajó la cabeza—. No me comprende usted, amigo mío. Quiero decir, que le conocen demasiado bien y que, por lo tanto, el criminal no se descubriría. He estudiado el itinerario que Lofton le entregó. Desde Egipto harán cuatro viajes en barco. El primero, en uno de los buques de la compañía «P. O.» desde Port Said a Bombay; el segundo, en uno de la British India Steam Navigation Company, desde Calcuta a Rangún y a Singapur; luego, en otro de la «P. O.» desde Singapur, vía Saigón, a Hong Kong. En Hong Kong deben tomar un trasatlántico de la compañía «Dollar» que les llevará a San Francisco. De momento, dejaremos en paz a los viajeros. El criminal creerá que hemos abandonado la persecución y de ese modo se descuidará. Dentro de pocos días pienso enviar a uno de nuestros mejores hombres a Calcuta con instrucciones de que se junte con los de Lofton de la mejor manera que pueda. No me he decidido aún por nadie, pero estoy pensando en enviar al sargento Welby.

—Welby es uno de nuestros agentes más listos —replicó Duff.

—Sí, ya lo sé. Además, es uno de esos hombres que pueden pasar como camarero o cualquier otra cosa. Si Welby descubre algo, usted se reunirá con él y detendrá al asesino. Entretanto, hay otras cosas que hacer en los Estados Unidos, investigar el pasado de Honnywood, el significado de esas bolsitas de guijarros, y encontrar la caja de seguridad número 3260. Todo eso lo hará usted. Pero no es necesario que se

marche en seguida. La investigación en Norteamérica la planearemos de manera que termine un poco antes de la llegada de los turistas a San Francisco.

Duff sonrió.

—Muy bien, señor. Ahora, ¿me permitiría pedirle un favor?

—Desde luego, ¿de qué se trata?

—Verá, es que me gustaría reunirme con los viajeros en Honolulu.

—¿Y por qué en Honolulu?

—Porque algunos de los turistas, seguramente, se separarán en San Francisco y, además...

—¿Hay un además?

—En Honolulu tengo un amigo a quien aprecio mucho. Creo que ya le he hablado a usted de él. Es el inspector Chan, de la policía de Honolulu.

El superintendente movió la cabeza.

—Lo recuerdo. Charlie Chan... el del caso Bruce. Y dígame, ¿cree usted que el inspector Chan se alegrará de verle, Duff?

Duff quedó asombrado.

—Estoy seguro, señor. ¿Por qué me lo pregunta?

El superintendente sonrió.

—Se lo pregunto porque hace mucho tiempo que deseo hacer un favor al señor Chan. Pues nada, hombre, no se preocupe, ya arreglaremos lo de Honolulu.

CAPITULO XII

El joyero de Chowringhee Road.

Tres semanas de inactividad pasaron para Duff. Se entretenía con asuntos sin importancia, pero su pensamiento estaba en otro sitio. Welby había salido en uno de los barcos de la «P. O.», con destino a Calcuta. Durante varias noches le había estado contando todo lo concerniente al grupo Lofton. El sargento Welby, como comprobó el inspector, era un hombre de una inteligencia notable. No como la mayoría de los miembros del C. I. D. procedentes de alguna granja pueblerina, sino un tipo genuinamente londinense. Toda su vida la había pasado en los barrios bajos de la populosa ciudad, y los siete mares eran para él una cosa muy oscura. Ni siquiera había leído nunca nada de ellos. Encontraba algunas dificultades con la geografía, pero se enfrentaba con el futuro con gran confianza. Una y otra vez examinó atentamente las bolsitas de guijarros, las cuales parecían ejercer sobre él una extraña fascinación. Según decía, eran la clave principal del misterio y deseaba marcharse cuanto antes.

Ahora ya estaba fuera. Duff le acompañó hasta el Royal Albert Docks y se quedó allí hasta que el pequeño detective se perdió de vista.

A las dos semanas, llegó la primera carta de Pamela Potter enviada desde Aden. El inspector la sacó del sobre y leyó:

«Querido inspector: Estoy profundamente avergonzada. Pensaba enviarle mi primer reportaje desde Port Said pero los días están tan ocupados, y las noches son tan maravillosas, que no me ha sido posible. Creo que si estuviese con nosotros se sentiría un poco intranquilo. Un criminal en nuestro grupo y, ¡vaya usted a saber quién es! Hemos recorrido todos los bazares y visitado la Esfinge. A la Esfinge le pregunté el nombre del asesino, pero no se dignó contestarme.

»He visitado Port Said. Es posible que sea tan terrible como dicen, pero la señora Luce no me dejó comprobarlo. Dijo que era mejor que me lo explicase, y así lo hizo. Es una mujer que está llena de recuerdos. Cuando se habla con ella es necesario un atlas; sin embargo, eso no quita para que sea la mujer más encantadora del mundo.

»Hemos cruzado el canal de Suez. Parece un río con infinidad de gente en los muelles. Me daban ganas de bajar a preguntarles por las películas de Maurice Chevalier. A derecha e izquierda un océano de arena, con alguna que otra acacia raquítica. Por la noche llegaba hasta nosotros el cálido aire del desierto. Ahora estamos a punto de salir del Mar Rojo y, créame que me alegro de que sea así. ¡Vaya calor que hace! El sol, al ponerse, es como una enorme bola de fuego, y todos acudimos para oírle chisporrotear al hundirse en el agua. Por lo menos, yo lo oigo. Pero Mark Kennaway dice que el sol nunca toca el agua y que el ruido que yo percibo es el de los huevos que fríe el cocinero.

»Fiel a mi promesa, he seguido tratando a mis compañeros del sexo masculino. El único resultado es que todas las mujeres me odian. Hasta Sadie Minchin cree que quiero robarle a su Maxy. Si le he dedicado alguna atención es porque es un hombre la mar de divertido. Me he dejado retratar tantas veces por Elmer Benbow, que el día menos pensado su mujer le quitará la cámara y la echará al mar. También he flirteado un poco con Stuart Vivian.

»¿Se acuerda de aquella discusión entre Stuart y su compañera en la estación de San Remo respecto a las supersticiones? Estuvieron sin hablarse varios días. Mejor dicho, era ella la que no hablaba y, al fin, él también se decidió a no decir nada. Entonces fue cuando entré yo en la vida de Vivian. Lo hice porque, en realidad, no sabíamos gran cosa acerca de él. Cuando la simpática Irene vio mis intenciones, se levantó llena de rabia y se lo llevó con ella. No creo que a él le gustase mucho aquello. De lo único que me he enterado es de que tiene cuarenta y cinco años.

»La otra noche, a las doce, al volver a mi camarote después de haber pasado varias horas en el puente sentada con alguien, creo que con un hombre, (ya ve que sigo sus instrucciones al pie de la letra), tropecé con el capitán Keane, que estaba frente a la puerta del camarote de Vivian. Murmuró algunas palabras y se marchó en seguida. Es uno de los hombres más falsos que he conocido.

»En cuanto a los demás, he asistido a las eruditas disertaciones del doctor Lofton y a las del señor Ross acerca de las bellezas de Tacoma. Está también el señor Tait. Con éste sí que he fracasado por completo. Es refractario por completo a mis encantos. ¿Cómo se lo explica usted? Tal vez sea debido a que le quito, bastante a menudo a Mark Kennaway. Mejor dicho, casi nunca está con él. Puede que no esté bien, pero él es tan joven y yo soy tan hermosa... Pero como le decía, los he tratado a todos y debo reconocer que no he descubierto nada, a no ser lo de Keane, pero eso no tiene ninguna importancia, ¿no le parece? Pronto llegaremos a Aden. La señora Luce me llevará a comer a su restaurante favorito. Es posible que hasta llame de tú a los camareros.

»En este momento, Sadie Minchin me acaba de preguntar cuáles son las joyerías de Aden. Maxy tendrá que encargar un camión blindado para que la transporte a ella y a sus joyas cuando lleguen a San Francisco. Él dice que tiene un automóvil a prueba de balas, quizá lo veamos allí.

»Lamento no ser mejor detective. En el Océano Indico espero tener más tiempo para escribirle.

»Se despide de usted, su afectísima,
Pamela Potter».

Aquella noche, en la comisaría de Vine Street de Londres, Duff y Hayley comentaron aquella carta. No tenía mucho que discutir y de ello se dieron cuenta ambos en seguida. Duff estaba impaciente.

—Es la primera vez en mi vida que tengo que confiar en una mujer para que me tenga al corriente de un asunto. Y espero que sea la última.

—Sin embargo, es una muchacha muy bonita —dijo sonriendo Hayley.

—¿Y eso qué? No lo es lo bastante para que uno de esos hombres se vuelva hacia ella y diga: «Señorita, yo asesiné a su abuelo». Y eso es lo que deseo saber. No me importan los encantos de esa muchacha, sino la identidad de Jim Everhard.

—¿Cuándo se reunirá Welby con ellos? —preguntó el inspector de Vine Street.

—Nunca —suspiró Duff—. No les vigilará nadie más que esa joven. Ha sido idea del jefe.

—Pues algo me dice que al fin todo saldrá bien.

—Pues dile a «tu algo» que me venga a ver, que le necesito.

Cada noche estudiaba el itinerario que le había entregado Lofton. Mentalmente seguía a los viajeros a través del Océano Indico hasta Bombay; luego, por la gran carretera, hasta Monte Abu, Delhi, Agra, Lucknow, Benarés, Calcuta. Fue mientras estaban en Calcuta cuando recibió un misterioso cable de la joven:

«Si alguno de sus hombres está cerca, dígame que se ponga en seguida en comunicación conmigo. Estaré en el Great Eastern Hotel de Calcuta hasta esta tarde, luego, a bordo del vapor de la British India, *Malaya* que zarpa en dirección a Rangún, Penang y Singapur».

Duff telegrafió en seguida a Welby. Luego pasaron días y días sin saber nada. ¿Es que la muchacha no se daba cuenta de que a él también le interesaba muchísimo aquel asunto y que deseaba saber lo que estaba ocurriendo?

Por fin, llegaron las noticias. Una carta de Rangún. El inspector se apresuró a abrirla.

»Querido inspector: Como corresponsal, soy una verdadera calamidad,

¿no es cierto? Estoy segura de que mi cablegrama le dejó un poco preocupado y la explicación ha tardado bastante en llegar. Pero los correos tienen la culpa, señor inspector, ellos solos son los culpables. No me hubiera sido muy fácil cablegrafiarle el contenido de esta carta. Estoy rodeada de espías, ¿sabe? Los terribles espías del misterioso Oriente. Detrás de cada tamarindo me parece ver a un espía.

»¿Dónde quedamos en la otra carta? Creo que estábamos a punto de entrar en Aden. Poco a poco se va entablando entre nosotros cierta camaradería. Un grupo como el nuestro es una especie de familia ambulante. Los sucesos del principio impidieron la amistad de unos y otros. Pero, poco a poco, a medida que el calor ha ido en aumento, la prevención que existía en todos ha ido disminuyendo. Ahora ya no hacemos como antes que, al entrar en algún sitio, echábamos primero una mirada para ver si había algún compañero de viaje con intención de rehuirle.

»Bueno, pues, cruzamos el Océano Indico y llegamos a Bombay. Allí dijimos adiós al barco y nos dirigimos al Taj Mahal Hotel. ¿A quién se imagina usted que vimos en el vestíbulo? Pues al señor Fenwick, de Pittsfield, Massachusetts, y a su silenciosa hermana. Según parece, después de dejarnos en Niza se dijeron: “Nosotros hemos salido de casa para dar la vuelta al mundo, ¿por qué no la damos, pues?”. Y en Nápoles se inscribieron en uno de esos grandes y maravillosos trasatlánticos que dan la vuelta al mundo. Por lo menos, eso es lo que nos dijeron y, como al desembarcar, vimos un barco de esa clase, supongo que será verdad. Norman está inaguantable. Lo primero que nos preguntó fue si no había ocurrido ningún otro asesinato, y después empezó una larga disertación acerca de las múltiples ventajas que su sistema de viaje tiene sobre el nuestro. Nos alegró tanto ver un rostro conocido, aunque ese rostro fuese el del señor Fenwick, que le escuchamos sin chistar.

»Estuvimos en Bombay un par de días y luego salimos para Calcuta. Allí ocurrió algo, y ahora viene lo del cable.

»En la última mañana que pasamos en Calcuta, el doctor Lofton nos llevó a una joyería de Chowringhee Road. Supongo que tendrá una comisión en las compras que hagan sus clientes, por eso insistió tanto en llevarnos allí. El propietario, creo que se llamaba Imri Ismail. Una vez dentro, me alegré de haber ido. Tenía el joyero las joyas más bellas que puede imaginarse. Zafiros, rubíes, brillantes. Pero claro, esto a usted no le interesará. Sadie Minchin entró a saco en la tienda. Hasta Maxy palideció al verla comprar.

»Los demás apenas si echaron un vistazo y salieron en seguida. Pero yo vi un collar de brillantes que fue para mí una tentación. Un repugnante empleado notó el efecto que me había hecho y se puso a enseñarme el collar por todos los lados. Cuando estaba a punto de adquirirlo, se acercó Stuart Vivian y me aconsejó que no me apresurase. Dijo que conocía bastante los brillantes y que

aquéllos, aunque buenos, no valían lo que el pirata aquél pedía. Después de una acalorada discusión, el precio empezó a bajar asombrosamente, hasta que, por fin, el señor Vivian me dijo que ya lo podía comprar. En aquel momento Irene Spicer, sin duda después de haberle buscado mucho, le encontró y se lo llevó con ella.



Vi un collar de brillantes que fue para mí una tentación.

»Mientras el dependiente quitaba la etiqueta del precio, ocurrió algo sorprendente. Otro empleado pasó por detrás de él, y cuando el que me servía se apretó contra el mostrador para dejarle pasar, el otro le dijo algo en un idioma extraño. Sin embargo, pronunció dos palabras inglesas. Con toda claridad dijo “Jim Everhard”.

»Creo que mi corazón dejó de latir. El dependiente que me atendía miró disimuladamente hacia la puerta. No había nadie. Saqué el dinero de mi bolso y se lo entregué, luego, le dijo: “¿También conoce a Jim Everhard?”. En esto cometí un profundo error. Debí hacerle la pregunta antes de que pusiera las manos sobre el dinero. Una vez cobrado el collar yo ya no significaba nada para él, por lo cual me dijo suavemente que no entendía el inglés y me condujo hasta la puerta.

»Me fui a pasear por el Maidan reflexionando acerca de lo que debía hacer. Pensé que debía enviarle una postal con lo que había descubierto, pero, al fin, se me ocurrió la brillante idea de cablegrafiarle.

»Aquella tarde, el señor Kennaway y yo fuimos a pasear por Eden Gardens, y luego tomamos un auto para ir al Diamond Harbour a coger el barco. Llegamos con el tiempo justo, cuando ya todos estaban a bordo. Mientras subíamos por la escala, que estaban a punto de retirar, pasó a mi lado mi buen amigo el empleado de la joyería. Sin duda había subido a bordo para ver a alguien. ¿A Jim Everhard? ¿O acaso había ido a hacer un último esfuerzo para vender algo?

»Por la noche, mientras me paseaba por el puente del *Malaya*, vino un camarero a decirme que un pasajero de segunda clase deseaba verme. De momento me quedé muy sorprendida, luego recordé mi cable y seguí al camarero al puente inferior. Junto a un bote salvavidas encontré a su amigo Welby. Al principio dudé de él hasta que me convencí de que no me engañaba. Es un hombrecillo la mar de simpático.

»Le expliqué lo ocurrido en la joyería y al parecer, le interesó mucho. Cuando añadí que hacía poco rato había visto salir del barco al empleado, me dijo que él también le había visto andar por allí y que intrigado, le siguió hasta ver en qué camarote se metía. “Y se metió en un camarote —añadió el señor Welby—, ocupado por dos turistas de Lofton”.

»Desde luego, quise saber quiénes eran. ¿Cree usted que lo logré? Pero claro, usted lo sabrá mejor que nadie. El señor Welby me dio las gracias por el informe. “Me ha ayudado usted mucho”, dijo. Después me preguntó si Stuart Vivian entendía mucho de brillantes. Le contesté que no lo sabía, pero que, como la mayoría de los hombres, pretendía saber de todo. Después de esto el señor Welby me indicó que era mejor que me marchase. Me dijo también, que esperaba obtener un puesto de camarero en el barco una vez hubiéramos pasado Hong Kong. Me rogó que, si no me hablaba él primero, no le dijese nunca nada. Luego nos separamos y ya no le he vuelto a ver.

»Esta es, pues, la situación actual. Dentro de dos días llegaremos a Rangún, desde donde le enviaré esta carta, y probablemente volveré a escribirle desde Singapur. Depende de lo que ocurra.

»Perdóneme por este largo misal, pero ya le advertí que con una

estilográfica en la mano era el ser más locuaz del mundo.

»Suya ardientemente (esto es por el clima),
Pamela Potter».

Una hora después de haber leído aquella epístola, el inspector Duff conferenciaba con su jefe. El superintendente también la leyó, con un interés casi tan grande como el de Duff.

—Al parecer, Welby está sobre buena pista —dijo con satisfacción—. ¿Qué le parece la pregunta esa de si Vivian parecía entender mucho de brillantes?

—No sé —contestó Duff—. Tal vez ese detalle le sugiriera a Welby alguna idea. Podríamos cablegrafiar a Calcuta para que interroguen al empleado del joyero y diga de qué conoce a Jim Everhard.

El jefe movió la cabeza.

—No, prefiero dejarlo todo a la iniciativa de Welby. Si hiciéramos lo que usted dice sería entrometernos en su trabajo. Además, el empleado ese podría avisar a Everhard y, entonces, se nos iría de entre las manos. Sin contar con que no creo que sacásemos nada de ese indio. Por la descripción que la señorita Pamela hace de él, me parece que no es de los que se prestan de buen agrado a ayudar a Scotland Yard.

Duff sacó un calendario del bolsillo.

—Supongo que los turistas habrán llegado hoy a Hong Kong. En ese puerto, según tengo entendido, se detendrán una semana para hacer una excursión a Cantón. Si he de llevar a cabo la investigación que usted dijo... —y se interrumpió.

—Desea marcharse, ¿no? —dijo, sonriendo, el superintendente— ¿Cuándo puede salir?

—¿Esta misma noche, si hay barco?

—Entonces, salga mañana.

Al día siguiente, Duff, radiante de felicidad porque al fin había llegado el momento de obrar, salió en dirección a Southampton. Esta vez fue Hayley, el inspector estaba a bordo de uno de los más rápidos trasatlánticos. El ruido de las máquinas le sonaba como música celestial. Cada vuelta de la hélice le acercaba más a la solución final de aquel rompecabezas.

Las pesquisas que emprendió en Nueva York acerca del pasado de los Honnywood, no le condujeron a nada. Habían llegado a aquella enorme ciudad hacía unos quince años y ninguno de los amigos, cuyos nombres le dio la camarera de la señora Honnywood, parecía saber de dónde habían venido. No es costumbre neoyorquina preguntar a las gentes de donde vienen. El presente es el que importa, el pasado no le interesa a nadie. En cuanto a las bolsitas de gamuza, tampoco pudo descubrir nada. Duff sintióse defraudado despertándose en él un odio profundo hacia aquella ciudad que no le ayudaba lo más mínimo.

En lo de la caja de seguridad número 3260 tampoco logró nada. Con la ayuda de la Policía de Nueva York consiguió enterarse del banco de Tait y del número de su

caja, así como de la de Lofton. Pero no coincidían. Un agente de negocios le indicó a Duff que allí un hombre puede tener tantas cajas de seguridad como quiera sin dar su nombre. ¡Aquello era ya demasiado!

Sin embargo, siguió pacientemente hasta el final. Fue a Boston y se enteró de quién era la familia de Mark Kennaway, que, por cierto, estaba muy considerada en la ciudad. Luego visitó Pittsfield, donde la larga ausencia de los Fenwick era lamentada por un numeroso círculo de personas influyentes. Al parecer, los Fenwick eran unos señores muy respetables. En Akron la situación era aparentemente la misma. Duff comió con el socio de Benbow, quien le encargó que dijese a Elmer que volviera pronto, pues los negocios iban ya otra vez en marcha.

En Chicago, los amigos de Maxy Minchin no parecían tener muchos deseos de ver regresar al *gangster*. Escucharon con atención al detective, pero no tuvieron nada que decir. Luego fue a Tacoma. John Ross era una de las figuras más importantes en el negocio maderero. En San Francisco le dijeron que Stuart Vivian era uno de los personajes destacados de la ciudad y todos le hablaron bien de él. Una llamada telefónica al despacho del marido de Irene Spicer, le descubrió que aquel señor estaba en Hollywood y que se ignoraba cuándo regresaría.

En una tarde de mayo, mientras se hallaba sentado en su habitación del Fairmont Hotel, Duff sumó los resultados de sus pesquisas. Eran nulos. Había revisado las vidas de todos los que acompañaban al doctor Lofton y, a excepción de Minchin, todas parecían completamente respetables. En cuanto a Maxy, parecía muy improbable que se hallara mezclado en un asunto así. Era cierto que no había encontrado el menor rastro de Keane en Nueva York donde, según él, vivía. Pero sin saber por qué, Duff no sospechaba de Keane.

Y, sin embargo, si Honnywood no había mentido, «Jim Everhard viajaba en compañía de los turistas».

El inspector se levantó y acercóse a la ventana. Desde aquel mirador contempló las luces del Chinatown, de los barcos en el muelle, y de los altos edificios, al otro lado de la bahía. Entonces le asaltaron los recuerdos de su anterior visita a aquella fascinadora ciudad. Y, con ellos, el de Charlie Chan.

Un botones llamó a la puerta y le tendió un cablegrama. Era de su jefe.

«Recibido cable de Kobe. Welby promete pronto éxito. Salga hacia Honolulu. Mucha suerte».

Por fin Welby progresaba. ¿Resolvería al fin el problema el pequeño policía? A pesar de que no acostumbraba a ser muy imaginativo, Duff no pudo por menos de imaginarse la escena de su encuentro con Welby en el muelle de Honolulu. Welby llevando en el bolsillo pruebas más que suficientes para satisfacer al jurado más exigente, señalaba a alguien diciéndole: «Deténgale, Duff, es el culpable». Claro que hubiera sido más satisfactorio que hubiera sido él mismo quien consiguiera aquellas pruebas, pero ¿qué más daba? En Scotland Yard todos iban a una, Algún día él haría algo por Welby.

Dos días más tarde, Duff se embarcaba en el *Maui* con dirección a Honolulu. El barco le dejaría en el muelle de Honolulu veinticuatro horas antes de la llegada del *Dollar*, que atracaría junto a la Aloha Tower. El tiempo justo para renovar la amistad con Charlie Chan y contarle todo lo de aquel caso: Luego, la llegada de Lofton y sus turistas y, manos a la obra. Había decidido no cablegrafiar a Charlie anunciándole su llegada. ¿Para qué estropear la sorpresa?

Durante dos días el inspector se paseó por el barco en paz con el mundo.

Por la tarde del segundo día se le acercó un muchacho y le entregó un radiograma. Después de rasgar el sobre miró la firma. El mensaje era de su jefe.

«Welby encontrado muerto en el muelle de Yokohama poco después de la salida del buque que conduce al grupo Lofton. Coja a Everhard vivo o muerto».

Arrugando rabiosamente el mensaje, Duff permaneció durante bastante rato mirando la espuma del agua. Ante sus ojos aparecía la escena de su última entrevista con Welby, sonriente y tranquilo. El pequeño policía que nunca había salido de Londres, ¡había sido asesinado en el muelle de Yokohama!

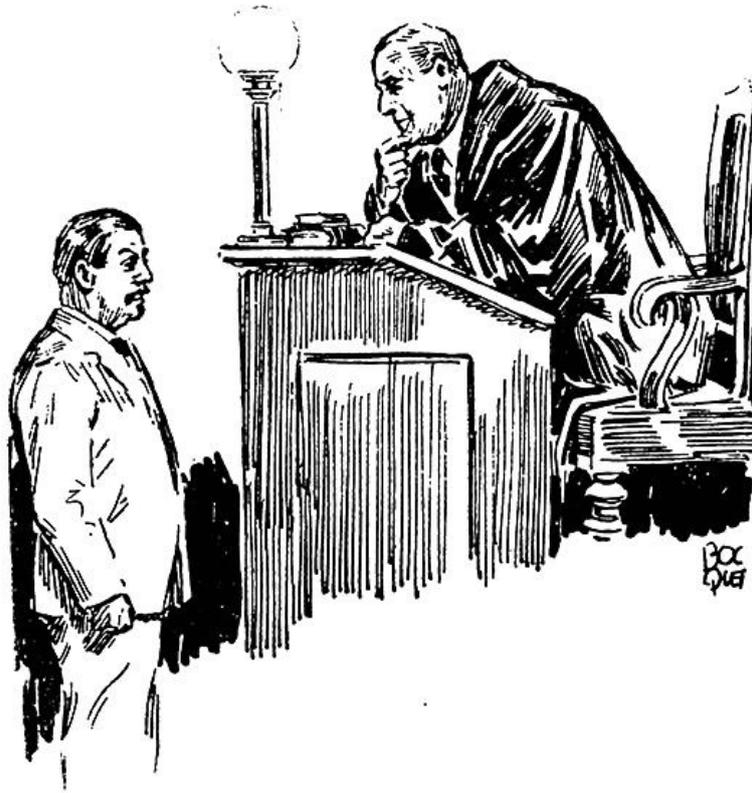
—«Vivo o muerto» —dijo, entre dientes, Duff—. Muerto, si me dejara llevar por mis deseos.

CAPITULO XIII

Una llamada al despacho de Chan.

Algunas mañanas más tarde, en la sala del Tribunal del segundo piso del Halekaua Hale, en Bethel Street, de Honolulu, se juzgaba a tres hombres. Un portugués, un coreano y un filipino. Se les acusaba de jugar a los prohibidos en medio de la calle; en el banco de los testigos, estaba plácidamente sentado en aquel momento, un pacífico chino. Se dice que los orientales sienten un profundo respeto por la obesidad; en China, todo lo que un mandarín gana en peso lo gana también en prestigio; en el Japón, los luchadores más populares son enormes. El oriental que estaba sentado en el banco de los testigos, merecía, en ese sentido, el más profundo respeto de sus compatriotas.

—Bien, inspector Chan —dijo el juez—. Tenga la bondad de empezar su declaración.



—Bien, inspector Chan —dijo el juez—. Tenga la bondad de empezar su declaración.

El testigo siguió inmóvil, cual Buda de piedra. Abrió un poco más sus ojillos y empezó su declaración:

—Yo estaba paseando por Pawaax Alley con mi ayudante, señor Kashimo. Frente a puerta de pescadería de Timo vimos grupo de gente. Dimos más grande velocidad a nuestro paso. Al acercarnos nosotros, gente se fue apartando y encontramos a esos tres hombres, ahora detenidos. Ellos estaban arrodillados y jugaban a los dados. Sus labios pronunciaban palabras cariñosas dirigidas a dados...

—Vamos, Charlie —dijo el fiscal, hombre de cabellos rojos y aspecto agresivo—. Sus palabras son, como de costumbre, demasiado floridas para un tribunal norteamericano. Esos hombres estaban jugando a los dados, ¿no es eso lo que quiere decir?

—Esas son las palabras que Charlie Chan quiere decir.

—¿Conoce usted el juego? Quiero decir lo ve jugar.

—Como hijo conoce querido rostro de su madre.

—¿Y reconoce usted a esos hombres? ¿Son los jugadores de dados?

—Yo no tengo la más débil vacilación para reconocerlos. Desgraciadamente para ellos son los tres jugadores.

El abogado defensor, un lustroso y pequeño japonés, se puso en pie de un salto.

—¡Protesto, señor Juez! —exclamó—. Considero impropia la palabra «desgraciadamente». El testigo está hablando como si mis defendidos hubieran sido

ya juzgados y declarados culpables. Suplico al señor Chan que tenga la bondad de reprimir esos comentarios personales.

Chan asintió con la cabeza.

—Yo siento que pena me abruma por haber dicho cosa tal. Yo doy a usted seguridad. Pido perdón por haber hecho suposición de que cosa inevitable había ocurrido ya —El abogado lanzó un nuevo grito de protesta, pero Charlie, sin hacer caso de él, siguió su declaración—. Siguiendo testimonio mío, yo diré que, al llegar junto a ellos, los tres hombres vieron a mí y a terrible Kashimo. Sus caras sufrieron un cambio grande. En seguida ellos se levantaron para escapar, pero antes de que calle terminase, yo ya había cogido a ellos.

El abogado defensor dirigió una aguda mirada a Charlie. Luego, señalando a sus tres defendidos, dijo:

—¿Pretende usted hacer creer al Tribunal que su gordura y pesadez logró triunfar de la ligereza de esos hombres?

Chan sonrió.

—Hombre con conciencia ligera es hombre veloz —contestó suavemente.

—¿Y, entretanto, que hacía Kashimo? —inquirió el abogado.

—Kashimo sabe obligación y la cumple. Él se quedó a recoger dados abandonados. Era obligación suya —Chan movió la cabeza, como aprobando la conducta de su ayudante.

—Sí, sí —interrumpió el juez, hombre calvo, con aspecto de estar profundamente aburrido—. ¿Y dónde están los dados?

—A no ser que Charlie Chan cometa profundo error, dados acaban de entrar en la sala en este momento, en bolsillo del señor Kashimo.

Kashimo era un japonés menudo, de aspecto nervioso. Al ver la expresión de su rostro, el corazón le dio un salto a Charlie. El japonés acercóse rápidamente a su superior y le dijo algo al oído. Cuando hubo terminado, Chan se dirigió al Juez.

—Yo estaba muy equivocado, señor Juez. Yo tengo sentimiento de decir que señor Kashimo ha perdido los dados.

Una carcajada general recorrió la sala, mientras el juez golpeaba inútilmente la mesa con la maza. Charlie permaneció inmóvil y, aunque sentía una profunda amargura, su rostro no la reveló. Como a todos los orientales, no le gustaba que se riesen a costa suya y, gran parte de aquellas carcajadas, las despertaba él. En realidad, estaba en una situación bastante ridícula. El defensor se dirigió, sonriendo, al Tribunal.

—Señor Juez, pido que se retire la acusación. No hay ninguna prueba material. Hasta el famoso inspector Chan, en cuanto recobre el uso de la palabra, le dirá a Usía que no hay ninguna prueba.

—Una vez más, este Tribunal ha perdido el tiempo —dijo el juez—. Se retira la acusación. Que venga el siguiente caso.

Con la mayor dignidad, Chan dejó el banco y atravesó la sala. Al salir, encontró a

Kashimo sentado en un banco. Le cogió por una de sus morenas orejas y le llevó hasta el vestíbulo.

—Tú has puesto otra vez a Charlie Chan en ridículo —dijo—. Yo tengo asombro grande de ver paciencia que yo tengo contigo.

—Créame que lo siento, señor Chan —murmuró Kashimo.

—¡Lo siento, lo siento! —repitió Chan—. Esas palabras caen de tus labios como lluvia seguida. ¿Pueden buenas intenciones pagar errores grandes? ¿Puede rocío llenar de agua pozo grande? ¿Dónde perdiste tú dados?

El contrito Kashimo trató de explicarlo. Aquella mañana, cuando se dirigía al Tribunal, había entrado en la peluquería de Krymota, en Hotel Street, para que le cortasen el pelo y había colgado la americana en una percha.

—Tú enseñaste antes dados a todos, ¿verdad?

No, sólo los había enseñado a Krymota, un hombre honrado. Mientras le cortaban el pelo habían entrado y salido varios clientes. Al terminar, cogió la chaqueta y corrió al Tribunal. Cuando subía las escaleras hizo el desagradable descubrimiento de que le habían robado los dados.

Charlie le miró con disgusto.

—Tú siempre has sido calamidad, pero mientras tiempo pasa eres más calamidad. Dioses soltaron carcajada grande día que tú entraste en Policía.

—Lo siento mucho —dijo de nuevo Kashimo.

—Siéntelo lejos de mí, porque cuando yo miro a ti me doy cuenta de que no contengo con esfuerzo grande.

Y, dando media vuelta, bajó la escalera.

La Jefatura Superior de Policía estaba en la planta baja del edificio, debajo mismo de la sala del Tribunal. En la parte posterior tenía Chan un despachito que era su orgullo. Despacho que le destinó su jefe después del éxito con que solucionó el caso de Shelah Fane, hacía poco más de un año. Entró en él y, después de cerrar la puerta, se puso a mirar por la ventana que daba a la calle.

Estaba todavía disgustado por el incidente ocurrido arriba, pero aquello no había sido más que la culminación de un año perdido, «había escrito a Duff». Pero, también había dicho en la misma carta, que la eterna sequedad de sus redes le empezaba ya a molestar.

Durante los últimos meses le había turbado una inquietud que nadie creería posible en un chino. Y, en aquel momento, mientras contemplaba la apacible calle, volvía a asaltarle. Hacía más de un año de su último trabajo importante y, desde entonces, no había ocurrido nada notable. Perseguir jugadores en inmundos tabucos, entrar en las cocinas en busca de licores, poner multas a los automóviles, ¿eran aquellos trabajos dignos de Charlie Chan? Le gustaba Honolulu, pero ¿cómo se portaba Honolulu con él? Nadie es profeta en su tierra. Honolulu no le tomaba en serio. Sin ir más lejos, aquella misma mañana se había reído de él.

Después de lanzar un profundo suspiro se sentó ante su buró de estilo americano.

Estaba limpio como el de un viejo que se ha retirado ya de los negocios. Se recostó lentamente en su silla, que crujió. Cada día se hacía más viejo, pero sus hijos empezaban ya a destacarse. Por ejemplo. Rosa, ¡una gran muchacha, Rosa!, tenía muchos éxitos en aquella universidad del continente.

En aquel momento, llamaron a la puerta del despacho. Chan se estremeció. Quizá era Kashimo que venía a excusarse una vez más, o, acaso, su jefe, que quería enterarse de lo ocurrido arriba.

—¡Adelante! —gritó.

Se abrió la puerta y allí, en el umbral, apareció su buen amigo Duff, el inspector de Scotland Yard.

CAPITULO XIV

La cena en casa de Chan.

Es regla general que un chino no debe sorprenderse por nada y que un buen detective aprende pronto a guardar para sí sus emociones. Cuando ambas cosas se dan en un hombre, como en el caso de Charlie Chan, el resultado será un ser completamente imperturbable. Sin embargo, el célebre detective abrió los ojos y, por un momento, quedóse con la boca abierta. Uno hubiese dicho que, al fin, estaba un poco asombrado.

En seguida, se levantó y corrió a la puerta.

—¡Mi célebre amigo! —exclamó—. Por un momento yo pregunté si ojos no engañaban a Charlie Chan.

Sonriendo, Duff le tendió la mano.

—¿Qué tal, inspector Chan?

Charlie se la estrechó.

—¿Qué tal, inspector Duff?

El policía de Scotland Yard dejó la cartera de mano sobre el buró.

—¡Por fin estoy aquí, Charlie! ¿Le he sorprendido?

—Por un momento, la respiración se alejó de Charlie Chan. Yo podría decir que he sufrido asombro grande.

Ofreció una silla a su amigo y él se sentó en la misma de antes.

—¡He deseado tanto tiempo este honor grande, que temor me asalta a mí de que todo sea alucinación! Yo haré a usted, ahora, pregunta corriente. ¿Qué parece a usted Honolulu?

Duff vaciló un momento. —Pues... parece una ciudad muy limpia.

Chan sonrió contento.

—Entusiasmo grande de usted casi ha ahogado a Charlie Chan. Pero yo sé que hechos valen más que palabras. Un hombre con ocupaciones grandes como usted no puede gastar tiempo en conceder atención a cosas así. Yo hago suposición que usted ha venido a Honolulu para asunto importante.

El otro asintió.

—Sí, para eso he venido.

—Charlie Chan no desea mala suerte a usted, pero yo tengo esperanza que usted hará a Charlie visita larga.

—Sólo de unas horas —contestó Duff—. He venido a esperar el *President Arthur*, que llegará a este puerto mañana por la mañana y me embarcaré en él cuando zarpe mañana por la noche. Chan levantó una mano.

—Usted es demasiado breve. Charlie Chan siente pena grande al oír a usted decir que marcha tan pronto. Pero yo conozco, también, lo que significa llamada del deber. ¿Cometo error al hacer suposición de que en buque que llega mañana viaja un sospechoso?

—No uno, sino siete u ocho —contestó Duff—. Charlie, he perseguido a sospechosos por tantos barcos, trenes, estaciones de ferrocarril y hoteles, que he llegado a creerme Thomas Cook o, por lo menos alguno de sus hijos. El asunto que me ocupa ahora es el más extraño del mundo y, tan pronto como su trabajo se lo permita, quiero hablarle de él.

—Si el relato de usted durase una semana, Charlie Chan tendría tiempo para escuchar a usted.

—Según su carta, parece que por aquí no pasan muchas cosas, ¿verdad?

—Filósofo indio que estuvo veinte años sentado debajo de un árbol, era hombre muy ocupado, si se hace comparación conmigo —suspiró Chan.

Duff sonrió.

—Lo siento. Pero quizá le distraiga un poco pensar en mis preocupaciones y, además, puede que me haga alguna indicación provechosa.

El chino se encogió de hombros.

—¿Puede mosquito aconsejar a león? —preguntó—. Pero yo tengo deseos grandes de conocer motivo que trae usted por soñoliento paraíso de Hawai.

—Desde luego, un asesinato —contestó Duff—. Un asesinato en el hotel Broome, de Londres, ocurrido en la madrugada del 7 de febrero. Luego, en el curso del viaje, se trata de unos turistas, varios asesinatos más. Pero a mí sólo me interesa el primero.

Y empezó su relato.

Chan escuchó en profundo silencio a su amigo.

Cualquiera que le hubiese observado en aquel momento, difícilmente habría supuesto el gran interés que sentía, ya que estaba, al parecer, tan soñoliento como el paraíso que antes había mencionado. Sin embargo, sus negros ojillos no se apartaban, ni por un instante, del rostro de Duff. Aunque las manos del policía inglés abrieron varias veces la cartera y sacó cartas y notas que leyó a su compañero, la mirada de Chan siguió fija en el mismo sitio que al empezar el largo relato.

—¡Y ahora es Welby! —terminó Duff—. El pobre Welby, asesinado en un oscuro rincón del muelle de Yokohama. ¿Por qué? Porque sin duda había identificado a Jim Everhard. Porque había descubierto al asesino más cruel que jamás he perseguido. ¡Pero le cogeré, cueste lo que cueste! Debo detenerlo. Nunca había deseado tanto como esta vez detener a un hombre.

—Sentimiento de usted muy natural —asintió Chan—. Yo soy espectador, pero comprendo perfectamente. ¿Usted concederá honor a Chan de compartir pobre

comida con él?

Duff se quedó un poco sorprendido por aquella brusca manera de pasar por alto un asunto que, para él, era lo más importante del mundo.

—Pero... usted será el que comerá conmigo —dijo—. Me hospedo en el Young Hotel.

—Usted no discuta, ¡por favor! —insistió Chan—. Usted llega aquí después de atravesar ocho mil millas de tierra y agua, y viene con pensamiento de pagar a Chan una comida. Yo tengo profunda sorpresa. Hawai es patria de la hospitalidad. Yo acompañaré a usted a comer a hotel Young, pero yo exigiré la cuenta con gritos estridentes.

—Bien, Charlie, pero me gustaría guardar todas esas notas y cartas que le he leído... ¡Ah!, veo que tiene usted una caja de caudales.

Chan asintió.

—Sí; caja de caudales de Jefatura está en mi despacho. Usted guarde con ella valiosos documentos.

Salieron a Bethel Street y se dirigieron al Young. El sol del mediodía brillaba con toda su fuerza; los choferes de los taxis dormitaban sobre los volantes; en un comercio, una radio tocaba «My South Sea Rose». Duff se creyó en el deber de hacer algún comentario.

—Hawai es un lugar brillantísimo. Me refiero a la luz, que es muy fuerte.

Charlie movió la cabeza.

—Mi honorable amigo —dijo—, usted no haga intención de agradarme. Más tarde yo haré obsequio a usted de folletos de propaganda de Oficina de Turismo. En ellos encontrará usted palabras que ahora no vienen a sus labios. Hasta entonces usted no tenga preocupación. Ya hemos llegado al hotel donde espera humilde comida.

Una vez sentados en el comedor del Young, Duff volvió a insistir sobre el asunto que tanto le interesaba.

—¿Qué piensa de mi relato, Charlie? ¿No llega hasta usted alguna onda misteriosa respecto a alguno de los viajeros de ese grupo? Dicen que el chino es un pueblo de grandes condiciones psíquicas.

Chan sonrió.

—Onda misteriosa de chino desconocido, de Honolulu, yo tengo seguridad despertaría sensación grande en Londres. Si lecturas no han engañado a Charlie Chan, Inglaterra es país donde exigen muchas pruebas para condenar a un hombre.

La expresión de Duff se hizo grave.

—Tiene razón. Ese pensamiento está aferrado a mí constantemente, tengo que descubrir cuál de esos turistas es Jim Everhard. Pero eso no es bastante, he de tener también las pruebas para que le condenen. Nos exigen mucho a los de Scotland Yard. Todo hombre es inocente mientras no se demuestra que es culpable. Además, ese asunto del hotel Broome empieza a hundirse ya en el pasado.

—No envidio trabajo de usted —dijo Chan—. Pero, triunfo de usted será grande

cuando descubra por fin a culpable. ¿Gusta sopa a usted? ¿Sí? Yo siento alegría grande. Sopa nadie come en Hawai, demasiado calor. —Sus ojillos se hicieron más pequeños—. Usted busca a dos hombres —añadió.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó asombrado Duff.

—Grande escritor que vivió en estas islas escribió libro titulado El doctor Jekyll y míster Hyde. Jim Everhard, que hace tiempo grande tuvo extraña aventura con matrimonio Honnywood, ahora es, sin duda, extraña hasta para él mismo. Durante muchos años él ha vivido con nombre nuevo, una vida respetable. Pero en su pecho la hoguera del odio ha quemado siempre, y él habrá prometido a él cumplir promesa que hizo. Algo ha dado más fuego a hoguera y ha hecho olvidar a él su presente respetabilidad, y ha estrangulado y disparado con acierto grande. ¡Ah!, si conociéramos escondrijos de cerebro humano. Pero el camarero se acerca con pollo asado.

—Tiene buen aspecto —hizo notar Duff.

—Aspectos siempre engañosos. Usted debe recordar esto cuando mañana embarque con grupo Lofton. Jim Everhard parece bueno, lleva máscara de vida honrada. Pero mi honorable amigo no debe olvidar que, a veces, miel en los labios es veneno en corazón.

—Sí, claro —asintió impaciente Duff. Estaba profundamente decepcionado al ver que su compañero, en lugar de ofrecerle alguna idea, se entretenía moralizando. Parecía como si el problema no le interesase en absoluto. ¿O sería, acaso, que el talento de Chan se había anquilosado al permanecer tanto tiempo sin uso? Eso no tendría nada de particular en aquel soleado país donde la vida era tan fácil y muelle. Un detective necesita una actividad constante, y además la punzante caricia de los vientos helados y el frío de la nieve.

—Si la respetabilidad es, en este caso, el disfraz del criminal —siguió el inglés, tratando de llevar la conversación a un punto más definido—, tenemos varios sospechosos. Hay que excluir, desde luego, a Maxy Minchin y, a mi parecer, también al capitán Keane. Pero tenemos al doctor Lofton, hombre frío y correcto, el tipo del intelectual. Tenemos también a Tait, hombre educado e inteligente, muy metido en el campo del crimen; ha pasado casi toda la vida defendiendo criminales. Tenemos luego a Vivian, Ross y Benbow. Todos ellos gozan de fama impecable en sus pequeños mundos. Y nos queda, por último, Fenwick, a quien no hemos de olvidar, aunque goza de una alta posición en una sociedad que me pareció selectísima.

—¿Fenwick interesa a usted? —inquirió Chan.

—¿Y a usted? —preguntó rápidamente Duff.

—Yo no he dejado de notar que el señor Fenwick ha revoloteado como halcón sobre grupo Lofton: Se separa en Niza, y ustedes creen ya libres de él, pero vuelve a aparecer en San Remo. En hotel Taj Mahal de Bombay vuelven a verle.

Duff le miró asombrado. La facilidad con que Chan recordaba aquellos nombres le indicó que, en realidad, aquel asunto le interesaba mucho más de lo que indicaban

sus soñolientos ojos. Una vez más, Duff hubo de reconocer que se había equivocado con respecto al policía de Honolulu. De nuevo, como había ocurrido frecuentemente en San Francisco, hacía algunos años, tuvo que variar su opinión con respecto a aquel chino.

—Pero ¿y lo de Yokohama? —dijo—. ¿Y lo de la joyería de Calcuta? En esos lugares nadie vio a Fenwick.

—¿Usted tiene seguridad? —preguntó Chan.

—¡Hombre! Seguridad completa, no. Más adelante investigaré sobre ese asunto, sobre todo si se ha encaprichado usted de ese hombre, Charlie.

Chan sonrió.

—Yo no he dicho que guste. Tal vez es nombre suyo el que gusta a Charlie Chan. No... yo no tengo caprichos. Pero yo no digo verdad. Yo tengo capricho grande. A mí me gusta mucho helado de chocolate. Yo tengo atrevimiento de proponerlo como postre a esta comida despreciable.

—Ha sido una comida excelente —le aseguró Duff.

Cuando terminaron, Charlie condujo a su amigo a la Jefatura de Policía y, lleno de orgullo, le presentó a las fuerzas, a su jefe, que pareció muy impresionado y, hasta a Kashimo, que no demostró la menor emoción.

—Kashimo estudia para ser detective grande como usted es —explicó Chan a Duff—. Hasta ahora fortuna no ha dirigido sonrisa a él. Esta mañana él ha demostrado que es tan útil a Charlie Chan, como espejo es a ciego. Pero —palmeó la espalda al japonés—, tiene perseverancia grande y eso es mucho.

Más tarde Charlie fue a buscar, con marcado orgullo, un brillante automóvil nuevo y llevó a Duff a dar una vuelta por Honolulu y sus alrededores. El inspector trató de ser lo más cortés posible, pero su pensamiento estaba, en otro sitio. No podía olvidar el terrible problema que estaba sin resolver. Aquella noche, durante la cena en el Royal Hawaiian, donde Chan le llevó, Duff siguió en el mismo estado mental. Estaba deseando que llegara el día siguiente para volver a entrar en acción.

A la mañana siguiente, a las diez, se dirigió, acompañado de Charlie, al muelle, a esperar el *President Arthur*. Durante algunos instantes pensó no dejarse ver mientras el barco estuviera en puerto, pero en seguida se dijo que con ello no ganaría nada, ya que tan pronto como el barco zarpase todos le verían. Había insistido en que Charlie le acompañase para que conociera a los turistas de Lofton. Alimentaba la vaga esperanza de que el chino pudiera tener una súbita inspiración y le ofreciese alguna idea salvadora. Durante la noche había estado pensando en Charlie, en la pista descubierta por él de aquel otro asesino de San Francisco, y la confianza en su colega se había hecho más fuerte que nunca.

El gran trasatlántico atracó. Tras unos momentos de confusión empezó el desembarque de los pasajeros. Al cabo de un rato apareció Lofton cubierto con un salacot. Tras él venían los doce miembros de su grupo, entre los cuales se encontraba el asesino de Welby. Duff sintió que le dominaba una súbita ira. Cuando Lofton llegó

a tierra, Duff corrió hacia él con la mano tendida. Lofton levantó la vista. No fue precisamente una expresión de bienvenida la que apareció en el rostro del cicerone. Al contrario, más bien parecía de disgusto. Chan le miraba con atención. ¿Era aquello simplemente que a Lofton le desagradaba que le recordasen ciertos sucesos, ya bastante lejanos?

—¡Hola, doctor! —exclamó Duff—. Nos encontramos de nuevo.

—¡Oh, señor inspector! —contestó Lofton con una vaga sonrisa.

Duff saludó a los Benbow, a los Minchin, a la señora Spicer y a Vivian, a Kennaway, a Ross y a los demás; el último de todos fue Tait, que parecía más cansado y enfermo que nunca.

—Se acerca ya el final del viaje, ¿eh? —dijo el inglés.

Todos hablaban a la vez; parecían contentos de pisar de nuevo el suelo de los Estados Unidos. Benbow dio unos cuantos saltos por el muelle con la cámara colgada del hombro por una correa.

—Señora y caballeros, les presento a mi viejo amigo el inspector Chan, de la policía de Honolulu —dijo Duff—. He venido aquí a hacer una visita al inspector, que es el mejor detective del Océano Pacífico. Una vez trabajamos juntos en un asunto.

—¿Estará mucho tiempo aquí, señor inspector? —preguntó Vivian.

—Por desgracia, no. Esta noche embarco en el mismo buque que ustedes. Espero que no les molestará.

—Por mi parte, encantado —murmuró Vivian. La cicatriz de su frente pareció enrojecer bajo la deslumbradora luz de Honolulu.

—Nos esperan varios automóviles —anunció Lofton—. Vamos a tomar un baño a Waikiki y luego, a comer al Royal Hawaiian.

En aquel momento, Duff se fijó en Pamela Potter que, vestida enteramente de blanco, estaba un poco apartada de los demás. En sus ojos parecía haber una muda interrogación. Duff corrió a ella.

—¿Cómo no la he visto antes? —preguntó cogiéndola por las manos—. ¡Está usted encantadora como nunca! Se ve que la vuelta al mundo le ha probado. —Luego, en voz más baja, añadió—: Vaya con sus compañeros, más tarde la veré.

—Pero ¿dónde está...?

—Ya se lo diré más tarde —murmuró Duff al mismo tiempo que estrechaba la mano de la señora Luce.

—Ya casi le había olvidado —dijo la anciana—. Bien, aquí estoy. He dado casi la vuelta al mundo y aún no me han asesinado.

—Todavía no ha llegado a casa.

Rehusó la débil invitación de comer con ellos que le hizo Lofton.

—Ya tendrá ocasión de verme en el barco —dijo jovial.

Todos los viajeros estaban ya en los automóviles y, poco después, salían en dirección a Waikiki. Duff y Charlie volvieron a la Jefatura.

—Ya ha visto a los turistas —dijo el inglés—. ¿Ha descubierto a un asesino entre ellos?

Chan se encogió de hombros.

—Rápida mirada como la que yo he echado no es suficiente. No se puede disipar niebla espesa con abanico. Una cosa ha notado, Charlie. Nadie ha lanzado gritos de alegría al ver otra vez a usted. Excepto señorita bonita. Ese doctor Lofton...

—Ha parecido disgustado, ¿no? —asintió Duff—. Pero lo que pasa es que le recuerdo el desagradable pasado y, además, le preocupan sus negocios.

Comieron otra vez juntos; esta vez fue Duff quien invitó. Luego, Charlie se vio obligado a volver a la Jefatura para atender a algunos detalles de su trabajo. A las dos, el inglés estaba solo en el vestíbulo del hotel Young, cuando entraron la señora Luce y Pamela Potter. Los demás habían ido al Pali, pero la señora Luce ya lo había visto varias veces y la muchacha estaba deseando hablar con el inspector.

Las dos mujeres tomaron una habitación con baño para el resto del día. Duff esperó a que se instalaran y luego subió a verlas.

La muchacha estaba sola en la salita.

—¡Por fin! —le saludó—. Ya creía que no le podría ver a solas. Siéntese, haga el favor.

—Cuénteme lo que haya —dijo Duff—. ¿Cuándo volvió a ver a Welby?

—¿Cuál fue la última carta que recibí mía? —preguntó.

—La de Rangún.

—Le escribí una desde Singapur y otra desde Shanghai.

—Lo siento, seguramente me habrá seguido a través de los Estados Unidos.

—Espero que le alcancen. No había ninguna noticia especial, pero eran obras de arte descriptivo. Creo que lamentaría usted toda su vida perderlas.

—Las leeré palabra por palabra cuando, al fin, lleguen a mis manos. ¿Dice usted que no contenían ninguna noticia especial?

—No; ocurrieron muy pocas cosas. No volví a ver al señor Welby hasta que llegué a bordo del *President Arthur*, en Hong Kong. Era el camarero encargado de mi camarote y de otros varios.

Me dijo que había estudiado cómo se hacía el trabajo en los barcos de British India y que era ya la eficiencia en persona en aquel cometido. Supongo que registraría inmediatamente los camarotes, pero no pasó nada hasta que llegamos a Yokohama.

—¿Pasó algo allí?

—Sí, durante el día visitamos la población, pero como me encontraba un poco cansada, volví a cenar al barco, aunque no teníamos que zarpar hasta bastante avanzada la noche. La señora Luce también me acompañó. Nosotras...

—Perdone un momento. ¿Se fijó usted si había algún otro compañero en el barco?

—Sí, vi al señor Tait. No se encontraba muy bien. ¡Ah! También estaba el señor

Kennaway. Si había alguien más, no me fijé.

—Bien. Siga, haga el favor.

—Al salir del comedor vi al señor Welby. Me hizo una seña y le seguí hasta el segundo puente. Nos apoyamos en la barandilla contemplando las luces de Yokohama. Parecía muy excitado. «Señorita» —me dijo—, «ya lo he descubierto». —Le miré asombrada—. «¿Qué quiere usted decir?» —pregunté—. «Quiero decir que ya he descubierto a mi hombre, que ya sé dónde está la llave duplicada número 3260».

«¿Dónde está?» —exclamé yo. Quería decir que quien la tenía, pero él lo tomó al pie de la letra—. «Está en el mismo sitio donde la he encontrado» —respondió—, «la he dejado allí hasta que pueda detener a mi hombre en los Estados Unidos y ponerle en manos del inspector Duff. Es demasiado tarde ya para detenerle en el Japón. Creo que es mejor lo que he pensado. Sé que el señor Duff desea detener él mismo a ese hombre y, según tengo entendido, ahora está en San Francisco. Me voy en este momento a tierra a enviarle un cable a Scotland Yard, diciéndole que esté sin falta en el muelle de Honolulu»

La joven se detuvo y Duff guardó silencio pensando en la equivocación cometida por Welby, equivocación que había pagado con la vida.

—¡Ojalá le hubiera usted preguntado el nombre del dueño de la llave!

—Ya lo hice —contestó la joven—. Se lo pedí en todas las formas imaginables. Pero no quiso oírme. Dijo que podría ser peligroso para mí saberlo. Yo advertí, además, que tenía ideas muy anticuadas respecto a las mujeres. ¡No confiarles nunca ningún secreto! Como es un muchacho tan simpático, no me enfadé con él y le dije que ya me enteraría a su debido tiempo. Desembarcó para enviar aquel cable y, a la mañana siguiente, cuando ya estábamos en alta mar, me enteré de que no había vuelto.

—No, no volvió —murmuró Duff.

La joven le miró extrañada.

—¿Sabe lo que le ocurrió?

—Sí, lo encontraron muerto en el muelle poco después de que su barco zarpase.

—¿Asesinado?

—Desde luego.

Duff se alarmó al ver que la muchacha se echaba a llorar.

—¡Un hombre tan simpático! ¡Es terrible! ¡Esa fiera! ¿Le descubriremos alguna vez? ¡Es necesario!

—Claro que le descubriremos —replicó gravemente Duff. Se levantó y fue hasta la ventana. Honolulu dormitaba bajo el sol tropical. Al pie de una palmera estaba sentado un muchacho de piel morena y, junto a él, yacía su guitarra de cuerdas metálicas. ¡Aquello era vida!, pensó Duff. Ninguna preocupación en el mundo, nada que hacer hasta mañana y, quizá, ni entonces. Oyó que se abría la puerta. Al volverse, vio a la señora Luce que salía del dormitorio.

—He echado una siestecita —explicó—. ¿Qué pasa? —preguntó, al notar las lágrimas de la joven.

Pamela se lo contó. Muy pálida, la anciana se dejó caer en un sillón.

—¡Nuestro camarero! —exclamó—. He visto a millones de camareros durante mis viajes alrededor del mundo, pero, con ese, llegué a encariñarme. Jamás vuelvo a hacer un viaje tan largo. Lo más, un viajecito a China o a Australia. Por primera vez en setenta y dos años, empiezo a sentirme vieja.

—No diga usted tonterías —dijo Duff—. No representa ni un día más de los cincuenta.

Sonrió, complacida.

—¿Usted cree? Bueno, entonces, después de descansar unos días en Pasadena, iré a dar una vuelta por América del Sur. No he estado nunca. No sé cómo ha sido eso.

—Tengo una invitación para ustedes dos —anunció Duff—. Creo que les interesará. Se trata de ese chino que vieron en el muelle esta mañana; es una buena persona y todo un caballero. Me ha invitado a cenar en su casa y me ha pedido que le concedan el honor de acompañarme.

Aceptaron, y, a las seis y media, se reunieron con Duff en el vestíbulo. Fueron en auto hasta Punchbowl Hill en medio del agradable fresco de la tarde. Las montañas aparecían envueltas en negras nubes, pero a sus pies estaba la ciudad, teñida de amarillo y rosa por el sol poniente.

Charlie les esperaba enfundado en sus mejores vestidos europeos y su ancho rostro brillaba de alegría.

—¡Este es momento grande en historia de familia! Tener bajo techo de mi humilde casa a mi honorable amigo de Londres es honor grande. Pero tenerle acompañado de sus amigos hace de Charlie Chan hombre muy orgulloso.

Después de hacer notar lo mezquino de su casa y lo vil de los muebles, les hizo entrar en el salón. La poco halagadora pintura que hizo de su hogar no era, desde luego, más que la concepción que él tenía del respeto debido a sus invitados. El salón era encantador; cubría el suelo una antigua y hermosa alfombra; del techo colgaban lindos faroles rojos y dorados, y había varias mesas talladas, jarrones Swatow, objetos de porcelana y árboles enanos. En la pared veíase un bello cuadro pintado sobre seda, representando un pájaro en la rama de un manzano. Pamela Potter miró con interés a Charlie. Hubiera deseado que algunos conocidos decoradores pudiesen ver aquella habitación.

La señora de Chan apareció, muy tiesa, embutida dentro de su mejor traje de seda negro y muy atenta a su inglés. Entraron también algunos de los hijos mayores, que fueron presentados muy ceremoniosamente.

—Yo no quiero causar a ustedes molestia grande de ver a innumerables hijos míos —explicó Chan.

Les habló de su hija mayor, Rosa, que estaba en una Universidad del continente. Su voz se hizo más suave y en sus ojos apareció cierta expresión de tristeza. Rosa, la

flor de su rebaño, ¡qué bien hubiese hecho los honores de la casa en lugar de su madre, turbada en su calma habitual!

Una vieja criada apareció y dijo algo con voz chillona. Pasaron al comedor, donde Charlie les explicó que les iba a servir una comida hawaiana, en lugar de china. Una vez desaparecida la violencia del principio, la señora de Chan se aventuró, al fin, a sonreír y, después de unas cuantas palabras de la señora Luce, todos se encontraron como en su casa.

—La raza china es mi favorita, señor Chan —dijo la anciana.

Charlie se inclinó.

—Después de la de usted.

La señora Luce negó con la cabeza.

—Nada de eso. Desde hace cuatro meses he estado en contacto íntimo con mis compatriotas y, se lo repito, la raza china es mi favorita.

—Viajando alrededor del mundo habrán visto a muchos compatriotas míos —dijo Chan.

—¡Ya lo creo! ¿Verdad, Pamela?

—Sí, por todas partes —asintió la joven.

—Los chinos son la aristocracia de Oriente —siguió la señora Luce—. En todas sus ciudades, en las islas de la Malasia, en Malaca, en Siam..., son los comerciantes, los banqueros, representan la Ley y la autoridad. Son listos y honrados, destacándose de la pereza y mala fe de los orientales. ¡Es un gran pueblo, señor Chan! Pero usted ya lo sabe.

Charlie sonrió.

—Sus palabras suenan como música hermosa en oídos de Charlie Chan. No se nos concede valor grande en Estados Unidos, allí sólo se nos aprecia como lavaderos buenos o como villanos en literatura o en películas. Ustedes tienen país grande, rico, orgulloso y seguro de sí mismo. Respecto al resto del mundo... Yo suplico me perdone, conocen muy poco y se preocupan menos.

La señora Luce asintió.

—Es la pura verdad. A veces, al más inculto pueblerino le regalamos un puesto en el senado para premiarle algo. ¿Ha estado recientemente en China, señor Chan?

—Hace muchos y largos años que no he estado allí —contestó Charlie—. La última vez que contemplé mi patria fue a través de los ojos de la juventud. Era un país en paz, entonces.

—Pero, ahora, ya no —dijo Pamela Potter.

Chan asintió, gravemente.

—Sí, China tiene enfermedad ahora, pero, como alguien ha dicho con sabiduría grande, «Muchos de los que se preocupan por el enfermo, morirán antes que él». Esto ha ocurrido ya en el pasado de China y volverá a ocurrir.

Sonó una violenta ráfaga de viento y empezó a llover copiosamente.

—Tenemos chubasco —añadió Chan.

Durante el resto de la cena continuó la lluvia, que seguía cayendo con un entusiasmo tropical. Cuando volvieron al salón, Duff consultó su reloj.

—Perdóneme, Charlie. Esta noche quedará en mi recuerdo como una de las más felices de mi vida, pero, el *President Arthur* sale a las diez, y ya son más de las ocho y media. Estoy un poco nervioso, como puede comprender, al pensar que podrá escapárseme el barco. ¿No será mejor telefonar pidiendo un automóvil?

—De ninguna manera —protestó Chan—. Yo poseo coche completamente cerrado que nos cobijará a los cuatro con facilidad; cobijaría a cuatro personas de mi tamaño si las hubiese en el mundo. Sé el peso que agobian sus hombros y le conduciré en seguida a Honolulu.

Después de expresar todos lo muy a gusto que habían cenado, se dispusieron a partir.

—Ha sido lo más hermoso de mi vuelta al mundo —dijo Pamela Potter.

Charlie y su mujer sonrieron de placer. Poco después, el automóvil nuevo bajaba la colina en medio del diluvio.

Se detuvieron en el Young para recoger el equipaje de Duff y los dos maletines de las señoras. Cuando iban hacia el muelle, Duff se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío, Charlie! —exclamó—. ¿Cómo ha sido esto? Me había olvidado por completo de que todos mis documentos están en la caja de caudales de la jefatura.

—Yo no había olvidado —contestó Chan—. Yo llevo a usted allí. Usted puede quedar en Jefatura mientras yo llevo señoras a barco. Luego Charlie Chan volverá a buscar a usted y, entretanto, jefe o uno de los agentes puede abrir caja para que usted recoja cartera. Aún tendremos tiempo de hablar un poco y fumar pipa de despedida.

—Muy bien —asintió Duff.

Al llegar a Halekua Hale se apeó bajó un torrente de agua. Los demás siguieron hasta el muelle.

Allí, Charlie se despidió de las dos mujeres y corrió a la Jefatura. Mientras cruzaba la para él tan familiar entrada, sintióse invadido por una profunda tristeza. La llegada de Duff había sido como un oasis en medio de la monotonía de su vida. Pero la estancia del inglés resultaba demasiado breve. El día siguiente, pensó, sería igual a los otros días. Cruzó el corredor y abrió la puerta de su despacho. Por segunda vez en las últimas treinta y seis horas, se encontró con lo inesperado.



Por segunda vez en las últimas treinta y seis horas, se encontró con lo inesperado.

Duff estaba tendido en el suelo junto al buró, con los brazos sobre la cabeza. Chan lanzó un grito de terror y se inclinó sobre él. El rostro del policía inglés estaba pálido como la muerte. Pero, al cogerle una mano para comprobar si latía el pulso, Charlie advirtió un débil movimiento. Cogió el teléfono y llamó al Queen's Hospital.

—Una ambulancia —gritó—. Envíen en seguida a Jefatura Superior de Policía. ¡Yo pido se den prisa grande!

Durante unos instantes miró a su alrededor.

La ventana estaba de par en par, como de costumbre. Por allí era por donde habían disparado; Chan se volvió hacia el buró. Sobre él estaba, abierta, la cartera de Duff. Parte de su contenido seguía intacto; algunas hojas estaban por encima de la mesa desparramadas, sin duda, por el viento.

Charlie llamó a su jefe, quien salió del despacho, que estaba a poca distancia. En

el mismo momento, Duff se movió ligeramente. Chan se arrodilló junto a él. El inglés abrió los ojos y vio a su amigo.

—Ocupe mi puesto, Charlie —susurró, y, de nuevo perdió el conocimiento.

Chan se levantó, miró el reloj y se puso a ordenar los documentos dentro de la cartera.

CAPITULO XV

Dos orientales salen de Honolulu.

El jefe de Chan se inclinó sobre Duff. Su expresión era grave al levantarse. Miró interrogadoramente a Charlie:

—¿Qué significa esto? —preguntó.

El chino señaló la abierta ventana.

—Tiro —explicó, conciso—. Disparo desde la calle. ¡Pobre inspector Duff! Vino a tranquila ciudad de Honolulu a buscar asesino que viaja con turistas que han llegado hoy. Esta noche, asesino ha tratado de completar su obra.

—¡Es el colmo! —gritó, furioso, el jefe—. ¡Un hombre herido de un balazo en la Jefatura Superior de Policía de Honolulu!

Chan asintió.

—¡Hay cosa peor! ¡Herido en mi despacho! Yo tengo orgullo grande de mi despacho. Si yo no detengo a asesino yo seré el hazmerreír de mundo.

—¡Oh! No he querido decir eso —contestó el jefe, mientras Chan metía todos los documentos dentro de la cartera de Duff y la cerraba—. ¿Qué va usted a hacer, Charlie?

—¿Qué puedo yo hacer? ¿Quedarme quieto en Honolulu? ¿No vengar ofensa hecha a mí? ¡No! Yo embarco noche de hoy en *President Arthur*.

—Pero usted no puede hacer eso...

—¿Quién detendrá a Charlie Chan? ¿Puede usted decirme quién es mejor cirujano de Honolulu?

—Supongo que el doctor Lang...

Un segundo más tarde, Chan tenía el listín de teléfonos en las manos y marcaba un número. Mientras tanto, oyó la sirena de una ambulancia. Unos enfermeros, vestidos de blanco, entraron después con una camilla. El jefe vigiló el traslado del desgraciado Duff, mientras Charlie hablaba con el cirujano. El doctor Lang vivía en el hotel Young y prometió estar en el Queen's Hospital casi al mismo tiempo que la ambulancia. Charlie colgó el aparato y lo volvió a descolgar otra vez para marcar otro número.

—Oiga —dijo—. ¿Eres tú, Henry? Tú has llegado pronto a casa esta noche. Dioses son buenos. Escucha con atención grande. Tu padre te está hablando. Yo embarco dentro de una hora para ir a continente. ¿Qué? Omite palabras de sorpresa,

yo he tomado ya decisión. Tu padre se marcha por asunto de importancia grande. Tú pon en maleta mía, con rapidez que sorprenda, cepillo de dientes, un traje y navaja de afeitar. Tú haz pregunta a ti mismo de qué puedo necesitar yo y pon también en maleta la contestación. Tu honorable madre te ayudará. Coge coche tuyo y trae a tu madre y a maleta a muelle donde está barco *President Arthur*, de Compañía «Dollar». Barco sale a las diez. Yo hago suposición que tú habrás comprendido que rapidez es importante.

Cuando colgó el teléfono, su jefe se puso ante él.

—Es mejor que reflexione sobre eso, Charlie —dijo.

Chan se encogió de hombros.

—Yo he reflexionado antes.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Otra licencia para ausentarse? Tengo que consultarlo con los demás jefes, el permiso requerirá varios días.

—Usted acepte, pues, dimisión de Charlie Chan.

—¡No, no! —protestó el jefe—. Ya buscaré la manera. Pero, dígame, Charlie. Este asunto es peligroso... ese hombre es un asesino...

—Nadie sabe mejor que yo verdad de sus palabras. ¿Tiene importancia grande? Honor de Charlie Chan ha sido atacado en su propio despacho. ¿Usted comprende?

—Yo no digo que no exponga su vida en el cumplimiento del deber, pero... me sabría mal perderle, Charlie. Luego, ese asunto creo que concierne exclusivamente a Scotland Yard.

Chan movió vigorosamente la cabeza.

—Yo pido perdón por interrumpirle un momento. ¿Por qué tendría usted sentimiento de perderme? ¿Porque ya no podría perseguir jugadores? ¿Ni poner multas a automóviles...?

—Sí, ya sé que no han pasado muchas cosas...

—Noche de hoy es primera vez que pasa cosa importante. Mundo es ya interesante. Yo estaré en barco cuando zarpe. Y detendré a criminal antes que continente sea alcanzado. Si no, digo adiós a título de inspector y retiro a mi casa, cubriéndome de cenizas.

Se dirigió a la caja de caudales.

—Yo cojo doscientos dólares que encuentro aquí. Usted enviará más dinero a San Francisco. Es dinero para detener a criminal que ha cometido atentado en Jefatura Policía de Honolulu. Y si yo no detengo a él, yo devolveré dinero. Yo corro a hospital y digo adiós a usted...

—No hay necesidad, estaré en el muelle antes de que se marche.

Apretando la preciosa cartera de Duff bajo el brazo, Chan corrió a la calle.

Con uno de los súbitos cambios de tiempo propios de Honolulu, la lluvia había cesado y por entre las nubes brillaban las estrellas.

Charlie se dirigió al Young y se acercó al primer hombre con uniforme de marino que encontró en el vestíbulo. Le acompañaba la suerte, pues el oficial resultó ser

Harry Lynch, contador del *President Arthur*.

Chan se presentó y convenció al señor Lynch para que le acompañase al coche. Mientras se dirigía al Queen's Hospital, le explicó, rápidamente, lo ocurrido. El contador estaba profundamente interesado.

—El capitán me comunicó que un inspector de Scotland Yard subiría a bordo aquí —dijo—. Nos enteramos de todo por Welby. Fue un verdadero golpe para nosotros el perderle tan bruscamente. La noticia que recibimos de Yokohama sólo decía que había sido asesinado. Y, ahora, han herido al inspector Duff. Bien, nos alegramos de tener un agente de Policía a bordo. Parece ser que le espera mucho trabajo, señor Chan.

Charlie se encogió de hombros.

—Mi inteligencia es muy insignificante...

—¿De veras? Pues las noticias que yo tengo son muy distintas.

No dijo más, pero Charlie sintió un profundo agradecimiento hacia él. Después de un período tan largo de inacción, confortaba el saber que no se le había olvidado.

—Arreglaré lo de su pasaje —siguió Lynch—. En este viaje no llevamos mucha gente y le podré dar un buen camarote.

Habían llegado al hospital, y Charlie entró en él, lleno de ansiedad. Le acompañaron hasta donde estaba el doctor Lang, figura fantasmal dentro de su bata blanca y el rostro perdido bajo la sombra que proyectaba sobre él una visera.

—He localizado la bala —anunció el cirujano— y voy a operarle en seguida. Por fortuna, una costilla la desvió. Es una operación muy delicada, pero el paciente es hombre robusto y me parece que saldrá bien de la operación.

—Tiene que salir —dijo, fríamente, Charlie.

Le explicó al doctor quién era Duff y por qué había ido a Honolulu.

—¿Puedo verle un pequeño momento? —preguntó, con timidez.

—Venga a la sala de operaciones —invitó el cirujano—. Su amigo ha estado delirando, pero quizá logre usted sacar algo en limpio de lo que dice.

Al llegar a la terrible sala de mareantes olores, Charlie se inclinó sobre el pálido rostro de su amigo. ¿Habría visto Duff el rostro de su agresor? Si fuera así y ahora pronunciase su nombre el asunto estaría terminado.

—Inspector —murmuró el chino—. Es Charlie Chan. Ha ocurrido cosa muy terrible. Yo sentimiento grande. Dígame, ¿usted ha visto cara de asesino?

Duff se agitó un poco y susurró, con voz apenas inteligible:

—Lofton... Lofton... el hombre de la barba...

Charlie contuvo el aliento. ¿Era Lofton el que había disparado por la ventana?

—También es Tait —murmuró Duff— y Fenwick. ¿Dónde está ahora Fenwick? Vivian... Keane...

Charlie se retiró. El pobre Duff repasaba, una vez más, la lista de los sospechosos.

—Es mejor que le deje ahora, señor Chan —dijo el cirujano.

—Yo lo hago —replicó Charlie—. Pero tengo que decir esta última cosa.

Mañana, o cuando despierte, tendrá usted en sus manos al más inquieto de los pacientes. Sentirá deseos grandes de levantarse cama y seguir pista. Cuando esto ocurra, usted calmará a él con estas palabras mías: «Charlie Chan ha salido para San Francisco en President Arthur, y detendrá culpable antes que barco llegue a puerto». Usted dice a él que esta promesa procede de hombre que nunca ha faltado a lo prometido a un amigo.

El cirujano asintió, gravemente.

—Se lo diré, señor Chan. Muchas gracias por la advertencia. Y ahora vamos a hacer cuanto podamos por salvarle. Se lo prometo.

Eran las diez menos cuarto cuando Charlie y el contador del barco llegaron cerca del President Arthur. No muy lejos, Chan vio a su hijo Henry y, junto a él, una regordeta figurilla vestida de negro. Era la señora de Chan, que llevaba aún el traje con el cual hizo los honores de la fiesta.

Charlie se acercó a ellos y les hizo subir al buque en compañía del contador. Un oficial que estaba junto a la pasarela les miró con curiosidad al pasar.

Sobre el puente, la señora de Chan se quedó mirando, tímidamente, a su incomprensible marido.

—¿Dónde va mi digno esposo? —preguntó.

Charlie le palmoteó la espalda.

—Los sucesos estallan súbitamente, como petardos a los pies del caminante distraído.

Y le contó lo ocurrido en su despacho y la necesidad de su inmediata partida para vengar su honor ultrajado y recuperar su perdido prestigio.

La mujercita comprendió.

—En maleta toda ropa limpia —le dijo.

Calló unos instantes, y luego siguió:

—Yo creo que hay peligro grande donde va mi señor esposo.

Charlie sonrió, tranquilizador.

—Hombre no puede alterar lo que dioses han decretado —la recordó—. Uno no puede apartarse de su destino. Tú no tengas miedo. Todo irá bien. Dentro de pocos días, yo veré a nuestra Rosa.

A la tenue luz que salía de las ventanas, vio que dos gruesas lágrimas asomaban a los ojos de su mujer.

—Yo envío a ella muchos abrazos. ¡Está tan lejos! —sus manos se unieron, temblorosas—. Yo no entiendo por qué ella marchó tan lejos.

—Cuando sientas orgullo de tu hija, tú comprenderás.

En aquel momento apareció el jefe de Chan.

—¡Ah! Está usted aquí, Charlie. Le traigo sesenta dólares más.

Y le tendió un fajo de billetes.

—Usted abrumba a Charlie Chan con tantas bondades.

—Ya le enviaré más por giro telegráfico para que pueda volver a casa después de

detener a su hombre —siguió el jefe—. Estoy seguro de que le detendrá.

—Después de una profunda reflexión, yo no tengo seguridad grande de detenerle —replicó Chan—. Trabajo parece difícil. Yo sé que a inspector Duff sólo hará feliz a él, y es descubrir a hombre que cometió asesinato en hotel Broome, de Londres. Yo he estado todo el tiempo a ocho mil millas de lugar de crimen, pista está ya fría y yo tengo seguridad que todos han olvidado detalle que podía hacer detener a él. Yo tengo seguridad que noche de hoy Charlie Chan ha cogido trabajo muy difícil para él. Quizá tenga que volver a casa con todo honor perdido.

—Puede que no —replicó su jefe—. El asunto parece difícil, pero...

Le interrumpió la llegada de un hombrecillo que se precipitó sobre Charlie. Era Kashimo.

—¡Hola, Charlie! —gritó el japonés.

—Tú, amabilidad grande de venir a decir adiós a Charlie Chan...

—No he venido a eso —le interrumpió Kashimo—. Traigo una noticia.

—¿Sí? —contestó, cortés, Charlie—. ¿Y qué noticia es, Kashimo?

—Pasaba cerca de la Jefatura, poco después del atentado contra su amigo —empezó, con gran rapidez, el japonés—, cuando vi a un hombre que salía a la calle que queda detrás de Halekaua Hale. Era alto, iba envuelto en un gran abrigo y llevaba el ala del sombrero caída sobre los ojos.

—¿Tú viste cara a él? —preguntó Chan.



Era alto, iba envuelto en un gran abrigo y llevaba el ala del sombrero caída sobre los ojos.

—No importa —replicó Kashimo—. No era necesario verle la cara. Vi algo más importante. Era un hombre cojo, así...

Y se puso a cojear exageradamente por el puente.

—Llevaba un bastón de color claro, creo que era de Malaca.

—Yo estoy muy agradecido a ti —dijo Chan, con el mismo tono que hubiera empleado para dirigirse al más pequeño de sus hijos—. Tú eres observador, Kashimo. Tú aprendes de prisa.

—Quizá algún día llegue a ser un gran detective, también —dijo, lleno de esperanzas, el japonés.

—¿Quién puede decir que no? —replicó Chan.

Alguien gritó que todos los que debían desembarcar lo hiciesen. Charlie se volvió hacia su mujer y, entretanto, Kashimo dirigió al jefe de Chan un torrente de palabras cuyo significado era, al parecer, que le dejase acompañar a Chan a San Francisco, como ayudante.

—Yo soy un buen investigador —insistió el japonés—; Charlie lo dice.

—¿Qué le parece, Charlie? —sonrió el jefe—. ¿Le puede ser útil?

Chan dudó unos segundos, luego se inclinó sobre su ayudante y le palmeó la

espalda.

—Haz reflexión, Kashimo. Tú no comprendes situación. ¿Podemos marchar tú y yo de Honolulu? ¡Oportunidad grande para los malhechores! La ola del crimen caería sobre Honolulu. Tú vas a marchar ahora y cumplirás bien tu deber hasta que yo vuelva. Tú ten recuerdo siempre de que nuestros errores son nuestros grandes maestros. Tú debes destacar primero en Honolulu.

Kashimo asintió, estrechó la mano de su jefe y desapareció por el puente. Charlie se volvió hacia su hijo.

—Tú traslada en seguida automóvil a garaje de Punchbowl Hill —dijo—. En ausencia mía, tú tendrás deferencia grande con tu madre y tendrás, también, cuidado de familia.

—Claro —asintió Henry, y añadió—: Oye, papá, ¿puedo usar tu automóvil mientras estás fuera? El coche viejo que me regalaste no funciona muy bien.

Chan movió la cabeza.

—Yo esperaba ya demanda de ti. Sí, tú puedes usar automóvil mío, pero trátalo con cuidado grande... Adiós, Henry.

Dijo unas cuantas palabras a su mujer y se despidió de ella, besándola a la manera occidental.

—¡Buena suerte, Charlie! —dijo su jefe, mientras le estrechaba la mano.

Sonó un ruido de cadenas y la pasarela fue retirada, separando a Charlie del grupo que quedaba en el muelle. Todos estaban mirando hacia arriba y aquello le conmovió. Se veía en ellos que tenían una gran confianza en su éxito.

Poco a poco el gran trasatlántico se fue separando del muelle. Aquella noche ninguna orquesta tocaba el «Aloha», ni en el muelle ondeaban alegres banderitas. No se celebraba ninguno de los festejos habituales en las despedidas.

El grupito del muelle se perdió de vista, al fin; sin embargo, él no se movió de la barandilla. El ruido de las máquinas se hizo más fuerte. En aquel momento, Charlie vio el círculo de luces de la playa de Waikiki. ¡Cuántas veces había contemplado, desde su casa, aquella playa, deseando que algo le sacase de tal inacción! Por fin, había sucedido, y ahora contemplaba las luces de Waikiki desde un barco, en medio del mar.

Volvióse y miró el trasatlántico. Era un nuevo y pequeño mundo y en él habitaba un hombre que había asesinado, por error, en Londres; que luego había vuelto a asesinar en Niza, en San Remo; esta vez, por venganza. Después, en el muelle de Yokohama, había asesinado otra vez; ésta, sin duda, por necesidad. Y aquella misma noche decidió apartar de su camino al incansable Duff. No era un personaje escrupuloso aquel Jim Everhard. Ahora, durante seis días, Charlie y él estarían juntos en un espacio limitado, prisioneros en aquella mole de acero y madera, cada uno tratando de engañar al otro. ¿Quién triunfaría?

Chan se estremeció. Alguien se le había acercado silenciosamente por la espalda. Se volvió.

—¡Kashimo! —exclamó.

—¡Hola, Charlie! —sonrió el japonés.

—Kashimo, ¿qué significa esto?

—Me he escondido. Voy con usted para ayudarle en este importante asunto.

Chan dirigió una mirada calculadora a la distante playa de Waikiki.

—¿Sabes nadar, Kashimo? —preguntó.

—No —contestó, alegremente, el hombrecillo.

Chan suspiró.

—Bien. El que acepta con sonrisa lo que los dioses le envían ha aprendido lección más importante en dura escuela de la vida. Yo pido perdón un momento, Kashimo. Yo hago esfuerzos para sacar sonrisa.

CAPITULO XVI

El bastón de Malaca.

Un momento más tarde, la natural bondad de Chan triunfó y la sonrisa apareció en su rostro.

—Tú perdonarás, Kashimo, si yo me he asustado. Es que recuerdo de última hazaña tuya asaltó mi pensamiento. Yo doy a ti bienvenida al entrar a trabajar en presente caso, que tenía ya dificultades grandes antes de que tú entrases en él.

—Muchas gracias —repuso el japonés.

En aquel momento, de un camarote próximo, salió el pagador y se dirigió hacia ellos.

—Señor Chan —dijo—, le estaba buscando. He hablado con el capitán y me ha dicho que ponga a la disposición de usted lo mejor que tenga. Hay libre un camarote con baño, desde luego, al precio mínimo; ya he dispuesto que hagan una de las camas. Si quiere usted seguirme...

En aquel momento se fijó en Kashimo.

—¿Quién es este señor? —preguntó.

Chan vaciló un momento.

—Señor Lynch... yo presento a usted el detective Kashimo, de la Policía de Honolulu. Es uno de... —carraspeó— nuestros mejores hombres. En último momento yo tomé decisión de que me acompañara como ayudante. Si tiene usted sitio para que duerma...

Lynch reflexionó.

—Supongo que vendrá como pasajero, ¿verdad?

Chan tuvo una idea brillante.

—Kashimo tiene especialidad grande en registros. Si usted pudiera proporcionar a él trabajo a bordo yo creo que él lograría resultados grandes. Él podría conservar el anónimo, que yo no puedo.

—Precisamente uno de nuestros criados ha sido detenido esta noche por pasar licor de contrabando —dijo Lynch—. Podemos emplear al señor Kashimo como camarero; su única ocupación será atender a las llamadas de los pasajeros. Claro que no es un trabajo digno...

—Pero es magnífica oportunidad —le aseguró Chan—. Kashimo no importa clase de trabajo. Él pone deber suyo ante todo. Kashimo, dile a este caballero lo feliz que te

hace su proposición.

—¿Los camareros reciben propinas? —preguntó, anhelante, el japonés.

—Usted notará que ya siente deseos grandes de empezar —dijo Chan.

—Bien, esta noche será mejor que duerma en su camarote —dijo Lynch—. Nadie se enterará, a excepción de su camarero, y ya le encargaré yo que no diga nada.

Luego, volviéndose a Kashimo, añadió:

—Mañana, a las ocho, preséntese al jefe de los camareros. No me opongo a sus registros, pero le recomiendo que vaya con cuidado. No nos gustaría que se molestara a las personas inocentes.

—Usted no tenga cuidado —tranquilizó Chan.

Pero no estaba muy seguro. Molestar a los inocentes era otra de las especialidades de Kashimo.

—Me ha dicho el capitán que quisiera verle a usted mañana por la mañana, señor Chan —dijo el contador, al llegar a la puerta del camarote que les había sido asignado, y se marchó.

Charlie y Kashimo entraron en el camarote. Como el camarero estaba todavía allí, el inspector le indicó que hiciera la otra cama. Mientras esperaban, el detective echó una mirada a su alrededor. Era un camarote amplio y aireado, un lugar excelente para pensar, y en los siguientes seis días y seis noches, tendría mucho que pensar.

—Vuelvo en seguida —dijo, de pronto, a su ayudante.

Subió al puente y envió un radiograma a su jefe, concebido en los siguientes términos:

«Si descubre desaparición de Kashimo, piense que yo soy primero en lamentarlo. Está conmigo en el barco».

Al volver al camarote, encontró solo al japonés.

—Yo acabo de dar noticia a jefe de tu partida —explicó—. Empleo de camarero es suerte grande para ti. Si no, se hubiera presentado pregunta de quién pagaba pasaje a ti. Y yo tengo impresión de que todos hubieran declinado honor...

—¿No sería mejor que nos acostáramos? —sugirió Kashimo.

Charlie entregó a su ayudante uno de sus pijamas y se echó a reír al ver el resultado.

—Tú pareces globo deshinchado a la deriva.

Kashimo sonrió entre dientes.

—Yo duermo con cualquier cosa.

Y se metió en su litera, decidido a probarlo.

Charlie encendió la luz de la cabecera de la cama y apagó las demás. Luego se acostó con la cartera de Duff en la mano. Desató las correas y sacó un montón de papeles. Las notas de Duff estaban todas numeradas y Chan comprobó con gran placer que no faltaba ninguna. La carta de Honnywood a su mujer, junto con otros mensajes y documentos referentes al caso, estaban allí. O Jim Everhard tuvo miedo de entrar en el despacho después de haber disparado sobre Duff, o bien creyó que

ninguno de aquellos papeles valía la pena.

—Espero que yo no te molestaré, Kashimo —dijo Chan—, pero tengo que leer historia entera de este asunto hasta que esté en mi memoria.

—No se preocupe, no me molesta.

—Tuya es toda la diversión, y ninguna responsabilidad —suspiró Charlie—. Vida tuya es feliz. Mientras leo prestaré atención grande a hombre cojo. ¿Qué hacía él cerca de la Jefatura mientras pobre Duff estaba herido en mi despacho? Tú has señalado punto de ataque a Chan, él está muy reconocido a ti.

Se puso a leer, e, imaginativamente, se trasladó a los lugares donde tuvieron lugar los sucesos. Londres, que sólo era para él un nombre, se convirtió en una ciudad familiar. Vio el cochecito verde que salía de Scotland Yard, cruzó las sagradas puertas del hotel Broome, se inclinó sobre el inanimado cuerpo de Hugo Morris Drake, allá en la cama de la habitación 28. Luego, bajando al salón del hotel, asistió al desvanecimiento de Tait. Después trasladóse a París y a Niza: Honnywood muerto en el jardín. San Remo y el terrible momento del ascensor. Leyó con toda atención la carta de Honnywood a su mujer, que explicaba muchas cosas, pero que dejaba la pregunta fundamental sin respuesta. Todos los detalles del largo y tenebroso suceso se revolvían ahora en su mente.

Al terminar de leer, dijo, pensativo:

—Kashimo, ese Ross intriga mucho a mí. Siempre está apartado, cojeando, y nunca tiene nada contra él... hasta ahora. Sí, Kashimo, el señor Ross ha de ser nuestra preocupación primera.

Se detuvo. Un profundo ronquido fue la única contestación que llegó desde la otra cama. Charlie miró su reloj, era más de media noche. Cogió los documentos de Duff y volvió a leerlos otra vez.

Poco después de las dos apagó la luz. Pero aún no estaba dispuesto a dormir. Durante un rato estuvo haciendo planes para el futuro.

A las siete y media arrancó rudamente a su compañero de las regiones de los sueños. Costó un poco hacerle comprender a Kashimo dónde se encontraba. Mientras se vestía, Charlie le explicó brevemente parte del asunto, insistiendo mucho en lo que debía hacer el japonés, o sea buscar entre los objetos pertenecientes a los viajeros una llave con el número 3260. Tal vez la encontrase o tal vez no. Quizá en aquellos momentos estaba ya en el fondo del Pacífico, pero, a pesar de todo, había que buscarla. El japonés asintió y, a las ocho menos dos minutos, ya estaba listo para entrevistarse con el jefe de los camareros.

—Guarda en memoria, Kashimo, que demasiado precipitación podría tener final desgraciado —fue la última advertencia de Chan—. Emplea tiempo que necesites. Piensa dos veces lo que vas a hacer. Desde momento de ahora eres camarero. Si tú encuentras a mí por el barco piensa que nunca has visto a Charlie Chan. Toda conversación entre tú y yo tendrá lugar aquí, en mi camarote. Adiós y suerte.

—Hasta pronto —contestó Kashimo.

Y salió del camarote.

Charlie miró unos instantes por la ventanilla, contemplando el mar bañado de sol y respirando a plenos pulmones el fresco aire de la mañana.

Se estaba afeitando, cuando uno de los camareros llamó a la puerta y le entregó un radiograma de su jefe. Charlie leyó:

«Dice cirujano que operación excelente. Duff mejor. Pésame sincero por lo de Kashimo».

Charlie sonrió. Buenas noticias las referentes a Duff. En un estado de ánimo excelente, subió al puente a enfrentarse con sus problemas. La primera persona a quien vio fue a Pamela Potter, en compañía de Mark Kennaway. La joven se detuvo y le miró, asombrada.

—¡Señor Chan! —exclamó— ¿Qué hace usted aquí?

Charlie se inclinó levemente.

—Yo gozo de hermosa mañana. Yo hago suposición de que usted también, ¿no?

—Pero no sabía que tenía que venir usted con nosotros.

—Hasta última hora de noche de ayer tampoco lo sabía Charlie Chan. Yo estoy aquí como indigno substituto del gran inspector Duff.

La joven se estremeció.

—¿No querrá usted decir que él también...?

—Usted no se asuste. Sólo tiene herida.

Y se apresuró a explicar a la joven todo lo ocurrido.

La muchacha movió la cabeza.

—Eso parece que no ha de terminar nunca.

—Cosa que empieza, siempre termina —dijo Chan—. Criminal tiene inteligencia grande, pero el inteligente también comete equivocación alguna vez —añadió—. Yo creo que vi a joven que acompaña a usted ayer en el muelle. Se llama...

—¡Oh! Perdóneme —replicó la muchacha—. Me ha asombrado tanto el verle, señor inspector. Le presento al señor Kennaway. Le he estado explicando la maravillosa cena que se perdió ayer noche. Está muy disgustado. Pertenece a una gran familia de Boston y le molesta que no se piense en él.

—No la haga usted caso —dijo Kennaway.

—Usted habría sido el bienvenido —exclamó Charlie—. Boston interesa mucho a Charlie Chan. Yo tengo deseos grandes de hablar con usted de su importante ciudad. Pero yo no tengo deseo de molestar más a ustedes. Como ayer presentaron mi humilde persona a todos los viajeros, no puedo disimular. Yo hago, por eso, proposición que todos nos reunamos para hablar de sucesos de noche de ayer.

—¡Siempre lo mismo! —exclamó Kennaway—. Ya nos vamos acostumbrando a que, periódicamente, nos pase revista algún policía. Por lo menos, esta vez se trata de una cara nueva. ¡Ya es algo! Le deseo mucha suerte, inspector Chan.

—Gracias muchas. Yo haré lo mejor que pueda. Yo intervengo un poco tarde en asunto, pero tengo confianza de salir vencedor. Yo pido perdón, pero Charlie Chan

tiene deseos grandes de comprobar si cocina en barco es buena.

Se dirigió al comedor, donde le habían reservado una mesa. Después de almorzar copiosamente, se levantó para marcharse. Sentado, cerca de la puerta, vio al doctor Lofton.

—¡Oh, doctor! —dijo—. ¿Cometo error al hacer suposición de que usted tendrá recuerdo de mí?

Lofton levantó la vista. Eran muy pocas las personas que al mirar a Chan no se sintiesen dominadas por su irresistible simpatía y mostrasen una amistosa sonrisa. Pero el doctor Lofton consiguió que tal sonrisa no apareciese. Al contrario, su expresión era más bien avinagrada.

—Sí —contestó—. Le recuerdo. Es usted policía.

—Inspector de Jefatura de Honolulu —explicó Chan—. ¿Puedo sentarme?

—Desde luego —gruñó Lofton—. Pero no me censure si no me porto con demasiada cordialidad. Estoy hasta la coronilla de detectives. ¿Dónde está su amigo Duff esta mañana?

Charlie arqueó las cejas.

—¿Usted no ha tenido noticia de accidente de Duff?

—¡Claro que no! —gritó Lofton—. Bastante tengo con preocuparme por doce viajeros que dan bastante que hacer. No tengo tiempo para fijarme en todos los policías que pasan junto a mí. ¿Qué es lo que le ha pasado al señor Duff? ¡Vamos, hable! ¿Es que también le han asesinado?

—No del todo —contestó, suavemente, Chan.

Y empezó su relato, sin apartar la vista del rostro de Lofton. Le asombró ver que no aparecía en él la menor expresión de condolencia por el herido.

—Entonces, ¿Duff ya no volverá a aparecer por aquí? —dijo el doctor, cuando Chan hubo terminado—. Y ahora, ¿qué?

—Ahora, mi humilde persona reemplaza al célebre inspector Duff.

Lofton le miró.

—¡Usted!

Había cierto desprecio en aquel ¡usted!

—¿Por qué no? —preguntó, suave, Charlie.

—Por nada, claro. Perdóneme, pero es que mis nervios están deshechos por los sucesos de estos últimos meses. ¡Gracias a Dios que el viaje termina en San Francisco! Estoy dudando si debo o no emprender otro viaje. Pensaba retirarme y esta es una ocasión tan buena como otra cualquiera.

—Decisiones de usted sólo interesan a usted —dijo Chan—. Lo que no es asunto privado de usted es nombre de asesino que ha honrado a usted con participación en este viaje. Este es asunto que Charlie Chan viene a investigar. Yo pido a usted reúna viajeros en salón para que yo tenga conversación con ellos a las diez.

Lofton le lanzó una rápida mirada.

—¡Aún más, Dios mío, aún más! —exclamó.

—Yo tendré brevedad grande.

—Ya sabe usted lo que quiero decir. ¿Es que tendré que reunir muchas veces más a mis clientes para esos interrogatorios? Pero si nunca se saca nada en claro de ellos.

Charlie le dirigió una escrutadora mirada.

—Y usted tendría pena grande si se sacase, ¿verdad? —aventuró.

Lofton le devolvió la mirada.

—¿Por qué lo he de negar? No tengo ningún deseo de que se haga más publicidad de la que ya se ha hecho sobre este asunto. Ello significaría el hundimiento de mi negocio. Eso no quiere decir que trate de poner trabas a su actuación; si se lo he dicho ha sido sólo para serle franco.

—Gracias muchas —se inclinó Charlie.

—Voy a reunir a mis clientes, desde luego. Pero, en adelante, no espere ninguna ayuda mía.

—Hombre que busca donde no hay nada, pierde tiempo —le aseguró Chan.

—Me alegro de que lo tome así —contestó Lofton.

Y, levantándose, se dirigió a la puerta. Chan le siguió.

En el capitán del barco, Charlie encontró un recibimiento mucho más cordial. Aquel viejo lobo de mar escuchó, lleno de indignación, su relato.

—Todo lo que puedo decirle es que deseo que detenga al criminal cuanto antes —dijo, al fin—. Le ayudaré en todo lo posible. Pero recuerde esto, señor Chan: Una equivocación, sería algo muy serio. Si viene usted a mí, me dice que detenga a alguien y, desde luego, ese alguien demuestra que no es él el culpable, me pondría en un verdadero compromiso. La Compañía se vería metida en una serie de pleitos que no terminarían en un año. Tenemos que estar muy seguros de lo que hacemos.

—Hombre que conduce barco grande como éste estará siempre seguro de lo que hace —murmuró Chan—. Yo prometo ir con cuidado grande.

—Ya sé que pondrá usted todo su cuidado —sonrió el capitán—. No he navegado por el Pacífico durante los diez últimos años, sin oír hablar de usted. Tengo confianza plena en su talento, pero comprenda que en las actuales circunstancias no podía dejar de hablarle de mi situación. Si es preciso arrestar a alguien, procure que el arresto sea en el muelle de San Francisco. Esto evitará complicaciones.

—Yo acepto con placer grande idea de usted. Yo haré posible para que suceda así.

—Gracias.

Charlie volvió al puente. Vio a Kashimo resplandeciente dentro de su nuevo uniforme. Pamela Potter, que estaba sentada en un sillón, le saludó. El detective se reunió con ella.

—¿Su honorable amiga, la señora Luce, no ha subido? —preguntó.

—No, cuando está en un barco se despierta tarde y almuerza en su camarote. ¿Quiere usted hablar con ella?



—Su honorable amiga, la señora Luce, ¿no ha subido a cubierta? —preguntó.

—Yo tenía grandes deseos de hablar con ustedes dos. Pero compañía de usted es suficiente para hacer conversación agradable. En noche de ayer yo dejé a ustedes dos en muelle, a las nueve. Yo voy a hacer pregunta a usted. ¿Cuántos compañeros de viaje vio usted desde momento en que yo dejé hasta que barco marchó?

—Vimos varios. Como en el salón hacía mucho calor, salimos a cubierta y nos sentamos frente a la pasarela. A los pocos momentos subieron los Minchin, y Sadie se detuvo un momento para enseñarnos las compras del día. Un *ukelele* para su hijo y otras cosas más. Luego llegó el señor Mark Kennaway, pero no se detuvo; supuso que el señor Tait le estaría esperando con la consabida lectura nocturna. Después subieron los Benbow; Elmer venía cargado de películas ya reveladas. Creo que eso es todo. El señor Kennaway volvió poco después y nos dijo que parecía que el señor Tait no estaba a bordo, cosa que le extrañó.

—¿Nadie más? ¿Nadie con un bastón de Malaca?

—¡Oh! ¿Se refiere al señor Ross? Sí, fue uno de los primeros en llegar. Vino...

—Yo pido perdón un momento. ¿A qué hora llegó?

—Serían, poco más o menos, las nueve y cuarto. Pasó frente a nosotros. Me hizo el efecto de que cojeaba más que de costumbre. La señora Luce le llamó, pero él siguió adelante sin hacer caso. Eso nos pareció muy extraño.

—¿Podría usted decir a mí si el señor Ross es único que tiene bastón de Malaca?

La joven se echó a reír.

—Pasamos tres días en Singapur y, si uno no compra allí un bastón de Malaca, le aseguro que no le dejan marchar. Todos los hombres de nuestro grupo tienen por lo menos uno.

—Entonces, ¿cómo conoce usted que el señor Ross fue el que pasó frente a ustedes?

—No sé... iba cojeando.

—Cojera es cosa más fácil de mundo imitar. Usted piense. ¿No ve detalle ninguno por el que pueda identificar a señor Ross?

La muchacha guardó silencio durante unos instantes.

—¡Vaya! —exclamó, al fin—. Yo también me estoy haciendo detective. Los bastones que vendían en Singapur, tenían una contera de metal, pero el del señor Ross llevaba una especie de tope de goma. Cuando pasea por el puente no hace ningún ruido.

—¿Y bastón que llevaba hombre en noche de ayer, hacía ruido?

—No. Por lo tanto, tenía que ser el señor Ross. ¿Qué le parece? Para demostrarle lo buena detective que soy, le voy a hacer una demostración. Por allí viene el señor Ross. ¡Escuche!

Ross había aparecido a lo lejos y se acercaba a donde ellos estaban. Al pasar, saludó a la joven y desapareció por una puerta. Chan y la joven se miraron. Acompañaba a Ross el «tap, tap, tap» de la contera metálica al chocar contra la madera del puente.

—¡Qué es eso! —exclamó la joven, al advertirlo.

—Que bastón de señor Ross ha perdido tope de goma —dijo Charlie.

—¿Y eso qué significa?

—Rompecabezas grande —contestó el inspector—. Y si Charlie Chan no comete error, es primero de otros muchos a bordo de este barco. Pero Charlie Chan no ha de tener preocupación grande. Rompecabezas son trabajo suyo.

CAPITULO XVII

La etiqueta del Great Eastern Hotel.

Minutos antes de las diez, Lofton se detuvo ante Charlie. El doctor parecía de pésimo humor.

—Bien, señor inspector. Ya he reunido a todos los turistas en el fumadero. He escogido ese lugar, porque a estas horas no hay nunca nadie. Espero que no les tendrá allí mucho tiempo, pues el lugar huele que apesta a tabaco.

Chan se levantó.

—¿Usted viene también, señorita Pamela?

Luego, dirigiéndose al doctor:

—¿Debo entender que todos los viajeros de grupo suyo están presentes?

—Sólo falta la señora Luce —contestó Lofton—. Prefiere dormir hasta tarde. Sin embargo, si usted lo desea, la haré llamar.

—No haga usted acción tal. Yo conozco sitio donde estuvo señora Luce la noche de ayer. Diciendo cosa con más claridad, yo diré a usted que la honorable señora cenó en humilde casa de Charlie Chan, el más ignorante de los detectives.

—¿De veras?

—Usted hubiera estado el bien recibido en ella —sonrió Chan.

Entraron en el fumadero. Los turistas, reunidos allí, miraron con curiosidad a Chan. Este permaneció un momento en silencio. Unas palabras de presentación parecía lo más indicado. Por eso empezó:

—Yo deseo a ustedes una feliz mañana. Yo debo decir a todos que yo estoy tan sorprendido al volver a ver a ustedes todos, como ustedes estarán de ver otra vez a mí. Charlie Chan siente pena muy grande al obligar a ustedes a soportar presencia suya, pero Destino ha dado su orden y hombre debe obedecer. Ustedes conocen ya que mi digno amigo, el célebre inspector Duff, esperaba a ustedes en Honolulu, el paraíso del Pacífico. En su cerebro estaba la intención de acompañarles hasta San Francisco. Pero, en la noche de ayer, se repitió en el paraíso la historia, y serpiente apareció, hiriendo a digno inspector Duff. Herida suya no ha sido grave. Él, quizá, pronto volverá a ver a ustedes. Hasta feliz instante en que tan agradable hecho ocurra, un estúpido sustituto, sin la grande fama ni la inteligencia grande del señor Duff, ha ocupado lugar suyo. Yo, Charlie Chan, soy sustituto.

Sonrió amablemente y se sentó.

—Mi deseo grande es saber empleo que dieron ustedes al tiempo que transcurrió desde las ocho de la noche de ayer hasta que barco se desató de sus amarras y recobró la libertad. Charlie Chan pide humildemente perdón por las ofensivas palabras que él va a pronunciar. La persona que falte a la verdad con sus palabras, tendrá que arrepentirse luego de haber hecho cosa tal. Yo he dicho que Charlie Chan es tonto. Esto es verdad grande. Pero dioses a veces tienen piedad de este indigno mortal y le conceden inteligencia asombrosa...

En aquel momento, Tait se levantó.

—Señor mío —gritó, irritado—. ¿Qué derecho tiene usted para interrogarnos? Le advierto que no estamos ya en Honolulu...

—Yo pido a usted, honorable señor, perdón por esta interrupción a palabras suyas. Usted ha dicho verdad grande. Barco ha dejado tras de sí Honolulu. Pero yo debo decirle que capitán de este barco apoya a Charlie Chan con toda su autoridad. Yo creo que todos ustedes sienten deseos grandes de ver detenido al que hizo herida al inspector Duff. Si Charlie se equivoca y alguno de ustedes desea ocultar algo...

—¡Un momento! —exclamó Tait—. No estoy dispuesto a que me cargue encima esas sospechas. No tengo nada que ocultar. Quería advertirle tan sólo que se atenga a lo que marca la Ley.

—Que tiene costumbre de ser amiga buena de los criminales. Usted y yo lo sabemos. ¿Verdad, señor Tait? —El abogado se recostó en su sillón—. Pero yo pienso que vamos lejos del asunto que importa —siguió Chan—. Yo tengo seguridad de que ustedes son amigos grandes de la Justicia. Charlie supone que no les importará que el interrogatorio sea legal o no sea. Vayamos, pues, a cosa importante. Usted, señor Lofton, es el inteligente director de este viaje. Yo entonces, voy a interrogar a usted primero. ¿Puede decir a Charlie Chan qué hizo en el tiempo que él ha indicado?

—Desde las ocho a las nueve y media estuve en las oficinas de la Compañía Nomad. Tenía que hacer algunas cuentas y escribir varias cartas.

—En la oficina habría otras personas. ¿No es verdad?

—No, no había nadie. El director tenía que acudir a una cita y me dejó solo. Como la cerradura de la puerta es automática, cuando salí de la oficina cerré de golpe. Volví al barco allá a las nueve y media.

—Yo tengo idea de que las oficinas de la Compañía Nomad están en Fort Street. ¿No cometo equivocación? Están a pocos pasos de una calle que da a parte de detrás de la Jefatura de Policía.

—Están en Fort Street, pero no sé ni una palabra de la Jefatura de Policía.

—Yo comprendo. ¿Usted encontró a algún viajero cerca de allí?

—No vi a ninguno de mis clientes hasta que llegué al barco. Supongo que ya tendrá bastante con lo que le he dicho. El tiempo apremia.

—¿Quién apremia? —preguntó suavemente Chan—. Yo tengo seis días para perder. Señor Tait, ¿insiste usted no alejarse de la Ley, o tiene intención de explicar a este humilde policía, como gastó su tiempo en la noche de ayer?

—No tengo ningún inconveniente —replicó Tait, haciendo un esfuerzo por aparecer amable—. ¿Por qué iba a tenerlo? Ayer, a las ocho, empezamos una partida de *bridge*. Tomaron parte en ella la señora Spicer, el señor Vivian, el señor Kennaway y yo. La partida iba bien, pero serían las ocho y media, cuando la señora Spicer y el señor Vivian empezaron a discutir por si ella seguía o no indicaciones de él, y allí se terminó la partida. El señor Kennaway y yo salimos al puente. Llovía a mares. Mark dijo que iba a coger su impermeable, para dar un paseo por la ciudad. Diez minutos más tarde desembarcó. Yo le dije que prefería quedarme a bordo.

—¿Y lo hizo?

—No, no lo hice. Cuando se hubo marchado el señor Kennaway, recordé que por la mañana había visto un ejemplar del *New York Sunday Times* en un quiosco cerca de Bethel Street. Pensé salir a comprarlo, pues hacía no sé cuánto tiempo que no había visto un ejemplar de mi periódico favorito. La lluvia parecía amainar, me puse el abrigo y el sombrero y cogí un bastón...

—¿Su bastón de Malaca?

—Sí, creo que cogí el Malaca. Desembarqué a las nueve menos diez, fui a comprar el periódico y volví a bordo. Yo ando bastante despacio, por eso supongo que serían las nueve y veinte cuando volví a bordo.

Chan sacó el reloj.

—¿Puede usted decir a Chan qué hora es? —preguntó.

La mano derecha de Tait fue recta al bolsillo izquierdo del chaleco. De pronto, se quedó un poco desconcertado y, al fin, extendió la mano izquierda y miró su reloj de pulsera.

—Tengo las diez y veinticinco —dijo.

—Su reloj anda exacto —sonrió Chan—. El mío indica la misma hora y siempre es exacto. Un viaje alrededor del mundo tiene muchos cambios de hora. Yo sólo deseaba conocer si su reloj iba bien. Ahora, señor Vivian, ¿podría explicar a mí qué hizo después de interrumpir la partida de *bridge*?

—Desembarqué también. Quería tomar un poco el fresco.

—¿Cometo error si creo que salió con sombrero y bastón de Malaca?

—Todos compramos bastones de Malaca —dijo el jugador de polo—. Es una cosa obligatoria para el que visita Singapur. Estuve paseando por la ciudad y volví a bordo poco antes de la salida.

—¿Y usted, señor Spicer? —siguió interrogando Chan.

—Desde la mesa de *bridge* me fui a la cama.

—Señor Kennaway, sus acciones han sido casi todas explicadas por el señor Tait. ¿Hizo usted alguna cosa más?

Kennaway asintió.

—Sí, cogí el bastón y desembarqué. No estuve mucho fuera, porque supuse que el señor Tait desearía que le leyese un rato, por lo cual volví al barco después de las nueve. Me sorprendió que el señor Tait no estuviera a bordo. Por fin, allá a las nueve

y veinte, le vi llegar. Fuimos a nuestro camarote y le estuve leyendo el periódico hasta que se durmió.

Charlie miró a su alrededor.

—¿Y ese caballero?

—Maxy Minchin, Chicago. Y nada que ocultar, ¿me entiende?

Charlie se inclinó.

—Entonces, yo supongo que no tendrá mucho inconveniente en detallar sus acciones.

—No, y el hacerlo no me llevará más de un minuto. —El señor Minchin acarició un costoso cigarro puro, del que no había retirado la dorada faja—. Yo y Sadie, mi mujer, fuimos a pasear por la ciudad bajo la lluvia. Como no era la tarde muy a propósito para estar paseando, nos metimos en un cine. Pero ya habíamos visto la película un año antes en Chicago, y como, además, mi mujer estaba deseando meterse en una tienda a gastar dinero, salimos corriendo. Después, fuimos de un lado a otro haciendo compras. Como no llevábamos ningún baúl para transportarlas, cuando no pudimos con más carga Sadie consintió en volver al barco. Yo no llevaba ningún bastón. Si llevase bastón, mis muchachos creerían que ya no sirvo para nada. Ya se lo dije a Sadie en Singapur.

Charlie sonrió.

—¿Y usted, señor Benbow? —preguntó.

—Pues lo mismo que los Minchin. Estuvimos de compras. Luego fuimos al Young a ver cómo llovía. Volvimos al barco a las nueve y cuarto.

Llegué rendido, pues compré un proyector de películas y ese cacharrito pesaba un rato.

—A usted, señorita Pamela, no tengo que hacer pregunta, pues yo conozco lo que hizo. Ahora quedan dos señores. Ese caballero. ¿Cometo error al creer que es el capitán Keane?

Keane se recostó en su sillón, ahogó un bostezo y, apoyando ambas manos en la cabeza, dijo:

—Estuve viendo jugar al *bridge* un rato. No crea usted que me metí a dar consejos —miró a Vivian—. Yo nunca me meto en cosas que no me importan.

Recordando la frecuencia con que se había encontrado al capitán espiando por las puertas, Charlie tuvo la idea de que aquellas palabras no eran sinceras.

—¿Y después del *bridge*? —preguntó.

—Cuando terminó la batalla —siguió Keane—, salí a dar una vuelta por el muelle. Creo que cogí mi bastón de Malaca, pero la lluvia me hizo volver en seguida. Fui a mi camarote a buscar un libro y me vine al fumadero.

—¡Ah! —exclamó Chan— ¡Usted tiene ya un libro!

—¿Qué quiere usted sacar de mí? —dijo el capitán—. Estuve aquí leyendo hasta que zarpó el buque y entonces me fui a la cama.

—¿Había alguna persona más en esta habitación mientras usted estaba en ella?

—Nadie en absoluto.

Charlie se volvió hacia el hombre que había dejado a propósito, para interrogarle el último. Ross estaba sentado a pocos pasos de él y, en aquel momento miraba su pie enfermo. Su bastón, sin el taco de goma, estaba a su lado.

—Yo creo, señor Ross, que en usted queda completa la lista. A oídos míos ha llegado noticia de que usted desembarcó la última noche.

Ross le miró sorprendido.

—No, señor inspector —replicó—, yo no salí del barco.

—¿De veras? Sin embargo, personas vieron subir a usted al barco a las nueve y cuarto.

—¡Qué dice usted! Esto es un error.

—¿Tiene usted seguridad de que no salió del barco?

—¡Claro que estoy seguro! Es una de las cosas de la que estoy más seguro, como usted puede comprender. Cené a bordo y, después de la cena, estuve un rato en el salón. Durante todo el día había andado mucho y eso me cansa terriblemente. Me dolía el pie, por cuyo motivo me retiré a las ocho. Cuando el señor Vivian, que comparte mi camarote, volvió, yo estaba profundamente dormido. Eran cerca de las diez, según me ha dicho esta mañana. Procuró no despertarme. Es una persona muy considerada.

Chan le miró pensativo.

—Sin embargo, como yo he explicado ya a usted, señor Ross, dos personas de irreprochable honor vieron a usted subir la pasadera y pasar frente a ellas.

—¿Podría decirme cómo me reconocieron, señor inspector?

—Llevaba usted un bastón.

—Sí, un bastón de Malaca —asintió Ross—. Pero ya habrá notado que todos mis compañeros tienen uno, por lo menos.

—Pero hay una cosa más, señor Ross. Su paso de usted era un poco difícil a causa de un accidente que todos deploramos profundamente.

Ross miró un instante al detective.

—Señor inspector, usted es un hombre inteligente.

—Usted hace grande exageración.

—No, no exagero —sonrió Ross—. Afirmo que es usted inteligente y, lo único que tengo que hacer ahora es explicarle una pequeña cosa que sucedió ayer tarde —cogió su bastón—. Este bastón no ha sido adquirido en Singapur, sino en Tacoma, algunos meses después de mi accidente. Para ahorrarme el molesto ruido que hacía le puse un taco de goma. Pues bien, ayer tarde fui a mi camarote y eché una siestecita. Cuando me levanté, mientras me dirigía a cenar, noté algo raro, algo que, al principio no supe definir, aunque pronto me di cuenta de qué se trataba. Al andar, mi bastón hacía ruido. El taco de goma había desaparecido. Alguien me lo había quitado. En aquel momento pasó el señor Kennaway. Estuvimos hablando de ello.

—Yo le dije que tal vez alguien quería gastarle una broma.

—No era ninguna broma —dijo gravemente Ross—. Ahora me doy cuenta de que alguien quiso hacerse pasar por mí. Alguien que fue lo bastante listo para advertir que mi bastón no hacía ningún ruido cuando tocaba el suelo.

Nadie habló. En aquel momento entró en el salón la señora Luce y se acercó a Charlie Chan. El detective se levantó.

—¿Es verdad lo que me han dicho? —exclamó ella—. ¡Pobre inspector Duff!

—No es cosa grave —la tranquilizó Chan—. Pronto su salud será buena.

—Menos mal. Supongo que ocupará usted el puesto del inspector Duff, ¿verdad, señor Chan?

—Sí, señora; yo soy su indigno sustituto. —Chan se inclinó.

—No diga tonterías —replicó la señora Luce—. A mí no me engaña usted. He vivido muchos años en China y sé que, al fin, lograremos algo. Estoy segura —dirigió una provocativa mirada a su alrededor y terminó—: Y será dentro de poco tiempo.

—Llega usted en el buen momento —dijo Charlie—. Voy a tomarme libertad de pedir a usted un favor. En noche de ayer, después que yo dejé a ustedes junto al barco, usted y la hermosa señorita Pamela se sentaron cerca de la pasarela. Ustedes vieron que pasaban varios compañeros de viaje. ¿Podría usted explicar a mí si entre los que vieron estaba el señor Ross?

La anciana contempló durante unos instantes a Ross. Luego movió la cabeza.

—No, no lo sé.

—¿No sabe usted si vio o no al señor Ross?

—No, no lo sé.

—Pero, señora Luce —dijo Pamela Potter—, no es posible que no se acuerde. Estábamos sentadas cerca de la barandilla y el señor Ross pasó junto a nosotras...

De nuevo la señora Luce movió la cabeza.

—El que pasó junto a nosotras era un hombre que llevaba un bastón y cojeaba. Le llamé y no me contestó. El señor Ross es un hombre cortés. Además, el señor Ross lleva el bastón en la mano izquierda, mientras que el hombre de la otra noche lo cogía con la derecha. Me fijé en seguida. Por eso he dicho que no sabía si era el señor Ross o no. Por mi parte, creo que no.

Siguió un corto silencio y al fin dijo Ross, dirigiéndose a Charlie:

—¿Qué le decía, inspector? Ya ve usted que no salí del barco. Confiaba que se demostraría pronto, pero no creí que fuera tan pronto.

—¿Es su pierna derecha la que recibió herida? —preguntó Charlie.

—Sí, y cualquiera que no haya sufrido una cosa así, creerá que debe llevarse el bastón en la mano derecha. Yo lo llevo en la izquierda por consejo del médico y voy mucho mejor. El balanceo es más seguro y puedo andar más de prisa.

—Eso es verdad, inspector —intervino Maxy Minchin—. Hace algunos años me hirieron en la pata izquierda y entonces descubrí que se notaba gran alivio llevando el bastón en el lado opuesto. Se anda mucho mejor.

Ross sonrió.

—Gracias, señor Minchin —luego, dirigiéndose a Chan, continuó—: A pesar de ser muy inteligente, el criminal se ha equivocado. Ha sido lo bastante listo para robarme mi taco de goma a fin de que su bastón no hiciera ruido y lograr de esa manera que se le confundiera conmigo, pero luego, con las prisas, se olvidó de fijarse en qué mano lo llevaba yo. Lo único que puedo decir es, que me alegro de que cometiera ese error.

Charlie se levantó.

—Hoy, sesión ha terminado. Yo siento agradecimiento grande por cooperación de ustedes, todos.

Salieron todos, excepto Tait, que se dirigió al detective con sardónica sonrisa.

—No ha conseguido gran cosa en esta sesión —dijo.

—¿Usted cree que no? —inquirió Chan.

—¡Claro que no! Pero ha hecho lo que ha podido. Y, sobre todo, en un punto ha demostrado su agudeza. Me refiero a lo del reloj.

—¡Ah! Sí, el reloj —asintió Charlie.

—Un hombre que está acostumbrado de toda la vida a llevar el reloj en el bolsillo del chaleco, y que luego se lo pone en la muñeca, cuando se le pregunta de pronto la hora, instintivamente se llevará siempre la mano al bolsillo donde llevó durante tantos años el reloj.

—Sí, yo ya he visto —replicó el detective.

—Ya me lo figuré. Es una lástima que haya perdido el tiempo con un inocente.

—Chan hará más pruebas —le aseguró el chino.

—Debo decirle que compré el reloj de pulsera poco antes de emprender este viaje. Kennaway se lo podrá decir.

—Yo siento placer grande en aceptar por estos momentos su palabra.

—Gracias. Espero que podré asistir a esas otras pruebas.

—Yo doy a usted la seguridad de que su persona no faltará a ellas.

—Bien. Me gustará verle trabajar —y Tait salió de la habitación mientras Chan le miraba alejarse.

La investigación no ha hecho más que empezar —pensó Charlie mientras iba a su camarote a prepararse para la comida. No consiguió mucho aquella mañana, pero había empezado bien. Por lo menos, tenía ya una idea de los caracteres y capacidades de los personajes con los cuales se debía enfrentar. Al día siguiente les conocería más. Ningún sitio mejor que un barco para conocer a fondo a las personas.

Un botones le trajo un radiograma. Chan lo abrió y leyó:

«Charlie; como amigo, le ruego que abandone las pesquisas. Estoy muy mejorado y pronto podré encargarme yo mismo de la persecución. Hay demasiado peligro para pedirle un servicio semejante. Créame, estaba delirando cuando le pedí que interviniese. Duff».

Charlie sonrió para sí y se dirigió a la biblioteca, donde, después de madura reflexión, compuso el siguiente mensaje en respuesta al anterior:

«Ayer noche no deliraba; ahora tengo el profundo dolor de comprobar que en estos momentos si se encuentra en semejante estado. ¿Cómo si no ha podido ocurrírsele que no iba a continuar con este asunto interesante hasta el último extremo de mi habilidad? Esté tranquilo, vuelva prontamente a la salud y, entretanto, yo le reemplazaré. Con la esperanza de que pronto recobre la razón, queda su más grande amigo, C. Chan».

Después de comer, Charlie pasó varias horas en su camarote, meditando sobre aquel complicado asunto. Por la noche, una vez terminada la cena, el detective encontró a Pamela Potter y a Mark Kennaway tomando el café en un extremo del salón. Ante la invitación de la joven, Charlie se reunió con ellos.

—Señor Chan —dijo Pamela—, ya ha pasado uno de sus preciosos seis días.

—¿Y a dónde ha llegado? —preguntó Kennaway.

—A doscientas cincuenta millas de Honolulu, navegando en muy cómodo barco —sonrió Chan.

—No ha descubierto gran cosa esta mañana, ¿verdad?

—Yo he aprendido que el asesino sigue con intención de descargar su culpa sobre hombres inocentes, como hizo cuando robó correa del doctor Lofton.

—¿Se refiere a lo de Ross? —preguntó Pamela.

Charlie asintió.

—Ahora, señorita, ¿está usted de acuerdo con las palabras de la señora Luce?

—Sí —replicó la muchacha—. Ya al ver anoche al señor Ross me pareció que cojeaba de una manera exagerada. ¿Quién sería entonces?

—Cualquiera de nosotros —dijo Mark, mirando a Chan.

—Sus labios han pronunciado una verdad grande —replicó el detective—. El criminal es uno de ustedes, que bajó a la ciudad, apoyándose en un bastón de Malaca.

—O también pudo ser ése que no pudo dejar su libro —sugirió el joven—. O que asegura que no lo hizo. Me refiero al capitán Keane, el lector incansable.

—¿Ha tenido alguno de ustedes la explicación de por qué el capitán Keane siente placer tan grande en escuchar junto a las puertas?

—Hasta ahora, que yo sepa, no —contestó Pamela—. Últimamente no lo ha hecho mucho. El señor Vivian le encontró un día ante su camarote, y el escándalo que se armó podía oírse en todo el barco.

—El señor Vivian parece siente disposición grande para las peleas —hizo notar Charlie.

—¡Ya lo creo! —asintió Kennaway—. La otra noche, con el *bridge*, ¡había que ver cómo se puso! Cualquiera hubiera dicho que deseaba terminar la partida.

—Señor Kennaway —siguió Chan—. Yo tengo idea de que el señor Tait compró

para él un reloj de pulsera, antes de salida de Nueva York.

El joven se echó a reír.

—Ya me advirtió que me preguntaría usted esto. Sí, se lo compró por creerlo más práctico para un viaje tan largo. El reloj que llevaba antes lo guarda en el baúl. Diga que se lo enseñe.

—¿Cometo error al creer que la cadena está entera?

—Claro que está entera. O por lo menos, lo estaba cuando la vi por última vez, en el Cairo.

En aquel momento se acercó Tait.

—La señora Luce y yo vamos a empezar una partida de *bridge*. Ustedes dos, jovencitos, son los contrincantes que hemos elegido.

—¡Pero si yo juego tan mal! —protestó la joven.

—Ya lo sé —replicó el abogado—, por eso se lo pido. Me gusta ganar cuando juego.

Kennaway y Pamela se levantaron.

—Siento tenerle que dejar, señor Chan —lamentó la joven.

—Charlie Chan no quiere ser obstáculo a sus diversiones.

—¿Diversiones? —se burló Pamela—. ¿No ha oído hablar de la matanza de los Santos Inocentes? Pues una cosa así es lo que va a pasar ahora. ¿No tiene ningún refrán chino que sirva para reconfortarme?

—Sí, señorita, yo conozco uno que servirá de escarmiento si usted lo desea. «El ciervo nunca debe querer jugar con el tigre».

—Esta es la mejor regla de *bridge* que he oído en mi vida.

Después de un rato de permanecer solo, Charlie se levantó y salió a cubierta. Al llegar a un oscuro rincón, oyó que alguien le llamaba en voz baja. El detective había casi olvidado a Kashimo.

Su pequeño ayudante se acercó. A pesar de la oscuridad reinante veíase que estaba muy excitado.

—¡He encontrado la llave! —dijo casi sin aliento.

—¡Qué! —exclamó Charlie.



—¡He encontrado la llave!

El corazón le dio un salto. Recordó que Welby también había descubierto la llave.

—Eres veloz en tu trabajo, Kashimo —siguió Chan—. ¿Dónde está?

—Sígame —indicó Kashimo. Le guió hasta uno de los camarotes de lujo que daban al puente. Al llegar ante la puerta se detuvo.

—¿Quién es ocupante de este camarote? —preguntó Charlie lleno de ansiedad.

—El señor Tait y el señor Kennaway —contestó el japonés. Y abriendo la puerta encendió la luz. Recordando con alivio la partida de *bridge*, Charlie le siguió y cerró la puerta tras de sí. Vio que las ventanillas que daban al puente de paseo estaban cerradas.

Kashimo arrodillóse y de debajo de una de las camas sacó una vieja maleta. Estaba cubierta de etiquetas de hoteles extranjeros. El japonés no hizo ningún esfuerzo para abrirla, sino que pasó suavemente los dedos por encima de una vistosa etiqueta, la del Great Eastern Hotel, de Calcuta.

—Haga usted lo mismo —indicó a Charlie.

Chan tocó la etiqueta. Debajo de ella notó el bulto de una llave del tamaño de la que le había enseñado Duff.

—Trabajo bueno, Kashimo —murmuró.

Cerca de la cerradura se veían las iniciales «M. K.».

CAPITULO XVIII

El banquete de Maxy Minchin.

Después de algunas instrucciones a Kashimo, Charlie volvió al puente. Apoyándose en la barandilla se puso a contemplar el rielar de la luna en las oscuras aguas. Sentía en aquellos momentos una gran admiración por su ayudante. ¡Vaya un lugar ingeniosísimo para ocultar una llave! A simple vista no se notaba el menor bulto, sólo al tacto podía descubrirse. Sí, indudablemente, Kashimo era un atolondrado, pero en lo de registrar los objetos ajenos el muchacho era algo genial.

Poco a poco, Charlie empezó sacar deducciones acerca del caso. ¿Cómo era posible que aquella llave, duplicado de la que se encontró en la mano del hombre asesinado en el hotel Broome, estuviera en la maleta de Kennaway? Claro que no la había visto, pero estaba casi seguro de que se trataba del famoso duplicado. La misma que Welby había descubierto la noche que habló con Pamela Potter.

—¿Dónde la encontró Welby? ¿En el mismo lugar dónde estaba entonces? Seguramente, ya que la llave se hallaba debajo de la etiqueta del Great Eastern Hotel de Calcuta, y, lo más lógico era que hubiera sido colocada allí en la ciudad india. Un hombre no puede procurarse una etiqueta de Calcuta más que en Calcuta. Sí, la llave debía de estar en el mismo sitio cuando Welby la descubrió en Yokohama.

Pero Welby había hablado de aquella llave a la muchacha como si la hubiera visto. Hasta le dijo el número. ¿La habría visto en realidad? Quizá sólo sospechase que se trataba del duplicado, como le sucedía él. Tal vez no hizo más que pasar los dedos por encima de la etiqueta, como acababan de hacer ellos; alguien se daría cuenta de su descubrimiento; y le siguió a tierra para asesinarle.

¿Quién? ¿Kennaway? De ninguna manera. Fue, sin duda, el mismo que asesinó a Honnywood y a su mujer. Kennaway sólo era un muchacho; por lo tanto, no podía tener nada que ver con los Honnywood y Jim Everhard, ni con los sucesos que habían ocurrido muchos años antes, en un lejano país.

Charlie se llevó la mano a la cabeza. ¡Jeroglíficos y más jeroglíficos! No podía ser Kennaway. La táctica del asesino era, sin duda, la de comprometer si podía a algún inocente, como lo demostraba lo de la correa en Londres, y el robo del taco de goma del bastón de Ross. Era, pues, lo más lógico que hiciese lo posible porque aquella llave no fuera descubierta en su poder. Y su acción más natural, ¿cuál sería

sino esconderla entre el equipaje de otro hombre?

¿Quién tenía mayor oportunidad de colocar aquella llave en la maleta de Kennaway? Los ojos de Chan, que miraban sin ver la espumajante agua, se estrecharon de súbito. ¡Quién mejor que Tait! Tait, el hombre que se apresuró a proclamarse inocente, asegurando que el cambio de reloj de bolsillo por uno de pulsera había sido hecho antes de que empezara el viaje... Tait, que ocupó la habitación contigua a la en que fue asesinado Drake: Tait, que sufrió un desmayo al darse cuenta de que Honnywood, el hombre que Everhard creyó asesinar, estaba vivo. Además, Tait era lo bastante viejo para haber podido ser en su tiempo Jim Everhard; quien guardó durante muchos años aquellas bolsitas de guijarros, decidido a devolverlas cuando se le ofreciese una oportunidad. ¡Nadie mejor que Tait pudo aprovechar la maleta de su compañero de viaje para ocultar la comprometedor llave!

Chan se puso a pasear lentamente por la cubierta. No, la llave no había pertenecido nunca a Kennaway. De pronto, se detuvo. Si Welby había encontrado la llave donde estaba ahora, y aquella llave no pertenecía a Kennaway, el detective de Scotland Yard no había descubierto al asesino. ¿Por qué, entonces, le habían asesinado en el muelle de Yokohama?

De nuevo Chan se llevó la mano a la cabeza.

—Ya no sé por dónde voy —murmuró—. Será mucho mejor que se acueste a ver si la mañana le trae un poco de claridad.

Aceptó su propio consejo y la segunda noche a bordo del *President Arthur* transcurrió sin ningún incidente.

A la mañana siguiente, Charlie cultivó la amistad de Mark Kennaway. Ello significó una larga caminata, pues el joven parecía de mal humor y no hacía más que pasear de un lado al otro del barco; Charlie tuvo, por lo tanto, que pasear con él.

—Su juventud es grande —dijo el chino—. La primera vez que Charlie Chan le vio a usted, no le supuso más viejo de veinte años.

—Tengo veinticinco —le informó Kennaway—. Pero con este viaje parece que he envejecido diez años.

—¿Ha sido grande su trabajo? —preguntó con simpatía Chan.

—He sido una especie de niñera. ¡Dios! ¡Si llego a saberlo! He leído en voz alta por las noches, hasta que los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas y mi garganta estaba tan seca como un desierto. Después, la constante ansiedad por el pobre señor Tait, no me ha dejado vivir.

—¿Ha tenido el digno señor Tait algún otro ataque desde el sufrido en Hotel Broome?

Kennaway asintió:

—Sí, varios. Uno mientras atravesábamos el Mar Rojo, y luego, otro terrible, en Calcuta. He radiografiado a su hijo para que se reúna con nosotros en el muelle de San Francisco. Le aseguro que estoy deseando ver la «Puerta de Oro». Si logro hacerle desembarcar con vida me consideraré el hombre más afortunado del mundo.

El suspiro que lanzaré, será de satisfacción tan fuerte, que todos los periódicos hablarán de otro terremoto en California.

—Sus nervios habrán tenido tensión constante. —¿No lo sabe usted bien! Lo que debí hacer fue dejar en paz el mapamundi y preocuparme solo de mi carrera. Nadie de mi familia, allá en Boston, estaba conforme con este viaje. Me lo advirtieron, pero no les hice ningún caso.

—¿Boston? —repitió Charlie—. Yo ayer dije a usted que esa ciudad interesaba mucho a Charlie Chan. Yo creo que habitantes de ella son los que hablan el inglés más bueno de todo Norteamérica. Hace años yo hice insignificante favor a una familia de Boston. Charlie Chan no ha recibido ni recibirá nunca unas gracias tan correctas. Kennaway se echó a reír.

—Para usted debió de tener mucho valor —dijo—. Yo aseguro a usted que sí. Charlie Chan es un hombre antiguo que cree que bien hablar hace grande caballero. Mis hijos se burlan de su padre.

—Los muchachos de hoy no guardan ningún respeto a sus padres. Se lo digo como ex muchacho. Tengo la esperanza de que mi familia no descubra el terrible infierno que para mí ha supuesto este viaje. Me horroriza sólo el imaginarme a todos mis parientes diciendo a coro: «¡Ya te lo decíamos!». Claro que no ha tenido sólo la culpa el pobre señor Tait. He tenido además otros quebraderos de cabeza.

—Charlie Chan no desea penetrar en la reserva de un ciudadano de la bella Boston. Pero ¿no podría nombrar tan sólo uno de esos quebraderos de cabeza?

—Claro que sí. Se trata de la señorita Potter... —Pero quizá no debiera haberlo dicho.

Chan le miró sorprendido.

—¿Qué pasa a la hermosa señorita Potter?

—Pues que me fastidia...

—¿La señorita Potter fastidia a usted?

—Sí, ya que lo he dicho, lo sostengo. ¿No le ataca a los nervios a usted también? Siempre tan segura de sí misma, tan inteligente... —Mark se acercó más a Chan—. Estoy seguro —continuó—, de que cree que voy a declararme antes de que termine el viaje. ¿Cree usted que lo haré? No señor. No estoy yo para que me eche en cara su talonario de cheques.

—¿Mi joven amigo cree que sucedería así?

—Estoy convencido. Para los de su clase lo único que importa es el dinero. Así que conocen a una persona, lo primero que le preguntan es: «¿Cuánto dinero tiene usted?». En Boston no pasa así. Aunque no sé por qué le estoy contando todo esto. Pero es que estoy harto de todo, de hacer de niñera, y de no poder alejar de mi pensamiento a esa muchacha.

—¡Ah! Entonces, ¿la hermosa joven está en pensamiento de usted?

—Claro que está. Cuando le da la gana sabe ser la mujer más encantadora del mundo.

Chan miró su reloj.

—Yo veo ahora a hermosa señorita en extremo opuesto del puente. Yo hago suposición de que usted querrá desaparecer, ¿cometo error? Kennaway negó con la cabeza.

—¿Para qué? Es inútil. Más pronto o más tarde me cogería.

—Buenos días, señor Chan —saludó Pamela Potter—. ¡Hola, Mark! ¿Y si fuésemos a jugar un partido de tenis? Me parece que esta mañana le gano yo.

—No sería ninguna novedad.

La joven se echó a reír y se alejó con su cautivo.

Chan dio una vuelta por cubierta. Cerca de popa encontró al capitán Keane y se sentó junto a él.

—Buenos días, señor capitán. Mañana muy espléndida, ¿no cree?

—Sí, parece que sí —replicó Keane—. Si le he de ser franco, ni siquiera me había fijado.

—¿Su mente tiene otras grandes preocupaciones?

—No, pero nunca me fijo demasiado en el tiempo que hace. A mí me parece que el hacerlo es propio de las verduras.

En aquel momento, pasó junto a los dos hombres el jefe de máquinas.

—Si quiere usted venir a dar una vuelta por la sala de máquinas, señor Chan, ahora es el mejor momento —dijo, deteniéndose ante ellos.

—Usted tuvo amabilidad grande cuando me prometió este placer en la noche de ayer. Yo tengo seguridad de que el capitán Keane sentirá un placer grande en acompañarme.

Y miró, interrogadoramente, a Keane.

El capitán le miró, sorprendido.

—¿Yo? No, gracias. No me interesan las máquinas. No sabría distinguir un motor de una dínamo.

—Gracias muchas —dijo Chan al maquinista—. Si usted no opone inconveniente, yo dejaré para otro momento mi visita. Yo siento deseos de tener corta conversación con el señor capitán Keane.

—Muy bien —asintió el maquinista.

Y se alejó. Chan miraba ceñudamente a Keane.

—¿Usted no tiene conocimiento de máquinas? —preguntó.

—¡Claro que no! ¿Cómo quiere que sepa nada de esas cosas?

—Hace pocos meses, usted, en el salón del hotel Broome, hizo declaración al inspector Duff de que hubo tiempo en que usted era ingeniero.

Keane le miró.

—¿De veras dije eso a Duff? Le aseguro que me había olvidado.

—No pronunció usted la verdad.

—Claro que no. Dije lo primero que se me ocurrió.

—Yo creo que usted tiene este hábito.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Yo he leído en informes de mi digno amigo, el inspector Duff, el nombre de usted. Investigación de un crimen es cosa de seriedad mucha. Yo pido perdón a usted si mis palabras tienen dureza. Usted ha confesado que falta a la verdad. En el viaje le han encontrado más de una vez solo, rondando no lejos de las puertas de algunos camarotes. Esa actividad no merece plácemes.

—No, no creo que los merezca, pero, sin duda, usted se habrá encontrado, a veces, con que lo ha tenido que hacer.

—Charlie Chan no es detective ruin —replicó el chino, con dignidad.

—¿De veras? —replicó Keane—. Entonces, no será muy bueno. Hace seis años que estoy en la profesión, y aunque no me enorgullezco demasiado de lo que he hecho...

Charlie se irguió, inquieto.

—¿Es usted detective? —preguntó.

Keane asintió.

—Sí, represento a una agencia de San Francisco.

—¡Ah! Usted detective privado —dijo, con alivio, Chan.

—Sí, y no se burle, porque somos tan buenos como ustedes, por lo menos. Le digo esto, porque no quiero que pierda el tiempo conmigo. La señora Spicer tiene un marido que está deseando librarse de ella. Quiere casarse con una estrella de cine o algo por el estilo. Por eso me mandó hacer este viaje, para ver si podía descubrir algo.

Chan miró con atención a Keane. ¿Era verdad aquello? El hombre, desde luego, tenía tipo de detective privado. ¿Por eso no quería que Chan perdiera el tiempo con él? ¡Cuánta consideración!

—¿El éxito no ha caminado junto a usted? —preguntó el chino.

—No, la cosa se vino abajo desde el primer momento. Yo creo que así que me vio Vivian, sospechó de mí. Me horroriza encontrar al señor Spicer cuando lleguemos a San Francisco. Todo este viaje le ha costado un ojo de la cara. Creo que el flirteo de esos dos no ha llegado a nada. Si, por lo menos, no hubieran sido pareja jugando al *bridge*, no se habrían enfadado tantas veces. Ahora casi no se hablan. Además, Vivian me ha prometido romperme la cabeza si vuelvo a meter las narices donde no me importa. Aprecio mucho mi cabeza; por lo tanto, no haré nada más hasta el momento de desembarcar. Desde luego, supongo que todo esto quedará entre nosotros, ¿eh?

Charlie asintió.

—Secreto suyo no corre peligro en poder de Charlie Chan.

—Estaba pensando si no podría yo ayudarle en este asunto de usted. ¿No hay ningún premio o algo así?

—Charlie Chan no desea premio mejor que satisfacción de deber hecho.

—¡Vamos, hombre! No me va usted a decir que se ha encargado de este asunto sin haberse puesto de acuerdo antes con la señorita Potter. Usted necesita un apoderado. Voy a hablar con esa muchacha. Su familia tiene un montón de dinero y,

naturalmente, estarán deseando que se descubra quién asesinó al viejo.

—¡Basta! —ordenó Charlie—. Su boca ha pronunciado ya demasiadas palabras. Yo sentiré grande agradecimiento que usted recuerde que Charlie Chan no es un detective privado. Yo no autorizo a usted para su plan repugnante.

—¡Hombre. Un momento! No se ponga usted así. Eso hemos de hablarlo...

—¡No! Charlie no tiene nada que hablar. Yo suplico haga el favor de no meterse en asunto que no importa a usted.

—Es usted el negociante peor que he visto en mi vida —gruñó Keane.

Charlie se alejó rápidamente. ¡Qué ser más vil era aquel Keane! Y lo de que era detective privado, ¿sería verdad? Posiblemente, sí. Por otra parte, podía ser una añagaza para evitar que él le vigilase. Charlie suspiró. No había que descuidar a Keane, ni a nadie.

El barco seguía su camino sobre un mar de cristal. Kashimo le vino a decir que la llave seguía en el mismo sitio. Las largas conversaciones que sostuvo con todos los viajeros del grupo Lofton no le condujeron a nada. Así pasó el segundo día y la tercera noche. Al llegar la noche cuarta, Charlie empezó a recobrar otra vez la esperanza. Era aquella la noche en que Maxy Minchin daba un banquete para celebrar el final del viaje.

Maxy había invitado a todo el mundo, y su invitación fue recibida cordialmente por todos, con gran sorpresa por su parte. Y es que el tiempo transcurrido había hecho que todos se familiarizasen con el *gangster*. Además, como dijo la señora Luce: «No debemos olvidar que hay alguien entre nosotros que es mucho peor que el señor Minchin».

Todos aceptaron y Maxy estaba encantadísimo. Cuando le llevó la noticia a su mujer, ella le recordó que, con Lofton, serían trece en la mesa.

—No hagamos pruebas, que, a lo mejor, nos fastidian, Maxy —le dijo—. Hasta ahora te ha acompañado la suerte, no juegues con ella. Es necesario que encuentres otra persona para que seamos catorce.

Y el señor Minchin invitó a Charlie.

—Yo no siento la menor antipatía contra la poli —explicó al chino—. Una vez, en Chicago, di un banquete y casi todas las mesas estaban llenas de polis. Fue una de las fiestas más divertidas que se han dado.

—Gracias muchas —contestó Chan—. ¿Puede Charlie Chan tener la esperanza de que usted no se ofenderá si él se atreve a hablar de un crimen?

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo tengo deseos grandes de hacer mención en la cena, del asesinato del pobre señor Drake. Yo sentiría placer grande si invitados de usted hablaran del crimen.

Maxy frunció el entrecejo.

—¡Hombre! Yo esperaba que no se hablase de negocios durante mi cena. Hay un sujeto en nuestro grupo que tiene muchas cosas sobre la conciencia y no quisiera que pasase demasiada angustia siendo mi huésped. Luego, puede ponerle las esposas.

¿Comprende lo que quiero decir? No es que sea amigo mío, pero en la noche en que...

—Yo tendré discreción grande —prometió Chan—. Yo doy seguridad a usted que Charlie no hará preguntas.

—Bueno, haga lo que quiera. Hable del asesinato si quiere. No impongo ninguna condición.

La cena fue servida en el café, donde catorce personas se sentaron aquella noche alrededor de una mesa pródigamente servida. Consciente de sus deberes, el anfitrión marítimo, el señor Minchin, había encargado un sombrero de papel para cada uno de los comensales. Él se puso un tricornio napoleónico con una escarapela roja, y, equipado así, tuvo el presentimiento de que la noche empezaba bien.

—¡Hínchense de comida y bebida! —gritó—. He ordenado que nos sirvan lo mejor que tengan.

Después del café, Maxy se levantó.

—Bien, ya estamos a punto de terminar el viaje —empezó—. Hemos visto, juntos, el mundo y hemos tenido momentos buenos y otros menos buenos. Es verdad que han ocurrido algunos sucesos lamentables. Pero, una cosa he de decir, y es que nuestro guía es una persona estupenda. Levantemos nuestras copas a la salud del gran doctor Lofton.

Todos pidieron que hablase y, al fin, Lofton se levantó, un poco embarazado.

—Muchas gracias, amigos míos —dijo—. Hace muchos años que dirijo viajes alrededor del mundo y les aseguro que éste ha sido uno de los que quedarán más grabados en mi memoria. Me han dado ustedes muy poco trabajo. Ha habido algunas diferencias, pero han sido resueltas amistosamente. Todos han sido muy razonables y les estoy muy agradecido. No hay que olvidar que nuestro viaje empezó de una manera muy triste. Le ruego a la señorita Pamela me perdone por aludir al asesinato de su abuelo aquella madrugada en Londres. Suceso que yo lamento más profundamente que ninguno de ustedes, exceptuando, desde luego, a la señorita Potter. Pero eso ya pertenece al pasado y creo que es mejor olvidarlo. Si ese misterio queda sin resolver, debemos aceptarlo como cosa del Destino. Pronto llegaremos a San Francisco y nos separaremos. Pero, les aseguro que me acordaré siempre de nuestra convivencia durante estos meses.

—¡Muy bien, muy bien! —gritó Minchin, mientras el doctor se sentaba en medio de cortesés aplausos—. Ahora, amigos, ya que el doctor ha hablado de ello, creo que puedo decir que todos lamentamos lo ocurrido en el hotel Broome, y esto me hace recordar a nuestro huésped de honor, al célebre detective de Hawai. Créame, he visto polis de toda clase, pero éste, es algo nuevo. Señor Chan, le rogamos unas palabras.



Charlie se levantó dignamente después de las palabras de presentación.

Charlie se levantó dignamente después de las palabras de presentación. Miró a su alrededor, y empezó:

—El tambor que hace ruido más grande es el que tiene más viento dentro. Yo procuraré no aburrir a ustedes con grandes y sonoras palabras. Charlie Chan hace provecho de oportunidad para dirigir profundo saludo a nuestro honorable huésped, a su hermosa esposa, más bella que joyas que cubren su cuerpo. Destino tiene grandes caprichos. Él ha hecho encontrar a ustedes y a muchos policías en su viaje. A mi honorable amigo de Scotland Yard, a los agentes de Francia y de Italia. Ahora está frente a ustedes una humilde muestra del caluroso horno de Hawai. Ustedes tendrán ante su vista por tiempo pequeño al indigno chino que sigue la pista a los pocos criminales que habitan en nuestro paraíso.

»Mi situación no es de las que despiertan muchas envidias. Hombre sabio ya dijo: “No sigas los pasos al dolor, pues él puede volver”. Yo habría dicho este consejo a la

señorita Pamela. Charlie Chan sabe que mientras él esté junto a ustedes, nadie podrá hacer salir de su pensamiento las antiguas penas.

»Ustedes tendrán pensamiento de que si lo que ocurrió no hubiera ocurrido, Charlie Chan no estaría aquí presente. A su memoria volverán los sucesos del hotel Broome, que casi tenían olvidados. Podría suceder que ellos no tuviesen nunca aclaración, como ha dicho a ustedes el doctor Lofton. Si sucede así, es decisión del Destino. Yo soy chino y acepto decisiones del Destino. Pero yo he vivido mucho tiempo con americanos para presentar mi sumisión al Destino sin tener antes lucha grande con él. Veo que mi gran cuerpo ha echado ya demasiada sombra sobre esta alegre fiesta y Charlie Chan se sienta».

El señor Minchin miró al señor Tait. Este se levantó con la desenvoltura del que está acostumbrado a hablar en público.

—Yo soy, quizá, el que de todos ustedes está más contento de hallarse presente — empezó—. Ha habido momentos en los que he tenido la impresión de que iba a abandonarles antes de que terminase el viaje. Pero la decisión de vivir es fuerte, y me he prometido terminar el viaje con ustedes, lo mismo que lo empecé.

»En muchas cosas he de reconocer que he estado de suerte. Por ejemplo, volviendo de nuevo a mi amigo, el pobre señor Hugo Morris Drake, y a la noche del 6 de febrero o a la mañana del 7, yo hubiera podido ser el ocupante de la habitación número 28 y, por lo tanto, la víctima inocente de un crimen que fue simplemente una...

Se detuvo un momento y miró a su alrededor como excusándose.

—Perdónenme, no debía haberme metido por este camino. Creo que entre todos estamos haciendo muy desagradable la velada a la señorita Pamela. Diré, para terminar, que me alegro de haber llegado con vida casi al final del viaje y que ha sido para mí un gran placer el haberles conocido. Muchísimas gracias.

Se sentó acompañado de discretos aplausos. La señora Luce habló de sus viajes y Pamela Potter pronunció algunas palabras dando las gracias a todos. Luego, se levantó el capitán Keane.

—Ha sido un viaje estupendo. Nos hemos divertido mucho y, por mi parte, había casi olvidado lo ocurrido en el hotel Broome. Hubo allí bastantes abusos. El inspector Duff parecía desear que alguno de nosotros no siguiera el viaje. Sus preguntas eran demasiado personales. Yo no tuve nada que ver con el crimen, pero dio la casualidad que, aquella noche, me vieron rondando por el hotel. Pasé momentos bastante malos, y creo que algún otro también los ha pasado. El señor Elmer Benbow, por ejemplo, estaba bastante inquieto, ¿no es verdad? Hasta ahora no he dicho ni una palabra de esto, pero como estamos ya llegando a la madre Patria no creo que la cosa tenga ninguna importancia. A las tres de la mañana vi al señor Benbow entrar en su habitación. Estoy seguro que se alegrará usted de no haber tenido que explicar esto a Scotland Yard, ¿eh, Benbow?

Keane trataba de aparentar indiferencia, pero no engañó a nadie. Había en sus

palabras un tono que disgustó a todos. Hasta Maxy Minchin comprendió, aunque no hubiera podido expresarlo, que aquello era una nota de mal gusto. El pequeño *gangster* se levantó.

—Señor Benbow —dijo—, ahora le toca hablar a usted.

El hombre de Akron se puso en pie lentamente.

—Durante los últimos años he pronunciado varios discursos —empezó—, pero nunca me he visto obligado a hablar en circunstancias parecidas a las presentes. Es verdad... la noche aquella del crimen, yo estaba fuera de mi habitación. Después de haber regresado al hotel y haberme acostado, recordé, de pronto, que el 6 de febrero era el cumpleaños de mi hija. Pensamos telegrafiarla durante el día, pero estuvimos tan ocupados, que, al fin, nos olvidamos. Estaba preocupadísimo por aquel olvido cuando, de pronto, recordé la diferencia de hora que había entre ambos continentes. En Akron eran seis horas más pronto que en Londres, por lo tanto, era probable que aún recibiera mi cable aquel mismo día. Llegaría algo tarde, pero sería aún su cumpleaños. Salté de la cama, me vestí y corrí a la calle. En el vestíbulo había varias mujeres limpiando, pero no vi a ninguno de los criados. Claro que hubiese debido contar esto a la policía, pero no quería verme enredado en el asunto. Estaba en un país extranjero... ¡ya saben ustedes lo que es eso! Si hubiera estado en Norteamérica, le habría contado al jefe de policía todo lo ocurrido. Pero Inglaterra... Scotland Yard... Me asusté.

»Me alegro de que el capitán Keane lo haya sacado a relucir esta noche, pues por mi parte me satisface poder explicar lo ocurrido y, estoy seguro que me creerán. Tenía preparado un discurso para esta ocasión, pero se me ha ido. ¡Ah, sí!, de una cosa me acuerdo. Durante todo el viaje he ido impresionando películas de todo lo que me ha parecido interesante, y deseo que ustedes las vean. Todos aparecen en ellas. En Honolulu compré un aparato proyector y mi esposa y yo hemos decidido invitarles a la sesión de cine que daremos el viernes por la noche. Esto es todo lo que tengo que decir.

Se sentó en medio de un cordial y caluroso aplauso. Varios de los comensales dirigieron miradas de reproche a Keane, que las recibió indiferente. El señor Minchin se levantó de nuevo.

—Ahora, señores, creo que le toca hablar al señor Ross.

Ross se levantó apoyándose con fuerza en su bastón.

—Yo no puedo acusar a nadie de nada —empezó, y una selva de aplausos recorrió toda la mesa—. Todo lo que diré es que ha sido un viaje muy interesante. Hacía muchos años que pensaba en él. He de confesar que ha sido bastante más emocionante de lo que yo esperaba, pero no lo siento. Me alegro de haber formado parte de este grupo del doctor Lofton con todos ustedes. Sólo quisiera haber sido tan previsor como el señor Benbow y haber adquirido pruebas visibles de este viaje para distraerme durante las largas horas de inacción allá en Tacoma. Y, en cuanto a la famosa noche de Londres, en la que el señor Hugo Morris Drake apareció muerto en

aquella calurosa habitación del hotel Broome con la correa de la maleta del doctor Lofton anudada a la garganta...

De repente, desde el otro extremo de la mesa, Vivian gritó:

—¿Quién dice que era la correa del doctor Lofton?

Ross vaciló.

—Pues... no sé, creo que en el Juzgado oí que la habían robado de la habitación del doctor...

—Esta noche han empezado a decir la verdad —siguió fríamente Vivian—. No era la correa de la maleta del doctor Lofton. Mejor dicho, no se trataba de una correa de maleta. Era una correa de cámara cinematográfica. Y tuve ocasión de comprobar que se trataba de la correa del señor Elmer Benbow.

Todos se volvieron hacia Benbow quien, sentado al extremo de la mesa, parecía que el mundo se le había caído encima.

CAPITULO XIX

El árbol cargado de fruta.

En medio del profundo silencio que siguió a las palabras de Vivian, Maxy Minchin se puso en pie. Se quitó el sombrero napoleónico y lo dejó sobre la mesa.

—Bueno, señores —empezó—. Quizá a ustedes les parezca que esto es una fiesta. A mí no me lo parece y les aseguro ¿verdad, Sadie, que jamás he asistido a un banquete semejante?. Nunca me figuré que mis invitados se portasen como perros y gatos; mucho menos, en la mesa. De todas maneras, no me gusta decir a mis huéspedes como han de conducirse. Usted, señor Benbow, ya ha hablado, pero tengo la impresión de que desea volver a dirigirnos la palabra.

Benbow se levantó. La expresión de abatimiento había desaparecido ya de su rostro y ahora, parecía decidido a todo.

—Creo que he cometido un error —empezó—. Cuando les estaba contando lo del cablegrama a mi hija, tuve intención de hablarles de la correa...

—Supongo que la enviará a su hija como regalo de cumpleaños, ¿no? —dijo en tono burlón Keane.

Benbow se volvió hacia él.

—Capitán Keane, no sé lo que habré hecho yo para merecer de usted esa hostilidad con que me trata. Desde el primer momento me pareció usted un majadero o un idiota, pero siempre creí que había sabido disimular bien cuales eran mis pensamientos. No envié la correa a mi hija como regalo de cumpleaños. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Así no se habrían valido de ella para quitar la vida a un pobre hombre.

Bebió un sorbo de agua y continuó:

—A primera hora de la mañana me enteré del asesinato del señor Drake y subí a su habitación para ver si podía hacer algo. Lo mismo hubiera hecho en Akron... Me pareció una obligación de vecino y compatriota. En la habitación del crimen sólo estaba un criado, la policía no había llegado aún. Me incliné sobre Drake y al ver la correa que tenía al cuello pensé que era igual que la de mi cámara. Les aseguro, que recibí una impresión muy fuerte. Corrí a mi habitación, saqué la máquina y comprobé que la correa había desaparecido.

»Nettie y yo discutimos acerca de lo ocurrido. Nuestra habitación estaba siempre abierta. A mí no me gustaba salir de ella y dejarla de aquella manera, pero la

camarera nos había pedido que lo hiciésemos así. La cámara había estado en el cuarto toda la tarde anterior y durante la noche, pues fuimos al teatro. Por lo tanto, habría sido facilísimo entrar en nuestra habitación y apoderarse de la correa. Mi mujer dijo que lo mejor era que fuese a hablar con el doctor Lofton. —Miró un momento al doctor y siguió—: Les voy a explicar todo lo que sucedió entonces.

Lofton movió afirmativamente la cabeza.

—Desde luego —dijo.

—Al principio, el doctor se burló de mis temores, pero cuando le expliqué que la noche anterior había salido a enviar aquel cablegrama se puso más serio. Le pregunté si creía preferible que explicase a Scotland Yard que aquella correa era la mía y que había estado fuera de mi habitación entre dos y tres de la madrugada del crimen. Con menos pruebas que éstas se ha ahorcado a muchos hombres. Además, estaba en un país extranjero. Era la primera vez que salía de los Estados Unidos y, la verdad, estaba muy asustado. El doctor me tranquilizó diciendo: «No diga nada a nadie.

Déjelo todo en mis manos. Estoy seguro de que usted no mató a Drake y haré todo lo que pueda para que no sospechen de usted». Acepté su ofrecimiento y lo primero que supe de la correa, fue que el doctor Lofton había dicho que era suya. Esto es todo lo que sé. ¡Ah, sí! Durante la travesía del canal, Vivian me preguntó dónde estaba la correa. Por la manera que me lo preguntó comprendí que estaba enterado de lo ocurrido, pero no parecía dispuesto a hablar de ello.

Por primera vez, desde hacía bastante rato, Chan habló. Volvióse hacia Vivian y le preguntó:

—¿Es verdad, eso?

—Sí —contestó Vivian—. Desde el primer momento me di cuenta de que se trataba de la correa de Benbow, pero estábamos en un país extranjero y no creí que Benbow fuera, en realidad, culpable. No sabía qué hacer. Por eso consulté al único hombre de nuestro grupo que estaba bien enterado de cosas así. Me refiero al señor Tait, el célebre abogado. Le expliqué lo ocurrido y me aconsejó que no dijera nada.

—¿Y ahora no hace caso de consejo? —preguntó Charlie.

—No se trata precisamente de eso. Hoy hemos estado hablando del dichoso asunto y me ha dicho que creía había llegado ya el momento de poner fin al equívoco de la correa. Me ha indicado que se lo explicase a usted, diciéndome, además, que usted era el más inteligente de todos cuantos han intervenido en este asunto.

Chan se inclinó.

—El señor Tait concede honor grande a Charlie Chan —protestó.

—Lo que he dicho es todo cuanto sé —siguió Benbow, enjugándose la frente bañada en sudor—. El doctor Lofton reclamó como suya la correa, con lo cual me dejó fuera del enredo.

Todos miraron a Lofton, que parecía bastante molesto.

—Cuanto les ha contado el señor Benbow es la pura verdad —empezó—, pero consideren ustedes mi situación. Me encontraba con que habían asesinado a uno de

mis clientes, y que la organización policíaca más célebre del mundo investigaba lo ocurrido. Mi único deseo era hacerles fracasar lo antes posible en sus pesquisas para salir de Inglaterra con todos los turistas. Comprendí en seguida que si el señor Benbow confesaba la comprometedoras verdad, le harían quedar, seguramente, en Londres. Una sola de las pruebas no hubiera bastado, pero las dos juntas... Bueno, el caso es que, ante la perspectiva de perder a dos de mis mejores clientes, y estando, como estaba, moralmente seguro de que el señor Benbow era inocente, cuando se trató de la correa, comprendí en seguida lo que debía hacer. La noche anterior no había salido de mi habitación. Es verdad que había tenido una pequeña discusión con el señor Drake, pero aquello no significaba nada, como comprendió en seguida el inspector. Yo no tenía nada que ver en absoluto con el crimen. La correa era parecidísima a una que tenía en una vieja maleta. No era tan ancha, pero sí del mismo color, negra. Le dije al inspector Duff que tenía una correa parecida a la que me enseñaba. Fui a mi habitación, quité la correa de la maleta y la oculté en el fondo de un armario. Si me fallaba el plan no tenía más que decir al señor Duff que me había equivocado. Luego volví al cuarto de Drake y le dije al inspector que creía que la correa que había servido para estrangular al anciano era la mía.

»Fue un éxito. Desde aquel momento, la correa ya no tuvo ningún interés para Scotland Yard. El señor Benbow estaba a salvo y...».

—Y usted también lo estaba —dijo el capitán Keane dirigiendo hacia el techo una columnita de humo.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó irritado Lofton.

—Digo que Benbow estaba a salvo y usted también —siguió tranquilamente Keane—. Si por casualidad el señor Duff tenía algún motivo para sospechar de usted, por el simple hecho de declarar que aquella correa era suya lograba que las sospechas se esfumasen. De ser usted, en realidad, el culpable, nunca hubiera declarado que aquella correa le pertenecía. Sí, doctor Lofton, fue un verdadero éxito...

Lofton estaba congestionado.

—¿A dónde va usted a parar?...

—¡Oh! A ningún sitio. No se excite. Pero el caso es que nadie se ha preocupado demasiado de usted en este asunto. Realmente parecía desconsolado de que una cosa así hubiera ocurrido en uno de sus viajes. Pero ¿lo estaba de verdad? ¿No habría habido algo más importante que sus negocios...?

Lofton se levantó de un salto y se dirigió a donde estaba sentado Keane.

—¡Levántese! —gritó—. Levántese, canalla. Soy un viejo, pero le juro...

—¡Caballeros, hagan el favor! —gritó Maxy Minchin—. Recuerden que hay señoras delante.

Charlie colocó su imponente mole entre el doctor Lofton y el capitán.

—Dejen que la brisa refrescante de la razón ponga luz en este asunto —dijo—. Usted, doctor Lofton, comete locura al hacer caso de las palabras sin sentido que pronuncia un hombre sin responsabilidad. Yo doy seguridad que sus insinuaciones no

tienen ninguna base. —Y obligó al doctor a sentarse.

—Bueno, muchachos —dijo Maxy Minchin—, la cena ha terminado. Iba a proponer que nos cogiésemos todos de las manos y cantáramos a coro el «Auld Lang Syne», pero creo que será mejor que lo dejemos. Que abran las puertas y buen provecho.

Chan se apresuró a hacer salir a Lofton. Al alejarse oyó gran ruido de sillas, o sea, el epílogo de la fiesta de Maxy Minchin.

—Yo doy consejo a usted —dijo el detective—, de que no se acerque a capitán Keane hasta que sobre usted haya descendido la calma.

—Sí, creo que será mejor —convino el doctor—. Desde el momento que le vi, oí a ese canalla. —Dirigió una aguda mirada a Charlie y siguió—: Me satisface oírle decir a usted que no tiene ninguna base para su acusación.

—Ni la más insignificante, según yo descubro —contestó suavemente Charlie.

—Ahora que pienso en ello detenidamente, no sé por qué cometí la tontería de decir que era mía la correa. Sólo puede explicarse por el hecho de que después de viajar algún tiempo con turistas, como me pasa a mí, empieza uno a tomarlos como niños. Como chiquillos que necesitan protección. Mi primer impulso, por lo tanto, es siempre el de protegerles. Uno de mis clientes estaba metido en un lío, y como ya había pasado otras muchas veces, le alivié de la carga que pesaba sobre sus hombros trasladándola a los míos.

Charlie movió la cabeza.

—Yo comprendo perfectamente.

—Gracias, señor Chan. Parece usted una persona comprensiva. Creo que me equivoqué al juzgarle la primera vez que le vi.

Charlie sonrió.

—Yo tengo costumbre de que cosa así ocurra. Yo no siento ya preocupación. Hago esfuerzos grandes para que los que me conocen hagan cambio de opinión al separarnos.

—Estoy convencido de que siempre lo consigue. Ahora, permíteme, tengo que ir al camarote a terminar un trabajo.

Se separaron y Charlie fue a dar una vuelta por cubierta. Su paso era rápido, pero su aspecto tranquilo. Muchas cosas habían ocurrido en el banquete de Max Minchin. Sonrió al recordar lo ocurrido. En aquel momento, desde uno de los sillones de cubierta alguien le llamó.

—¡Oh, señor Tait! —exclamó—. Si usted no pone inconveniente yo me sentaré a su lado.

—Con mucho gusto —replicó el abogado.

—Su amabilidad ha sido mucho grande cuando sus labios han pronunciado palabras tan halagadoras de mi pobre inteligencia.

—Las palabras que he pronunciado han salido de mi corazón —le aseguró Tait—. Y, oiga una cosa; ¿la cena esa ha sido otro de sus experimentos?

Chan negó con la cabeza.

—No, la idea salió del hospitalario señor Minchin. Pero la Suerte, o el Destino, han dispuesto que en ella se pronunciaran palabras que han hecho servicio grande. Detective tiene suerte mucha cuando oye hablar a asesino, de sucesos del crimen. Esta noche varios hombres han hablado. Hay posibilidades grandes de que entre ellos estuviera el asesino. Hay posibilidades de que se cometiera alguna indiscreción.

—¿Notó usted alguna? —preguntó Tait.

—Sí, yo noté. Yo debo decir, pidiendo perdón por mi rudeza, que usted la cometió.

El abogado movió afirmativamente la cabeza.

—Está justificando mi fe en usted. No estaba muy seguro de que se hubiese dado cuenta de mi resbalón.

—¿Usted y yo hablamos de lo mismo?

—Sí.

—¿Usted tendrá grande amabilidad de explicar a Charlie Chan de qué hablamos?

—Con mucho gusto. Me refiero al lapsus que cometí al decir «yo mismo me hubiera podido encontrar en el lugar de Hugo Morris Drake».

—Ha dicho usted verdad. Pero usted ya tenía noticia de que el señor Honnywood y el señor Drake habían hecho cambio de habitación aquella noche. Inspector Duff lo dijo ya a usted en el tren, en viaje de Niza a San Remo.

—Sí, allí fue donde me habló de ello. Veo que ha estudiado muy bien las notas del señor Duff.

—La fuerza me ha obligado. Notas son mi única ayuda. Pero yo no sabía que usted hubiera leído la carta del señor Honnywood a su pobre esposa.

—Jamás había oído hablar de esa carta...

—Sin embargo, usted sabía noticia de que el pobre señor Drake fue asesinado por persona que deseaba matar a señor Honnywood. Usted sabía, y sus labios han estado a punto de decirlo, que el asesinato del señor Drake fue una simple equivocación.

—Sí, reconozco que estaba enterado de eso. Siento mucho haberlo dicho, pero ya es demasiado tarde para lamentarlo.

—Pues, el célebre inspector Duff nunca habló a usted de ello.

—Es verdad, el señor Duff nunca me habló de tal cosa.

—¿Quién fue el que habló?

Tait dudó un momento.

—Creo que será mejor que lo diga, me lo contó Mark Kennaway.

—¡Ah! ¿Y quién explicó a señor Kennaway?

—Él me dijo que se lo había contado la señorita Pamela Potter.

—Yo le felicito a usted, señor Tait. Usted se ha librado muy bien de las sospechas.

Tait se echó a reír.

—Y de la manera más sencilla, señor Chan. Diciendo sólo la verdad.

—Noche ha sido muy agradable. Yo dejo a usted entregado a sus interesantes pensamientos. —Y el detective se alejó.

Entre las parejas que bailaban en cubierta, descubrió a Pamela Potter y a Mark Kennaway. Esperó pacientemente a que la música cesase y, entonces, se acercó a los jóvenes.

—Yo pido perdón a usted —dijo, dirigiéndose a Mark—, pero, señorita ha prometido a Charlie Chan el próximo baile.



Entre las parejas que bailaban en cubierta,
descubrió a Pamela Potter y a Mark Kennaway.

—Si usted lo dice... —sonrió Kennaway.

Chan ofreció su brazo a la muchacha y se alejaron del grupo de bailarines.

—Yo he hablado en jeroglífico —dijo—. Pero de Charlie y baile, no son mezcla buena.

—Exagera usted —dijo la joven—. Seguramente nunca ha probado a bailar.

—Viejo refrán dice: «Elefante inteligente no hará nunca intención de imitar mariposa». —Y la condujo hasta un apartado rincón, junto a un bote salvavidas—. Yo no he traído a usted aquí para disfrutar nada más de su agradable compañía, yo quiero hacer una pregunta.

—¡Qué desilusión! ¡Y yo que creía que había hecho una conquista!

—Yo tengo seguridad que esto no hubiese sido novedad. Yo sólo quiero hacer una pregunta. ¿Usted ha contado a otra persona lo que leyó en la carta del señor

Hollywood? ¿Usted ha explicado que el asesinato de su honorable abuelo, fue sólo un accidente?

—No debía haberlo dicho ¿verdad?

Chan se encogió de hombros.

—Refrán dice: «Dos orejas, una sola boca. Hay que escuchar dos veces lo que va decir».

—Lo siento mucho.

—Usted no tenga preocupación. No ha ocurrido nada malo. Yo sólo tengo deseo de saber a quién se lo dijo.

—Se lo expliqué a la señora Luce.

—¿A quién más?

—Sólo a una persona. A Mark... mejor dicho, al señor Kennaway.

—Entonces, usted habrá dado cuenta de que señor Kennaway lo contó al señor Tait.

—Sí, ya me he fijado. Le aseguro que me ha sabido muy mal. No le dije a Mark Kennaway que se trataba de un secreto, pero debiera haberlo comprendido... Ese muchacho me está fastidiando ya.

—¿De veras? Pues yo hubiera dicho...

—Sí, ya lo sé, que siempre estoy con él ¿verdad? ¿Pero a quién puedo escoger? ¿A Vivian, a Keane? No tenía más remedio que cargar con él. Cuando tengo que hacer algo que requiere la compañía de un hombre, naturalmente, escojo a Mark. Pero, a pesar de todo, me fastidia.

—Si usted dice tal cosa...

—Sí, lo digo. Tendría que ver cómo se porta. Parece un ser superior ¡Que si Boston...! ¡Que si Harvard...! Le aseguro que me ataca a los nervios.

—Señorita Pamela, ¡haga suposición de que ese fastidioso joven pide a usted que se case con él!

—¿Cree usted que me lo pedirá? —preguntó rápida la joven.

—¿Cómo va a saber Chan tal cosa?

—¡Oh! ¡No hay derecho, señor Chan! Usted me hace hablar y luego... en fin, de todas maneras le diré que estoy deseando que me pida que me case con él. He hecho todo lo posible para lograr que se decida.

—¿Y cuando el fastidioso joven haya hecho declaración?

—Entonces le rechazaré ¡Qué triunfo! La flor de Boston despreciada por una vulgar muchacha de Detroit.

Chan movió la cabeza.

—El corazón de la mujer es como aguja en fondo del mar.

—¡Oh, no somos tan profundas! Por otra parte, le aseguro que me daría lástima, pues, cuando quiere, sabe ser muy simpático.

—¿Sí?

—Sí, pero casi nunca se lo propone. Además, sé que le disgusta que yo tengo

dinero. —Apoyó una de sus finas manos en el brazo del detective—. ¿Tengo yo alguna culpa de que mi abuelo fuera lo bastante listo para hacerse rico?

—Ninguna persona de honor dará a usted culpa por eso —replicó Chan.

Poco a poco se fueron acercando a donde tocaba la música.

—Mark no debía haber dicho nada al señor Tait. Tendría que reñirle, pero me parece que no podré. Esta noche me siento muy romántica.

Cuando Charlie se retiraba, el pagador se acercó a él.

—¿Tiene la bondad de acompañarme, señor Chan? —dijo Lynch. Y le guió hasta su despacho.

Sentado en una silla estaba Kashimo, con señales evidentes de una gran depresión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Charlie.

Kashimo levantó los ojos.

—Lo siento mucho —murmuró. El corazón de Chan dio un salto.

—Su ayudante ha cometido una ligereza —explicó el pagador.

—¿Cómo iba a figurarme que ella volvería? —dijo el japonés.

—Están hablando en jeroglífico —murmuró Chan—. ¿Quién volvió?

—La señora Minchin —explicó el pagador—, volvió a su camarote hace un momento y encontró a ese muchacho registrándolo todo. Como en su equipaje lleva casi un billón en joyas, sus gritos se oían, sin duda, en Shanghai. Le prometí que yo mismo echaría al culpable por la borda. Tenemos que alejarle de esos camarotes y colocarle en cualquier otro sitio. Me temo que su utilidad para usted haya terminado.

—¡Lo siento mucho! —repitió Kashimo.

—Un momento —dijo Charlie—. Más tarde tú tendrás amplio tiempo para sentir todo lo que quieras. Yo quiero saber en seguida si tú encontraste algo interesante en el camarote de la señora Minchin.

Kashimo se levantó.

—Creo que sí, señor Charlie. Encontré... Registré bien el camarote. Usted dijo una vez que yo sabía registrar muy bien...

—Sí, yo lo dije. Pero yo ahora quiero saber qué encontraste.

—Encontré una colección de etiquetas nuevas de hoteles. Del Grand Hotel, Splendid Hotel, Palace Hotel...

—¿Y entre ellas había alguna del Great Eastern Hotel de Calcuta? —preguntó Chan.

—No, las miré dos veces, pero esa etiqueta no estaba entre las otras.

Chan sonrió y, palmeando la espalda del japonés, dijo:

—No dejes que la tristeza se apodere de ti, Kashimo —aconsejó—. «Los frutos caen solos del árbol, cuando está lleno».

CAPITULO XX

La señorita Pamela hace una lista.

Charlie se volvió hacia el pagador y, poco después, la cuestión del futuro de Kashimo en el barco quedó resuelta. Se convino trasladarle a una serie de camarotes del puente inferior, advirtiéndole que procurara no acercarse a Sadie Minchin hasta el final del viaje. El pequeño japonés se retiró alicaído y Chan volvió a cubierta, Apoyóse en la barandilla y se puso a pensar en los últimos sucesos.

Desde el momento en que había a bordo del *President Arthur* etiquetas nuevas de hoteles, resultaba ya más improbable el que la llave hubiera sido colocada en la maleta de Kennaway en Calcuta y, por lo tanto, que estuviera en tal sitio; cuando Welby la descubrió en Yokohama. No, era indudable que estaba en otro lugar, sin duda en poder de su propietario. Este, no queriendo desprenderse de ella, pero inquieto por lo de Welby, tuvo la feliz idea de colocarla en la maleta de Kennaway, debajo de la etiqueta de un hotel que hacía ya mucho tiempo habían visitado. Sin duda sabía dónde podría obtener semejante etiqueta. Quizá ya la tenía. O acaso era Maxy Minchin.

Chan sonrió y, después de entrar un momento en la biblioteca, se dirigió a su camarote. Lo primero que hizo fue sacar las notas de Duff y repasarlas una vez más. Su lectura pareció complacerle. Luego se metió en la cama y se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente, Charlie encontró a Maxy Minchin, que paseaba por la cubierta. Al llegar junto al *gangster* se detuvo.

—¡Hola, señor inspector! —dijo Maxy—. ¡Hermosa mañana, después de la tormenta!

—¿Qué tormenta? —inquirió Chan.

—Me refiero a la fiestecita de ayer.

—¡Ah!

—Supongo que no descubriría nada, ¿verdad?

Chan suspiró.

—Yo no he descubierto nada.

—En todo eso hay un misterio. Yo no puedo imaginar que nadie deseara liquidar a aquel buen viejo. Algo que dijo Tait me hace pensar que acaso todo fue un error. Quizá se cargaron a Drake creyendo que se trataba de otra persona. Cosas así

acostumbran ocurrir. Recuerdo que una vez en Chicago... pero ¿para qué voy a explicar una cosa así a un poli? Bueno, pues, ayer noche, pasó algo raro en nuestro camarote.

—¿Sí? ¿Qué pasó?

—Nosotros, los millonarios —siguió Maxy—, hemos de ir con cien ojos. Corre la voz de que tenemos dinero y, en cuanto nos descuidamos, ¡adiós mi dinero! No sé a dónde va a parar el mundo. No se respeta la propiedad, ni nada... Da verdadero asco. Ayer, Sadie volvió a su camarote y encontró a uno de los criados registrando todo el equipaje.

—¡Vergüenza grande! —exclamó Chan—. Yo tengo esperanza de que nada de valor faltó de su equipaje.

—Eso es lo más extraño. Estaban allí todas las joyas que Sadie ha ido recogiendo. Joyas de mucho valor, se lo aseguro. El caso es que cuando Sadie entró en el camarote, el criado aquel estaba con un fajo de etiquetas de hoteles en las manos.

—¿Usted guarda colección de etiquetas de hoteles?

—Sí, en cada hotel en que hemos estado he cogido una. Son para Maxy, mi hijo, para que las pegue en su baúl. Quería venir con nosotros, pero yo le dije que la educación era ante todo. «Tú te estás aquí y aprendes a hablar bien», ordené. Hasta un contrabandista tiene que hablar bien hoy día. No es que quiera que Maxy sea contrabandista, tendrá cuanto necesite para ser uno de los hombres más ricos de los Estados Unidos. «Te traeré las etiquetas», le dije. Será como si hubiese hecho el viaje. —Hizo una pausa y siguió—: Bueno, como le decía, en lugar de aprovecharse de las joyas, lo único que cogió fueron las etiquetas. Pero sólo tuvo tiempo de coger una.

—¡Ah! ¿faltaba una?

—Sí. Mi mujer lo descubrió en seguida. La más bonita de todas. Cuando la cogimos, estuvimos hablando de lo contento que se pondría Maxy al verla. Era de un hotel de Calcuta. Pero ha desaparecido. Ahora ya no podemos obtenerla en ningún sitio.

Charlie se quedó mirando al *gangster*. La inocencia que se reflejaba en aquel rostro le dejó asombrado. No expresaba más que la desilusión de un buen padre.

—Fui a decírselo al pagador —siguió el señor Minchin—, pero me contestó que habían registrado al camarero y que no le encontraron nada encima. Supongo que se desprendería de ella. Si esto pasa en Chicago, le aseguro que le habría dejado como una espumadera. Pero no vale la pena. Maxy no sabrá lo que se ha perdido, y eso ya es algo.

—Yo felicito a usted —dijo Chan—. La vida ha hecho filósofo de usted, lo que significa que le esperan días mucho tranquilos.

A primeras horas de la tarde, Charlie tropezó con el desagradable capitán Keane. El chino trató de hacer ver que no le había visto, pero el capitán le detuvo.

—¡Hola! —empezó Keane.

—¿Desea usted decir algo?

—¡Hombre!, quería hablarle de la cena de ayer. Cuántos sucesos, ¿eh?

—Sí, sucesos grandes —asintió Charlie.

—A mí, el asunto me parece muy claro.

—¿Sus sospechas se ponen sobre señor Benbow?

—¿Benbow? ¡No, hombre, no; de ninguna manera! Para mí, el culpable es Lofton. Desde el primer día sospeché de él. ¿Ya sabe usted que en San Remo dijo que quería interrumpir el viaje? ¿Por qué? La contestación es muy sencilla. Había terminado ya su trabajo y no quería ir más adelante. Fue el señor Duff el que le obligó a seguir la vuelta al mundo.

—¿Usted cree prueba suficiente para condenar un hombre?

—No, ya sé que no lo es. Ahora estoy haciendo investigaciones sobre este asunto. La señorita Potter me ha autorizado para ello y me ha prometido pagarme bien si saco algo en limpio.

Chan le miró.

—Yo supongo que usted no habrá hecho mención nombre de Chan.

—¿Para qué? Siga usted con su sistema. Ya sé que estará convencido de que la pista que yo sigo es falsa.

—Yo no creo eso.

—¿Qué?

—¿Por qué iba yo a hacer esa suposición? «El más grande tonto del pueblo puede decir qué camino es el que va a la escuela».

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Yo no quiero decir nada, es un viejo proverbio chino.

—Pues yo no lo entiendo —y, volviéndose, el capitán Keane se alejó.

La tarde pasó rápidamente, mientras el barco navegaba a través de un soleado y tranquilo mar. Llegó la noche, la penúltima del viaje, y Chan estaba tan tranquilo como el mar. Se vistió para la cena y, al salir a cubierta, vio al señor Tait, que estaba a punto de entrar en el fumadero.

—¿Viene usted, señor Chan? —invitó el abogado.

Charlie negó con la cabeza.

—Yo busco a señor Kennaway —dijo.

—Le he dejado en mi camarote.

—¿Puede usted decir qué número es su camarote?

Tait le dio aquel innecesario informe y Chan bajó al camarote. Encontró a Mark Kennaway ocupado en hacerse el nudo de la corbata.

—¿Qué tal, señor Chan? —saludó el joven—. Estoy arreglando la fachada.

—El tiempo para acompañar a señorita Pamela se hace ya corto —sonrió el detective.

—¿Por qué dice usted eso? Es costumbre en mí el ir lo más elegante posible.

—Yo he venido para hablar privado con usted —anunció—. Yo pido palabra de

honor de usted que todo lo que hablaremos quedará encerrado dentro de nosotros.

—Desde luego —Kennaway parecía muy sorprendido.

Chan se arrodilló y de debajo de una de las camas sacó la maleta de la interesante etiqueta.

—Yo suplico a usted, por favor, haga atención en esto.

—¿Se refiere a la etiqueta del Great Eastern Hotel de Calcuta? ¿Qué le pasa a esa etiqueta?

—¿Usted guarda recuerdo si etiqueta estaba en mismo sitio cuando usted salió de Calcuta?

—Sí, es tan llamativa, que no pude por menos de fijarme en ella.

—¿Usted tiene seguridad completa de que etiqueta era la misma?

—¡Hombre! ¿Cómo quiere que esté seguro? Lo único que sé es que se trataba de una etiqueta igual a ésta.

—Sus labios han pronunciado una gran verdad. Usted vio etiqueta igual. Pero ésta no la vio usted.

Kennaway se acercó más al detective.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo quiero decir que, tiempo más tarde, alguien pegó etiqueta nueva encima de la que usted vio en Calcuta... Yo pido a usted que pase dedos por encima de etiqueta.

El joven lo hizo.

—¿Qué es eso? —se estremeció— ¡Parece una llave!

—Usted ha dicho verdad grande. Es una llave. Llave igual a la que el pobre Drake tenía en su mano aquella mañana en Hotel Broome.

—¿Quién la ha puesto en mi maleta?

—Yo siento grandes deseos como usted de conocer a persona que ha hecho esta cosa.

El joven se sentó en el borde del lecho. Su mirada fue a posarse en la otra cama, sobre la cual se veía un pijama.

—A mí también me gustaría saberlo —dijo.

Y los dos cambiaron una larga mirada.

—Yo voy a colocar otra vez en su sitio —dijo Chan—. Yo pido a usted no diga palabra a nadie. Yo pido también que sus ojos estén sobre la llave. Hay seguridad grande de que llave sea retirada antes de que barco llegue a puerto. Charlie sentirá agradecimiento mucho hacia usted si le avisa en seguida que tal suceda.

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta y entró Tait.

—¡Ah! Perdón —exclamó—. Si molesto...

—Usted no causa molestia ninguna —le aseguró Charlie.

—He olvidado el pañuelo —explicó el abogado. Abrió un cajón y cogió uno—. ¿Vienen a tomar el aperitivo?

—Yo siento tener que decir que no a su amable invitación —contestó el chino—. Lo que Charlie Chan necesita es un anti aperitivo.

Y salió, sonriendo, del camarote.

Después de la cena encontró a la señora Luce y a Pamela Potter sentadas en unos sillones en cubierta.

—¿Mi presencia molesta a ustedes? —preguntó—. No diga usted tonterías, señor Chan —dijo la anciana—. Siéntese. No se le ve el pelo por ningún sitio. Debe de ser el trabajo, ¿no?

—Yo no tengo tanto trabajo como yo deseo —contestó lentamente Chan.

—¿De veras? —siguió la señora Luce mirándole interrogativamente—. Qué noche más hermosa, ¿verdad? Me recuerda el África del Sur.

—Mapa del mundo conoce bien a usted.

—Sí, he viajado bastante. Sin embargo, ahora quiero pasar algún tiempo en Pasadena. Claro está que siempre que termino un viaje pienso lo mismo y luego, un día paso por delante de una agencia de viajes y, a los pocos días, en lugar de en Pasadena, estoy a bordo de otro barco con destino al otro extremo del mundo.

Charlie se dirigió a la joven.

—¿Usted permitirá a Chan que le haga pregunta si el joven tomó al fin decisión?

—Cuando yo era pequeña —sonrió la muchacha—, hacía hombres de nieve, pero hasta ahora, no había visto ninguno que supiese andar.

—Luna llena brillará todavía dos noches encima de barco.

—Sería igual que fuesen noches árticas de seis meses de duración cada una. No servirán de nada.

—No deje que el desaliento caiga sobre usted. Perseverancia siempre triunfa. Yo sé por experiencia. Yo quiero hacer ahora una pregunta. ¿Usted hizo promesa al capitán Keane de darle recompensa si descubriera a asesino de su abuelo?

—¿Yo? No.

—Pero ustedes habrán tenido conversación, ¿no?

—Yo no he hablado de nada con ese señor. Chan entornó los ojos.

—Ese hombre no conoce verdad. No hablemos más de desagradables asuntos. —En aquel momento se fijó en la hoja de papel y en el lápiz que la joven tenía en la mano—. Yo pido perdón a usted por interrumpirla. ¿Escribía una carta?

—No... Me estaba entreteniendo con nuestro misterio. Además, pasa el tiempo y no se saca nada en limpio de él.

—Yo conozco bien la verdad de sus palabras. —Me parece que no se va a lograr nada. Perdóneme, pero creo que ha llegado usted demasiado tarde. En este papel estaba haciendo una lista de todos los hombres que integran nuestro grupo y, al otro lado de los nombres, he anotado las pruebas que hay contra cada uno de ellos. Hasta ahora, todos, excepto el señor Minchin y Mark Kennaway, tienen algo en contra.

—Yo tomo libertad de decir que su lista no está conforme. El señor Minchin y el señor Kennaway también están complicados.

La joven lanzó una exclamación.

—¿Entonces quiere usted decir que todos son sospechosos?

Chan se levantó y, cogiendo el papel que la joven tenía en las manos, lo rompió en menudos pedazos. Después, acercándose a la barandilla, los echó al agua.

—No haga que su hermosa cabeza trabaje —dijo, volviéndose otra vez junto a la joven—. Solución ya ha llegado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Todavía faltan pruebas para que tribunal inglés tenga convencimiento, pero dentro de poco tiempo pruebas también se tendrán.

—Eso significa que usted sabe quién asesinó a mi abuelo, ¿no?

—¿Y usted, señorita, no sabe?

—Claro que no lo sé. ¿Cómo iba a saberlo? Charlie sonrió.

—Usted ha tenido mismas oportunidades que Charlie Chan. Pero yo comprendo. Su pensamiento estaba en el fastidioso joven. En cambio, yo no pienso en jóvenes. Es una ventaja para mí.

Y, después de una cortés inclinación dirigida a las dos mujeres, el detective se alejó.

CAPITULO XXI

La «Promenade des Anglais».

Con los ojos abiertos de par en par a causa del asombro, Pamela Potter contempló a la señora Luce.

—¿Qué es lo que ha querido decir el señor Chan?

La señora Luce sonrió.

—Pues ha querido decir que sabe quién asesinó a su abuelo.

—Pero ¿cómo lo ha descubierto? Además, ha dicho, que yo también debiera saberlo, y no tengo la menor idea...

La anciana se encogió de hombros.

—A pesar de pertenecer a la generación actual, es usted una muchacha inteligente. Lo he notado. Pero no es tan lista como Charlie Chan. Como él hay pocos. Esto también lo he notado. —Se levantó—. Ahí viene el joven Kennaway, yo me voy al salón.

—No se vaya, por favor.

—Puedo ser su guardiana, pero también he sido joven.

Y se alejó.

Kennaway se sentó a los pies del sillón que acababa de abandonar la anciana.

—Otro día pasado —dijo.

La muchacha asintió con la cabeza.

—No parece estar muy habladora hoy.

—Es que estoy muy preocupada. El señor Chan acaba de decirme algo asombroso.

—¿A ver? Cuéntemelo.

La joven hizo un gesto negativo.

—No, no puede repetírselo. Una vez le dije una cosa y no la guardó en secreto.

—No sé a qué se refiere.

—No importa, no vamos a discutirlo ahora.

—Sea lo que sea lo que haya hecho, le pido perdón. —Parecía muy apesadumbrado y, a la luz de la luna, estaba más atractivo que nunca. Durante unos momentos nadie habló. De pronto, en el rostro del joven se pintó una viva ansiedad—. ¿Le ha dicho acaso el señor Chan que ha descubierto ya al criminal?

—¿Por qué me lo iba a decir?

—No sé. Pero esta noche ha ocurrido algo... —De nuevo quedó callado mirando al cielo.

Pamela le miró. Un muchacho de Detroit recibió una vez una mirada semejante y nunca más volvió a ser el mismo.

—Es nuestra penúltima noche a bordo —le recordó ella.

—Ya lo sé —replicó él tristemente.

—Echaremos mucho de menos nuestras batallas cuando se terminen.

—Yo sí —asintió Mark—. Pero usted volverá a Detroit, donde todo el mundo estará pendiente de usted. ¡La princesita de los automóviles! Y la gente se inclinará a su paso.

—No diga tonterías. Usted volverá a Boston. Allí es donde está toda la sangre real.

—No se burle de mí. No creo que encuentre ya nada que me guste.

—¿Qué le pasa? ¡Y yo que creí que estaría usted del mejor humor del mundo! Al fin se verá libre del pobre señor Tait y de mí.

—Ya lo sé. Debería sentirme el hombre más feliz del mundo, pero no es así. En fin, son cosas de la vida.

—¡Y con esa joven tan hermosa que le está esperando!

—¿Qué joven?

—Su novia.

—¿Mi novia? ¿Tengo cara yo de tener novia? Hay infinidad de muchachas guapas, en Boston; pero gracias a Dios no estoy comprometido con ninguna.

—Tendrá que buscar alguna, pues.

—Supongo que usted ya habrá escogido a algún novio.

—¿Uno? Varios.

—¿Alguno de esos que le escriben?

—Nada de eso. Todos, en diferentes etapas, han sido novios míos.

—Entonces haga una selección.

—Ya la he hecho. ¿Me escribirá cuando nos separemos?

—¿Para qué?

—Me gusta recibir cartas.

—Pues a mí me molesta mucho escribirlas. Además, estaré muy ocupado. Me costará mucho labrarme un modesto porvenir. Todos no podemos construir automóviles.

—Entonces, cuando nos despedamos, ¿será para siempre?

—Para siempre y un día más —trató de bromear Kennaway.

—Eso será mucho más romántico, ¿no le parece? —y añadió—: Será mejor que se vaya a jugar al *bridge*. Supongo que el señor Tait le estará esperando.

—Seguramente —asintió el joven.

—¿Quiere que vayamos a jugar?

—Si lo desea...

Entraron en el salón. La señora Luce y el señor Tait estaban sentados a la mesa de *bridge*. Al ver a los jóvenes, el rostro del señor Tait se iluminó.

—¡Hola, muchacho! —exclamó—. ¿Quiere jugar con nosotros?

—¡Ya lo creo! —contestó Kennaway.

—Es usted muy amable. No me atrevía a pedírselo. Ya le he hecho perder la mayor parte del tiempo y como ésta es una de sus últimas noches a bordo...

—No se preocupe —le tranquilizó el joven—. No tenía nada que hacer.

Entretanto, Charlie se había dirigido a la biblioteca y, después de escoger un libro, se sentó a leer como si no tuviera la menor preocupación.

Leyó hasta las diez y después fue a dar un paseo por cubierta, y se dirigió a su camarote. Se durmió casi inmediatamente, como si no tuviese la menor inquietud.

A las ocho de la mañana ya estaba en el soleado puente. Transcurridas veinticuatro horas terminaría aquel viaje. Aquel pensamiento no parecía preocupar lo más mínimo al detective.

A media mañana recibió un radiograma de Duff. Se dirigió a su camarote y leyó:

«Magníficas noticias. No sé cómo darle gracias. Obtenga pruebas, Charlie. Sé que lo conseguirá. Cable del jefe dice que investigación joyería Calcuta dado resultado descubrir que empleado fue antiguamente vendedor clandestino diamantes en África Sur. Investigación entre mercaderes de Amsterdam dado por resultado descubrir que hace quince años había en Kimberley otro mercader llamado Jim Everhard. Puede ser de alguna utilidad. Recuerde bolsitas guijarros. Sargento Wales de Scotland Yard espera en San Francisco para detener asesino. Le acompaña Flannery. Siento no estar allí. Pronto estaré bastante fuerte para darle gracias. Mucha suerte.

Duff».

Chan leyó por segunda vez el mensaje; al llegar a donde se mencionaba a Flannery una sonrisa apareció en su amplio rostro. El Destino parecía reunirlos a todos otra vez. Tenía ganas de ver de nuevo a Flannery. Rompió el mensaje de Duff y echó los pedazos por la ventanilla.

El día terminó sin ningún accidente. Benbow se acercó a él a última hora de la tarde.

—Vengo a invitarle a la fiesta que damos esta noche.

—Acepto con placer grande —dijo Chan inclinándose—. ¿Proyectará sus películas?

—Sí. He conseguido que el pagador ponga a nuestra disposición uno de los camarotes de gran lujo vacíos. Nos encontraremos allí a las ocho y media. Me parece que esto no ha despertado interés en nadie.

—Yo siento interés grande —le aseguró Charlie.

—Sí, pero los demás... Lo más natural es que estuviesen todos deseando ver las

películas de su propio viaje. —Lanzó un suspiro—. Estoy seguro que, cuando las proyecte en Akron, tendré que cerrar las puertas porque no cabrá ya más gente. —Después, añadió—: Entonces, a las ocho y media en el camarote «A».

—Usted muy amable. Charlie Chan no tiene palabras para expresar honor grande que usted le hace.

A las ocho, el cielo que durante tanto tiempo había permanecido claro y sereno, desapareció tras una impenetrable cortina. El barco avanzaba cautamente a través de una espesa niebla que recordaba la mañana de Londres en que fue encontrado el cadáver de Hugo Morris Drake en el hotel Broome.

Cuando a las ocho y media Charlie entró en el camarote «A», todos los viajeros estaban ya en él. Se paseaban hablando animadamente, pero la señora Benbow, mujer versada en tales recepciones, pronto los sentó a todos ante la blanca pantalla. Benbow se ocupaba de los últimos detalles de la proyección.

Mientras tanto, Charlie empezó a hablar.

—¿Ustedes podrían explicar a Charlie Chan qué recuerdo de este viaje grande ha quedado más fijo en su pensamiento? Usted, señora Luce, es grande viajera, yo empezaré a preguntar a usted. En viaje alrededor del mundo, ¿qué cosa ha interesado más a usted?

—Se lo voy a decir. Lo que más me ha interesado fueron unos gatitos amaestrados que vi en un teatro de Niza. Es lo más fantástico que he visto en mi vida.

El doctor Lofton sonrió.

—No se sorprenda, señor Chan. Al terminar un viaje hago siempre la misma pregunta que ha hecho usted y, créame que a veces, las contestaciones me dejan sin aliento. Señora Spicer, ¿podría usted contestar a la misma pregunta?

—A ver, déjeme pensar... —contestó la californiana—. ¡Ah, sí! Un traje que vi en la Opera de París. No era precisamente un traje, sino un trozo de cielo. Cualquiera mujer hubiera parecido joven con aquel vestido.

—Por mi parte todavía no me ha emocionado nada —dijo Vivian.

Maxy Minchin sacó un enorme cigarro, miró a su alrededor y volvió a guardarlo.

—A mí lo que más me gustó fue un muchacho en Italia que guiaba una carreta de bueyes.

—¿Recuerdan los árboles del bosque de Fontainebleau? —preguntó Ross—. A mí me gustan mucho los árboles. No hay nada tan sereno y fuerte como un árbol.

—Usted, señorita Pamela, todavía no ha dicho nada —le recordó Chan.

—¡Tengo tantos recuerdos! —contestó. Llevaba un traje azul que había reservado para la última noche. Todas las mujeres se habían fijado ya en él y también alguno de los hombres. Podía haber sido perfectamente el que tanto entusiasmó a la señora Spicer—. No puedo precisar qué es lo que más me ha interesado, pero ahora recuerdo un pez volador que cayó en el barco cuando atravesábamos el Mar Rojo. ¡Tenía unos ojos tan crueles y románticos a la vez!... No me ha sido posible olvidarlo. —Se volvió hacia el joven que estaba a su lado—. ¿Se acuerda? Le bauticé con el nombre

de John Barrymore.

—Pues a mí me hizo más bien el efecto de Eddie Cantor —sonrió Kennaway.

—¡Todo ha sido maravilloso! —dijo la señora Benbow—. ¡Todo tan distinto de Akron! Nunca olvidaré la tarde en que me paseaba por Delhi y pasó un maharajá en un «Rolls-Royce». Llevaba un traje magnífico... —Dirigió una severa mirada a su marido, que seguía ocupado con el proyector—. En cuanto llegemos a casa, Elmer, irás inmediatamente a tu sastre.

—Han sido muchas las cosas que me han impresionado en este viaje —dijo a su vez Keane—. Hay una noche, sobre todo, que no se aparta de mi memoria. La última que pasamos en Yokohama. Estaba paseando por la ciudad y entré en una oficina de telégrafos. Estaban en ella, el doctor Lofton y un camarero del barco, llamado Welby. Le pregunté al doctor si volvía a bordo, pero me despidió de mala manera. Comprendí que quería estar solo. Por lo tanto, me fui paseando por entre la abigarrada muchedumbre oriental. —Se detuvo un momento y miró maliciosamente a Lofton—. Por allí fue donde encontraron muerto a Welby, ¿sabe?

—Ya está todo listo —gritó Benbow—. Señor Kennaway, ¿tiene la bondad de apagar la luz? Gracias. Las primeras películas, como verán, las tomé en el muelle de Nueva York, cuando salíamos. Entonces aún no nos conocíamos bien. Luego, creo que fotografié la estatua de la Libertad... sí, ¡aquí está! ¡Fuera sombreros, señores! Ahora vienen algunas escenas que impresioné durante la travesía del Atlántico. Aparecen muy pocos conocidos. Miren al pobre señor Drake... el infeliz no podía imaginarse lo que le esperaba.

Siguió sus explicaciones a medida que iba proyectando las cintas. Vieron de nuevo Londres y el hotel Broome. Por unos momentos aparecieron los Fenwick, a quienes Benbow había encontrado en la calle, e insistió en conservarlos para la posteridad. El hombrecillo de Pittsfield no parecía muy satisfecho del honor que le hacían. Aparecieron luego las fotografías del inspector Duff —al parecer, actor tan forzado como los Fenwick— al subir al cochecillo verde. Después, Dover y el barco que hace la travesía del canal. París y Niza.



Charlie Chan descruzó las piernas y se inclinó hacia adelante absorto en su contemplación.

Los invitados del señor Benbow demostraban un interés creciente. En el momento en que las películas de Niza aparecieron, Charlie descruzó las piernas y se inclinó hacia adelante absorto en su contemplación. Le sacó de su abstracción la voz de Tait, que estaba junto a él. El abogado habló en tono muy bajo.

—Me marchó, señor Chan —dijo—. Me encuentro bastante mal. —Charlie notó, a pesar de la débil luz, que estaba mortalmente pálido. No quiero decir nada a Kennaway... es su última noche y no quisiera estropeársela. Así que haya descansado un poco en la cama volveré a encontrarme bien.

Dicho esto, salió de la habitación sin hacer el ruido.

Benbow puso un nuevo rollo en el aparato. Al parecer, se le habían agotado las palabras de explicación, pero ahora, su auditorio estaba ya interesado por lo que veía. Egipto, India, Singapur, China.

Realmente, Benbow había demostrado una gran inteligencia al escoger las escenas.

Se terminaron por fin las películas. Después de darle las gracias, todos los invitados se retiraron dejando solos a los Benbow y a Chan. El detective estaba

examinando las pequeñas bobinas en que iban arrolladas las películas.

—Velada muy interesante —dijo.

—Gracias —contestó Benbow—. Parece que se han divertido, ¿no cree?

—Yo tengo seguridad. Usted, señora Benbow, no debe llevar ese peso. Yo tendré grande honor en ayudar a su esposo a trasladar pesado material al camarote de ustedes. —Cogió las bobinas y salió seguido de Benbow, que llevaba el aparato proyector.

Una vez en el camarote de los Benbow, Charlie dejó las películas sobre la cama y se volvió hacia Elmer.

—¿Usted puede decir a mí qué personas ocupan los dos camarotes de junto? —preguntó.

Benbow pareció sorprenderse.

—Pues... uno de ellos lo ocupan la señora Luce y la señorita Pamela Potter. El otro creo que está vacío.

—Yo pido perdón un momento —interrumpió Chan. Salió de la habitación y volvió a entrar en seguida—. Nadie en los dos camarotes. Nadie tampoco en el corredor.

Benbow jugueteaba nerviosamente con el proyector. Al fin lo metió en el estuche y, volviéndose hacia el detective, le preguntó:

—¿Qué... qué es lo que pasa?

—¿Usted siente interés grande por películas?

—Sí, claro.

—¿Usted tiene maleta con cerradura fuerte?

—Sí.

Y Benbow señaló un baúl armario que estaba en un rincón.

—Si usted permite que Charlie Chan haga humilde advertencia, yo aconsejo a usted guarde en él todas películas y cierre con cuidado grande.

—Está bien; pero... ¿para qué tanta precaución? No creo que nadie...

Chan entornó los ojos.

—Uno nunca tiene seguridad —murmuró—. Yo tendría sentimiento grande si al llegar usted a Akron hiciese descubrimiento había desaparecido importante rollo; por ejemplo, el que usted ha impresionado en Niza.

—Pero ¿qué significa todo esto, señor Chan? —preguntó intrigado Benbow.

—¿Usted no ha notado nada en películas?

—Yo no.

—Otras personas quizá han hecho más observación. No tenga inquietud. Guarde películas. Ellas me han hecho revelación grande. Scotland Yard las necesitará.

—¡Scotland Yard! —exclamó Benbow—. Me gustaría...

—Yo pido perdone interrupción. Yo tengo que hacer otra pregunta. ¿Usted tiene recuerdo de fecha exacta en que hizo película en Niza?

—¿Se refiere a la de la Promenade des Anglais? —Sacó una libreta, la hojeó y

dijo—: Impresioné la película el 21 de febrero por la mañana.

—Usted usa sistema excelente —aprobó el detective—. Charlie Chan queda muy agradecido. Ahora guarde todas películas. Yo ayudaré. Cerradura parece fuerte. —Volvióse para salir—. Señor Benbow, usted no sabe cuánto debe Charlie Chan a usted. Usted ha hecho favor grande al tomar películas.

—¿Usted cree? —replicó el asombrado Benbow.

Chan salió. Subió al puente superior y entró en la cabina del radiotelegrafista. Quedóse unos instantes pensativo y, al fin, redactó el siguiente mensaje:

«Sargento Wales, busque capitán Flannery, Palacio Justicia, San Francisco. Sin pérdida tiempo pida autoridades Scotland Yard obtengan de Jimmy Breen, sastre inglés de la Promenade des Anglais, Niza, Francia, descripción completa hombre encargó trabajo 21 febrero o víspera y que misma fecha, por la mañana, fue a hacerle visita. También preguntar clase trabajo hecho. Espero a usted mañana en muelle.

Charlie Chan, inspector».

Charlie bajó alegremente a la cubierta de paseo. Espesa niebla envolvía completamente al barco. Contrastando con las noches anteriores, la cubierta de paseo estaba desierta. Todos los viajeros, como de común acuerdo, se habían refugiado en los salones. El detective dio dos vueltas por el puente. Sentíase satisfecho de sí mismo y de la vida.

Cuando iba a empezar la tercera vuelta, distinguió de pronto a su derecha, entre las sombras, un bulto que se movía y el acerado brillo de un revólver. Hay que hacer constar en su honor que en el momento de sonar el disparo, Charlie se había precipitado ya sobre su asaltante. El detective cayó de bruces sobre el puente y quedó inmóvil.

Seguidamente se oyeron unos rápidos pasos que se alejaban. Luego, se hizo un profundo silencio que rompió la voz del pagador.

—¡Por Dios! ¿Qué ha ocurrido? ¡Señor inspector!

Charlie se sentó en el suelo.

—Por un momento yo he considerado más cómodo echarme al suelo. Yo tengo grande instinto de conservación.

—Alguien ha disparado contra usted, ¿verdad?

—Sí —contestó el chino—. Bala no ha entrado en mi cuerpo por casualidad.

—¡No podemos tolerar que cosas así ocurran en nuestro barco! —protestó el pagador.

Chan levantóse lentamente.

—Usted no se enfade —aconsejó—. Hombre que ha hecho disparo sobre mí estará mañana en manos de policía.

—Pero esta noche...

—Yo no creo que se repita ataque. Yo tengo presentimiento que enemigo no hizo esfuerzo grande para dar en el blanco. Yo ruego a usted se fije en mi volumen. Y hombre que disparó nunca ha fallado tiro.

—Entonces, ¿no ha sido más que un aviso? —dijo aliviado el pagador.

—O algo que tiene parecido grande —contestó Chan mientras se alejaba.

Al llegar a la escalera que conducía a los camarotes, Mark Kennaway se precipitó a su encuentro. Estaba pálido y con el cabello en desorden.

—¡Señor Chan! —exclamó— ¡Por favor, venga conmigo!

Charlie le siguió en silencio. El joven le guió hasta el camarote que compartía con Tait. El abogado estaba inerte sobre la cama.

—¡Ah!, el pobre señor sufre uno de sus ataques —dijo Chan.

—Sí —replicó Kennaway—. Cuando llegué, hace un momento, le encontré así. Pero fíjese... —Y señalaba un revólver que estaba en el suelo, junto a la cama—. Antes lo he tocado y todavía estaba caliente.

Charlie se inclinó y, sin la menor precaución, cogió el arma.



Charlie se inclinó y, sin la menor precaución, cogió el arma.

—Sí —murmuró—, todavía caliente. Tiene motivos grandes para estarlo: hace un momento ha sido descargado sobre mi voluminoso cuerpo.

Kennaway sentóse en su casa y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Tait! —murmuró—. ¡Dios mío, Tait!

—Sí —asintió Charlie—. El revólver tendrá, sin duda, en su limpia superficie, huellas dactilares del señor Tait.

Arrodillóse y sacó de debajo de la cama la maleta de Kennaway. Miró unos momentos la etiqueta del hotel de Calcuta y luego la tocó. En el centro se notaba un corte, del tamaño aproximado de una llave; para disimularlo, el grueso papel había sido engomado. Todavía estaba húmedo.

—¡Trabajo muy bien hecho! —comentó el detective—. Yo ya esperaba. Llave ha desaparecido.

Kennaway le miró asombrado.

—¿Dónde está, pues?

—Está en sitio yo deseaba estuviera —contestó Chan—. En poder de hombre que ha disparado revólver hace un momento.

El joven miró hacia la otra cama.

—¿Quiere usted decir que la tiene él?

—No —contestó Charlie, moviendo la cabeza—. No la tiene el señor Tait. Está en poder de cruel asesino... de hombre que ha querido sacar provecho de triste enfermedad de nuestro honorable amigo. El criminal encontró sin sentido al señor Tait y vio magnífica oportunidad para descargar culpa suya sobre el señor Tait. Después de coger llave, salió de camarote y disparó tiro sobre mí. Luego volvió a camarote y apretó dedos del señor Tait sobre revólver para que huellas suyas apareciesen sobre arma. Es el criminal más inteligente que Charlie Chan ha encontrado. Yo mañana sentiré placer grande cuando le entregue a mi viejo amigo Flannery.

CAPITULO XXII

La hora de la pesca.

Kennaway se puso en pie. En su rostro se reflejó una expresión de profundo descanso. Charlie Chan estaba guardándose el revólver en un bolsillo.

—¡No sabe usted el peso que me quita de encima! —dijo el joven. Miró a Tait, que empezaba a dar señales de vida—. Parece que pronto recobraré el conocimiento. ¡Pobre hombre! En el fondo tiene un corazón de oro. No podía creer que fuese el autor de esos crímenes.

Chan fue hacia la puerta.

—Yo tengo esperanza de que sus labios estarán bien cerrados —dijo—. Yo ruego a usted no repita ninguna palabra de lo que yo he dicho. Falta detener a criminal y yo tengo seguridad de que no sospecha nada. Yo creo mejor, que él crea que su plan ha tenido éxito. Yo creo así que su detención será más fácil.

—Comprendo —contestó Kennaway—. Puede confiar en mí. —Apoyó la mano sobre el corazón del abogado—. Me parece que lograré al fin que el pobre señor Tait llegué a su casa. Y le juro que, si lo consigo, nunca más acepto una misioncita como ésta.

Chan abrió la puerta.

—Un momento, señor inspector —le detuvo Kennaway—. Si por casualidad encuentra a la señorita Potter, ¿tendría usted inconveniente en decirle que me espere? Yo subiré dentro de una media hora poco más o menos; en cuanto se duerma el señor Tait...

—Yo haré encargo de usted con placer grande —sonrió Chan.

—Pero, no vaya usted a desviarse de su camino, para buscarla. No tiene mucha importancia, ¿sabe? Es que como es nuestra última noche a bordo, querría despedirme de ella, ¿comprende?

—¿Decirle adiós sólo?

—Sí... nada más.

Chan salió sonriendo y cerró la puerta tras de sí.

En la escalera le esperaba el capitán del buque.

—Acabo de enterarme de lo ocurrido —empezó—. En mi camarote tengo una cama de más, puede usted dormir en ella.

—Usted me concede a mí honor grande —se inclinó Chan—, pero yo no creo que

sacrificio de usted sea necesario.

—¿A qué llama usted sacrificio? ¿A eso qué le digo? No lo es. Si se lo propongo no es por usted, es por mí. No tengo ganas que haya un asesinato a bordo de mi barco. Por lo tanto, le espero en mi camarote. Orden del capitán.

—Charlie Chan obedecerá orden de usted.

Poco después, el detective encontró a Pamela Potter, que leía en un extremo del salón. Al verle, la joven dejó a un lado el libro y le miró inquieta.

—¿Es verdad eso de que han disparado contra usted? —preguntó.

Charlie se encogió de hombros.

—Suceso no ha tenido consecuencias. Yo vengo ahora a traer a usted un mensaje de compañero de viaje. El señor Kennaway pide a usted que espere a él hasta que suba.

—¡Qué moderno! —exclamó la joven.

—Señor Tait ha tenido ataque.

—¡Oh, pobre señor!

—Ahora está mejor. En seguida que sueño caiga sobre párpados del señor Tait, el señor Kennaway vendrá a ver a usted. —La joven guardó silencio—. Es joven muy simpático —añadió Charlie.

—Pero a mí me sigue fastidiando —replicó la joven.

Charlie sonrió.

—Charlie Chan comprende sentimientos de usted. Pero yo ruego que, como favor grande a mí, usted espere a fastidioso joven.

—Bueno, lo haré —contestó la muchacha—. Pero, que le conste, que lo hago como favor a usted.

Una vez se hubo retirado el chino, cogió otra vez el libro, aunque en seguida lo volvió a dejar, y cogiendo el abrigo salió a cubierta.

Aquella noche, el Pacífico no hacía honor a su nombre: estaba oscuro, irritado y tempestuoso. La joven se acercó a la barandilla. Allá a lo alto la sirena lanzaba de cuando en cuando sus estridentes notas.

De pronto, Kennaway se acercó a ella.

—Buenas noches —saludó—. Veo que el señor Chan le ha dado mi recado.

—Hubiese sido igual. No pensaba ir a mi camarote. Cualquiera se duerme con esos mugidos.

Esperaron hasta que la sirena terminó una de sus prolongadas notas.

—¡Vaya trompeta! —exclamó Kennaway—. Cuando era pequeño, me regalaron una vez, por Navidad, una trompeta. ¡Qué hermoso es el mundo!

—¿Cómo está tan alegre?

—Por muchas razones. He pasado una gran inquietud y luego he descubierto que no tenía por que inquietarme. Todo va bien. Por la mañana llegaremos a puerto. El hijo del señor Tait nos estará esperando... y luego, ¡la libertad para mí! Le aseguro...

Sonó de nuevo la sirena.

—¿Qué decía? —preguntó la joven, cuando cesó el estruendo.

—¿Yo? ¡Ah, sí! Que desde mañana ya solo me tendré que preocupar de mi persona.

—Será una felicidad inmensa, ¿no?

—¡Ya lo creo! Si no la veo a usted por la mañana...

—Me verá.

—Sólo quería decirle que para mí ha sido una felicidad el conocerla. Es usted encantadora, ¿sabe? No sé qué hubiera sido de mí si no llego a encontrarla en este viaje. Pensaré mucho en usted, pero recuerde que, nada de cartas...

Otra vez la sirena cortó la conversación. Kennaway siguió hablando a gritos ininteligibles. La muchacha le miraba; estaba tan hermosa, que el joven, sin poderse contener, la estrecho entre sus brazos y la besó en los labios.

—Está bien —dijo Pamela, cuando calló la sirena.

—¿Qué es lo que está bien?

—Me casaré contigo si me quieres. ¿No era esto lo que me decías?

—No, no era eso precisamente.

—Entonces me he equivocado. No se oía muy bien, pero me ha parecido oír la palabra «casamiento».

—Sí; decía que esperaba que se casara con algún muchacho muy simpático y que yo le deseaba mucha felicidad.

—Entonces, perdóneme.

—Un momento, ¿de veras se casará usted conmigo?

—¿Para qué hablar de ello? Desde el momento que no me lo ha pedido...

—Pero voy a pedírselo. Yo...

Otra vez sonó la sirena. Kennaway no quiso perder el tiempo en palabras. Y la estrechó entre sus brazos; cuando terminó el ensordecedor mugido soltó a la muchacha.

—¿De veras me quieres? —preguntó la joven.

—¡Estoy loco por ti! Pero estaba convencido de que me rechazarías. Por eso no me atrevía a pedírtelo. No me vas a rechazar ahora, ¿verdad?

—¡Tonto!

—¡Qué hermosa noche! —exclamó el joven, y, en realidad, a él le parecía magnífica.

Entretanto, en el camarote del capitán, Charlie permanecía despierto preguntándose si todos los lobos de mar roncaban como aquel.

A la mañana siguiente le despertó un golpe en la puerta; al levantarse, comprobó que su compañero estaba vestido ya. Un camarero entregó un radiograma al capitán quien, a su vez, se lo tendió a Chan.

—Es del capitán Flannery, de Policía, San Francisco —anunció Charlie después de leer el mensaje—. Él y sargento Wales, de Scotland Yard, vendrán a bordo en la lancha de la Aduana.

—Bien —replicó el capitán—. Por mi parte estoy deseando que termine esto lo antes posible. ¿No le parece, señor inspector, que sería preferible que encerrásemos al criminal en un calabozo hasta que llegue la Policía?

Chan movió la cabeza.

—Gracias muchas, yo no considero necesario. Yo creo mejor no sospeche hasta último momento. Señor Tait pasará mañana entera en camarote; yo haré correr noticia, sentirá tranquilidad grande.

—No está mal el plan —asintió el capitán—. Aunque, como ya sabe, no me gusta meterme en estas cosas, daré instrucciones a uno de los oficiales para que no pierda de vista a nuestro hombre hasta que esté en manos de la Policía. Es muy fácil escaparse de un barco.

—Idea de usted, idea grande —dijo Charlie—. Yo estoy muy reconocido a usted por ayuda que usted presta. —Mientras hablaba, se había ido vistiendo y, al terminar, se dirigió a la puerta con su maleta en la mano—. Yo acabaré de arreglarme en mi camarote. Gracias muchas por haber alojado a Charlie Chan en su camarote.

—No se merecen. Espero que ese asunto le hará famoso, ¿no?

—«Cuando festín ha terminado, nadie da valor a la cuchara» —contestó el detective. Después, despidiéndose del capitán, salió a cubierta. La niebla se desvanecía rápidamente y, hacia Oriente, el sol teñía de rojo las nubes.

Una vez en su camarote, terminó de arreglarse con su habitual parsimonia. Al dirigirse al comedor para almorzar, entró en el camarote del señor Tait y de Kennaway, Ambos estaban despiertos. El abogado parecía encontrarse mucho mejor.

—Estoy muy bien —contestó a la pregunta de Chan—. Ya le dije que llegaría vivo a San Francisco. Mark dice que sería mejor que me quedase en la cama hasta que el barco llegue a puerto. Es una tontería, pero, en fin, le haré caso.

—Idea excelente —asintió Chan—. ¿El señor Kennaway ha explicado a usted suceso de noche de ayer?

Tait se estremeció.

—Sí, a ese criminal no le defendía yo ni por un millón de dólares.

Charlie explicó al anciano el plan que había ideado y el abogado se prestó a representar el papel en cuestión.

—No tengo ningún inconveniente —dijo—. Pero, desde luego supongo, que antes que mis compañeros de viaje desembarquen, les explicará usted la verdad, ¿no?

—Usted tenga seguridad.

—Entonces, manos a la obra. ¿Dice que ya sabe quién es el culpable? Supongo...

—Más tarde yo explicaré a usted toda la verdad —sonriendo, salió del camarote.

Después del almuerzo fue a buscarle el pagador.

—He conseguido un permiso de desembarco para usted —le dijo el oficial—. En cuanto a Kashimo, me parece que no podrá desembarcar. No ha estado nunca aquí y, además, no lleva ningún documento que certifique su nacimiento en Hawai. Ha venido como polizón, por consiguiente, tiene que regresar en seguida. Uno de

nuestros barcos, que está en el mismo muelle, zarpará hoy a las dos. Daré, pues, algunas instrucciones al pagador para que devuelva a Kashimo a Honolulu.

Chan movió afirmativamente la cabeza.

—Yo doy conformidad a plan de usted. Kashimo también la dará. Trabajo de él ha sido muy bueno, pero es joven y tiene deseos de volver a su casa y recibir alabanzas de su jefe. Yo ruego a usted procure que Kashimo vuelva a casa como viajero. Yo pagaré pasaje.

El pagador asintió y, después de saludar a Chan, volvió a su despacho.

En la cubierta de paseo, el detective encontró a Stuart Vivian, que estaba apoyado en la barandilla. En las manos tenía unos gemelos, cuyo estuche colgaba de su hombro.

—Buenos días —saludó—. Estaba contemplando la Russian Hill. ¿Querrá usted creer que nunca me había parecido tan hermosa como en este momento?

—Ninguna visión es tan agradable para unos ojos cansados como la del hogar propio —dijo Charlie.

—En eso tiene usted mucha razón. Hace ya bastante tiempo que estoy harto de este viaje. A no ser por el miedo de despertar sospechas, me hubiera marchado a mi país hace mucho tiempo... A propósito, he oído decir que ya había descubierto usted al asesino.

Charlie asintió.

—Sí, yo ya he hecho triste descubrimiento.

—Supongo que el nombre del criminal será un secreto, ¿verdad?

—No, señor Tait ha hecho oposición a que diga su nombre.

—¡Tait! —exclamó Vivian.

Quedóse callado unos instantes, y, al fin, miró el reloj y dijo:

—Muy interesante. Dentro de diez minutos hay reunión en la biblioteca para despedirnos. Lofton ha de entregar los billetes de ferrocarril para los que no viven en San Francisco, y luego, supongo que nos echará su bendición. Me parece que la noticia que me ha dado usted causará sensación.

—Yo también creo —sonrió Chan.

Y siguió su paseo por cubierta.

Veinte minutos más tarde, las máquinas se pararon y el barco se detuvo en espera de los agentes de la Aduana y de los inspectores de inmigración.

Cuando llegó la lancha, Charlie estaba junto a la escala. Lo primero que vio fue la roja cara y los amplios hombros de Flannery.

—¡Hola! —gritó el policía—. ¡Si es mi amigo el sargento Chan!

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—Yo siento felicidad grande de volver a ver a usted —saludó Charlie—. Pero yo debo advertir que han pasado largos días desde que yo contemplé trabajo de usted en caso Bruce, y grandes cambios han ocurrido. El menos importante es que el indigno Charlie Chan ha sido ascendido a inspector.

—¡Hombre, le felicito!

Detrás de Flannery subía una inmensa mole.

—Yo hago suposición de que señor que acompaña a usted será...

—Perdone el olvido. Le presento al sargento Wales, de Scotland Yard.

—Charlie Chan muy honrado de conocer a usted —saludó el chino.

—¿Sabe usted algo del inspector Duff? —preguntó el sargento.

—Últimas noticias que han llegado a mí dicen que mejora con velocidad grande. Usted ha venido a detener a hombre que hirió a Duff, ¿verdad? O, diciéndolo con otras palabras, a asesino de honorable señor Drake.

—Sí —asintió Wales.

—Yo siento alegría grande de poder entregar a usted culpable —siguió Chan—. Para evitar grande publicidad, yo he imaginado plan. ¿Ustedes me quieren acompañar?

Les guió hasta el camarote número 119 y les hizo sentar en unos sillones de mimbre. En el camarote había dos camas y junto a cada una de ellas un montón de maletas.

—Ustedes esperen aquí a culpable —dijo.

Luego, volviéndose a Wales, preguntó:

—¿Usted recibió noche de ayer mensaje mío?

—Sí —contestó el sargento—. En seguida me puse en comunicación con Scotland Yard. Allí era pleno día. A las pocas horas tenían ya la contestación. La respuesta de Scotland Yard llegó a San Francisco poco antes de que saliéramos del despacho del señor Flannery. Jimmy Breen explicó a nuestro representante que el hombre en cuestión le llevó a arreglar una americana el 20 de febrero y que, a la mañana siguiente, la fue a buscar. Era gris y tenía roto el bolsillo derecho.

—Roto por anciano vigilante de hotel Broome el día 7 por la mañana. Criminal debió desprenderse de comprometedor chaqueta. Pero él, hombre audaz, tenía grande seguridad en sí mismo. Yo hago suposición que envió chaqueta a Niza por correo, dirigida a él. Cuando viajeros llegaron a hermosa población fue a recoger chaqueta a Correos y la llevó al inteligente señor Breen. Supo escoger bien. Yo he leído en anuncios de sastres palabras de «Zurcidos invisibles». Yo tengo seguridad que señor Breen es maestro en arte de invisibilidad, pues yo he examinado varias veces chaqueta sin hacer ningún descubrimiento. «Pero arroz no se cuece hablando». Ustedes esperen aquí llegada del culpable.

Y salió al corredor.

Encontró a todos los viajeros reunidos en la biblioteca. Sólo faltaba Tait. Parecía reinar una gran excitación. En la puerta, Chan encontró a uno de los oficiales del barco, con el que tuvo una breve conversación. Después, el marino dijo, dirigiéndose a los que estaban en la estancia:

—Todo está ya listo. Los agentes de Aduana examinarán los equipajes en el mismo barco. Ahora, tengan la bondad de regresar a sus camarotes.

Mark Kennaway y Pamela fueron los primeros en salir. Ambos parecían muy alegres.

—Esto me recuerda el último día de clase en Yale —rió el joven—. Ve a tu camarote, Pamela, Más tarde le veremos, señor Chan. Tenemos una noticia para usted.

—Esto suena a Chan como cosa feliz.

Pero su rostro estaba muy serio.

Aparecieron Minchin y su mujer.

—Quizá yo no vea ustedes más —dijo el detective, estrechando las manos al matrimonio—. Ustedes darán recuerdos a su Maxy. Digan ustedes a él que sea estudioso. «Cerebro desocupado, campo abierto al diablo».

—Le prometo que se lo diré —contestó el *gangster*—. Es usted el único policía al que me gustaría volver a encontrar. Hasta la vista.

La señora Spicer le otorgó una sonrisa de despedida. Luego, a continuación, salió la señora Luce.

—Venga usted por California del Sur —dijo—. Es la obra maestra de Dios.

—Reserve su juicio acerca de eso, señor Chan —interrumpió Benbow—. Aguarde a que le enseñemos Akron...

—Y entonces, olvide a esos dos y véngase al Noroeste —añadió Ross.

—Todos están equivocados —protestó Vivian—. Dentro de media hora estará en la tierra del mismo Dios.

Keane y Lofton se acercaban, pero Chan no les esperó.

Entretanto, en el camarote 119, el capitán Flannery y el agente de Scotland Yard empezaban a impacientarse. Este último se levantó y empezó a pasear.

—Espero que no habrá pasado nada —murmuró.

—No se preocupe —trató de calmarle Flannery—. Charlie Chan es el mejor detective de todo el Pacífico...

De pronto, se abrió la puerta y Flannery se puso en pie de un salto. En el umbral apareció Vivian.

—¿Qué es esto? —preguntó.



Se abrió la puerta y Ross entró en el camarote.

—Entre —ordenó el policía—. Cierre en seguida esa puerta y entre. ¿Quién es usted?

—Me llamo Vivian, y este es mi camarote...

—Siéntese ahí, en la cama.

—¿Quién es usted para darme órdenes...?

—Es un asunto muy importante. Siéntese y no se mueva.

Vivian obedeció de mala gana. Wales miró a Flannery.

—Será el último —dijo el sargento.

—Escuche —susurro Flannery.

Fuera, sobre el duro suelo del corredor, se oyó el «tap, tap, tap» de un bastón.

Se abrió la puerta y Ross entró en el camarote. Durante un momento miró, interrogadoramente, a su alrededor. Después se volvió hacia la puerta. Charlie estaba en ella, y decir que la llenaba por completo, sería tratarle muy indulgentemente.

—Señor Ross —dijo Charlie—, le presento a capitán Flannery, de Policía de San Francisco.

El capitán cogió las manos de Ross, que no hizo la menor resistencia. Entretanto, Chan le registró.

—Veo —añadió el detective— que arma, que ha empleado tantas veces, no está

sobre usted.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Ross.

—Yo debo decir a usted que capitán Flannery tiene orden de arresto contra usted.

—¿Detenerme a mí?

—Sí. Scotland Yard ha pedido detención de usted, por asesinato de señor Hugo Morris Drake, en hotel Broome, de Londres, en mañana siete de febrero. Sobre usted pesan otros delitos grandes, pero ningún tribunal pedirá a usted cuenta de ellos. El asesinato de Honnywood, en Niza; de Sybil Conway, en San Remo; de sargento Welby, en Yokohama. Y atentado contra inspector Duff, en Honolulu. Viaje de usted alrededor del mundo ha sido viaje de crímenes, señor Ross.

—¡Mentira! —gritó, roncamente, Ross.

—Nosotros vamos a tener prueba en seguida. ¡Kashimo! —ordenó Charlie—. Puedes salir.

De debajo de una de las camas salió una polvorienta figura. El detective ayudó al japonés a levantarse.

—Tú casi no puedes moverte, Kashimo. Yo tengo sentimiento grande de no haber hecho salir a ti antes. Capitán Flannery, yo tengo honor de presentar a usted a detective Kashimo, de Policía de Honolulu.

Se volvió hacia el muchacho.

—¿Cometo error al confiar que tú conoces sitio donde está preciosa llave?

—Lo sé —contestó, orgulloso, el japonés.

Se arrodilló ante Ross y, del dobladillo de la pernera derecha del pantalón, sacó la llave y la levantó triunfalmente.

Charlie la cogió. Después, dirigiéndose a Wales, dijo:

—Yo creo que es prueba muy convincente. Yo presento a usted llave de caja de seguridad número 3260, de Banco en los Estados Unidos. Usted, señor Ross, debía haber tirado comprometedor llave. Pero yo comprendo. Usted tuvo miedo de perder dinero suyo.

Chan tendió la llave a Wales.

—Esta es la prueba que necesita un jurado —dijo, satisfecho, el inglés.

—Alguien ha puesto esta llave en mi pantalón —dijo, furioso, Ross—. Lo niego todo.

Charlie entornó los ojos.

—¿Todo? En la noche de ayer usted y yo vimos juntos películas del señor Benbow. En la pantalla yo vi a usted que salía de una tienda de Niza. Usted tuvo pensamiento de que yo no lo notaba. Pero yo sospechaba de usted hace varios días y tenía convencimiento de que usted era culpable.

—¿Qué?

Ross no pudo ocultar su sorpresa.

—Yo explicaré a usted dentro de un momento. Ahora hablaré de Niza. Jimmy Breen es sastre de buena memoria. Él recuerda chaqueta gris con bolsillo derecho

roto...

Ross fue a hablar, pero el detective le detuvo con un gesto.

—Todo está contra usted. Usted es hombre muy listo, tiene gran concepto de usted mismo, no cree que usted pueda cometer error. Pero error ha sido cometido. Usted ha sido listo cuando ocultó llave en maleta de señor Kennaway; maleta que nadie tocaría hasta momento de desembarcar. Listo también cuando tiró taco de goma de su bastón y cogió bastón en mano derecha, teniendo confianza que alguna persona notaría aquello. Había sospechosos muchos. Tenía que ser también sospechoso para no despertar sospechas grandes. Usted fue listo cuando en noche de ayer disparó revólver sobre Charlie Chan, sin deseo de herir, y fue a dejar revólver junto a pobre señor Tait. Usted cometió acto cruel. Usted es muy cruel. Pero usted hizo trabajo inútil, yo ya he dicho a usted que sabía que era culpable.

—Aún no me ha contado cómo lo supo.

—Yo hice descubrimiento porque, hombre es listo hasta que comete primera tontería. Usted cometió tontería en convite del señor Minchin. Usted pronunció allí corto discurso, pero había en él palabra sin importancia, que condenó a usted.

—¿De veras? ¿Qué palabra fue esa?

Charlie sacó una tarjeta y anotó algo en ella. Luego se la tendió a Ross.

—Guarde usted como recuerdo de Charlie Chan —indicó.

El hombre la miró, palideció intensamente, y, de pronto, pareció envejecer muchos años. Con gesto nervioso, rompió la tarjeta en menudos pedazos y los tiró al suelo.

—Gracias —dijo, con acritud—, no me gusta guardar recuerdos.

CAPITULO XXIII

La hora de secar las redes.

Poco después, entraron los agentes de la Aduana y examinaron el contenido del equipaje de Ross y de Vivian. Luego entró un camarero a recoger las maletas. Vivian salió del camarote y Kashimo, después de cambiar unas breves palabras con Chan, salió también.

El capitán Flannery sacó el pañuelo y se secó la frente.

—¡Vaya calor que hace aquí! —dijo a Wales—. Será mejor que nos llevemos a este pájaro a la biblioteca y oigamos lo que tiene que decir.

—No tengo nada que decir —dijo, ceñudo, Ross.

—¿De veras? Bueno, hemos visto a muchos otros que, en casos parecidos al de usted, han cambiado de opinión.

Flannery salió el primero, le siguieron a continuación Ross y Wales; Charlie cerró la marcha.

Al llegar a la escalera, se cruzaron con Kennaway. Chan le detuvo.

—Tenemos a nuestro hombre —anunció.

—¡Ross! —exclamó Kennaway— ¿Es posible?

—Chan se permite sugerir idea de que corra a encuentro de sus compañeros de viaje y limpie de toda mancha el digno nombre de pobre señor Tait.

—Voy volando —replicó el joven.

Al llegar a cubierta, Charlie comprobó que el barco se había puesto otra vez en movimiento. A la derecha se veían ahora las pequeñas construcciones del Presidio y, más arriba, la fortaleza de la isla Alcatraz. Por el puente pasaban los viajeros que se disponían a desembarcar, despidiéndose unos de otros.

Flannery y Wales fueron a sentarse con su prisionero en la desierta biblioteca. Charlie cerró tras de sí la puerta y penetró en la estancia.

Cuando el chino se reunió con ellos, Ross le dirigió una mirada cargada de odio. En los ojos del criminal brillaba una luz que recordó a Chan la comida con su compañero Duff, allá en Honolulu, hacía una semana. —Usted busca a dos hombres —, le había dicho al inglés en aquella ocasión. El Ross de ahora ya no era el hombre cortés y educado que sus compañeros de viaje habían conocido; era el otro hombre, duro, cruel, despiadado.

—Será mejor que hable —dijo Flannery.

La única respuesta de Ross fue una mirada despectiva.

—El señor capitán le da un buen consejo —dijo Wales. Sus maneras eran más suaves que las de Flannery—. En toda mi carrera no me he encontrado ante un caso cuyas pruebas fueran tan convincentes como en éste, gracias, desde luego, al señor Chan. Mi deber es advertirle a usted que todo cuanto diga podrá ser utilizado en contra suya. De todos modos, le aconsejo que se reconozca culpable...

—No pienso hacerlo —contestó Ross.

—No sea usted terco. No tenemos sólo la llave, sino también el informe del sastre que...

—Y del motivo, ¿qué? —preguntó el acusado—. Me importan un comino sus llaves y sus chaquetas, porque no pueden indicar ningún motivo. Eso es muy importante, y ustedes lo saben. No vi nunca antes del viaje a ninguna de esas personas a las cuales se supone he asesinado. Durante muchos años he vivido en el Oeste de los Estados Unidos. He...

—El motivo es muy claro, señor Ross —contestó, cortésmente, Wales—. O, mejor dicho, señor Everhard. Jim Everhard, ¿no es éste su verdadero nombre?

Ross palideció intensamente y, por un momento, pareció a punto de desmayarse. Trató de recobrar la fuerza que le había sostenido hasta entonces, pero no lo consiguió.

—Sí, señor Everhard, o Ross, si lo prefiere —siguió Wales—. De acuerdo con el informe que ha llegado de Scotland Yard, hace unos días, el motivo de sus crímenes aparece clarísimo. Hace ya tiempo que no nos preocupamos de él, sino de su identidad. Y ésta la ha descubierto, muy inteligentemente, el inspector Chan. Cuando el Jurado pida el motivo de los crímenes, no tendremos más que hablarle de su vida en el África del Sur, de cómo Honnywood le robó a su novia...

—Y mis diamantes —gritó Ross—. ¡Mis diamantes y mi novia! ¡Aunque ella era tan mala como él!

Se había casi levantado de la silla. De pronto, volvió a sentarse en silencio.

Wales miró a Chan. Sus miradas se encontraron, pero los dos procuraron ocultar la alegría que les había producido las palabras de Ross.

—Usted se fue al África del Sur, hace unos quince años —siguió el sargento—, como violinista en la orquesta de una compañía de teatro. Sybil Conway era la estrella de la compañía y usted se enamoró locamente de ella. Pero era una mujer ambiciosa; quería dinero, gloria, lujo. Usted recibió una pequeña herencia, pero no era bastante. Sin embargo, fue lo suficiente para lanzarse al negocio de la compra de diamantes robados por los negros. En menos de un año logró tener usted dos bolsitas llenas de piedras preciosas robadas. Sybil Conway prometió casarse con usted. Entonces salió para hacer una última visita por los alrededores de los campos diamantíferos, dejando aquellas dos bolsitas en poder de su novia, allá en la Ciudad del Cabo, y, cuando regresó...

—¡Le vi a él! —terminó Ross—. Son demasiado para mí usted y el chino ese. Le

vi la primera noche de mi regreso; se llamaba Walter Honnywood Swan. Estaba en el recibidor de la casa en que vivía Sybil Conway.

—En casa de sus padres, Honnywood fue un niño mimado —intervino Wales—, fuera de ella se convirtió en agente de la Policía sudafricana.

—Sí, comprendí que era de la Policía. Cuando se fue, le pregunté a Sybil qué significaba aquello. Me contestó que el sujeto aquel sospechaba de mí y que lo mejor era que me marchase enseguida. Ella me seguiría así que terminase la temporada teatral. A media noche salía un barco para Australia. Me acompañó a bordo y, en la oscuridad, me entregó las dos bolsitas. Noté que las piedras estaban dentro. No tuve tiempo de mirarlas entonces. Ella me besó y nos separamos.

»Cuando el barco estaba mar adentro, bajé a mi camarote y examiné las bolsitas de piedras. Eso eran, ¡piedras!, pero piedras de verdad, guijarros auténticos. ¡Me había dejado engañar! Ella prefirió a aquel policía y se deshizo de mí.

—Fue usted a Australia —siguió Wales, y allí se enteró de que Sybil y Swan se habían casado. Les escribí prometiéndoles matarlos a los dos. Pero usted no tenía ni un céntimo, no podía llegar hasta ellos. Pasaron los años. Marchó a los Estados Unidos. Prosperó, convirtiéndose a la vez en un ciudadano respetable. Los antiguos deseos de venganza se habían apagado. Y, de pronto, volvieron.

Ross levantó la cabeza. Tenía los ojos sanguinolentos.

—Sí, volvieron —dijo, lentamente.

—¿Cómo fue eso? —siguió Wales— ¿Ocurrió después de herirse en el pie, cuando estuvo inmóvil varios meses, sin poder hacer otra cosa que pensar...?

—Sí —gritó Ross—. El recuerdo de lo ocurrido volvió a mí tan vivo como si hubiera pasado el día anterior.

Miró, salvajemente, a su alrededor.

—¡Le aseguro que si alguien ha tenido más motivos...!

—No —protestó Wales—. Usted debió olvidar el pasado. De haberlo hecho, hoy sería usted un hombre feliz. No espere conseguir nada nunca por ese medio. ¿Estaba justificado el asesinato de Drake...?

—Fue un error que yo fui el primero en lamentar. La habitación estaba a oscuras...

—¿Y el sargento Welby? ¡El muchacho más simpático que he conocido!

—Me vi obligado a hacerlo.

—¿Y su atentado contra el inspector Duff?

—No pensé matarlo. Si hubiese querido, lo habría hecho. Sólo quise alejarlo de mi camino momentáneamente.

—Ha sido usted muy cruel, Ross, y tendrá que pagar sus culpas.

—Así lo espero.

—¡Cuánto mejor hubiese sido para usted —siguió Wales— no haber intentado realizar su venganza! En cuanto su pie mejoró, vendió todas sus propiedades y salió de Tacoma para siempre. Guardó todo el dinero en una caja de seguridad de algún

Banco, que pronto descubriremos, y salió para Nueva York en busca del matrimonio Honnywood. Walter Honnywood estaba a punto de embarcarse para dar la vuelta al mundo y usted se alistó en el mismo grupo que él.

»En el hotel Broome cometió su primer crimen. ¡Fue una triste equivocación! Sin embargo, no se desanimó. Envió la americana a Niza para hacerla arreglar. Había perdido parte de su cadena de reloj y una de las llaves de la caja de seguridad. Estuvo dudando si desprenderse o no de la otra llave. Sabía que Scotland Yard haría todo lo posible para descubrir el propietario de una caja de seguridad número 3260. ¿Podía usted presentarse en un Banco en el cual no le conocían siquiera, atrayendo la atención sobre usted al declarar que había perdido las dos llaves? No; la única esperanza de conseguir que no se perdiese su dinero era conservar la llave.

»El grupo de turistas siguió su viaje. Walter Honnywood le había visto ya, pero le tenía tanto miedo al escándalo como usted. Él le dijo que había escrito una carta en la cual estaba el nombre de usted y que, por lo tanto, si llegaba a ocurrirle algo, usted pagaría las consecuencias. Usted buscó la carta hasta que dio con ella, y aquella misma noche, en los jardines del hotel, en Niza, le mató. Sabía que Sybil estaba en la ciudad próxima. No podía abandonar a sus compañeros. Siguió adelante, en espera de una oportunidad. Aquel ascensor parecía hecho a propósito para sus designios.

»Después de aquello tuvo usted el convencimiento de que le acompañaba la suerte. Duff estaba despistado, usted lo sabía. Hasta Yokohama fue tranquilo. Allí comprobó que Welby había descubierto la llave duplicada. A propósito, ¿dónde la tenía?

Ross no contestó.

—Bueno, supongo que en algún sitio magnífico —continuó el de Scotland Yard—. Pero, no importa. De alguna manera se enteró usted de que Welby había ido a poner un cable. Antes de que pudiera impedirlo, el mensaje se había enviado, pero, por si no se mencionaba en él su nombre, como así fue, le suprimió cuando regresaba a bordo.

»De nuevo volvió a sentirse seguro. No sé lo que pasó desde Yokohama. Pero lo que sí sé es que, cuando se encontró al inspector Duff en el muelle de Honolulu, volvió a verlo todo rojo. Estaba casi terminando el viaje. A no ser por Duff, pocos días después habría desaparecido el peligro. ¿Qué era lo que sabía el inspector? Nada de esto se veía bien claro. ¿Qué iba a descubrir en aquellos últimos días de viaje? Nada, si usted podía evitarlo. Y, por eso, lo apartó de su camino.

Wales miró a Charlie Chan.

—Lo cual, Ross —terminó el inglés—, fue su mayor error.

Ross se levantó. El barco había ya anclado. Por las ventanillas veíanse a los pasajeros que se agrupaban ante la pasarela.

—¿Y si desembarcásemos, señores? —dijo Ross.

Esperaron un momento en el puente hasta que el grupo de viajeros disminuyó y, entonces, desembarcaron. Un policía de uniforme se acercó a Flannery.

—El coche está a punto —dijo.

Charlie tendió la mano al sargento Wales.

—Usted y yo vernos, seguramente, otra vez —dijo—. En mi maleta tengo notas de inspector Duff, que he completado.

Wales le estrechó calurosamente la mano.

—¡Ha sido algo magnífico, se lo aseguro! Yo estaré en San Francisco hasta que llegue el inspector Duff. Espero que estará usted aquí cuando llegue. Sé que querrá darle las gracias en persona.

—Quizá sí que yo esté. ¿Quién puede asegurarlo? —contestó Charlie.

—Bien, de momento, cenará conmigo esta noche. Hay algunos detalles que me gustaría conocer a fondo. Por ejemplo, las palabras que pronunció Ross en la cena que dio Minchin. ¿Podrá reunirse conmigo en el Stewart, a las siete?

—¡Mucho encantado! —contestó Charlie—. Yo vivo en mismo hotel.

Wales se retiró con Ross y el policía. El hombre que Chan había conseguido entregar, al fin, a la Justicia, iba sumido en un profundo silencio. Sus ojos, en los últimos momentos, habían evitado tropezarse con los de Chan.

—¿Estará mucho tiempo en San Francisco, Charlie? —preguntó Flannery.

—Pregunta de usted tiene contestación difícil —replicó Chan—. Yo tengo hija en colegio en Sur de California. Siento deseos grandes de verla.

—¡Magnífico! —exclamó Flannery—. Entonces vaya usted y eche, de paso, una mano a la Policía de Los Angeles. ¡Créame que lo necesitan!

Charlie sonrió.

—¿Usted no tiene ningún asunto pequeño para que el indigno Chan pueda ayudarle?

—Nada en absoluto, Charlie. Todo va bien en San Francisco. Claro que nuestro servicio está muy bien organizado.

Charlie movió, sonriente, la cabeza.

—«General fuerte no tiene débiles soldados».

—Usted lo ha dicho. Hay mucha verdad en esos refranes suyos. Bueno, Charlie, déjese caer por mi despacho antes de marchar. Ahora me perdonará, pero tengo que ir a un recado.

Cuando Charlie fue a buscar su maleta, encontró a Kashimo y al pagador del *President Arthur*.

—Voy a llevar al muchacho al *President Taft* —dijo el pagador—. A las dos regresará a Honolulu.

Chan se inclinó sobre su ayudante.

—Te vas cubierto de gloria, Kashimo —dijo—. Tú has bañado de orgullo corazón de Charlie Chan. No únicamente has hecho notables registros, sino que la noche que tú llegaste a barco, en Honolulu, tu mirada había descubierto ya al hombre culpable.

Palmeó la espalda al japonés.

—«Hasta melocotón que crece en lugar sombreado, al final, madura» —añadió.

—Espero que el jefe no estará furioso cuando yo regrese —dijo Kashimo.

—Nuestro honorable jefe esperará en el muelle con atronadora banda de música —le aseguró Charlie—. Yo tengo impresión de que no hago comprender a ti que eres héroe grande, Kashimo. Yo voy a repetir para tus oídos que la Gloria cubre a famoso Kashimo con su manto. No hagas insistencia en rechazarlo como manta en noche de verano. Ahora, entra en el otro barco y espera en él regreso de tu amigo Chan. Yo voy a ciudad para comprarte ropa limpia. Yo creo que seis días es tiempo grande para usar misma ropa.

Cogió su maleta y les acompañó hasta la pasarela del *President Taft*.

—Yo digo a ti adiós, hasta luego —anunció—. Volveré a verte a la una. Tú vas a casa, Kashimo, no acompañado sólo de las brillantes vestiduras del éxito, también llevarás ropa más higiénica.

—Muy bien —dijo, humildemente, Kashimo.

Cuando Charlie salía del puerto, se encontró a Mark Kennaway.

—¡Hola! —gritó el joven—. Pamela y yo lo estábamos esperando. Tenemos un coche y nos acompañará usted a la ciudad.

—¡Ustedes muy amables!

—No es sólo amabilidad, como verá usted dentro de un momento.

Fueron hasta un lindo coche de turismo en el cual estaba sentada Pamela.

—Suba usted, señor Chan —dijo el joven.

Chan entró en el coche con su acostumbrada prosopopeya. Mark Kennaway le siguió y el coche se puso en marcha.

—Mis jóvenes amigos, parecen los dos mucho felices —dijo Chan.

—Aunque creo que no hay necesidad de decírselo, pues ya se lo figura, me complazco en comunicarle que somos novios —dijo Mark.

Chan se volvió a la joven.

—Yo suplico perdone mi sorpresa. ¿Al fin, bella señorita, ha aceptado a fastidioso joven?

—Sí, le acepté un minuto antes de que él se me declarase. ¡No iba a dejar que se perdiese todo mi trabajo de los últimos meses!

—Charlie Chan ofrece a los dos su más calurosa felicitación.

—Gracias —sonrió la joven—. Mark ha prometido enmendarse. Dice que olvidará a Boston y ejercerá la abogacía en Detroit.

—Por amor se hace todo —asintió Kennaway.

—Al fin, el viaje ha resultado bastante divertido —siguió la muchacha—, a pesar de su mal principio.

La sonrisa desapareció. Pero no pudo esperar ni un minuto más.

—Tiene que decirme en seguida cómo descubrió que Ross era el culpable. La otra noche, en cubierta, me dijo usted que debía saberlo. Desde entonces me he roto el cerebro pensando. Pero, no hay manera, se ve que no soy detective.

—Hace un momento, Vivian nos ha dicho que fue por algo que Ross dijo en la

cena de Minchin. Hemos repasado las palabras de Ross lo menos doce veces. Por cierto, que no fueron muchas. Apenas había empezado, le interrumpieron...

—Pero no tan pronto que no pronunciara la más acusadora de todas las palabras —interrumpió Chan—. Yo voy a repetir a ustedes la frase. Mi despreciable memoria se ha dignado conservarla. Suplico gran atención: «Y, en cuanto a la noche de Londres, en la que el señor Hugo Morris Drake apareció muerto en aquella calurosa habitación del hotel Broome...».

—¡Calurosa! —exclamó Pamela Potter.

—Calurosa —repitió Charlie—. Ahora usted es la señorita inteligente que Charlie Chan se imaginó. Fíjese: ¿Era una habitación calurosa aquella en la que su honorable abuelo fue encontrado sin vida? Recuerde declaración de Martin, el camarero, que usted oyó en el Juzgado y yo leí en las notas de amigo nuestro inspector Duff. «Abrí la puerta de la habitación y entré. Una ventana estaba cerrada y las cortinas echadas. La otra estaba abierta y las cortinas corridas. Por allí entraba la luz». Yo me atrevo a añadir unas palabras y diré que aquella ventana daba paso también al aire fresco.

—¡Claro! —exclamó la joven—. Debí recordar que, mientras estaba en aquella habitación hablando con el señor Duff, la ventana seguía abierta y una orquesta callejera tocaba «*There's a Long, Long Trail A-Winding*». La música se oía muy clara.

—Sí, pero su honorable abuelo no fue asesinado en aquella habitación —le recordó Chan—. El digno señor murió en la habitación de junto. Cuando Ross mencionó el asunto, su memoria le hizo cruel pasada. Sus pensamientos regresaron, no a la habitación en que su honorable abuelo fue encontrado, sino a la otra habitación donde la muerte llegó a él. Usted ha leído la misiva de Walter Honnywood a su esposa, ¿verdad?

—Sí.

—Suplico recuerde cómo decía a ella: «Al entrar, miré a mi alrededor. La ropa del buen viejo estaba en una silla, su trompetilla sobre la mesa; todas las puertas y ventanas cerradas». Usted cuenta se dará, señorita Pamela, de que la habitación aquella era una calurosa habitación. Era la habitación donde su honorable abuelo fue asesinado.

—¡Claro que sí! Mi pobre abuelo tenía asma y creyó que el aire de Londres sería perjudicial para él. Por eso no quería dormir con las ventanas abiertas. He sido una imbécil.

—Usted tenía otras preocupaciones grandes —sonrió Charlie—. Yo no. Tres hombres conocían que señor Hugo Morris Drake durmió aquella noche en habitación calurosa. Uno era el digno señor Drake, y estaba muerto. Segundo era el pobre señor Honnywood, que entró en la habitación y encontró el cadáver, y es también muerto. Tercero, el hombre que entró a media noche y estranguló al señor Drake, ¡el asesino! Con palabras más sencillas, el señor Ross.

—¡Buen trabajo! —exclamó Kennaway.

—Pero ahora ha acabado —añadió Chan—. El grande emperador Shi Hwang-ti,

que construyó la Gran Muralla de China, una vez dijo: «Aquel que todo el día de hoy pasa hablando de sus éxitos de ayer, no tendrá mañana nada de qué alabarse».

El automóvil se detuvo ante la puerta de un hotel de la Union Square y, cuando los jóvenes se hubieron apeado, Chan les siguió, cogió la mano de la muchacha entre las suyas y dijo:

—Charlie Chan ve en sus ojos una llama de alegría grande. ¡Que siempre permanezca tan fuerte como en este momento es el gran deseo de Charlie Chan! Recuerde siempre que «a la puerta sonriente, llama la fortuna».

Estrechó la mano de Kennaway; después, cogiendo su maleta, se alejó calle abajo.

FIN



Earl Derr Biggers nació en 1884 en Warren, Oregon, EE. UU. Mientras estudiaba en el college, escribía historias cortas en diferentes periódicos de Boston. Se graduó en la Universidad de Harvard en 1907. Al terminar sus estudios comenzó a publicar una columna de humor en el *Boston Traveller*. En 1909 le nombraron editor de teatro, tarea que le hicieron abandonar tres años después por sus sinceras y poco amables críticas.

Ese año comenzó a escribir su primera novela «Las siete llaves». El mismo día que le anunciaron su publicación, en 1913, pidió matrimonio a Eleanor Ladd, compañera del *Traveller*. Se casaron en 1914.

En 1919, durante unas vacaciones en Honolulu oyó hablar del detective chino Chang Apala. Ello le inspiraría para escribir en 1925 el primer libro de Charlie Chan que se publicó por entregas en el *Saturday Evening*. Fue tan grande su éxito que los editores le pagaron 25 000 dólares por los derechos de una nueva historia del personaje.

Ese mismo año se traslada a vivir a Pasadena, California con idea de estar cerca de Hollywood para gestionar la venta de los derechos de sus libros al cine. Murió en 1933, tras sufrir un ataque cardiaco en Palm Springs, California.

Su personaje fue todo un éxito que trascendió la obra del autor y se popularizó gracias al cine, la radio, comics y libros escritos por otros autores como Robert Hart Davis, Dennis Lynds, Bill Pronzini y Jeffrey M. Wallman o Michael Avallone. En su momento supuso una alternativa a los «chinos malvados» habituales en otras obras de la época, como Fu Manchú.

Notas

[1] Algunas compañías importantes de viajes, para mayor comodidad de sus clientes, emiten cheques que se pueden hacer efectivos en cualquier parte del mundo. (N. del T.). <<

[2] Forma de interrogatorio que emplea la policía norteamericana para hacer hablar a los acusados a pesar de ellos mismos. (N. del T.). <<

[3] Arrabal de Chicago donde tenían su cuartel general las bandas de gangsters, en especial la de Al Capone. (N. del T.). <<